

Alyssa Day

*El Resurgir
del Atlante*

«Una aventura arrolladora» – Susan Squires, autora de *El Acompañante*



valery

Alyssa Day

*El Resurgir del
Atlante*

*Atlantis Rising
1° Guerreros de Poseidón*

Argumento

Hace once mil años, antes de que los mares se tragaran a los atlantes, Poseidón eligió a unos cuantos guerreros a los que convirtió en los centinelas de los seres humanos del nuevo mundo. Sólo había una regla: estaba prohibido desearlos. Pero las reglas se hicieron para romperlas...

Riley Dawson es algo más que una asistente social de Virginia Beach entregada a su trabajo. La han bendecido con un vínculo mental al que durante miles de años solo han podido acceder los atlantes. El hecho de que sea una empática quizá explique su melancólica conexión con las agitadas olas del océano, el santuario que proporciona y los deseos que parecen emanar de sus profundidades...

Conlan, el príncipe supremo de la Atlántida, ha subido a la superficie con la misión de recuperar el Tridente robado de Poseidón. Pero algo más ha poseído a Conlan: las emociones y deseos más íntimos de una mujer humana. Incapaz de resistirse a aquella belleza misteriosa, Conlan pronto comparte con ella algo más que su mente. Pero en plena batalla por reclamar el poder de Poseidón, ¿cuánto tiempo puede durar un amor prohibido entre dos almas diferentes de dos mundos diferentes?

A la mejor editora del mundo, Cindy Hwang, que me deja probar cosas nuevas y siempre me anima y apoya para que triunfe. Un buen editor vale su peso en oro, Cindy vale su peso en diamantes.

A LCDR Judd, por más razones de las que podré expresar jamás.

Y a Michelle Cunnah, que me salva la vida a última hora en cada libro.

Agradecimientos

Gracias, como siempre, a Steve Axelrod, que me hace reír, realiza grandes tratos y siempre tiene algo bueno que decir cuando hago la llamada «aaaahhh!» de todos los libros.

A mis maravillosas amigas Christine, Cheryl, Kathy y Val, del Club de la Estrella de Mar, por animarme, y a todas mis increíbles y pacientes amigas que me escuchan y me ofrecen consejos maravillosos: Lani Diane Rich, Michelle Cunnah, Barbara Ferrer, Hielan Rendahl, Whitney Gaskell, Beth Kendrick, Cindy Lobby y Marianne Mancusi. A Megan Emish, por el símbolo de los Guerreros de Poseidón. A mi estupendo equipo de la página web, Deb y Tara, de RomanceDesigns.com, a los que debería habérselo agradecido antes.

A Suz Brockmann, Ed Gaffney, Eric Rubén, Virginia Kantra y Cathy Mann, que son brillantes y generosos, y a todos los que participaron en el fin de semana *De la Tormenta* por compartir su entusiasmo conmigo y escuchar la primera lectura de éste libro.

Gracias a Jenny Crusie y los Cherries, que son divertidos, excéntricos y asombrosos en las proporciones justas.

Y como siempre, por supuesto, gracias a mis hijos, que comieron demasiada pizza y vieron demasiado la tele durante las dos últimas semanas de redacción de éste libro, pero no se quejaron ni una sola vez. Sois los mejores.

Querido Lector:

Gracias por acompañarme en mi viaje a la Atlántida. ¡No olvides visitarme para conseguir salvapantallas gratis y para unirte a mi lista de correos sólo para miembros!

Alyssa

En ésta isla, Atlántida, surgió una gran y maravillosa raza de reyes... Pero en épocas posteriores, tras producirse terremotos extremos e inundaciones, cayó un día y una noche de destrucción, y a los guerreros... se los tragó la tierra, y de la misma manera se hundió la isla de Atlántida bajo los mares y se desvaneció para siempre.

Platón, *Timeo*, aproximadamente del 600 a.C.

No se puede dudar que hubo desplazamientos significativos en la corteza terrestre en reiteradas ocasiones...

Albert Einstein,
en su correspondencia con Charles Hapgood,
8 de mayo de 1953

Capital de la Atlántida, 9600 a.C.

Ocurrió antes del cataclismo que impuso a los atlantes la codicia de la humanidad. En el templo de Poseidón, en el alma de las siete islas de la Atlántida, un grupo de guerreros se reunió con el sumo sacerdote del dios del mar. Éste los dividió en siete grupos de siete y a cada uno le asignó un deber sagrado y un objeto poderoso: una gema imbuida de magia. Algunos debían hundirse en el fondo del mar, protegidos de los ojos curiosos y de la codicia de los envidiosos por las aguas que los alimentaban. Otros debían unirse a las tierras de los humanos y acudir a los lugares asignados, todos ellos tierras altas, para proteger el linaje en caso de que se produjera una gran inundación.

Todos ellos debían esperar. Y vigilar. Y proteger.

Y serían el heraldo que anunciaría la víspera de la destrucción de la humanidad.

Entonces, y sólo entonces, resurgiría la Atlántida.

Pues ellos eran los Guerreros de Poseidón y la marca del Tridente que lucían daba fe del deber sagrado que habrían de cumplir como protectores de la humanidad.

Les gustara o no.

Capítulo 1

**El infierno está vacío
y todos los Diablos están aquí.**

William Shakespeare, *La Tempestad*

Capital de la Atlántida, en la actualidad

Conlan agitó una mano delante del portal y por un instante se preguntó si su magia reconocería a un guerrero que llevara más de siete años sin cruzar su umbral.

Siete años, tres semanas y once días, para ser exactos.

Mientras esperaba, hundido hasta el pecho en el agua curativa, la muerte se mofó de él, parpadeaba en los bordes de su campo de visión, resplandecía en las corrientes del profundo océano azul que lo rodeaba, palpitaba en la sangre escarlata que le chorreaba a un ritmo constante del costado y la pierna. Se echó a reír sin ganas y se irguió apoyando una mano en la rodilla.

—Si esa puta vampira de Anubisa no pudo conmigo, no pienso rendirme ahora, joder —le gruñó a la oscuridad vacía que lo rodeaba.

Unas luces acuáticas iridiscentes destellaron como si quisieran responder a su desafío y el portal se ensanchó para dejarlo pasar. Dos hombres, dos guerreros, hacían guardia allí. Ambos abrieron mucho los ojos y separaron los labios, expresiones idénticas que reflejaban la misma conmoción cuando se quedaron mirando la membrana transparente que cubría el portal. Conlan se abrió camino por la abertura, que se dilataba para adaptarse a la criatura o ser que consideraba digno de entrar.

—¡Príncipe Conlan! Estáis vivo —dijo uno.

—Más o menos —respondió al tiempo que entraba en la Atlántida. Se empapó de la primera visión de su tierra natal que no disfrutaba hacía más de siete años, expandió los pulmones para saborear la fresca de aquel aire filtrado por el mar. A no mucha distancia, las columnas de mármol blanco con vetas de oro que flanqueaban el Templo de Poseidón resplandecían con los tonos que reflejaba el atardecer artificial. Conlan se quedó sin aliento al verlo.

Una visión que creía firmemente que nunca más volvería a experimentar.

Sobre todo cuando ella había propuesto, entre risas, sacarle los ojos.

—Un príncipe supremo que no puede ver. Qué metáfora tan deliciosa para la pérdida de tu padre, el rey filósofo, joven principito. ¿Por qué no suplicas?

Lo rodeó sin prisas, azotándolo con el látigo terminado en púas de plata, con gestos casi ociosos, mientras él permanecía impotente ante ella, encadenado con grilletes hechos para criaturas surgidas de infiernos más profundos. La vampira extendió un dedo delicado y rozó las gotas de sangre que brotaban con impaciencia al paso del látigo.

Después se llevó el dedo a la boca con una sonrisa.

—Pero suplicarás. Igual que me suplicó tu padre cuando arranqué la carne de tu madre todavía en vida.

—Ronroneo de placer; en sus ojos se mezclaba la maldad con una lujuria vil.

Conlan rugió de odio, desafiante, durante horas. Días.

Incluso lloró, enloquecido por el dolor, en siete ocasiones distintas.

Una por cada año de prisión. Pero no suplicó ni una sola vez.

—Pero ella, sí —dijo con la voz ronca por el esfuerzo de permanecer erguido—. Sí que va a suplicar antes de que termine con ella.

—¿Alteza? —Los guardias se adelantaron a toda prisa para asistirlo mientras chillaban para que alguien acudiese a ayudarlos.

Conlan levantó la cabeza con una sacudida seca, enseñó los dientes y gruñó como el animal en el que se había convertido. Los dos guardias se detuvieron en seco, paralizados, sin saber muy bien cómo reaccionar ante un miembro de la realeza que se había vuelto salvaje.

Conlan se adelantó tambaleándose, decidido a dar los primeros pasos por su tierra natal sin ayuda de nadie.

—Debemos informar a Alaric de inmediato —dijo el guerrero más maduro y experimentado de los dos.

Marcus. ¿Marius, quizá?

Conlan intentó centrarse, estaba seguro de que conocía a aquel hombre.

Era importante que recordara las cosas.

Sí, Marcus.

—Estáis sangrando, alteza.

—Más o menos —repitió, y dio otro paso más, tambaleándose.

Después, el mundo se hundió en la negrura dibujando una espiral.



Ven se encontraba en la cámara de observación, contemplando la sala de sanación inferior, donde el sumo sacerdote de Poseidón, obviamente exhausto, se afanaba sobre el hermano de Ven. No era tan fácil acabar con la energía de Alaric, demonios. Se rumoreaba que era el sumo sacerdote más poderoso que había servido al dios del mar.

Tampoco era que los guerreros supieran diferenciar muy bien a un sacerdote de otro. Ni que, por lo general, les importara una mierda. Salvo que, en ese preciso instante, a Ven sí le importaba la distinción.

Y mucho.

Ven se aferró con fuerza a la barandilla y hundió los dedos en la madera blanda, mientras pensaba en lo que Anubisa debía de haberle hecho a Conlan. Sabía lo que le había hecho a Alexios, uno de los guardianes más leales de Conlan. Pasó dos años bajo los tiernos cuidados de Anubisa y los de sus malignos apóstatas de Algolagnia, cuyo único placer sexual lo obtenían del dolor y la tortura.

Y después lo dejó, desnudo y agonizante, para que muriera tirado sobre un montón de mierda de cerdo en Creta. La diosa vampira de la muerte era una fanática del simbolismo. Quizá lo había heredado de su padre-marido, Caos. Había que ser muy retorcido para eso.

A Alaric le había llevado casi seis meses recuperar los recuerdos del guerrero y ese medio año había incluido dos ciclos de purificaciones en el Templo para limpiar su alma.

Ven prefería no pensar en ello, joder, odiaba pensar en ello, pero a veces se preguntaba si Alexios había conseguido salir del todo del pozo negro del infierno al que lo había arrastrado aquella zorra.

Con todo, Alaric le dio el visto bueno y Alexios volvió a ser uno de los Siete. Era una cuestión de honor que Ven confiara en él.

Los Siete eran la guardia más leal del príncipe supremo de toda la Atlántida, aunque estuviera desaparecido, presumiblemente muerto.

También dirigían y coordinaban los equipos de guerreros que patrullaban la superficie de la tierra y vigilaban a los puñeteros humanos, que se dejaban pastorear como, ¿cómo los llamaban

los chupasangres?, borregos.

Mientras tanto, Ven y los Guerreros de Poseidón tenían que mantenerse en las sombras. Sin que nadie los viera. De puto incógnito. Tenían que defender a los caminantes de los capullos que había entre los chupasangres, los monstruos peludos y todas esas mierdas que se arrastraban por la noche asustando a todo bicho viviente. Y, con franqueza, daba la sensación de que los capullos eran mayoría en esas especies concretas.

Y no lo habían hecho nada mal, demonios, en los últimos once mil años, día arriba, día abajo. Hasta el día, unos diez años antes, en que los bichos raros que habitaban la noche decidieron salir de sus ataúdes. Primero los vampiros, después los cambia-formas. El trabajo de los guerreros de Poseidón se hizo como millones de veces más difícil en ese momento.

Por la razón que fuere, Anubisa no se había molestado en contarle a su gente, la sociedad vampírica, el secreto de la Atlántida. Pero Ven intuía que eso podía cambiar en cualquier momento. Si alguien sabía algo de los caprichos de dioses y diosas, esos eran los atlantes.

Condenados al fondo del mar por el antojo de Poseidón.

Tampoco es que él se hubiera quejado. En voz alta, al menos.

Con todo, no era nada fácil defender a los humanos cuando los grandes, malos y feos vagaban con libertad por la tierra y los atlantes tenían prohibido abandonar las sombras. Pero Ven lo había discutido en el Consejo hasta quedarse ronco y después había terminado por rendirse. Los Ancianos no querían que se supiese nada de la Atlántida y, hasta que Conlan subiese al trono, nadie podía hacer nada contra el edicto.

Ven miró otra vez a su hermano, apenas oía la melodía tranquilizadora de las arpas y las flautas que tocaban las doncellas del templo en los vanos que rodeaban a su hermano. Se suponía que la música ayudaba con la curación.

Ven se echó a reír. Ya, Conlan odiaba esa mierda ligera y mullida de Debussy. Cuando subiera al trono, seguro pediría que pusiesen a Bruce Springsteen o a U2 en su coronación.

Sí. Si Conlan subía al trono.

Prefería no pensar en lo que ocurriría si Conlan quedó afectado. Porque adivina quién iba detrás. Eso es. Ven pasaría de ser el Vengador del Rey a ser príncipe supremo en un puñetero minuto real, y él no estaba hecho para dirigir nada, joder.

Volvió a mirar a su hermano, allí echado, quieto. Conlan había crecido como cualquier miembro de una casa real, con el sentido del honor, el deber y demás encantadoras mierdas arraigadas en su alma. Pero Ven creció hecho un auténtico luchador callejero. Había una parte fea en su alma. La parte que se había encogido y muerto al acompañar a su madre al final, justo antes de que muriese. Cuando le rogó que se salvara él y protegiese a su hermano.

Y él se lo prometió, entre sollozos, mientras su madre moría.

Y joder con el puto trabajo que había hecho para mantener su palabra.

La madera se partió bajo sus puños.

—Una madera muy dura para romperla sólo con las manos —comentó una voz seca.

Ven no levantó la cabeza para mirar al sacerdote, sólo se puso a sacarse las astillas de las palmas desgarradas y ensangrentadas.

—Sí, ya no hacen estas barandillas como antes —murmuró.

Alaric se acercó, casi como si flotara, aquel tío ponía los pelos de punta, y se detuvo junto a él.

—Puedo curarte eso si quieres —se ofreció con tono desapasionado.

—Creo que ya has hecho bastantes curaciones por un día, ¿no te parece?

Alaric no dijo nada, se limitó a mirar a su príncipe dormido por encima de la barandilla.

Ven estudió a Alaric mientras el sacerdote observaba a Conlan. Alaric y Conlan habían crecido juntos, correteando por el reino como los bribones que eran, haciendo pedazos calles y campos con sus juegos y bromas. Pocas veces refrenados por unos padres indulgentes o una comunidad que respetaba demasiado al heredero real y a su primo.

Más tarde se abrieron camino por las tabernas y entre las mozas con el mismo empuje y encanto juvenil.

En el sacerdote ya no quedaba nada de aquella juventud. Lucía el poder de su cargo como una armadura. Invisible, pero inconfundible. Los planos cortantes de su rostro y el ascetismo aguileño de su nariz les recordaban a todos los que se enfrentaban a él que tenían delante a un hombre de fe, despojado de todo por las exigencias de su cargo.

Las exigencias del poder. Es decir, si aquellos ojos verdes que resplandecían con suavidad no los hubieran advertido ya.

Sumo sacerdote, fantasma oscuro, instrumento del poder de Poseidón.

Espeluznante hijo de puta.

—No, ya no nos queda mucho encanto juvenil a ninguno, ¿verdad, Alaric?

Alaric levantó una ceja pero, aparte de eso, no pareció sorprenderle demasiado el comentario.

—Quieres saber si ha quedado comprometido —dijo con el rostro ceniciento y consumido.

Después de unas doce horas de curación, era impresionante que pudiera mantenerse en pie siquiera.

—Después de lo de Alexios... —empezó a decir Ven, pero se detuvo, incapaz de continuar.

Si Anubisa había comprometido el alma de su hermano, la familia real estaba condenada de verdad. Aquella tía habría cumplido al fin una promesa que ya tenía cinco mil años.

Ven cruzaría las puertas del propio infierno para meterle sus dagas por aquel culo de chupasangre. Y era lo bastante honesto como para saber que jamás saldría vivo de ese enfrentamiento.

Alaric respiró hondo.

—Está entero.

Todo el cuerpo de Ven se hundió con un suspiro de alivio tan fiero que por un instante su visión se hizo literalmente borrosa. Parpadeó para espantar los puntitos grises que le flotaban delante de los ojos.

—¡Gracias a Poseidón!

Alaric permaneció en silencio, lo que suscitó las sospechas de Ven. Sólo una pequeña duda.

—¿Alaric? ¿Hay algo que no me estés diciendo? ¿Es una simple coincidencia que haya vuelto justo unas horas después de que Reisen arrancara las puertas del Templo y se largara con el Tridente?

El sacerdote apretó la mandíbula, pero todavía tardó un minuto en hablar. Al fin lo hizo.

—En cuanto a Reisen, no sé qué decirte. De momento es imposible averiguar su paradero. Y Conlan... —Alaric dudó, después pareció tomar una decisión y asintió—. El príncipe está entero. De algún modo, a pesar de siete años de torturas, está entero. Ella no fue capaz de comprometer su mente ni capturar su alma para disponer de ella. Pero...

Ven se aferró al brazo de Alaric con un puño de acero.

—¿Pero? ¿Pero qué?

Alaric no dijo nada, se limitó a mirar la mano de Ven que le rodeaba el brazo. Ambos sabían que Alaric podía incinerar la mano de Ven con una única oleada de poder elemental. Pero en ese preciso instante a Ven le importaba un pimiento.

De todos modos suspiró y soltó el brazo de Alaric.

—¿Pero qué? Es mi hermano. Tengo derecho a saberlo.

Alaric asintió con un gesto imperceptible y volvió a bajar los ojos para contemplar la figura inmóvil de Conlan.

—Pero sólo porque ella no fuera capaz de sobornar el alma de tu hermano para poder utilizarla no significa que Conlan la conserve entera. Nadie puede sobrevivir a tanto tiempo de torturas con el alma intacta.

Levantó la cabeza y miró a Ven fijamente. Una mirada muerta. Una mirada que prometía destrucción. Ven vio reflejada en los ojos del sacerdote su propia necesidad de matar a hostias a unos cuantos vampiros.

—Conlan regresó con nosotros, Ven. Pero es posible que pase mucho tiempo hasta que sepamos si ha dejado algo atrás.

Ven enseñó los dientes en un fiero amago de sonrisa.

—Lo resolveremos. Mi hermano es el guerrero más fuerte que conozco. Y Anubisa va a averiguar con toda exactitud lo que significa que yo sea el Vengador del Rey. —Clavó los puños en los mangos de las dagas con un brillo en los ojos—. Voy a meterle un poco de venganza por ese culo fruncido que tiene.

Los ojos de Alaric brillaron durante un instante con una luz verde tan brillante que Ven tuvo que entrecerrar los ojos.

—Oh, sí. Esa tía se va a enterar. Y será un placer para mí ayudarte con esa lección.

Mientras los dos salían de la cámara de observación, Alaric volvió la cabeza y vio la barandilla que Ven había destrozado, después lo miró.

—Poseidón también tiene motivos para vengarse.

Ven asintió e hizo en silencio el segundo juramento formal de toda su vida.

Aunque muera en el intento, Anubisa será destruida. Gloria a Poseidón. Esa puta está acabada.



—Un momento interesante.

Conlan se puso en tensión y crispó los nervios para intentar coger por centésima vez, o quizá milésima, la espada que Anubisa le había robado. Después, la familiaridad de la voz penetró en el letargo del proceso de curación.

—Alaric —dijo, relajándose y apoyándose de nuevo en las almohadas.

El sumo sacerdote de Poseidón se quedó mirándolo, la insinuación de una sonrisa le levantaba las comisuras de la boca.

—Resulta un poco aburrido tener razón todo el tiempo. Bienvenido de nuevo, Conlan. ¿Unas vacaciones muy largas?

Conlan se sentó en la mesa de mármol y oro de los sanadores, se estiró y se quedó mirando su piel restaurada. Los huesos que dejaron de estar rotos y volvieron a su sitio.

Las cicatrices que nunca se curarían.

Lo consumía la necesidad de quemarle la cara a aquella zorra y arrancársela del cuerpo con una gran puta bola de energía. Le reconcomían las entrañas. La apartó con una sacudida y volvió a concentrarse en el sacerdote.

—¿Es que has tenido razón todo el tiempo? —repitió—. ¿Sabías que estaba vivo?

—Lo sabía —le confirmó Alaric, unas líneas duras le surcaban la cara.

Se cruzó de brazos y se apoyó en una columna de mármol blanco.

La mirada de Conlan se fijó en las vetas de oricalco cobrizo que se entrelazaban alrededor de sus tallas. Delfines saltando. Nereidas riéndose de sus juegos. El aroma de los tulipanes de lava verdes y azules impregnaba el aire.

Las imágenes y los aromas del hogar que le habían negado durante siete puñeteros años.

Arrancó los ojos de esas imágenes y los volvió a clavar en Alaric.

—¿Y sin embargo dejaste que me pudiera allí? —La traición destelló entre los dos y combatió con el sentido común.

Alaric habría tenido obligaciones que cumplir con el Templo. Con el pueblo.

Con la Atlántida.

Alaric se irguió y poco a poco descruzó los brazos, su contención sólo subrayaba el enorme poder desatado en su interior, sus gélidos ojos verdes destellaban de furia.

—Te busqué. Cada día durante los últimos siete años. Incluso hoy, antes de que llegaras, estaba preparándome para unirme a tu hermano, que estaba esperando arriba para hacer otro viaje desesperado, para ir a buscarte y rescatarte de donde quiera que te hubieran encerrado.

Conlan apretó la mandíbula y recordó el disparo de despedida de Anubisa, después asintió.

—Nos ocultó. Es más poderosa de lo que sospechábamos siquiera.

El rostro de Alaric se endureció, si es que podían endurecerse unos planos y unas líneas esculpidas que ya parecían talladas en mármol.

—Anubisa —dijo con tono rotundo. No era una pregunta—. Tampoco es ninguna sorpresa que la diosa de la noche pueda proyectar el vacío de la muerte para enmascarar sus... actividades.

La palabra tortura flotó en el aire entre los dos, retorciéndose y palpitando. Al menos el sacerdote tuvo la decencia de no pronunciarla.

Conlan asintió y se buscó con la mano la cicatriz que tenía en la base de la garganta sin darse cuenta. Cuando lo hizo se obligó a bajar la mano.

—Me impidió el acceso al agua. Me alejó de cualquier fuente de agua, salvo por el mínimo imprescindible para que pudiera beber y mantenerme con vida. No tuve oportunidad de canalizar ningún poder, ninguna oportunidad en absoluto.

Cuando al fin pudo soportar encontrarse de nuevo con los ojos de Alaric, Conlan se estremeció al ver la profundidad del dolor y la furia que había en ellos.

—Ni una sola vez. Ni la menor resonancia de tu existencia —dijo Alaric mientras sujetaba el mango de jade de su daga. Después se la tendió a Conlan con la hoja hacia abajo—. Si dudas de mi lealtad, primo, termina ahora con mi vida. Me lo merezco por mi fracaso.

Conlan notó la referencia a su relación familiar con la esquina más cínica de su mente, la que calculaba la sutileza de la política de los atlantes. Alaric nunca pronunciaba ni una sola palabra que no tuviera al menos dos significados. Con frecuencia polémicos, a veces pedagógicos. Nunca sin propósito.

Conlan aceptó la daga, le dio la vuelta y después se la tendió de nuevo a su propietario.

—Si fracasaste en el papel para el que te designaron, sacerdote, la justicia de Poseidón será la que te dé de hostias. Yo no te hago ninguna falta.

Alaric sacudió el pelo negro que le caía por los hombros y entrecerró los ojos al oír el énfasis que le daba su primo a su título. Después asintió una vez y devolvió la daga a la vaina tachonada de esmeraldas.

—Como digas. Pero tenemos otros problemas, príncipe —dijo con idéntico énfasis en el título—. Al fin regresaste, sólo horas después de que se perdiera el vehículo de tu ascensión al trono.

—Cuéntamelo —dijo Conlan, la furia abrasaba los restos del poco autocontrol que le quedaba.

—Reisen. Mató a dos de mis acólitos. —Alaric escupió las palabras y apretó los puños—. Conlan, se lo llevó. Se llevó el Tridente. Ha subido a la superficie. Si los no muertos consiguen hacerse con él...

Las palabras de Alaric fueron perdiendo potencia. Los dos sabían el precio que se pagaba por emplear mal el poder. El antiguo sumo sacerdote de Poseidón se pudría en el abismo negro de la mazmorra del templo por excederse en el ejercicio de sus poderes.

Poseidón les pasaba facturas letales a aquellos que lo traicionaban.

Conlan cogió de repente una bocanada de aire y el vello de los brazos se le puso de punta como respuesta a las corrientes casi invisibles de energía elemental que Alaric hacía crujir por la habitación. Para que el poder se le escapase así, el sacerdote tenía que estar casi a punto de perder el puñetero control. O bien, en aquellos siete años su poder había aumentado como nunca.

Conlan no sabía qué opción debería preocuparlo más.

Su amistad soportó las tensiones de las exigencias de la política y el poder, y estaba

dispuesto a confiarle su vida a Alaric. ¿O no?

Aquello era suficiente para acabar con la cabeza de cualquier tío.

Apretó las sábanas con los puños y luchó por recuperar la compostura. Por recuperar algo parecido a un porte real que cubriese la escabrosa demencia que amenazaba con consumirle el cerebro.

Con reconcomerle las entrañas.

Y acabar con su alma.

Su corazón ya hacía tiempo que había desaparecido. Destrozado bajo el extremo de un látigo mientras le obligaban a escuchar los susurros sedosos que describían las atrocidades que habían apilado sobre su madre y señora.

Anubisa y sus apóstatas de Algolagnia. Habían asesinado a su madre milímetro a milímetro y habían disfrutado con ello. Peor aún, se pusieron cachondos mirándola. Un profundo estremecimiento lo atormentó al recordar que Anubisa se había masturbado hasta llegar al orgasmo mientras le contaba historias sobre las torturas de sus padres.

Una y otra vez, y otra vez más.

Anubisa iba a morir.

Iban a morir todos.

—¿Conlan? —La voz de Alaric lo arrancó casi con un tirón físico de sus recuerdos de sangre y muerte.

Alaric. Había dicho horas después...

—¿Horas? Y aquí estoy ahora —dijo Conlan al recordar—. Dejó que me fuera. Lo sabía, Alaric. Lo sabía.

Su último día. Su última hora.

—Ah, principito, cuánto placer me has proporcionado —le había murmurado al oído. Después se había deslizado por su cuerpo desnudo y le había lamido con delicadeza el sudor, la sangre y otros fluidos más espesos que se acumulaban y deslizaban por sus muslos—. Pero creo que debes regresar con tu pueblo. Te aguarda una sorpresa deliciosa. Y, en tu estado actual, ya no me diviertes.

Se levantó y le hizo un gesto a uno de sus sirvientes para que se acercara.

—Doce, de mi guardia personal. Doce, ¿me entiendes? Que no te engañe ésta debilidad temporal. Éste mocoso de príncipe de la Atlántida tiene... una fortaleza oculta. —Le recorrió con un dedo la polla y se echó a reír cuando él intentó apartarse.

Después volvió a mirar a su sirviente.

—Échalo de aquí.

Todavía desnuda, con el cabello largo y ondulado apelmazado por la sangre del príncipe, Anubisa se dirigió con paso firme a la puerta de la celda que le había servido de prisión durante siete años. Después se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Tu linaje me divierte, principito. Dile a tu hermano que el siguiente es él.

Y Conlan la maldijo entonces, tras recuperar al fin la voz. La llamó cosas que ni siquiera sabía que conocía. Hasta que llegaron sus guardias y uno de ellos le demostró que se había ofendido en nombre de su señora atizándole con un palo en la cabeza.

Se quitó la imagen de la cabeza con una sacudida. Había salido del infierno de Anubisa.

Pero jamás se liberaría de los recuerdos.

Quizá nunca lograra recuperar la cordura del todo.

Pero era Conlan de la Atlántida y había regresado. Su pueblo quería un rey, no una ruina rota de príncipe.

Miró a Alaric, delante de él, y vio la preocupación reflejada en el rostro del sacerdote. Quizá hasta Alaric quisiera un rey.

Se acabó el complacerse con sueños de venganza, ha llegado el momento de hacer frente a la realidad.

—Ya no somos niños que hacen travesuras en los encierros, ¿verdad? —dijo Conlan, una sombra de aquella libertad recordada cruzó su mente.

Antes de tener que hacer frente a las exigencias que le imponía ser hijo de su padre. Antes de que Alaric tuviera que hacer frente a las exigencias que le imponía ser el elegido de Poseidón.

Alaric ladeó la cabeza con expresión cauta, después la sacudió poco a poco.

—Hace ya muchos años que no, Conlan.

—Muchos —respondió Conlan—. Demasiados. —Bajó los pies de la mesa de curación y se puso de pie.

—La niñez quizá haya quedado atrás, pero no la lealtad, nunca. Eres mi príncipe pero, antes que eso, eres mi amigo. Nunca lo dudes —dijo Alaric.

Conlan leyó la verdad en los ojos de Alaric y se sintió mejor. Le tendió la mano y entrelazaron los brazos, una renovación tácita de su amistad que quizá necesitaban los dos.

Después, el príncipe se estiró, contento de ver que su cuerpo volvía a funcionar. Iba a necesitar hasta el último gramo de energía que tuviera.

—Así que se retrasan tanto mi ascenso al trono como las obligaciones matrimoniales que me unen a una virgen muerta desde hace siglos —dijo con sequedad—. La verdad es que esto último no me preocupa demasiado.

—Muerta no. Sólo durmiendo, aguardando tus necesidades. Es tu destino —le recordó Alaric.

Como si hiciera falta que se lo recordaran. Como si no lo hubieran machacado con ese deber en concreto durante cientos de años. El amor no figuraba en el orden del día de los programas de reproducción de los Guerreros de Poseidón, sobre todo cuando se trataba de un miembro de la realeza.

Frunció el ceño al pensar en aquella fantasía. Amor. Como mucho, un mito con el que arrullar a los niños.

—Me largo. Voy a por ese cabrón de Reisen. Voy a recuperar el Tridente, sacerdote. Y se hará justicia con la Casa de Micenas.

Alaric le sonrió y Conlan pudo vislumbrar una sombra del niño que había sido su primo.

—Nos vamos todos. Ven está preparándose para el viaje. ¡De qué nos habrá valido preparar la procesión de bienvenida...!

Conlan intentó devolverle la sonrisa, pero su boca había perdido la memoria. Después de tantos años de crisparse de agonía, ya no sabía sonreír. Años de aullar de rabia y desesperación.

Alaric alzó una ceja y tensó la boca en una línea sombría.

—Es una expresión... interesante. Un día vas a tener que contarme con exactitud qué te hicieron.

—No —respondió Conlan—. De eso nada.

Capítulo 2

Virginia Beach

—Dina, piensa en tu pequeña. —Riley Dawson se agachó junto a la única ventana de la habitación con las manos sueltas y abiertas a los lados.

Sin amenazar, sin amenazar, sin amenazar.

Riley obligó a sus músculos faciales a relajarse y a adoptar una expresión de calma mientras observaba cómo su embarazadísima cliente de dieciséis años metía un poco más el extremo letal de una pistola muy grande y muy fea por la boca del hombre inconsciente. La piel del hombre tenía un tono blanco pastoso, pero Riley veía que el pecho se le movía con una respiración superficial.

No está muerto. Que siga así, Riley.

—Estoy pensando en mi pequeña, Riley. ¡No te metas en esto! Mi niña no va a crecer con un padre que es un asqueroso gato callejero. —La mirada de Dina recorrió la habitación entera con un destello, resbaló por el rostro de Riley y después regresó a Morris, que seguía echado, muy quieto y muy pálido, al borde de la cama.

Riley vio que el pecho del hombre se movía. Seguía respirando a pesar de la fuerza con que se había estrellado el arma en la parte posterior de su cráneo, porrazo del que fue testigo Riley al entrar por la puerta abierta para hacer su visita mensual. Pero había estado en suficientes habitaciones atestadas de ruidos, personal de urgencias y olor a muerte para saber que una vida podía terminar en un instante. Y a Dina le temblaba la mano que sujetaba la pistola.

—Dina, escúchame. Siento que hayas encontrado a Morris con otra chica. Cometió un tremendo error y estoy segura de que lo siente mucho. Pero tienes que pensar en tu hija. Te necesita, Dina. Si le haces daño a Morris, vas a ir a la cárcel, y ¿quién va a criar entonces a tu niña? Sabes que tu madre no puede. —Un doloroso calambre atravesó los músculos de la pierna de Riley, que se quejaba por tener que estar agachada en el suelo tanto tiempo.

Hizo un pequeño movimiento para cambiar de postura, pero con cuidado de no hacer nada repentino ni brusco.

Dina soltó una carcajada que parecía oxidada por falta de uso.

—¿Esa zorra que sólo sabe darle al crack? Esa no es una madre. Esa no se va a acercar a mi niña.

—Exacto. Sabes que eres la mejor persona del mundo para cuidar de tu bebé. ¿Ya has pensado que nombre vas a ponerle?

Que no dejen de hablar. Hay que distraerlos con temas más agradables, algo con lo que sientan una conexión personal.

La voz de uno de los conferenciantes de alguna de las cientos de horas de cursos que había hecho Riley le martilleó la cabeza.

Eso. Temas agradables cuando le tiene metida una pistola por la garganta al muy capullo. ¿Y qué hay de que yo esté a punto de mearme en las bragas en cualquier momento? Los manuales nunca mencionaron ese pequeño detalle.

Dina sonrió un poco.

—Voy a llamarla París. Como esa ciudad de Francia. La de la torre. Es tan bonita... Nos hablaron de ella en la escuela. Y voy a llevarla allí algún día. Paris Marguerite, por la abuela.

—Es un nombre muy bonito, Dina. Paris Marguerite. Y ahora, por favor, dame la pistola. No querrás que Paris Marguerite crezca sin su mamá, ¿verdad? —Riley se fue levantando poco a poco del suelo sin hacer caso de las punzadas que sentía en los músculos de los muslos. Después estiró la mano con la palma hacia arriba—. Por favor, dame la pistola. Yo te ayudaré. Solucionaremos esto juntas. Por favor, dame la pistola, para que Paris Marguerite crezca con su mamá, que la va a cuidar mucho. —Contuvo el aliento cuando Dina vaciló un momento, mirando primero a Riley y después a Morris, y vuelta a empezar.

La vida de un hombre pendía del borde vacilante de la indecisión de una adolescente. No. De eso tampoco hablaban en el puñetero manual.

Dina respiró muy hondo, con un estremecimiento y los hombros se le hundieron un poco. Sacó la pistola de la boca de Morris de un tirón y se la tendió a Riley. Ésta sintió que el aliento que llevaba media hora conteniendo se le iba escapando de los pulmones.

Gracias, gracias, gracias, no puedo...

Los ojos de Morris se abrieron de golpe. Saltó de la cama con la sangre saliéndole de la boca y chorreándole por la cara y le atizó un puñetazo a Dina en la mandíbula.

—¿Me atizaste en la cabeza? puta. ¿Me apuntaste con una pistola? Ya te enseñaré yo quién apunta con una pistola a Morris.

Cuando Dina cayó al suelo por la fuerza del golpe, Morris fue a darle una patada en el vientre. Riley salió a toda velocidad de la esquina y corrió hacia ellos chillando.

—¡No, no! ¡Morris, no! ¡No le hagas daño! ¡No hagas daño a tu bebé!

La habitación se convirtió en un calidoscopio de imágenes fracturadas y movimientos, en una cacofonía de sonidos. Casi a cámara lenta, Riley vio la patada que aterrizaba con toda su fuerza en el costado del enorme vientre de Dina. Oyó chillar a Dina, oyó chillar a Morris, oyó chillar a alguien más, ¿era ella la que chillaba?

Saltó sobre él sin importarle que aquel hombre pesara unos cincuenta kilos más que ella.

—No, no, no. No le hagas daño. Tienes que parar. Morris, tienes que parar.

Morris la sujetó por el pelo con un tirón brutal y le apartó la cabeza de golpe.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer. Y menos que nadie una asistente social de mierda.

Morris levantó el puño.

Muévete. Tienes que moverte.

Riley apartó la cabeza de un tirón hacia la izquierda justo cuando el enorme puño se le clavaba en un lado de la cara.

Justo, casi. Quizá. Por favor, Dios, que no tenga roto el cuello. La habitación se oscurece. Lucha, Riley. Lucha por permanecer consciente.

El puño volvía a caer.

—No, por favor...

Pero Morris no le hizo caso, con el rostro crispado de rabia, incapaz de oír, incapaz de razonar. El puño explotó otra vez, salvo que no era el puño de Morris.

Y no era la cara de Riley.

¿Trueno? ¿Es un trueno? Está tan negro...

Mientras Riley luchaba contra la negrura, la mano que le sujetaba el pelo se fue soltando. La cara de Morris cambió, una caricatura a cámara lenta que iba pasando de una mueca de intenso odio a otra de sorpresa. Los dos se quedaron mirando la mancha escarlata que florecía, se extendía y le cubría la camisa. Cuando Riley tocó con un dedo curioso la mancha pegajosa y oscura que le salpicaba la cara, la habitación se sumió en la oscuridad.

Conlan abrió el portal y lo centró en la costa este de Estados Unidos. Virginia, para ser precisos. Ven había estado «investigando», según Alaric. Lo cual podía ser traducido como: «Sacar información a hostias a toda la escoria que se había encontrado en todas direcciones». Su hermano siempre prefirió un acercamiento bastante directo.

En ese momento, Ven estaba reuniendo al resto de los Siete para acompañar a Conlan a la superficie. Sólo que Conlan no estaba de humor para esperar. Ni siquiera por su hermano. Quizá sobre todo por su hermano. Si veía una sola pizca de compasión en los ojos de Ven...

Bueno. Olvídate de eso. Concéntrate en el portal.

Siete años sin usarla y la magia estaba un tanto oxidada. O bien el portal, bastante temperamental el mejor de los días, había decidido jugar con él, como descubrió Conlan cuando atravesó el agua.

Montones de agua.

Por suerte cogió por instinto una gran bocanada de aire antes de lanzarse por la trémula abertura. Esa era otra lección que aprendió por las malas: el portal tenía su propio poder, independiente de los atlantes que habían sido los primeros en utilizarlo más de once mil años atrás.

Deberían colgar un cartel que dijese «Precaución» en aquel trasto caprichoso. Dio un par de patadas y se dirigió a la superficie, supuso que estaba a unos diez metros de profundidad, por la pinta de la flora y la fauna de aguas poco profundas que resplandecían bajo la diluida luz de la luna.

Pero las distancias podían ser engañosas en el mar.

Y también estaba el problema de dónde diablos podría estar la costa. No sería el primero que terminaba chapoteando en medio del océano.

Esa era la idea que tenía el portal de una broma. Si los portales tenían emociones, ese hacía gala de un sentido del humor de lo más vengativo.

Cuando salió a la superficie y tomó una bocanada de aire, una fuerza casi tangible se estrelló contra él. Una sensación agónica le atravesó la cabeza y luego se interrumpió como si le hubieran dado a un interruptor. Un sabor amargo le abrasó la boca; una acidez, como un limón empapado de mar.

Lo atravesó otra oleada de dolor que lo desequilibró. Estuvo a punto de hundirse otra vez bajo las olas sin percibir apenas la arena de la costa que se cernía no muy lejos.

Sacudió la cabeza e intentó huir del fuego que le abrasaba la cabeza. Lanzó una carcajada seca. Últimamente tenía mucha práctica con el dolor.

Piensa, maldito seas.

Unos pensamientos absurdos se arremolinaron en su magullado cerebro.

Si la cabeza de un príncipe atlante se parte en dos en medio del océano, ¿hace algún ruido?

Estuvo a punto de echarse a reír de nuevo, pero en lugar de eso escupió agua por la nariz. Atragantado y tosiendo, por fin obligó a sus miembros a colaborar y se dirigió a la costa; no tardó en darse cuenta de que podía tocar el fondo y caminar.

Al final surtió efecto su preparación y pudo mantenerse erguido y coherente.

Analiza. Razona. Utiliza la lógica.

Una tercera oleada de dolor lo abrasó y lo hizo caer de rodillas, tuvo que meter la cara bajo las olas que rompían en la orilla. Luchó por levantarse y se precipitó hacia la costa.

¿Los poderes mentales de algún vampiro? No me lo parece. Podían hacerse con tu mente, pero no proyectar el dolor así. ¿Podría ser Reizen? ¿Le concedió el Tridente algún tipo de poder mental del que no sabemos nada?

Sus botas chocaron con la arena seca y se derrumbó, cayendo de rodillas con un tambaleo. Envío un mensaje mental a Ven.

Necesitaba ayuda.

Pero no fueron los familiares patrones de Ven los que respondieron a su llamada, sino un diminuto punto de conciencia que destelló en lo más profundo de su mente, vaciló como una vela en una corriente y después se centró.

Una imagen de belleza partida por el dolor. Una mujer con el cabello del color del sol.
Algo se cerró de golpe en la mente de Conlan y la mujer y el dolor se desvanecieron. Casi como si se cerrara una puerta mental.
Y no fue Conlan el que dio el portazo.

Capítulo 3

Riley parpadeó al mirar al paramédico que le examinaba los ojos mientras le tomaba el pulso con los dedos. Después apartó la mirada y examinó la habitación, sabía que tenía cara de sueño, y es que estaba muerta de cansancio.

El sanitario repitió la frase más despacio, como si Riley no la hubiera entendido la primera vez.

—Tiene que ir a urgencias a que la miren.

La joven empezó a sacudir la cabeza, no, pero se detuvo cuando las punzadas de dolor le atravesaron el cráneo entero.

—No quiero ir a urgencias. Fue un simple puñetazo.

Le apartó la mano y se levantó con las piernas temblorosas, lo que seguramente le daba la razón al paramédico, pero ¡qué diablos!

—Ya he pasado por cosas peores. Necesito ir a dar un paseo. Necesito aire fresco.

Ya había hablado con el detective que estaba a cargo de lo que se convirtió en la escena de un crimen. Ella ya no tenía nada más que hacer allí y la habitación se le estaba cayendo encima.

La primera vez fue toda una sorpresa ver cuánta gente aparecía en la escena de un crimen. Cuántos funcionarios se reunían en la confluencia de lo mundano: había que tomar fotos, tomar huellas, tomar medidas...

La blasfemia de la muerte oscurecida por los detalles del trabajo policial moderno. Por alguna razón, era como si no debiera ser así, pero siempre era igual.

Ya lo había visto demasiadas veces. Debería haberse hecho secretaria, como su hermanita. Quinn nunca tenía que enfrentarse a la desesperación. Ni a los puños. Ni a la sangre en la ropa.

Hacía estragos en la cuenta de la tintorería.

El paramédico se apartó un poco y apagó la linterna con la que le había estado examinando los ojos.

—No creo que tenga una conmoción, pero va a tener un ojo a la funerala de tamaño familiar. Debería venir conmigo, en serio, y que la mire el médico.

El estómago de Riley se retorció, vacío y asqueado. Se apartó del sanitario y dejó de prestarle atención antes de volver a examinar la habitación. El apartamento barato. El caos que dejaba a su paso la violencia.

El hedor de la muerte, la sangre y el cuerpo al desprenderse de sus desechos. Algo que le había sorprendido en su primera muerte, esa secreción. La última indignidad. Un cadáver manchado de heces en manos de las impersonales atenciones del depósito.

Riley oyó el gemido que brotaba de lo más hondo de su garganta y lo ahogó. Ahora era más dura. Se había acostumbrado.

Inmune a cualquier emoción.

Al menos eso era lo que se decía. Hasta que vio el oso.

Apoyado en la esquina de la habitación, junto a una cuna, un oso de peluche gigante con un lazo rosa le sonreía como un tonto a la habitación entera, impasible ante el drama que acababa de desplegarse ante él.

Aquel maldito lazo rosa la puso mal.

—Tengo que salir de aquí. Por favor, quítese de en medio. Por favor. —Giró en redondo y pasó como una tromba junto al paramédico, con cuidado de rodear al personal que se había agachado en el suelo para tomar fotos.

—Eh, Dawson, ¿dónde se cree que va? —El detective con el que había hablado antes, ¿Ramsey? ¿Ramírez?, se puso unos guantes nuevos; las arrugas de su rostro se profundizaron cuando recorrió la cara de Riley con la mirada—. Tiene un aspecto de mierda. Debería ir con ellos a urgencias.

Riley no paró, se limitó a frenar un poco.

—Voy a vomitar. Tengo que ir a ducharme y descansar un poco. —Volvió la cabeza y lo miró por encima del hombro—. Le llamaré en cuanto pueda.

El otro abrió la boca, seguramente para protestar, pero a ella ya le daba igual. ¿Qué iban a hacer, arrestarla? Sabían quién era y, aunque sólo fuera de oídas, que siempre cumplía.

El policía asintió, resignado. La comprensión y algo más que ella prefería no definir entibió su expresión. ¿Compasión? Aquel tío debería dejar su compasión para Dina y su pequeña. La iban a necesitar. Ella sólo estaba haciendo su trabajo.

Y esa vez sí que se echó a reír, aunque cuando lo hizo no sonó... bien. Ya, claro, su trabajo. En aquel trabajo la estaba cagando a lo grande.

Otro día, otro cadáver. En lo que iba de año, con aquel ya eran ocho cadáveres.

El detective asintió.

—De acuerdo. De todos modos por ahora ya nos dijo bastante. Llámeme por la mañana. Tiene mi tarjeta.

Riley palpó la tarjeta que se había metido en el bolsillo y se dirigió a la puerta. Por la mañana. Lo llamaría por la mañana. Pero esa noche tenía que ir al agua. A la playa. Su santuario. Sentía el poder y la paz del océano llamándola.

Necesitaba sentir la caricia de las olas, así volvería a sentirse mejor.



Conlan permanecía solo en la oscuridad, con los ojos cerrados y los sentidos desplegados para percibir la presencia de cualquiera que se acercara.

Amigo o enemigo.

Mierda, casi prefería que fuera un enemigo. Le apetecía darle unas cuantas hostias a alguien. Enseñó los dientes de modo que pudiera pasar por una sonrisa. Y entonces abrió los ojos de golpe.

Porque la puerta que contenía las emociones e impedía el acceso a su mente acababa de abrirse de repente otra vez. Se tambaleó y luchó por no perder el equilibrio bajo aquel aluvión de angustia. Todo lo que podía hacer era capearlo como pudiese y rezar para que su hermano o Alaric llegaran pronto. Volvió a cerrar los ojos. Luchó por centrarse. Echó mano de esa parte de su entrenamiento que no incluía espadas ni dagas.

Aísla en compartimentos estancos. Un Guerrero de Poseidón no puede permitirse tener emociones. El precio de la arrogancia es tu vida, Conlan.

Casi podía oír a Archelaus susurrándole en la cabeza.

Utiliza todos tus sentidos. Jamás confíes sólo en tu mente. Subestimar el potencial de un enemigo para crear ilusiones significa la muerte.

Conlan se centró, crispado, pero logró mirarlo con indiferencia. Su mente analizó el problema de su propia dualidad; el cálculo impasible estudió el dolor furioso.

Las pruebas no indican ninguna causa interna. Busca en el exterior.

Vaya. Estaba fuera de él. Alguien, o algo, emitía dolor con la potencia suficiente como para abrirse camino entre las defensas mentales de Conlan.

El enemigo con el que había estado deseando encontrarse, quizá. Aquello no era ningún amigo, seguro. Ningún atlante podía enviar emociones a otro.

—Bueno, como se suele decir, ten cuidado con lo que deseas, ¿no? —murmuró para sí mientras se le tensaban los músculos por el esfuerzo de dominar las oleadas de angustia.

Dedicó un pensamiento a la fuente. Alguien, en alguna parte, estaba sufriendo un dolor de todos los diablos de los nueve infiernos.



Riley se apartó con esfuerzo de su vieja Honda, aparcada sin demasiadas contemplaciones entre dos espacios del aparcamiento desierto y se dirigió a la playa. No eran muchos los que iban a la playa a esas horas de una fría noche de octubre.

El olor del aire del mar y el agua salada la alcanzó y la joven respiró hondo, un frágil zarcillo de calma fue abriéndose paso por su organismo. El estómago le gruñó para recordarle que hacía más de catorce horas que no comía nada. Casi sin pensar, metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una de las barritas de proteínas que casi siempre llevaba consigo.

En su oficio no había un horario regular de comidas.

Empezó a quitar el envoltorio que envolvía la barrita y fue entonces cuando la golpeó: Morris no volvería a comer nunca más.

Ese pensamiento cayó sobre ella como una roca y la hizo doblarse. ¿Cuál era el número mágico? ¿Cuántas veces iba a tener que ver morir a alguien antes de que al fin le trajese sin cuidado?

¿Y qué clase de persona era, coño, para querer semejante cosa?

Se obligó a enderezarse y miró el reloj, después maldijo por lo bajo. Ya casi era la hora del toque de queda. Lo sabía todo del toque de queda. Hasta tenía la copia obligatoria del Acta de Protección de Especies No Humanas de 2006 pegada a una ventana de su casa, como exigía la nueva ley.

—Me da igual. Necesito éste paseo. No me van a trincar porque me pase unos cuantos minutos de la hora humana —murmuró.

El océano significaba alivio. Solaz. Y su mente necesitaba ambas cosas con desesperación.

Y ahora hablo sola. Eso sí que es una señal de encierro inminente en el loquero.

Le dio una patada a una lata vacía cuando por fin alcanzó la arena y después se metió la barrita de proteínas sin abrir en el bolsillo. Quizá más tarde.

La luz de la luna hacía piruetas sobre la superficie de las olas, despreocupada y alegre. Impasible ante las preocupaciones humanas. Riley levantó la cabeza para calcular la fase. Esa mañana no había escuchado la alerta lunar en la radio.

Gibosa creciente. Bien. Todavía quedaban un par de días hasta la luna llena.

Qué bien se les daba a todos seguir la pista a las fases de la luna desde que los cambiaformas habían anunciado su existencia. Era irónico todo lo que se podía conseguir en una sola década. Seguramente ella hubiera pensado que una gibosa creciente era algo que tenía que ver con monos.

La vida era mucho más fácil cuando la luna sólo era algo sobre lo que saltaban las vacas en los libros de cuentos.

Vacas. Cuentos.

Ese puñetero oso y su lazo rosa.

Riley se hundió en la arena, cerca del agua, y se rindió a las lágrimas.

Cuando una nueva oleada de dolor inundó su mente, Conlan levantó la cabeza y olisqueó el aire.

La chica está cerca. ¿Chica? No sé cómo lo sé pero, sí, es una chica. ¿Quizá a unos cuantos kilómetros de aquí?

Echó a andar y aceleró.

Empezó a correr. Se convirtió de súbito en moléculas de agua pura con la velocidad sobrenatural de los de su especie.

Debo encontrarla.

Una necesidad, inexplicable pero intensa. Una determinación primitiva.

Tengo que encontrarla ya.



Riley se estremeció con un suspiro tembloroso, intentaba salir de las corrientes de angustia que amenazaban con hundirla. Dina iba a ir a la cárcel.

Por favor, Dios, cuida de Dina.

Riley levantó la cabeza y miró otra vez a la impasible luna, después lanzó una carcajada amarga.

Aunque, ¿para qué me molesto? No es como si los cientos de plegarias que he enviado hasta ahora hubieran surtido algún efecto. Lo de la niña es lo peor. Si llega a vivir, va a ir a una casa de acogida.

Riley pensó en un bebé que acababa de dejar en una casa de acogida, una de las mejores. La señora Graham quería a todos sus niños, pero tenía una afinidad especial con los más indefensos. El pequeño clavó los ojitos en la cara de Riley cuando ésta le había entregado su cuerpecito crispado y adicto al crack a su nueva cuidadora. Sus dedos se habían cerrado y abierto como anémonas de mar en busca de una luz que quizá nunca llegara.

La joven se frotó los brazos, estaba temblando. La señora Graham estaba al límite de su capacidad. Riley no tenía a nadie disponible que fuera tan bueno como ella. El bebé de Dina terminaría criándose en la misma cultura de violencia y pobreza, o quizá algo incluso peor, que la que había moldeado a Dina y a Morris.

Si es que la pequeña llega a vivir.

Riley se quitó la idea de la cabeza con un empujón casi físico. No podía pensar en eso. No, en ese momento.

No, cuando estaba casi a punto de perder la cordura.

Mételo en la caja, Riley. Ya pensarás en ello mañana.

Pero mientras apretaba las mandíbulas para detener el grito que se le escapaba de la garganta, un extraño sexto sentido captó el peligro. Los vislumbró por el rabillo del ojo, arrastrándose por la arena, entrando y saliendo de las sombras arrojadas por las nubes.

Eran tres. La joven se agazapó de un salto, lista para echar a correr mientras examinaba la zona en busca de una vía de escape.

Asombrada al darse cuenta de que, durante apenas una fracción de segundo, se había sentido demasiado desesperada para intentar salvarse siquiera.

Capítulo 4

Conlan giró por el aire más rápido que nunca y desplegó su concentración como una flecha para poder utilizar las gotas de agua que flotaban en el aire marino como si fueran un prisma, hasta que al fin pudo ver el perfil de la joven.

Un tanto para la visión de los atlantes.

Las sombras captaron la luz de la luna y ocultaron el rostro femenino. Todo lo que Conlan veía era una forma esbelta agazapada en la playa. El impacto del dolor de la joven se magnificó, se triplicó, cuando el atlante vio que le temblaban los hombros.

No había duda de que aquella chica era la fuente de la granada emocional que había hecho añicos sus defensas. No era un ejército. Ni una conspiración vampírica para controlar su mente.

Una simple humana, sola. Y estaba proyectando emociones.

Era *akenasha*. Empática.

Asombrado, sin poder creérselo, Conlan le envió una vacilante sonda mental. La mente de la chica se aferró a esa sonda y se le encabritaron los pensamientos, a la defensiva. Como si presintiera el peligro.

Aquella chica pensaba que era un depredador. El atlante enseñó los dientes con lo que casi se podría llamar sonrisa. Le habían llamado cosas peores.

Conlan intentó cerrar sus escudos mentales, pero la joven arremetió contra él. La defensa se convirtió en ataque, intentaba discernir qué coño era.

¡Largo de mi mente!

Desafío. Valor.

Una emoción pura, ardiente.

Y en el fondo, una insinuación de miedo.

La lógica de Conlan intentó encontrarle sentido a lo imposible. Ni siquiera los atlantes podían proyectar emociones hacia la sonda mental, ya no. Pero aquella chica lo estaba haciendo. Y a un nivel tan intenso, tan visceral, que sus sentidos de guerrero estuvieron a punto de no captar la amenaza que se cernía sobre ella.

Eran tres. Pretendían hacerle daño. Conlan maldijo con saña por lo bajo en un idioma muy antiguo.

Iban a morir.

Se movió incluso más rápido que antes.



Riley levantó la cabeza, consciente de súbito de una amenaza mucho mayor que los tres que la seguían. Algo, alguien, y casi lo sentía en su interior.

—Genial. O ahora tenemos vampiros con poderes mentales nuevos o a éste puñetero sexto sentido mío se le ocurre perder la chaveta precisamente ahora —murmuró al tiempo que se levantaba de la arena y empezaba a caminar.

Rápido.

Quizá se había equivocado. Quizá sólo fueran tres tíos que habían salido a dar un paseo por la playa.

Claro, y yo soy Ricitos de Oro.

—Espera un momento, nena. Queremos tener unas palabritas contigo —exclamó uno de ellos con voz pastosa.

Los otros se echaron a reír y la amenaza de aquella carcajada provocó un escalofrío de miedo en la columna de Riley.

El aire que la rodeaba se espesó, pareció dibujar un torbellino más negro y oscuro, como si una fuerza opuesta se reuniese y lo amenazase todo.

Pero no a ella.

La oscuridad la acarició al pasar y después se acumuló y convirtió en una nube siniestra a su espalda. Riley siguió caminando, más deprisa, ya casi corría cuando se dio vuelta para echar un vistazo por encima del hombro. Los hombres se habían detenido y quedado con la boca abierta.

—¿Qué coño es eso? —dijo uno de ellos frotándose los brazos. La barriga le colgaba por encima del cinturón y llevaba el pelo grasiento peinado por encima de la calva. Una cicatriz roja e inflamada le sobresalía por un lado del cuello. La pilló mirándolo y le lanzó una sonrisa obscena—. Así que estás deseando catarme, ¿eh, chavala? Seguro que no eres tan dura como la otra.

Los hombres bajaron la cabeza, se abrieron camino entre las sombras de la barrera y se precipitaron tras ella.

Riley se estremeció y echó a correr. La amenaza invisible que flotaba en el aire que la rodeaba se incrementó.

No había humano que pudiera hacer eso. Era una presencia intangible, pero una amenaza muy tangible.

Oh, no. Que alguien me ayude, por favor. Es un puñetero vampiro. O un cambia-formas. Jamás debería haberme saltado el toque de queda.

La arena parecía reírse de ella, sujetarle los tobillos, hacerla tropezar. Oyó que sus perseguidores aporreaban la arena con los pies, cada vez más cerca.

Apartó el pánico de un empujón.

Recuerda lo que les dices a tus clientes. Es una violación, es horrible, embota el alma, pero podrás sobrevivir. No te van a matar. Es sólo temporal. No importa nada salvo seguir viva. Puedes sobrevivir a esto.

Un rugido inhumano, brutal, resonó en su cabeza, no... no estaba sólo en su cabeza. Lo oyó de verdad. Se detuvo con un bandazo y miró a sus perseguidores.

Los muy cabrones también se habían parado.

—¿Qué coño fue eso, Red? Dijiste que esos putos hombres lobo no paraban por aquí —gimoteó uno de ellos.

Riley sacudió la cabeza, atrapada. Los huesos se le habían licuado, pero se obligó a seguir moviéndose.

Vale más arriesgarse a ser la cena de un vampiro invisible que la víctima de una banda. Es muy temprano para los cambia-formas.

—Supongo que los violadores de ahora no están muy al día de las fases lunares —dijo, la histeria estaba a punto de invadirla.

Se oyó otra vez el rugido, ésta vez la paró en seco. El terror la sacudió entera. No había humano que hiciera aquel sonido.

Iba a morir.

Se atragantó con una carcajada. Quizá la metieran en un cajón junto al de Morris en el depósito.

Una voz, una melodía sedosa, resonó en el interior de su cabeza.

Los no muertos jamás te atraparán, pequeña akenasha. Eres demasiado valiosa para nosotros. Tenemos que averiguar cómo has conseguido un talento tan interesante.

La caricia aterciopelada de aquella voz se estrelló contra sus defensas mentales mientras intentaba insinuarse en el interior de su mente.

Fascinada a pesar de la situación, Riley intentó darle a su vez un pequeño empujón mental. *¿Quién eres? ¿Cómo puedes hablarme así? Los vampiros y los cambia-formas no tienen ese poder, ¿verdad?*

Examinó los cielos con desesperación, temía un ataque desde arriba, después miró a los matones que tenía detrás.

Genial. Me entretengo con un juegucito de control mental y estos me atrapan. Brillante, Riley. ¿Por qué no te limitas a tirarte ahí adelante y que hagan lo que quieran?

La voz volvió a resonar en su mente, la dulzura había desaparecido y un hielo implacable ocupaba su lugar.

No te preocupes por esos idiotas de ahí detrás. Me apetece dar muerte a alguien.

—¿Muerte? —Mientras una esquina pequeña y oscura del alma de Riley se levantaba y aclamaba la idea, su conciencia no tragaba.

Ya había visto muerte suficiente por una noche. Ya había visto muerte suficiente para toda una vida.

—No. Seas quien seas, nada de matar. Por favor, sólo ayúdame a largarme de aquí —dijo en voz alta, y se dio cuenta de que, con toda probabilidad, estaba negociando con un puñetero chupasangre.

Apártate. Ahora. Ya están muertos. Y no me gustan las alimañas que se alimentan de mujeres indefensas.

Aquel tono melódico envolvió los sentidos femeninos y agudizó todavía más sus terminaciones nerviosas, pero se enfureció al oír semejante presunción arrogante.

Te has equivocado de mujer, colega, a mí no me mangonea nadie. Y si eres una especie de capullo sobrenatural, te has equivocado de mujer también, a mí tampoco me come nadie.

Giró de golpe a media zancada y se agachó en posición defensiva, mientras se preguntaba cómo coño iba a defenderse de los cuatro.

Y uno de ellos con suficiente fuerza no muerta para levantar una casa.

¿Qué feroz! ¿Comerte? No soy ningún vampiro, fiera mía. Pero tengo que admitir que, por alguna razón, la idea de... saborearte... no me parece del todo mal. Y ni siquiera te vi la cara todavía. Así que, ¿quién está controlando la mente de quién aquí?

Su risa silenciosa se insinuó en la mente de Riley, ardía, era... sexo. La atravesó una oleada de calor, un calor que la bañó, la rodeó entera.

—Espero que no estés esperando que te responda a eso —murmuró, sintió que la cara le estallaba en llamas y se alegró de que estuviera oscuro—. ¿Pero qué clase de imbécil se excita cuando su vida corre peligro? Lo siguiente será que me ponga un picardías y baje al sótano con el equipo de hockey de los asesinos en serie.

Se apartó de todos ellos, de la probable dirección del tío del control mental y de los macarras. Pero ¿qué iba a hacer una mujer contra cuatro?

Riley se quedó mirando mientras apretaba los puños con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos, los borrachos la estaban rodeando. El hedor agrio de aquellos cuerpos sin lavar triplicó las náuseas que ya estaba logrando contener y sintió una arcada cuando su estómago intentó rebelarse.

Jamás sería capaz de derrotarlos a los tres juntos y huir, ya era imposible. No sólo de ellos, sino también del extraño que le susurraba en la mente. Pero al menos podía darle una manta de patadas y puñetazos a la parte del cuerpo que le dejaran a mano.

No iban a atraparla sin luchar.

Estate quieta. Ya me ocupo yo de estos criminales. Y después, aknasha, vamos a hablar tú y yo de cómo transmites emociones a través de la sonda mental. Ni se te ocurra intentar escapar de mí.

Riley dio un paso atrás cuando el fornido y musculoso hombre que tenía adelante estiró el brazo como si quisiera cogerle un pecho. Le olió el vapor del aliento, cerveza y el olor acre de algo más fuerte.

—Vamos, nena, danos un besito. —Frunció los labios y lanzó unos sonoros besos al aire mientras los demás macarras aullaban de risa.

La joven volvió a sentir náuseas ante la mera idea de que cualquiera de aquellos la tocara. Pintó hacia atrás, después giró el pie y, con toda la rabia que tenía dentro, hasta el último gramo, lo dirigió directamente contra la entrepierna del cabrón.

Y dio en el blanco, con fuerza.

El hombre aulló, se sujetó la ingle y cayó en la arena como una roca grande y fea. Riley se tambaleó hacia atrás y el macarra que tenía detrás la sujetó por los hombros y enterró los sucios dedos en su piel a través de la chaqueta ligera que llevaba. La joven siseó de dolor y le respondió otro siseo de pura furia masculina, que le abrasó el cerebro. A su espalda, alguien rugió rabioso a los cielos.

Alguien no, *él*.

El hombre que la sujetaba ahogó un grito y se apartó de ella. Riley giraba la cabeza de un lado a otro intentando no perder de vista a ninguno de los tres.

Al menos el tipo del suelo no parecía a punto de irse a ninguna parte. Estaba allí tirado, gimiendo y lloriqueando con una voz muy rara. Un tanto para ella, por lo menos.

Y entonces lo vio. La sombra negra se fundió en una figura alta que corría hacia ella tan rápido que daba la sensación de que los pies no tocaban el suelo.

Un poder, violento y furioso, la envolvió entera. La piel se le heló al sentirlo.

No sabía si estaba salvada o perdida sin remedio.

Capítulo 5

Conlan luchó por respirar, casi cegado por la bruma roja de furia que lo abrasaba, lo asfixiaba, amenazaba con velar su visión. La ira de un desquiciado.

El atlante la agradeció.

Adelante.

Levantó los brazos y canalizó el agua del mar, que se levantó por el aire como un embudo, en fragmentos, convirtiéndose en hielo al alzarse. Conlan disparó las dagas de hielo contra sus objetivos, flechas del arco de Poseidón.

Los hombres cayeron hacia atrás gritando cuando se les clavó en la carne una muerte afilada como una navaja.

—No la toquéis. Jamás —gruñó mientras levantaba los brazos exigiendo obediencia.

Los océanos de Poseidón dominaban el mundo.

Los Guerreros de Poseidón dominaban el océano.

Él era el príncipe supremo y el primero de los Guerreros, y los destruiría por atreverse a tocarla.

La espuma hervía al borde de la arena, las crestas de las olas se elevaban a alturas imposibles, casi parecían buscar a su presa. Conlan bajó los brazos de golpe y apuntó. Le ordenó al delirio de las olas que se alzara cada vez más.

La furia del atlante se hinchó, amenazando con hacerle perder el control. La bruma roja se extendió un poco más por su campo de visión. Poder devolver el golpe después de tantos años de impotencia...

La risa burlona de Anubisa resonó en su cerebro. Era un puto chiflado.

Y entonces algo lo rozó, por dentro. Un toque de valor, de desafío.

Una luz en la oscuridad. Compasión en medio de la crueldad.

Su mirada se posó en la mujer que se había agazapado en la arena, con las manos todavía levantadas para defenderse de los cabrones que la habían atacado. En medio de todo aquello, todavía le dedicaba energía a responder a su locura.

Los aplastaría por ella. Les clavaría el agua y les arrancaría cada tira de piel de los huesos.

Y disfrutaría de cada instante.

—¡No! Pero ¿qué eres? ¡Quieto! ¡Nos vas a matar a todos! —le chilló la joven, desafiante a pesar del terror que proyectaba.

Más allá de la compasión, incapaz de razonar, Conlan levantó los brazos otra vez y los bajó de golpe, le ordenó al muro de agua que se estrellara contra la costa. Para aplastar a aquellos hombres que yacían en la arena, sangrando y lloriqueando.

Empujó la ola hacia la costa.

La voz de la joven, rota, vacilante, resonó en su cabeza.

¡Para! ¡Por favor, no me mates! Mi hermana... Soy todo lo que tiene. Y... no los mates. Por favor. Ya está bien de muertas.

Conlan se maravilló de su bondad, de su valor.

De su luz.

Incluso mientras pensaba que la muerte se precipitaba hacia ella, todavía le dedicaba un pensamiento a la basura que había intentado atacarla.

Conlan siguió el pensamiento de la joven por el camino que lo llevó hasta su mente.

Yo jamás te haría daño. Confía en mí.

¿O era un condenado idiota? Quizá aquella chica sólo fuera una actriz con mucho talento. Nadie tan compasivo podía ser de verdad.

Pero la bruma roja se alzó y retrocedió. Por alguna razón, el roce mental de aquella joven lo calmaba. Le prestaba un poco de paz. Conlan estaba dentro de su mente, la mujer estaba proyectando emociones. Allí no había ningún engaño, no había mal. Nada, salvo compasión envuelta en terror. En dolor.

Conlan concentró su poder en el agua y los hombres que se encontraban en su camino y pronunció una única palabra.

—Amainad.

Con una simetría perfecta, el agua aporreó la costa con una forma esférica perfecta alrededor del lugar donde se encontraba la joven, sin que la tocara ni una sola gota. Percibió la conmoción y el asombro que la envolvía ante semejante espectáculo y casi pudo saborear el pavor cuando estiró la mano para tocar el muro de agua que la rodeaba.

La mujer ahogó un grito, el sonido ahogado de una carcajada, antes de emitir sus pensamientos.

Lo único que se me ocurre es la separación del Mar Rojo, pero desde luego, tú no tienes nada que ver con Moisés.

Conlan aplastó el agua contra los gilipollas, pero se frenó en el último segundo. Se contendría.

Por ella.

Quizá se rompieran unas cuantas cosas, pero vivirían. El muro de océano los machacó y los clavó en la arena, pero los dejó con oxígeno suficiente en los pulmones para sobrevivir.

Cosa que a él no le hizo demasiada gracia.

Cuando las olas se retiraron y dejaron a los hombres llorando, balbuceando y, coño, a punto de cagarse encima, Conlan dio un paso más y levantó otra vez los brazos. Las olas saltaron con impaciencia para cumplir su voluntad y la espuma hirvió anticipando otro ataque.

El atlante sintió un placer cruel al ver cómo se encogían, como aquellos capullos habían querido verla a ella.

Sí, yo también puedo ser muy cabrón.

Habló con cada gramo de ira que albergaba su cuerpo borboteando en la superficie, los músculos de los brazos se tensaban por el esfuerzo de contener el muro de agua.

—Os ordeno que abandonéis éste lugar y no regreséis jamás. No intentaréis hacer daño a ninguna otra persona, porque entonces os buscaré y haré justicia, la que sólo la compasión de ésta mujer os ha salvado ésta noche.

Los barrió con la mirada y abandonó el discurso formal.

—En otras palabras, seréis unos hijos de puta muertos. ¿Nos entendemos?

Los tipos se lo prometieron todo entre balbuceos, con la voz entrecortada. Después, cuando él les hizo un gesto para que se largaran, se alejaron corriendo, apestando a miedo y orina. Su mirada los siguió sólo un momento, después se giró, atraído de una forma inexplicable por la mujer. Aquella chica tenía agallas, o quizá lo que quería era morir. En cualquier caso, lo había visto dominar el océano y, sin embargo, era lo bastante valiente como para mantenerse firme.

Guerreros bien entrenados se habían encogido ante él con menor motivo.

¿Cómo diablos tuvo una mujer tan pequeña tanto valor?

Lo abrasaba una curiosidad salvaje. Quería, no, necesitaba, verle la cara, ensombrecida en aquel momento por el cabello y oculta en la oscuridad. Tanta furia era desproporcionada, no tenía sentido. Aquellos hombres no eran más que unos bufones, era muy fácil acobardarlos.

Pero, por alguna razón, hubiera querido arrancarles la carne de los huesos.

Quizá tanto tiempo de tortura convertía a cualquiera en un cabrón enfermo y retorcido. Incluso al supuesto próximo gobernante de la Atlántida.

Un poco de lógica no vendría mal. Utiliza algo de ese tan cacareado entrenamiento de los guerreros atlantes.

Ya, claro, lógica. La lógica dictaba que estudiara sus propias reacciones.

La lógica aconsejaba prudencia.

La joven empezó a apartarse de él poco a poco.

A la puta mierda la lógica.

Probó con una orden real, a ver qué tal.

Acércate más a mí, mujer. Necesito ver el rostro de aquella que me exige que no haga daño a los que la amenazan. ¿Eres compasiva o una simple idiota?

La joven sacudió la cabeza, el cabello largo y despeinado voló por el aire y en el cuerpo de Conlan algo se tensó. La chica hizo caso omiso de la pregunta mental y la orden del hombre y no cedió ni un ápice.

—¿Se puede saber quién eres y cómo te has metido en mi mente? Y por cierto, tío, ya puedes dejar de darme órdenes. Conozco técnicas de autodefensa. No te habría necesitado para nada.

Su voz. Era lírica, sensual, una música que le acariciaba los oídos y resonaba por todo su cuerpo. Lo tocaba como unos dedos delicados rozando las cuerdas de un arpa. El cuerpo del atlante se tensó por el esfuerzo.

El cuerpo femenino se estremeció de indignación; sin embargo, la emoción que seguía emitiendo confesaba la verdad. Sabía que aquellos tipos le habrían hecho mucho daño.

Emoción. Por alguna razón, Conlan no dejaba de perder la noción de un hecho inesperado, sin precedentes, increíble, joder: aquella mujer estaba emitiendo emociones. Sabía que habría sufrido un daño muy grave si no hubiera estado allí él; de hecho, Conlan percibía que la chica lo sabía y, con ello, un residuo de miedo y dolor.

La joven suspiró y hundió los hombros.

—Lo... lo siento. Debería estar dándote las gracias. Seas quien seas, o lo que seas... me has salvado de esos hombres. Gracias.

Después levantó la cabeza y lo miró.

—Ahora no irás a beberte mi sangre ni a arrancarme los brazos, ¿verdad? Porque, con franqueza, tuve un día de mierda y no estoy por la labor —dijo con suspicacia.

Conlan parpadeó, desconcertado por la aparente incapacidad de la chica para continuar una conversación lógica. Podría probar a usar frases sencillas y hablar en voz alta. Quizá el terror convertía a las mujeres humanas en idiotas balbucientes.

Con lentitud, con mucho cuidado, eligiendo las palabras, intentó explicarse.

—No soy ningún no muerto, ni de aquellos que cambian de forma y se convierten en animales. Soy... otra cosa. Estás a salvo conmigo, *akenasha*, completamente a salvo.

La chica se plantó las manos en las caderas y se lo quedó mirando.

—No haces más que llamarme eso. ¿Qué significa? ¿Y qué es eso de «otra cosa»? ¿Y por qué hablas como si acabaras de salir de un libro de cuentos de hadas antiguo?

Mientras se planteaba cómo responderle, el banco de nubes del cielo terminó de pasar al fin y descubrió la luna. La luz trémula que cayó sobre los rasgos femeninos le desgarró las entrañas con una oleada de sensaciones. Nadie podía ser tan hermoso.

Estuvo a punto de echarse a reír. Hablaba de cuentos de hadas cuando parecía recién salida de uno. Su rostro brillaba con la perfección de una nereida. La luz plateada apenas iluminaba las ondas bruñidas que debían de arder como el fuego a la luz del sol. Los ojos...

No es posible. Ningún humano tiene los ojos así.

—Son garzos —dijo en voz alta, sin pensar—. Tus ojos.

Garzos. El color de la casa real de la Atlántida.

Su color.

—Bueno... mi madre tenía los ojos de éste tono de azul profundo —susurró la joven, y levantó una mano para tocarse la cara.

Conlan contuvo el aliento al sentir el dolor de la mujer. Algo sobre su madre...

—Ya no está —murmuró.

De algún modo lo sabía. Lo sentía. Era incapaz de entender aquella urgencia, como si lo hubiera infundido la atracción magnética que ejercía la luna sobre las mareas. Quería tocarla.

Necesitaba tocarla.

Casi sin pensarlo, estiró el brazo para tocarle la cara con las puntas de los dedos. La joven tembló, pero no se apartó, así que Conlan se atrevió a acariciarle la curva de la sedosa mejilla con dedos temblorosos. Ansiando algo. Con un deseo que brotaba de no sabía dónde.

Un deseo sano, limpio. Hacía más de un siglo que no deseaba nada. Y desde luego no en los últimos siete años.

Nada puro. Nada que no fuera retorcido.

Mercancía dañada.

Apartó la mano de un tirón.

—*Aknasha* significa «empática» —dijo con brusquedad—. Eres empática. La primera en lo que quizá sean diez mil años.



Riley se quedó mirando al hombre que la había salvado de una agresión y, casi con toda seguridad, de una violación. Si su mente había conjurado su fantasía más erótica para que la salvara de la triste realidad en la que la estaban atacando, lo cierto era que había hecho un trabajo de la pera. Aquel tipo era una especie de superhéroe hecho realidad.

Es decir, si es que hacían superhéroes con toda la pinta de peligrosas estrellas de Hollywood. Era como veinte centímetros más alto que ella, que medía uno setenta y siete, y tenía un cuerpo que era el sueño erótico de cualquier ninfómana. Hombros y brazos musculosos, un pecho ancho que se iba ahusando hacia una cintura sin grasa. Dios, aquellos muslos debían tener el tamaño de su cintura. El tipo era una improbable montaña de músculos vestido con una camisa negra de seda metida en unos elegantes pantalones negros.

Riley levantó los ojos de repente antes de seguir bajando y los clavó en el pecho masculino, le ardían las mejillas al saber que la había sorprendido devorándolo con la mirada.

Aunque la verdad es que a éste hombre deben de comérselo con los ojos por donde vaya, no es que no esté acostumbrado.

El cabello negro y sedoso le rozaba los hombros en ondas resplandecientes que enmarcaban un rostro que desafiaba a cualquier descripción. Hermoso. Por primera vez en su vida, Riley utilizaba ese adjetivo para describir a un hombre.

El hombre le levantó la barbilla con un dedo y Riley lo volvió a mirar. El tipo estaba sonriendo, el humor le iluminaba los ojos oscuros, casi como si hubiera oído lo que estaba...

—Ay, Dios —murmuró—. ¿Empática significa que puedes leer mis pensamientos? —Clavó los ojos más allá del sedoso cabello, más allá de aquella boca esculpida hasta la perfección y más allá de los pómulos que parecían tallados en granito.

Al fin la mirada de la joven se clavó en los ojos helados y negros que la abrazaban. Era extraño que el hielo pudiera arder de aquel modo, pensó con aire ausente, atrapada casi sin querer en la mirada de aquel hombre.

—Me has oído, ¿verdad? —preguntó.

La vergüenza era casi un simple efecto secundario.

El hombre le rozó la mejilla con los dedos, con tal dulzura que Riley estuvo a punto de estremecerse por la sensación, y después habló en el interior de su cabeza con una voz que

debería estar prohibida.

Puedo oír tus pensamientos pero, por alguna razón, también puedo sentir tus emociones. Es imposible, pero es verdad.

Güisqui envuelto en terciopelo. Una voz profunda, pura y masculina, con un tono suave y ronco que se enrollaba alrededor de las terminaciones nerviosas de Riley hasta que la piel se le tensaba de deseo. Un deseo que le acariciaba cada zona erógena que había percibido jamás en su cuerpo.

Deseo de que la tocara. Deseo de que siguiera hablándole por aquel sendero mental que ninguna otra persona había compartido jamás con ella.

Deseo.

La voz masculina resonó en su mente, brusca. Tensa.

Te estoy oyendo, y quizá deberías pensar en otra cosa. Porque hay algo en ti que me está abrasando por dentro y no sé si estoy en condiciones de controlarlo.

Riley percibió su desconcierto, casi como si estuviera buscando la respuesta a un problema insoluble. Se acercó un poco más a ella y le envolvió la nuca con una mano, con suavidad.

Necesito tocarte. No quiero asustarte pero, por favor, déjame tocarte. Sólo quiero posar la frente en la tuya.

En sus ojos había un simple ruego.

Por favor.

Temblando, segura de que tenía que estar chiflada para acceder, asintió de todos modos. No podía evitarlo. Había algo dentro de ella que le impedía huir. Quizá fuera locura, o quizá sólo el subidón de adrenalina tras haber sobrevivido a dos experiencias que podrían haberla matado en una sola noche.

Pero cada instinto protector que tan bien le había servido en su trabajo, y que deberían haber estado gritando: *cuidado, cuidado, apártate del supermercado*, estaba chillando: *sí, sí, sí, tócame, tócame.*

Riley despertó de golpe de su excursión mental al darse cuenta de que el tío más bueno que había conocido jamás se estaba inclinando hacia ella. Poco a poco, muy poco a poco, inclinaba el rostro hacia ella, como si fuera a besarla.

Ah, ojalá la besara.

A sólo un aliento de ella, el hombre esbozó una sonrisa lenta de pura satisfacción masculina que le hacía parecer todavía más el depredador que era, sin ninguna duda.

No hay problema, aknasha. Pero antes, quiero sentir el roce de tu mente.

Y con eso, el hombre bajó la cabeza y apoyó la frente en la de ella.

Y por segunda vez esa noche, el mundo de Riley explotó.

Se le agarrotó el cuerpo y se apartó con tal fuerza que se habría caído si él no la hubiera sujetado con unas manos fuertes que la cogieron por los brazos. Era él. Él. Conlan. Se llamaba Conlan y era... una especie de líder. Los pensamientos y las impresiones saltaban de la mente de él a la de ella, ahogándola en sensaciones y colores. Sus... ¿pensamientos?... ¿su aura?... ¿su alma?... un verde azulado vívido, como un estanque del agua más transparente o las profundidades del mar. Pero la negrura, una negrura hirviente giraba en medio de todo.

Tortura. Dolor. Un nombre, una cara, una belleza oscura destrozada por el mal y la locura.

¿Anubisa?

Riley se retorció en sus brazos, intentando escapar de la intensidad de aquella mente que la capturaba, pero él la sujetó con unos brazos que eran como barras de acero.

Igual que el dolor grabado en los recuerdos del hombre la retenía entre sus garras.

Tortura, dolor, fuego... algo lo acuchilla, lo hace pedazos, una agonía abrasadora... ¿Cómo pudo soportar tanto dolor durante tanto tiempo?

La joven ahogó un grito, intentaba respirar, intentaba mantener la distancia. Ya no pretendía alejarse, sólo quería entender.

¿Cómo? ¿Cómo era posible que estuviese dentro de su mente? Lo percibía... lo conocía, lo

entendía a un nivel fundamental. Podía leer la fiera determinación de aquel hombre de descubrirla, de explorarla, de... ¿hacerla suya? La intensidad de aquel examen mental cambió, y con toda la sutileza del maremoto que aquel hombre había provocado poco antes, convirtió sus emociones en una efusión de anhelo sexual.

Un apetito violento, teñido de conmoción al comprobar la reacción que despertaba en él. Riley apartó la cabeza de la de él en un intento desesperado de protegerse y pensó, durante apenas un instante, que había visto un fuego verde azulado ardiendo en las profundidades de sus pupilas negras.

Sacudió la cabeza para aclararse un poco y habló en voz alta para intentar mitigar el ansia que se alzaba entre ellos.

—Conlan. Te llamas Conlan, ¿no? No sé cómo lo sé pero... yo soy Riley.

Y después, a pesar de su miedo, se rió un poco.

—Guau. Para que luego hablen del momento «yo, Tarzán, tú, Jane».

Y después, los recuerdos borraron la sonrisa del rostro femenino.

—¿Cómo pudiste soportarlo? Tanto dolor durante tanto tiempo...

Sacudió la cabeza, sufría por él. Sufría por aquel hombre al que ni siquiera conocía.

—Yo me habría vuelto loca.

Y por fin habló él, con voz inexpresiva.

—No saques ninguna conclusión precipitada. Jamás dije que estuviera cuerdo.

Capítulo 6

Conlan echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo, la fea realidad de sus recuerdos, sin adornos, flotaba en el silencio, entre los dos. Aquella mujer, aquella pequeña humana, tenía más valor de lo que él suponía. Había penetrado con su mente en la de ella y había rozado su núcleo fundamental, los pensamientos de los dos casi se habían fundido. La pureza del alma femenina lo había conmocionado porque su cinismo tenía siglos de antigüedad.

Un solo roce y ya la conocía, de algún modo.

A un nivel intelectual. Emocional.

—Otra vez. Necesito tocarte otra vez —dijo con voz brusca mientras la atraía hacia él—. Por favor.

Bajó los ojos y la miró, deseando que no se lo negara. Ella le sostuvo la mirada, el miedo se apagaba convertido en aceptación, y entonces asintió y cerró los ojos al tiempo que alzaba la frente hacia la de él.

Pero en esa ocasión él no quería un simple roce inocente. Necesitaba saborearla. Sólo por un instante. Sabía que se estaba mintiendo al hablar de un simple instante, mientras lo pensaba.

Pero le daba igual.

Se precipitó sobre ella y capturó sus labios con los suyos. Con el primer roce de su boca los ojos de la joven se abrieron de golpe y jadeó apenas el tiempo suficiente para que la lengua masculina desapareciera en la boca de ella y completara la posesión. Y, con el sabor de aquella boca, todo pensamiento cuerdo salió volando de la cabeza de Conlan. Sintió la energía que estallaba en su cuerpo, que buscaba los elementos.

Ni siquiera intentó detenerlo. El mar hirvió por el borde de la arena y bajo ellos, y el viento se convirtió en un torbellino a su alrededor.

Con la fuerza de un ciclón.

El cuerpo de la joven se estremeció y se arqueó hacia él, la suavidad de sus curvas era tentadora, pero era el roce de su mente lo que podía volverle loco. El cuerpo de Conlan se endureció más allá de lo que cualquier ansia que hubiera conocido podría haber provocado. Agresivo, dominante, hasta que la ropa estuvo a punto de estallar por la presión.

Metió y sacó la lengua de su boca, empujándola y retirándose con una cadencia más antigua que el tiempo. Quería trepar por la calidez de aquella boca y meterse en el refugio de su cuerpo, todo a la vez.

La cordura intentó alzarse en su mente y abrirse camino por aquella ansia fiera.

Riley. Se llama Riley. Es humana.

Esto no está bien.

Ella le acarició la cara.

La cordura no tenía ni una puta posibilidad.

Al tiempo que él la atraía hacia la dureza de su cuerpo, Riley supo que tenía que estar soñando. Nada, nada, había sido así en toda su vida. El poder la atravesaba como una oleada, el calor la fundía con él.

Quería trepar por su cuerpo, introducirse en él, sentir aquel cuerpo frotándose contra ella,

penetrándola. La intensidad de aquel sentimiento la conmocionó al tiempo que gemía y pedía más, más, más, toda razón perdida en una tempestad de deseo.

Necesidad.

Se aferró a aquellos bíceps duros como piedras, intentando no caer. Quizá lo que intentaba era atraerlo más hacia ella. Movi6 las manos sin querer, las posó en el pecho masculino, las bajó al est6mago duro y plano y luego las subi6 hasta el cuello. Meti6 los dedos en su pelo. M6s cerca, m6s a6n. Despu6s oy6 un gemido, y era ella, ella. Estaba lloriqueando. Si 6l no le hubiera metido la lengua en la boca, le estar6a rogando que la apretara todav6a m6s.

Dej6 de respirar, se centr6 en las emociones de aquel hombre, meti6 en su interior los colores que pintaban. Los azules y verdes, la pasi6n cristalina y resplandeciente que giraba a su alrededor y se perdi6 en todo ello, se perdi6 en 6l.

Estaba perdida.

La idea de perderse hizo brotar un breve instante de racionalidad. Luch6 por apartarse de 6l, por encontrar un poco de cordura, por batallar contra aquel deseo voraz.

La cordura tuvo que rendirse.

Emiti6 un gemido diminuto en la boca de 6l y Conlan tambi6n se perdi6, la deseaba, la ansiaba, la necesitaba. S6lo a ella. S6lo a ella. Ya.

Conlan intent6 concentrarse en los pensamientos de la joven para evitar arrancarle la ropa como un animal. Envi6 su mente al interior de la de ella, al interior de su alma, y qued6 cautivado por su bondad innata, su desinter6s, su luz.

La epifan6a de su pureza cay6 sobre 6l con una fuerza que estaba m6s all6 de toda raz6n. Y se qued6 paralizado.

Estaba perdido.

Ella tambi6n lo deseaba a 6l.

Consumido por aquellas dos revelaciones, su esp6ritu y su deseo, el calor ardiente estall6 con la intensidad de un volc6n en su interior. La pasi6n y la energ6a elemental del aire estallaron y crujieron alrededor de sus cuerpos, incinerando al atlante por dentro.

Su cuerpo estall6 en llamas y quiso m6s, mucho m6s.

La necesidad se torn6 voraz. S6lo un roce. Un solo bocado.

Un bocado que continu6 para siempre.

Le acarici6 con las manos la columna, le atrajo las caderas un poco m6s hacia su calor, su necesidad. Su mente y su cuerpo clamaban a gritos ese 6nico momento en el que la pasi6n, no la obligaci6n ni el deber, pudiera gobernar todas sus acciones.

Su aroma, la seda de su pelo, la calidez de la piel femenina junto a la frescura de la espuma del mar del suyo, todo se combin6 para sacar el deber de su mente con un estallido.

Quer6a, no, necesitaba hundirla en la arena y hacer suyo aquel cuerpo una y otra vez, hundirse en su calidez con la furia incansable de las olas. Sus sentidos enaltecidos percibieron el deseo femenino, un deseo que se alzaba para igualarse al suyo al tiempo que la mujer se aferraba a sus hombros. Las manos de Conlan recorrieron las curvas femeninas, acariciaron su suavidad, moldearon su cuerpo al suyo con tal fuerza que aquella mujer tendr6a que rendirse a sus deseos.

Algo primitivo, salvaje, alz6 la cabeza en su interior y exigi6 que hiciera precisamente eso.

Que exigiera lo que era suyo.

Y dejara su marca en ella.

Su marca. Las llamas. De repente se dio cuenta de que la marca de Poseid6n que llevaba en el pecho le quemaba la piel, casi como el d6a que hab6a hecho el juramento. ¿Un recordatorio? Intent6 pensar, estudiar la sensaci6n, pero su cuerpo se ahogaba en una necesidad pura.

Perdido en el milagro de la mente y el cuerpo de aquella mujer, Conlan la bes6, la reclam6 con la boca. Apret6 las manos sobre ella hasta que la joven grit6 un poco. El diminuto gemido lo arranc6 de su locura y se qued6 quieto, mientras su cordura intentaba resurgir por alg6n sitio.

La joven apart6 la cabeza con los ojos aturdidos y los labios hinchados.

—Me haces daño —susurró.

La soltó al instante, con las manos temblorosas y maldiciéndose por haberle causado algún dolor.

—Lo siento... maldita sea. Yo... no tengo excusa.

Inclinó la cabeza, le costaba respirar. Se odió a sí mismo. Y con eso se congeló cualquier resto de pasión que pudiera haber quedado. Hizo una profunda reverencia, después alzó los ojos y la miró.

—Por favor, acepta mis disculpas. Yo nunca... no. Soy un gilipollas tan bruto como la escoria que acaba de huir de aquí corriendo.

La joven esbozó una pequeña sonrisa, el filo de miedo iba desapareciendo de sus ojos, pero seguía presente en su mente. Estaba temblando. Quizá tanto de miedo como de pasión.

Era peor que la escoria.

La mujer intentó hablar, respiraba deprisa y era obvio que intentaba calmarse.

—Yo no... no puedo... no puedes.

Después respiró hondo y se apartó de él.

—¿Qué coño ha sido eso? Yo no hago éstas cosas. Es decir, acabo de hacerlo así que debes de pensar... pero es que yo no... Oh, deja de balbucear, Riley.

Le dedicó otra sonrisa inestable, todavía le costaba respirar.

—Dado que es muy probable que me hayas salvado la vida y demás, estás perdonado por, bueno, por abusar de mí, prácticamente aquí mismo, en la playa. No es que yo no haya cooperado, o lo que sea. Pero tengo que irme. —Riley se fue alejando de espaldas con cuidado, no parecía darse cuenta de que él permanecía en su mente.

Sinceridad.

Incluso avergonzada por lo que veía como su propio y lascivo comportamiento, era lo bastante sincera como para admitir ante él que ella había sentido aquel mismo deseo furioso. El respeto de Conlan por su valentía creció un poco más, aunque tuviera que luchar contra su cuerpo, que le exigía que se la llevara a su palacio y la tuviera cautiva durante un año.

O dos.

A ser posible desnuda en todo momento.

Conlan sintió la sonrisa salvaje que se extendía por su rostro. Era una mujer valiente y hermosa hasta lo increíble, y además era *aknasha*.

Era su obligación estudiarla. Pasar mucho tiempo con ella.

Para racionalizar el hecho de que quiera desnudarla y tenerla debajo de mí, coño. En mi cama. Aquí mismo, en la arena. En cualquier parte. Muy pronto.

Ya.

Tomó una profunda bocanada de aire y luchó por recuperar el control. El Tridente. Tenía que encontrar el Tridente. Y entre tanto, a ella la dejaría metida en la Atlántida, a salvo.

Pensó en los guerreros haciendo guardia, entrenándose, mierda, con sólo pensar en otros varones caminando cerca de Riley..., y se quedó sin aliento.

Bueno, podría quedarse en el templo.

Con los sacerdotes. Los sacerdotes célibes.

Lejos de Alaric, con voto de celibato o sin él.

Riley dio otro paso hacia atrás, el atlante todavía podía percibir su confusión. Dudaba de su propia cordura. El agotamiento empezaba a apoderarse de ella. Los acontecimientos de aquella noche habían acabado con ella, él había acabado con ella.

No podía lamentar haberla tocado. Haberla acariciado. Pero se arrepentía de haber puesto al límite los recursos ya forzados de la joven. Lo embargó una extraña sensación de ternura. Quería protegerla.

Incluso de sí mismo.

Bajó la cabeza y le sonrió, pero no bastó para tranquilizarla. Riley estuvo a punto de

tropezar con las prisas por apartarse de él.

—Tengo que irme a casa. Es tarde. El toque de queda y todo eso. Tengo que... adiós.

Se dispuso a seguirla, pero notó que Ven y los Siete habían atravesado al fin las olas y que Alaric no les iba a la zaga. Sabía que podría encontrarla aunque estuviera lejos, así que escaneó la zona para confirmar que ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido los atacantes.

Pero le costó un triunfo quedarse quieto y dejarla ir. Sólo el tiempo suficiente para que llegara a su casa. Querría hacer una maleta, seguramente.

No sabía cuánto tiempo la retendría en la Atlántida.

En lo más profundo de su ser, algo protestó por dejarla escapar.

Solo será un momento, por ésta vez, al menos. Estaré a su lado en menos de una hora. El resto... el resto tendré que descifrarlo más tarde.

Se negó a pensar en su deber. O en la futura reina que ni siquiera conocía.

Mientras miraba cómo se alejaba de él corriendo, su mente le proporcionó el nombre, casi acariciando las sílabas, y él lo susurró en voz alta.

—Riley.

Cuando su cuerpo se endureció todavía más con el simple sonido de su nombre, la verdad desnuda le cayó encima como un trueno. Aquella mujer no era una simple empática.

Era la suya.

Conlan sacudió la cabeza. Estúpido. Fútil. Su obligación estaba clara. Sangre azul. Destinado a un programa de procreación real.

Hizo una mueca de desprecio.

La cuadra real.

Su mirada regresó en busca de Riley y la distinguió al borde de la playa, donde se había dado vuelta para mirarlo. Vacilante, la mente de la joven le tendió la mano.

Adiós, Conlan. Gracias.

No hay de qué, Riley. Pero no creas que esto es un adiós, de eso nada.

Cuando la joven desapareció en la noche, Conlan levantó los brazos y arrojó una ola de fiera alegría al mar, una familia de delfines que pasaba por allí saltó en el aire para celebrarlo, un arabesco de placer compartido. El aire resonó con las vibraciones del poder de Poseidón.

Y después, sin advertencia previa, la debilidad y el vértigo cayeron sobre él. Conlan se tambaleó hacia atrás y después cayó en la arena.

Y le atravesó el miedo por Riley.

Sacudió la cabeza de un lado a otro para intentar despejarse. Odiaba la idea, pero tenía que hacerlo. Tenía que pedir ayuda.

¡Ven! Necesito... Necesito que me ayudes.

Capítulo 7

A unos cuantos cientos de kilómetros de distancia, el sumo señor de los vampiros. Barrabás, levantó la cabeza y olisqueó el aire. Algo, ¿pero qué? Sólo por un instante había sentido una perturbación en los elementos como nunca...

—Pero, senador Barnes, como líder del Primus, debe... —dijo el humano, encogiéndose un poco.

Barrabás le siseó, odiaba aquel nombre falso. Barnes. Un nombre patético.

Pero sabía que no era muy prudente reivindicar su legado. Muchos recordaban todavía su nombre, maldito por la historia y los acontecimientos que había puesto en marcha Poncio Pilato aquel día.

Pronto. Muy pronto podría hacerse valer al fin, y entonces el nombre de Barrabás sería odiado y temido con tal magnitud que lo ocurrido con anterioridad no sería nada para aquellos borregos.

El borrego que tenía adelante se postró allí mismo, en el suelo de cemento de la cámara subterránea central del Primus.

—Como líder del Primus, debo hacer lo que me dé la gana —gruñó—. Las otras dos cámaras del Congreso harán exactamente lo que yo les diga, ¿no?

El humano se arrastró y se retiró reptando de la habitación, lo más probable era que se sintiese afortunado, dado lo que acababa de presenciar.

La mirada del vampiro se posó un momento en el congresista de Iowa y en el senador de Michigan que habían estado causando tantos problemas. Colgaban con los pies lejos del suelo y los brazos ensartados en los grilletes atornillados al muro.

Las hembras de su manada de sangre revoloteaban a su alrededor, lesionaban con delicadeza la piel de los hombres encadenados y chupaban la sangre que corría por aquellas formas desnudas. El de Iowa todavía gemía un poco, pero el otro ya hacía tiempo que se había callado.

Barrabás consideró y desechó varias conclusiones vinculadas a la fuerza relativa de la filiación política de aquellos tipos, basándose en su resistencia y después se tiró en su sillón con aspecto de trono. Entrecerró los ojos y se concentró en la perturbación que había percibido en los elementos.

—¿Qué podría tener semejante poder? —murmuró mientras tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón.

La puerta de la cámara se abrió de golpe y su segundo, Drakos, entró como un trueno en la cámara.

—¿Lo habéis sentido, Barrabás?

Barrabás asintió con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—Lo sentí. ¿Qué era?

Drakos flotó hasta el suelo y su cabello plateado se posó alrededor de sus hombros. A Barrabás no le pasó desapercibido que unas cuantas de sus mujeres le lanzaban miradas ávidas y furtivas a su general.

Habrá que hacer algo con Drakos. Ya casi es lo bastante poderoso como para desafiarme. Quizá haya

llegado la hora de encontrar un nuevo segundo.

Pero en voz alta sólo respondió a la pregunta planteada.

—Quizá nada. Quizá todo. Manda a la vanguardia. Ahora no podemos permitirnos distracciones.

—¿Anubisa?

Barrabás contuvo el estremecimiento por poco, por muy poco.

—Me temo que no ha estado... disponible en los últimos tiempos. Tampoco es que nos diga nunca lo que sabe.

—Con todo, si la desafiamos... —Drakos apretó la mandíbula.

—Ya basta —rugió Barrabás—. Haz lo que te digo.

—Como ordenéis, así se hará —respondió Drakos apartando la mirada y haciendo una profunda reverencia—. Me pondré al mando.

—No. Te necesito aquí —dijo Barrabás—. Envía a otro. Envía a Terminus.

Drakos levantó una ceja, pero aparte de eso su rostro era ilegible. Nada sorprendente para un vampiro de más de novecientos años, pero inconveniente, no obstante.

Barrabás se levantó con un movimiento tan veloz que resultaba borroso. Quizá incluso hubiera aterrorizado al congresista encadenado si una de las mujeres no le acabara de cortar la yugular.

—Es difícil encontrar buenos políticos en estos tiempos —comentó Barrabás—. Todos carecen de cierta entereza.

Barrabás rodeó las salpicaduras de sangre e inhaló con placer aquel olor denso y cobrizo, después llamó con un gesto a su general.

—Tengo un trabajo más importante para ti, mi segundo al mando. Necesito otra telépata. Quizá me haya mostrado demasiado solícito con la última, demasiadas atenciones, supongo.

Pensó con cierto pesar en el bulto de carne inanimada que había dejado en el suelo de sus aposentos.

Drakos habló sin emoción.

—Las telépatas escasean mucho, mi señor, y cada vez es más difícil localizarlas. Esperaba que ésta...

Barrabás lo cortó.

—¿Cuestionas mis órdenes, Drakos?

Aunque la verdad era que durante el último año había sido más duro de lo habitual con las telépatas. Su ansia de sangre y carne estaba aumentando, no remitiendo, a medida que se hacía mayor y más fuerte, y había algo en oír los pensamientos atormentados de su víctima, a través del vínculo telepático que era insoportablemente suculento.

Ojalá existieran todavía las empáticas. Poder sentir de verdad el dolor del borrego cuando se lo infligía... Se estremeció de éxtasis con sólo pensarlo.

Ningún otro había sobrevivido tanto tiempo como él, no había nadie al que Barrabás pudiera preguntar si tendría que enfrentarse a apetitos más voraces con el paso del tiempo. Quizá estaba destinado a convertirse en un animal, incluso peor que los cambia-formas que pretendía destruir.

Se deshizo de sus negros pensamientos y salió con Drakos de la cámara tras echarles un último vistazo a sus mujeres, que lamían con frenesí la fuente de sangre del congresista.

—Y llama a mi secretaria. Tengo una nueva propuesta que hacer con respecto al último proyecto de ley que bloquearon. Creo que al resto del Congreso quizá le parezca más... aceptable... ahora.

Se detuvo en la puerta y señaló con una sacudida de la cabeza los restos de los oponentes más resueltos que había tenido en el Capitolio.

—Y luego dile a alguien que saque la basura.

Capítulo 8

Conlan respiró hondo, seguro de que el aroma de Riley permanecía en el aire que lo rodeaba. Todavía podía saborearla, su calidez y su dulzura. Todavía sentía la huella de su piel sedosa en sus manos, en su cuerpo endurecido y dolorido. Todavía podía sentir las emociones que emitía la joven con tanta fuerza.

Todo en él le exigía que fuera tras ella. Lo embargaba una necesidad que lindaba con la obsesión, pero se alzaron siglos de entrenamiento para anular sus instintos. Tenía que enfrentarse y analizar la amenaza. Jamás había experimentado nada como aquella oleada de debilidad. Se le pasó en sólo unos minutos, ¿pero quién sabía si podría volver?

Además, ¿qué diablos lo había provocado? ¿Fue por compartir las emociones de la chica?

Por los huevos de Poseidón, no había oído jamás nada parecido en todas las historias que contaba su pueblo. Nunca le habían advertido de algo así.

Tenía que identificar la causa de la debilidad para poder prevenirla. Derrotarla. Como le encantaba proclamar a Alaric, «el conocimiento es poder».

Buscó a su hermano en el sendero mental que compartían.

¿Ven?

La voz le respondió de inmediato en su cabeza, resonaba en ella la furia y también, mejor escondida pero todavía evidente, la preocupación.

Estamos llegando, hermano.

El deber arraigado en su ser después de tantos años luchaba por recuperar el control de su mente. Su obligación era recuperar el Tridente. Ascender al fin al trono en el que había evitado pensar durante los últimos dos siglos. Guiar a su pueblo.

Un futuro rey no abandonaba sus obligaciones para seguir a una mujer.

Se echó a reír sin ganas.

Ya, claro, el deber. Porque lo que la Atlántida necesita ahora mismo es que se siente en el trono, después de medio milenio de reinado perfecto de mi padre, un puto chiflado que ni siquiera fue capaz de escapar de un vampiro.

Apretó la mandíbula y se paseó por la arena dibujando círculos. Tampoco era que Riley, ni ninguna otra mujer, se mereciera tener que cargar con él.

Sus pensamientos regresaron con Anubisa. ¿Y si el dolor había acabado con él? ¿Y si a partir de entonces el sexo fuera para él algo manchado, retorcido?

¿Algo malo?

¿Qué podía ofrecerle él a una mujer? Tenía que ser racional.

Ya, claro. Salvo que la racionalidad era imposible, joder. Su cuerpo se tensó un poco más, le dolió sólo con pensar en el pelo de Riley deslizándose entre sus manos como la más magnífica de las sedas atlantes. No había nada malo en ella. Nada en ella, en los dos juntos, no le hizo sentirse otra cosa que no fuera bien.

Demasiado bien. ¿Cómo podía sentirse tan bien abrazando a una mujer a la que acababa de conocer? ¿A una humana?

Conlan cerró los ojos y respiró con lentitud por la nariz, apeló a la disciplina de su

entrenamiento para mitigar aquella necesidad furiosa. Era un príncipe supremo y sabía cuál era su obligación.

Sí, ya, bueno, pues que follen a la obligación. Ven tiene cinco minutos y después me voy tras ella. Voy a asegurarme de que está a salvo antes de ir a recuperar el Tridente.

Una fuente de agua se disparó en el aire como un torbellino y llevó a Alaric hasta la arena. Tan dramático como siempre.

El cabello negro como la noche del sacerdote giró alrededor de sus hombros y le recordó a Conlan las historias que se contaban sobre él. Alaric, el guardián oscuro de la cólera de Poseidón. La gente invocaba el nombre del sumo sacerdote para aterrorizar a los niños y que obedecieran a sus padres.

Conlan frunció el ceño y por primera vez se preguntó cómo se sentiría Alaric al verse convertido en una especie de pesadilla. Pero el destello de comprensión se desvaneció cuando el sacerdote se echó a reír.

—Maldita sea, mi paciencia está llegando a su límite, así que corre el riesgo de reírte si quieres —gruñó, se sentía como un idiota, intentando recobrar la dignidad cuando poco antes andaba tirado por los suelos.

Alaric lo sabía.

El sacerdote le sonrió.

—¿Es que no comprendes mi buen humor?, Conlan. Paso tan poco tiempo en tierra firme que merezco disfrutarlo, ¿no crees? —Se adelantó un poco y estiró una mano.

Con unos pantalones negros ceñidos y una camisa de seda negra casi idéntica a la de Conlan, Alaric podría haber sido su hermano gemelo.

El gemelo maligno.

Con todo, Conlan no tenía tiempo para enfurruñarse como un niño. Cogió la mano que le tendía el otro, sabía que Alaric leería sus emociones con más facilidad a través del tacto.

Necesitaba saber lo que le había pasado, aunque eso significase que tuvieran que meterse en su cabeza.

—¿Una fuente de agua? Tus juegos infantiles llaman la atención, sacerdote, y no nos conviene. Quedas advertido, preferiría que lo dejaras —gruñó recurriendo al lenguaje formal.

Alaric volvió a sonreír y le soltó la mano, era obvio que no se arrepentía de nada.

—Oh, oh. Me llamas sacerdote en lugar de Alaric. Supongo que significa que te estás probando los modales regios, viejo amigo, a ver qué tal te sientan.

Y después se desvaneció la sonrisa y, también, la ilusión de cordialidad con ella. Quedó sólo un depredador oscuro y letal cuyos gélidos ojos verdes resplandecían de poder.

—Quedas tú advertido, hago sólo lo que deseo. El sumo sacerdote de Poseidón no responde ante nadie salvo ante el mismísimo dios del mar.

Antes de que Conlan pudiera formular una respuesta, sintió, más que oyó, que su hermano salía disparado del agua sin apenas perturbar la superficie. Giró y vio a Ven atravesar la arena con paso firme, con las hojas cobrizas de las dagas de oricalco desenfundadas y listas para atacar.

Ven ostentaba el título de Vengador del Rey por herencia y por derecho. No había guerrero más cualificado que él. Nadie podía joder a un vampiro o a un cambia-formas mejor que él. Una habilidad muy práctica en un hombre que había jurado proteger a su hermano, el príncipe supremo.

Salvo cuando Conlan se largaba a la superficie a toda leche sin esperar a su hermano ni a su guardia de élite.

Cosa que jamás había hecho. ¿Algo que demostrar?, tío.

Conlan descartó la idea de discutir con Alaric y se volvió hacia su hermano. Ven iba a estar muy cabreado.

Y con razón.

Ven atravesó la playa como una tromba.

—En el nombre de los nueve infiernos, ¿se puede saber en qué coño estabas pensando? ¿Pero tú estás chiflado?, tío. Nos enfrentamos a una amenaza que ni siquiera entendemos, ¿y se te ocurre ponerte en plan Rambo?

Conlan luchó por evitar que el desdén le tiñera la voz y estuvo a punto de conseguirlo.

Apuntó.

—¿Me retas a un combate?, hermano. —Se puso justo delante de Ven, a pesar de que su hermano pequeño era unos cinco centímetros más alto que él y pesaba unos veinticinco kilos más.

Ven enseñó los dientes.

—Oye, idiota...

Conlan, con gesto deliberado, extendió un brazo y una bola de luz plateada de color turquesa se alzó en la palma abierta. Después barrió con la mirada a Ven y al resto de los Siete y se envolvió en los restos de dignidad que le quedaban.

—Creo que te excedes en tu papel de Vengador del Rey, hermano. Yo no respondo ante nadie.

Al mismo tiempo que las palabras abandonaban su boca se dio cuenta de lo mucho que se parecían a las que acababa de pronunciar Alaric.

Y, evidentemente, lo mismo pensó Alaric, cuyos ojos resplandecieron con una mirada divertida. Pero al menos tuvo el buen sentido de mantener la boca cerrada.

Cosa que no hizo Ven. Abrió la boca y se quedó mirando la bola de energía pura que crujía en la mano de Conlan.

—¿Excederme? ¿Excederme en mi papel? Resulta que soy el Vengador del Rey, niñato real más testarudo que una mula.

Conlan le lanzó una mirada asesina a su hermano, los dos cara a cara; Ven no se arredraba. Y fue entonces cuando el sonido de un aplauso interrumpió el momento. El príncipe volvió la cabeza con una sacudida y atravesó a Alaric con una mirada colérica. El sacerdote siguió aplaudiendo sin inmutarse.

—Precioso. Impresionante, no cabe duda —dijo el sacerdote con voz cansina—. Tenemos a Reisen suelto por ahí con el Tridente y una amenaza desconocida que ha drenado el poder de nuestro príncipe, ¿y todavía tenemos tiempo para que los hermanos Muecas jueguen a medirse la polla?

Conlan abrió la boca y después la volvió a cerrar, empezaba a pasársele el mal humor. Agitó los dedos y la bola de energía se desvaneció, después se apartó de su hermano.

—Lo del respeto por la realeza no es lo tuyo, ¿no? —le dijo a Alaric—. Pero por mucho que me moleste, tienes razón.

Conlan miró a su guardia, todos ataviados como su hermano, con los pantalones de cuero negro y los abrigos largos que Ven había exigido que llevaran en cualquier viaje a la superficie. Pensaba que el de motero cabrón era el mejor disfraz para unos tíos que descollaban por encima de la mayor parte de los varones humanos.

Los guerreros de Conlan, los Guerreros de Poseidón, se encontraban en posición de batalla, rodeando con los puños los mangos de las espadas y examinando de forma constante el entorno en busca de un peligro inminente que pudiera amenazar a su señor.

Y allí estaba él, perdiendo el tiempo con chulerías.

Ven se pasó una mano por el pelo.

—Ya, ya, pasando del tema. En cualquier caso, ¿qué ha pasado? Todos sentimos la perturbación de los elementos cuando te atacaron. ¿Qué clase de criatura podría haber hecho eso? ¿Fue un vampiro?

—No...

Ven continuó hablando sin hacerle caso.

—¿Y se puede saber por qué diablos de los nueve infiernos te enfrentaste a él sin nosotros?

¿Por qué te fuiste sin nosotros?

Conlan miró a sus hombres, a sus hermanos de armas, antes de responder. La expresión de Denal era de intenso reproche, pero en cuanto se dio cuenta de que Conlan lo estaba mirando, se dominó y adoptó otra más implacable.

Ven siguió la mirada de Conlan, que recorría toda la fila. Sus guerreros. Habían jurado servir a Poseidón y al trono y se enfrentaban a una vida dura y hostil. Luchaban contra cualquiera que amenazara a la humanidad. Muchos morían. A los que sobrevivían los remendaban y volvían a la lucha.

¿Y su recompensa? Destinados a contraer matrimonios sin amor con mujeres con las que les ordenaban que se casaran. Como iba a hacer él también en dos semanas.

Conlan midió el tenor de sus hombres y se dio cuenta de nuevo de lo afortunado que era. No hubiera querido tener a nadie más con él.

Alexios, fiero, con el rostro marcado y sombrío.

Brennan, imparable salvo por los nudillos blancos que rodeaban las armas.

Justice, con el cabello azul sujeto en una trenza que le llegaba a la cintura; tras un hombro, la empuñadura de la espada le sobresalía de la vaina. El miembro de los Siete al que menos comprendía Conlan, y en el que menos confiaba. Pero un guerrero imponente, se mirara como se mirara.

Bastien se alzaba sobre todos los demás. Más de dos metros diez de puro músculo y aguzados instintos de batalla.

Christophe, cuya piel resplandecía levemente por los restos de un poder apenas controlado.

Y por último, Denal otra vez, el más joven de los Siete y el último en llegar. Todavía estaba preparándose en la academia cuando Conlan había... se había ausentado.

Antes de que Conlan pudiera hablar, la voz de Ven volvió a resonar.

—¿Vas a darme alguna pista de lo que estabas pensando? ¿Estabas pensando siquiera? Estos hombres juraron protegerte, están dispuestos incluso a morir por ti. ¡Pero tú tienes que ir a hacerte el héroe! —bufó Ven, el disgusto se reflejaba en todo su rostro—. Porque la última vez te funcionó muy bien, ¿no?

Alguien ahogó una exclamación. Conlan bajó la cabeza y aceptó el duro golpe. Si hubiera esperado a que llegaran guerreros suficientes cuando había perseguido a Anubisa hasta su cubil, quizá.

No. Sólo los perdedores volvían la vista para mirar al pasado.

Luchó por recuperar la calma.

—Sigues sin cortarte cuando hay que jugar sucio, ¿eh, hermano?

Ven sacudió la cabeza y frunció el ceño todavía más. Era obvio el disgusto que sentía.

—Un buen gobernante permite que sus súbditos hagan su trabajo, Conlan. Quizá sea hora de que lo aprendas de una vez.

Conlan giró en redondo para mirar a su hermano con los puños apretados. Después respiró hondo y lo pensó mejor.

—Quizá tengas razón.

Oyó otra exclamación ahogada a su espalda. Incluso antes de su captura, nunca habían visto a su príncipe dar ni un solo paso atrás.

Y quizá ya era hora de que lo vieran. La razón debía atemperar la cólera. Quizá tuviera que alzarse el filósofo y ponerse a la altura del guerrero.

Conlan señaló a su hermano con la cabeza.

—Me estás cabreando, pero lo que dices tiene sentido.

Ven parpadeó, al parecer se había quedado sin habla, así que Conlan siguió hablando mientras continuaba tan feliz estado.

—Pero lo consideraría un favor personal si tuvieras la amabilidad de perdonar y olvidar para que pudiéramos seguir adelante y recuperar el Tridente.

Ven volvió a parpadear, después hizo una pequeña reverencia y una sonrisa le crispó las comisuras de la boca.

—Consideradlo hecho, alteza.

—Vuelve a llamarme «alteza» y te pego una patada en el culo —dijo Conlan, y una sonrisa triste se dibujó en su rostro antes de desvanecerse—. Debería haber esperado, lo admito. Pero eso no es todo lo que tengo que admitir. Tenemos que hablar. Consideradlo un asunto de máxima urgencia.

Ven alzó una sola ceja. Su cuerpo se tensó y adoptó una actitud todavía más agudizada de cautela, si es que eso era posible, mientras agitaba la cabeza de un lado a otro y examinaba la playa y la oscuridad que había más allá.

—¿Qué es? ¿Reisen? ¿Te has encontrado con algún vampiro o con algún hombre lobo? Dame algo contra lo que luchar, maldita sea.

Alaric se deslizó por la arena sin ruido y se acercó todavía más. A Conlan le recordó a un tiburón preparándose para atacar.

—¿Cuál era la amenaza? —preguntó Alaric—. ¿Te has encontrado con alguna nueva forma de magia que pueda controlar incluso los elementos?

Conlan sacudió la cabeza y sopesó sus palabras.

—Tengo casi la certeza absoluta de que voy a lamentar haberos contado esto. Pero tenéis derecho a saberlo. Sobre todo porque se refiere a una posible debilidad.

Salvo que en ese momento estaba hablando de una debilidad personal. Una debilidad del heredero al trono. La estrategia política de la Atlántida exigiría que se callara.

La estrategia bélica de la Atlántida exigía que lo revelara todo.

Midió a Ven y a Alaric con la mirada. Ven era familia y Alaric había sido amigo de Conlan desde la infancia. Jamás les ocultó nada a ninguno de los dos. Sin embargo, mientras contemplaba el fiero fulgor verde de poder que brillaba en los ojos de Alaric, Conlan llegó a una desagradable conclusión: no estaba del todo seguro de que el sacerdote pudiera decir lo mismo.

Conlan le pidió a su guardia que se acercase y después habló con el tono claro y formal de su cargo. Poco importaba que tanta formalidad le sonara falsa después de tantos años.

Mierda, quizá si hablara como un rey, terminaría sintiéndose como tal.

—Mi apresurada partida fue impropcedente y un error por mi parte. Mi hermano me recordó que un buen rey permite que sus guerreros hagan aquello para lo que se les ha entrenado.

Midió la expresión de cada guerrero, uno por uno, y después continuó con voz sombría.

—Sin embargo, hay algo que debo advertiros. Voy a ser el rey e incluso ahora soy el príncipe supremo. Y actuaré como considere conveniente en todo momento.

Hizo una pausa y después le dedicó una sonrisa a Ven.

—Tendrás que intentar seguirme, hermanito.

Pero el humor no tardó en desvanecerse de su expresión, Conlan levantó la cabeza y olió el aire en busca de cualquier cambio en los elementos, oteó el entorno en busca de cualquier criatura viva o no muerta que pudiera haber cerca. Después envió una señal mental para volver a tocar a Riley y apretó los dientes al darse cuenta de que incluso aquella breve separación lo ponía tenso.

Lo crispaba.

Maldita fuera. ¿Quién era aquella mujer? Y lo que es más, ¿qué era?

Aquella chica ni siquiera se dio cuenta de que él había permanecido en su mente, inadvertido, mientras ella conducía los escasos kilómetros que la separaban de su pequeño hogar. Conlan sólo había interrumpido la conexión durante la riña que había tenido con sus guerreros y con Alaric.

Envió un pequeño toque.

Estoy aquí, Riley. ¿Estás bien?

El atlante percibió la exclamación sorprendida de la joven, casi podía verla. Riley le

devolvió el toque, sus emociones revoloteaban como diminutas anémonas de mar en la mente masculina.

¿Conlan? ¿Todavía puedes hablar conmigo? Pero si estoy a casi quince kilómetros de la playa y... no sé cómo pero sé que tú todavía estás allí.

Puedo sentirte, akenasha. Y además voy a protegerte. Eres muy valiosa para... mi pueblo.

Riley le envió la leve insinuación de una carcajada, eso y una sensación abrumadora de cansancio.

Eso es muy bonito pero yo no valgo mucho para nadie. Sólo necesito tomarme un buen baño de burbujas e irme a dormir. Adiós.

Y con eso la sensación de unas puertas mentales que se cerraban de golpe cortó toda conexión con él. Conlan se recuperó de la sensación con una mueca, tenía la boca seca y luchaba por evitar que su cuerpo volviera a endurecerse, ante la idea de aquel cuerpo desnudo resplandeciendo en una bañera llena de burbujas perfumadas.

Cerró los ojos con fuerza y gimió.

Ven lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? ¿La amenaza?

Conlan abrió los ojos de repente y vio que Ven y el resto de los Siete se agachaban en posición de batalla, con las espadas listas. Alaric lanzó los brazos al aire como si fuera a invocar el poder y las olas del océano respondieron al instante con una estruendosa sinfonía de percusión contra la orilla.

Conlan levantó una mano.

—No, no pasa nada. No hay ninguna amenaza.

Después sonrió.

—O, para ser más exactos, la amenaza va a darse un baño de burbujas.

Capítulo 9

—¿Qué ocurre?, lord Reisen.

Reisen partió el aire con la mano para ordenarle a su guerrero que desistiera, que dejara de hacer ruido mientras él abría su mente y sus sentidos para captar cualquier perturbación en los elementos.

Durante un minuto casi había pensado...

Pero, no. Ya hacía mucho tiempo que Conlan estaba muerto. La casa real se había sumido en el caos. No había nadie dispuesto a dar un paso adelante y admitir que Anubisa asesinó al heredero de las Siete Islas.

Hasta ese momento.

Reisen bajó los ojos y contempló la forma larga envuelta en terciopelo rojo que reposaba sobre la mesa. El Tridente. Casi no podía creer que lo hubiera cogido de verdad. Que en ese momento yacía en una mesa en uno de los pisos francos que tenía su gente, justo delante de las narices de los caminantes que dormían en los edificios que los rodeaban.

Se lo había llevado delante de las narices de Alaric.

Cosa que le produjo una gran satisfacción. Gilipollas arrogante. El recuerdo de su último y definitivo enfrentamiento, nueve días antes, cruzó como un destello por su mente.

—Sabe que no va a volver, Alaric —dijo Reisen, paseándose por el suelo de mármol del aposento privado del sacerdote—. Ya han pasado siete años. E, incluso si vuelve, no será Conlan.

Se detuvo y clavó los ojos en el sacerdote.

—Estará... mal.

Alaric se cruzó de brazos, parecía más un hombre callejero que uno de los elegidos de Poseidón, hasta que veías el poder que ardía en sus ojos.

—Conlan es más fuerte que cualquiera de vosotros. Más fuerte que cualquier otro guerrero en la historia de la Atlántida. Poseidón no me dio ninguna indicación de que esté muerto. O de que haya cambiado. —Alaric entrecerró los ojos—. ¿Me está diciendo que duda del dios del mar?

Reisen se dio un puñetazo en la otra mano.

—No he blasfemado jamás y no pienso empezar ahora, así que no vaya por ahí, sacerdote. Sólo me pregunto si está oyendo de verdad lo que le dice Poseidón. ¿No estará canalizando sus propias esperanzas, las que ansían el regreso de su amigo de la infancia?

—No se atreva jamás a desafiarme, Reisen. La Casa de Micenas lo lamentaría. —Alaric no alzó la voz, pero los muros del templo se estremecieron.

Reisen ni siquiera parpadeó.

—Quizá sea usted el que llegue a lamentar éste día, Alaric.

Después salió con paso firme del templo sin mirar atrás.

Ya estaba elaborando su plan.

Reisen estiró la mano para tocar los pliegues del terciopelo que cubrían el Tridente. Tocarlos era un sacrilegio y estaba más que preparado para morir por ello. El Tridente de Poseidón. El

vehículo que durante milenios había hecho ascender a los reyes de la Atlántida a su trono.

Y, sin embargo, cuando lo cogió aquel día en el templo, permaneció quieto. Inanimado. Un simple objeto bonito: oro, plata y oricalco fundido y moldeado con el mismo diseño que llevaba él marcado en el pecho.

Pero con siete espacios abiertos que mostraban dónde se habían acurrucado sus siete joyas antes del cataclismo.

Antes de que las repartieran por las tierras de la superficie para su protección y salvaguarda.

—Mi señor... —empezó a decir otra vez el guerrero. Apartado de sus cavilaciones, Reisen levantó los ojos y lo miró. Micah, el primero de sus Siete—. Tenemos que irnos de aquí. Los vamos a tener detrás muy pronto —dijo Micah rodeando con los puños las empuñaduras de sus dagas.

Hermanos guerreros de Poseidón. Y más unidos todavía por la enormidad del acto que habían cometido.

—¿Es justicia, Micah? —se preguntó Reisen en voz alta—. ¿Es justicia lo que hacemos por nuestra tierra? ¿O es traición, como sin duda lo llamará Alaric?

Los ojos de Micah brillaron con el fervor de la causa que defendían.

—Es de justicia buscar las joyas que se han perdido. Devolverle a la Atlántida su antigua gloria, mi señor. Después de más de once mil años, ya es hora, sin duda.

Reisen asintió poco a poco.

—Sí, ya es hora. Nos encomendaron la tarea de ser el primer heraldo la víspera de la destrucción de la humanidad —dijo citando las antiguas palabras.

—El descaro de los habitantes de la noche es sin duda algo más que un primer heraldo —gruñó Micah.

Una sonrisa cruzó durante un instante fugaz el rostro de Reisen. Los habitantes de la noche. Aquel lenguaje arcaico le recordó que Micah no había pasado mucho tiempo fuera de la Atlántida. Y, con todo, era escalofriantemente preciso.

—Por la Atlántida, entonces, Micah —dijo levantando su propia daga en el aire—. Por devolverle a la Atlántida su gloria y supremacía.

El resto de sus guerreros, que habían entrado en la habitación mientras hablaban él y Micah, levantaron las dagas por encima de la cabeza al unísono.

—¡Por la Atlántida! —gritaron a la vez—. ¡Por Micenas!

Reisen sonrió. Sí, por la Atlántida y Micenas. Y por su propia ascensión al trono de una Atlántida nueva y restaurada.

—Por Micenas —rugió.

Y después volvió a mirar una vez más el fardo que reposaba en la mesa, sorprendido por una chispa de movimiento y luz.

—Debo de habérmelo imaginado —murmuró, pero sus palabras quedaron ahogadas por el estruendo de los gritos de sus guerreros.

Porque, durante apenas una décima de segundo, le pareció que el terciopelo había resplandecido.



—¿Pero tú perdiste uno de tus reales tornillos? —Ven se tomó un descanso en sus paseos y brutales maldiciones, que, por cierto, lanzaba en atlante antiguo, latín y un dialecto muy poco utilizado que en sus tiempos se oía cerca de Constantinopla, y se detuvo justo delante de su hermano con los puños en las caderas.

Conlan suspiró, no sabía si concederle a su hermano una medalla por su creatividad u ordenarle a Justice que arrestara al Vengador del Rey por traición.

Podría decidirlo a cara o cruz...

Conlan dio un paso hacia Ven e invadió sin importarle un solo pimiento lo que a su hermano le gustaba llamar su «espacio personal».

—No te pregunté la opinión que te merecen mis acciones. Me limité a describir un posible riesgo que amenaza a nuestros guerreros. Si hay más humanos que pueden incapacitarnos con una telepatía emocional...

No mencionó que dejó un puñetero montón de cosas sin contar en su relato. La apasionada atracción que sentía por ella no ponía en peligro la seguridad de la Atlántida.

Admítelo, atracción es una palabra muy insulsa. Prueba con lujuria aplastante capaz de romperte los huevos en cualquier momento.

Expulsó una bocanada de aire por la boca. Hasta los príncipes tenían derecho a un poco de intimidad, ¿no?

Ven sacudió la cabeza, disgustado, después volvió a pasearse y maldecir. Conlan dejó de escucharlo después de oírle decir algo sobre un «engendro de escarabajo pelotero» en portugués antiguo y se volvió hacia Alaric, que permaneció en silencio, cosa nada propia de él, durante la explicación que había dado Conlan de los acontecimientos de aquella noche.

Cuando Alaric hablaba ya resultaba bastante peligroso.

Que se quedara callado era mortal.

El sacerdote se lo quedó mirando fijamente, sin parpadear, tan quieto que casi no parecía humano. Si había algún hombre que no parecía hecho para el sacerdocio, Conlan hubiera dicho que era Alaric. Con su misma estatura, la forma musculosa del sacerdote estaba a la altura de la amenaza letal que ardía en sus ojos.

Desde luego ningún colegial iba a ir a buscarlo para contarle sus travesuras infantiles en un confesionario. Y sin embargo, se rumoreaba que más de una mujer, seducida por la belleza oscura de Alaric, había albergado esperanzas de convencer al moreno sacerdote para que... adaptara... su voto de celibato.

Conlan casi se echó a reír con sólo pensarlo. Era bien sabido que Poseidón despojaría de sus poderes a cualquier sacerdote que violara el voto de celibato. El poder era la única amante que tenía Alaric; ninguna mujer se interpondría entre el sacerdote y su ambición.

Como si hubiera leído la mente del príncipe, Alaric enseñó los dientes con una mueca fría de sonrisa fingida.

—Estoy de acuerdo con Conlan.

—Oye, mira, yo... ¿qué? —Aquella afirmación lo descolocó.

—Ya me oíste —le respondió Alaric sin inmutarse—. Quieres seguir a ésta humana hasta su casa para garantizar su seguridad. Exiges que la traslademos a la Atlántida como tu... invitada. Estoy de acuerdo contigo.

Ven no pudo más y explotó.

—Genial. Ahora sois dos los que habéis perdido la puñetera chaveta. Esperaba más de ti, rata del templo.

La mirada de Alaric se clavó con suavidad en Ven y algo que susurraba una insinuación de peligro mortal rieló en sus ojos.

—Ahora soy el sumo sacerdote del dios del mar, mi señor Vengador. Ya es hora de dejar esos... piropos infantiles.

Conlan cambió de postura para interponerse entre los dos hombres. Lo último que le faltaba era que sus dos consejeros más probados se dedicaran a arrancarse la cabeza entre sí.

—Cálmate, Ven. Tienes que darles ejemplo a mis guerreros, ¿no?

Ven soltó un bufido.

—Y a la hora de la verdad, doy ejemplo. Pero quedarme impasible con aire gélido cuando nos enfrentamos a un problema serio no es mi estilo. A mí me va más tomar nombres y repartir hostias. —Se detuvo un momento y volvió a envainar sus dagas de golpe—. ¿Acceder a que nos llevemos a una humana a la Atlántida, y además ahora, cuando el Tridente está en manos del

enemigo? Repito, sois unos putos chiflados.

No obstante, Ven sacudió la cabeza y se apartó mientras extendía un brazo como si quisiera decirle a Alaric que continuara.

El sacerdote se encogió de hombros.

—El conocimiento es poder. La humana tiene poderes que nosotros desconocemos. Si de verdad puede transmitir emociones por el sendero mental, entonces hay que estudiarla y analizarla para encontrar la fuente de esa habilidad.

Ven empezó a interrumpir, pero Alaric levantó una mano.

—Por no mencionar la enormidad potencial de un arma que puede poner de rodillas a un guerrero con la fuerza y los escudos mentales que tiene Conlan —dijo con un tono de voz clínico e imparcial.

Conlan emitió un gruñido en lo más profundo de la garganta que lo sorprendió incluso a él y, por la forma en que lo miraron, a todos los demás.

—Disecionarías a Riley en un laboratorio si creyeras que esa iba a ser la única manera de entender sus dones, ¿verdad?

Alaric alzó una ceja.

—¿Riley? ¿Sabes cómo se llama?

La furia amenazaba con embargar a Conlan, que apretó los puños hasta que se le quedaron los nudillos blancos, mientras luchaba por recuperar la compostura suficiente para poder hablar.

—No... vas... a... tocarla —dijo entre dientes.

Alaric estiró las manos de inmediato con las palmas hacia abajo, como si quisiera demostrar que no pretendía hacerle daño a nadie. Después recurrió de nuevo al lenguaje formal, quizá se daba cuenta de la amenaza que suponía Conlan.

—Percibo una perturbación en los elementos que nos rodean, y sin embargo, hasta ahora no mostrabas ningún signo externo de ello. Dado que no soy como tú humana y no puedo percibir las emociones, debes explicar la reacción que despertaron en ti mis palabras.

Conlan se obligó a relajar las manos y respiró una bocanada de aire purificador.

—Ni siquiera sé si puedo explicarlo. O, si pudiera, si quiero explicarlo.

Sacudió la cabeza para intentar despejarse. Su mente buscó sin querer la conciencia dormida de Riley y ese simple roce fue suficiente para calmarlo un poco.

Y suficiente para cabrearlo también. ¿Qué coño estaba pasando?

—Necesito tiempo para entenderlo yo mismo —admitió.

Ven lo interrumpió.

—Alaric, seguro que te das cuenta de que lo más importante es recuperar el Tridente, no jugar a las niñeras con una mujer humana. A mí también me gustan las humanas, Conlan, y he disfrutado de muchas horas felices con ellas. —En el rostro del hermano de Conlan destelló una sonrisa lobuna—. Coño, a veces hasta con dos a la vez. A lo largo de los siglos incluso defendí a miles de ellas de vampiros y de los puñeteros cambia-formas. Pero no me ves por ahí vigilando sus casas.

Alguien lanzó una carcajada. La mirada de Conlan barrió como un látigo la hilera de guerreros. Bastien. Por supuesto. Aquel puñetero era demasiado grande para tenerle miedo a nada. Ni siquiera a la ira de dos príncipes atlantes.

Maldita sea.

Había que admirar los huevos que tenía aquel tío.

Conlan se volvió de nuevo hacia Ven y asintió.

—Tienes razón. Pero ésta es diferente. Es posible que tenga una habilidad que se puede utilizar contra mí, contra cualquiera de nosotros, ¿y qué tiene eso de bueno?

La parte de su cerebro en la que el deber daba paso a la necesidad le gritó.

Y además la deseo. Y pienso hacerla mía. A la mierda el deber.

—De acuerdo —respondió Alaric sobresaltando a Conlan.

Pero, por supuesto, Alaric estaba respondiendo a sus palabras, no a sus pensamientos.

O eso esperaba Conlan. Si el sacerdote había conseguido dominar el sondeo mental, la política de la Atlántida estaba a punto de meterse en un buen montón de maloliente mierda de ballena.

La mirada de Alaric no vaciló ni un solo instante.

—Podría distraernos en un momento crítico y costarnos el objetivo de nuestra misión. Contenemos a la mujer y después recuperamos el Tridente. Es lo más inteligente, como tú dices, Conlan. Y también es cierto que necesito tiempo y un lugar tranquilo para averiguar el paradero del Tridente.

Ven gruñó un poco y después puso los ojos en blanco.

—Bueno, si te pones así... Vamos allá.

Dio una sacudida con la cabeza hacia la izquierda y Bastien, Denal y los demás se distribuyeron alrededor de Conlan, Alaric y Ven. Con los abrigos negros aleteando tras ellos, nueve de los depredadores más letales que han recorrido jamás la tierra y sus océanos rielaron y se convirtieron en bruma líquida; después se dirigieron a una casa diminuta en la que dormía una mujer.

Y una vez que la vuelva a ver, me daré cuenta de que ésta descabellada atracción fue sólo algo momentáneo. La llevaremos a un sitio seguro para estudiarla más tarde y después recuperaremos el Tridente. No ha cambiado nada.

Salvo que los años de entrenamiento que Conlan había pasado conociéndose se burlaron de él.

Serás idiota. Ha cambiado todo. Ella lo cambió.

Pero ni siquiera con toda su disciplina, entrenamiento y afilada lógica fue capaz de averiguar a qué «ella» se refería.

Capítulo 10

Riley volvió a mirar el reloj por tercera vez en una hora. Había dormido, ¿cuánto? ¿Unos veinte minutos quizá? Después de dejar dos mensajes prácticamente incoherentes en el buzón de voz de Quinn, claro.

Se dio vuelta y se sentó en la cama. Tampoco era de extrañar que no estuviera navegando por la algodonosa tierra de los sueños, dadas las circunstancias. Sus pensamientos se detuvieron un instante en Dina y el bebé y después en Morris. Se estremeció cuando la reacción retardada cayó al fin sobre ella.

—Podría haber sido yo. Morris estaba intentando matarme a mí —susurró, después se abrazó las rodillas y empezó a mecerse. Un estremecimiento se abrió paso por su cuerpo hasta que se quedó allí sentada, temblando, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Y no fue el único. Esos tíos de ésta noche... si no hubiera estado él allí...

Conlan.

Sólo con pensar en su nombre podía conjurar su rostro. Pómulos elegantes, aristocráticos. Una mandíbula fuerte. Unos labios que debía de haberlos esculpido el más artístico de los ángeles.

Un escalofrío de calor se le encrespó en el abdomen.

Y ese beso. Fue... tremendo. Oh, no te pases, Riley. Ángeles, por favor. Ni que fuera la primera vez que ves a un tío guapo.

—Nadie como él —le susurró a la oscuridad de su dormitorio—. Jamás alguien como él. Nunca alguien que pudiera entrar en mi mente.

Salvo Quinn. Su hermana y ella siempre habían podido compartir una forma de comunicación casi telepática. Jamás le dieron demasiada importancia, todo el mundo sabía que los gemelos se comunicaban de forma especial y a ellas sólo las separaban diez meses, casi podían ser gemelas.

Pero nunca con ninguna otra persona. Nunca con un extraño. Y nunca con un hombre increíblemente maravilloso que le había salvado la vida... o, como mínimo, que la salvó de un ataque atroz.

Conlan.

Y entonces una voz, dulce pero insistente, se coló en su cabeza.

Sí, estoy aquí.

Y después su preocupación, áspera y feroz.

¿Me necesitas? ¿Estás en peligro?

Riley levantó una mano, como si pudiera tocar los colores de las emociones que giraban en su interior. Y no eran sus emociones.

Eran las de él.

—Puesto que es un sueño, no veo por qué no voy a contestarte. Porque esto tiene que ser un sueño, ¿no? Es sólo un poco de DSPT para ponerle la guinda final al día. —Riley se secó las lágrimas con la mano.

Sí. Tenía que ser eso. Porque aquello no había pasado en realidad. Nadie podía hacer que el

océano se comportase así. Ni siquiera los vampiros.

¿Qué es el DSPT? ¿Y por qué te mientes a ti misma? Sabes que soy real, akenasha. Me oyes en tu mente. Sientes mis emociones, aunque no tengo ni idea de cómo puede ser posible.

Riley se echó a reír, no podía evitarlo. Al escuchar esa voz masculina era como si olas frescas del océano le acariciaran las terminaciones nerviosas y suavizaran sus bordes.

Como si la atravesaran y convirtieran su calma en excitación en sólo diez segundos.

¿Cómo es posible?

—Muy bien, don Imaginaciones Mías. ¡Qué coño! Allá voy. DSPT significa desorden de estrés post-traumático. Es lo que me pasa a mí después de que Morris estuviera a punto de matarme de un tiro. —Se echó a reír otra vez—. Y por lo que parece mi caso es la leche. A ver, lo mío no son los elefantes rosas. Yo tengo que conjurar un tío guapísimo que está que te cagas y que encima es capaz de compartir sus pensamientos y sus emociones conmigo.

Se levantó y se dirigió al baño.

—Tengo que tener drogas por alguna parte. ¿Quizá sólo un poco de Valium?

Y entonces el fuego otra vez, y las emociones masculinas se oscurecieron.

¿Alguien te disparó?

Aquel tono bajo, peligroso. Un escalofrío diferente la acarició al sentir el dominio puro de aquella voz.

Tampoco es que ella fuera de las que se les hacía el culo gaseosa delante de un macho alfa macizorro.

—Estoy bien. Está muerto, así que no te pongas ahora en plan «yo soy la ley».

Pero volvió a escuchar aquella voz, y ésta vez la hizo detenerse en seco; había algo arrogante y puramente masculino en sus palabras.

Así que crees que soy guapísimo, ¿eh?

Riley puso los ojos en blanco. Era evidente que hasta en *Alucinalandia* los hombres tenían unos egos enormes. Se preguntó distraída qué más tendría enorme aquel tío, después se contuvo cuando se puso como un tomate.

No vayas por ahí, Riley. Puede que sólo sean imaginaciones tuyas, dijo el tipo, una cierta sombra de racionalidad y humor teñía las palabras que oía en su mente. *Quizá no deberías mirar por la ventana.*

—¿Qué? —Corrió a la ventana, levantó las persianas de golpe y se quedó mirando con aire salvaje su diminuto jardín.

Cuatro, no, cinco hombres, de pie, allí abajo, rodeaban a Conlan dibujando algo parecido a un círculo. Observó que todos eran del tamaño de Conlan y que todos estaban vestidos de negro antes de volver a clavar los ojos en la figura que se encontraba sola en el medio.

Y que la miraba desde allí.

—Ay, la hostia, eres tú —susurró mientras apoyaba las palmas de las manos en la ventana, atrapada en los ojos del hombre.

Sí, pues si que soy yo. Y si sólo soy imaginaciones tuyas, ¿te puede decir ésta imaginación que te lo agradecería mucho si te... replantearas... tu atavío antes de aparecer delante de mis hombres?

La voz que oía Riley en su mente adoptó un tono ronco.

No es que no sepa apreciar el vestuario de noche que has elegido.

Riley bajó los ojos, se miró y le ardieron las mejillas. Sólo llevaba un top verde viejo y gastado, que tenía «Arriba las Chicas Listas» bordado con hilo dorado desvaído, encima de unas braguitas de encaje.

Unas braguitas bastante pequeñas, a decir verdad.

Con la cara en llamas, Riley se apartó de la ventana, no sabía muy bien si lo que sentía era miedo, vergüenza o excitación al ver que era un hombre real.

Real y de pie delante de su casa.

Se decidió por una combinación de las tres cosas, de repente su respiración se hizo superficial y rápida. Pero estuvo dentro de su corazón, de sus recuerdos, hasta de su alma de algún

modo, y lo único que había visto era honor e integridad, ni rastro de tendencias homicidas, no parecía un asesino en serie.

Bueno, pues no se trataba de la opción A: imaginaciones suyas. Maldita fuera, todo aquello era muy confuso.

En cualquier caso tenía unas cuantas preguntas que hacerle. Era trabajadora social, por el amor de Dios. Se ponía en peligro todos los días. Y estuvo en el interior de la mente de ese hombre. Sabía que no tenía intención de hacerle daño. No estaba muy segura de cómo lo sabía, pero lo sabía.

Mientras se incrustaba un par de vaqueros se echó a reír sin muchas ganas.

—Peligro es mi segundo nombre.

La voz resonó en su mente, volvía a estar de muy buen humor. Pues qué bien que pudiera entretenerlo tanto.

De hecho, podía sentir literalmente la risa masculina que se rizaba en su interior mientras él hablaba. O que le enviaba en oleadas. O lo que fuera.

¿De veras? Yo habría dicho que era Problemas.

Riley sonrió antes de darse cuenta siquiera. Su primera sonrisa en mucho tiempo.

—Pues será mejor que te prepares para un buen problema, Conlan, si no puedes darme una explicación decente de lo que estás haciendo delante de mi casa.

La sonrisa se desvaneció del rostro femenino. Genial, había una Opción B: aquel tipo era una especie de acosador raro. Como si no hubiera tenido ya bastante por una sola noche.

Para una vida entera.

Pero no era estúpida. Ni cobarde tampoco. Riley se puso una sudadera con un par de tirones y cogió un teléfono para poder marcar el 911 a toda velocidad si hacía falta. Después bajó las escaleras corriendo y echó un vistazo por la mirilla de la puerta. Sí, todavía estaba allí. Conlan y unos hombres que estaba claro que también eran de la Tierra de los Macizos.

Respiró hondo y abrió la puerta de un tirón. Y fue entonces cuando se armó el gran follón.

Vampiros.

Estaba granizando vampiros. Se estaban materializando delante de sus ojos.

Por supuesto había visto vampiros antes, como todo el mundo. Y no sólo en la CNN. Los había visto de cerca, merodeando por los callejones y escondrijos de la ciudad. Buscando víctimas que estuvieran dispuestas, ofreciendo la esquivia promesa de la inmortalidad, atrayendo a los jóvenes, los débiles, los desesperados.

Pero jamás vio dos docenas enteras cayendo del cielo, precipitándose sobre la diminuta extensión de césped que tenía delante de casa.

El mismo césped donde se encontraba Conlan con sus hombres.

Se recuperó de pronto de la impresión y gritó para advertirlos.

—¡Cuidado, Conlan! ¡Vampiros!

Pero tanto él como sus hombres ya habían levantado la cabeza y estaban desenvainando una especie de dagas. Las hojas destellaron como cobre incrustado de diamantes, hermoso y mortal.

Algo así como el propio tipo.

¡Riley, vuelve adentro! Bramó Conlan en su mente. *Cierra esa maldita puerta y escóndete.*

Pero la joven permaneció allí, inmóvil, con el teléfono olvidado en la mano. El silencio era surrealista, las escenas de peleas de las películas siempre estaban llenas de armaduras estrellándose unas contra otras y gritos.

Pero la pelea que tenía adelante era mucho más aterradora por la ausencia casi absoluta de sonido.

El vampiro más grande aterrizó delante de Conlan con la espada en la mano. El cruzó las dagas para bloquear el golpe y después las bajó de súbito, con saña, para golpear el brazo izquierdo del vampiro. Con un movimiento repentino subió el brazo, clavó la daga en el corazón

de su atacante y el vampiro se derrumbó.

Llegaron más hombres corriendo por la esquina de su casa. Iban vestidos con cuero negro y abrigos largos, como una especie de panda de motoristas aterradores. Uno de ellos, con el cabello azul y trenzado hasta la cintura, fue el que quebró el silencio. Rugió algo, un nombre, un desafío, algo que sonó a «¡Poseidón!», y después voló por el aire en un salto salvaje, con una espada y una daga levantadas por delante. Aterrizó encima de un vampiro que había intentado, sin conseguirlo, apartarse con un giro.

Pelo azul clavó las dos armas en el cuello del vampiro, giró lo que con toda claridad eran unos brazos muy poderosos sin dejar de chillar como una fiera y después volvió a sacar las hojas de un tirón.

Riley se quedó allí plantada, sin parpadear, el combate cuerpo a cuerpo y el juego de espadas bramaban en la noche a su alrededor.

Con los ojos clavados en la cabeza del vampiro.

La cabeza que se desprendió del cuerpo y rodó hasta detenerse a menos de un metro, justo al lado de sus azaleas dormidas.

Se aferró al marco de la puerta con una mano y sacudió poco a poco la cabeza de un lado a otro, un torbellino de niebla amenazaba con oscurecer su línea de visión...

Bueno, eso no ha podido ocurrir, ¿no? Porque nadie decapita vampiros en mi césped, ¿no? No puede ser bueno para la hierba. Ni para las azaleas.

Reconoció los síntomas, objetivamente hablando. Estaba entrando en shock. Entumecimiento, visión gris, el frío...

Entonces levantó los ojos y se encontró con la mirada de Conlan. Aquel hombre había sentido su terror. Debía de haberlo distraído, porque Riley se dio cuenta de que no advirtió al vampiro que saltó sobre él por detrás, apuntándole a la espalda con la espada.

El entumecimiento se hizo pedazos.

—¡Nooo! —chilló mientras salía del porche de un salto y se lanzaba hacia aquellos dos.

Sin pensarlo. Lo único que la empujaba era la urgencia. Tenía que ayudarlo. Tenía que protegerlo.

Debo protegerlo.

—¡Déjalo en paz! —gritó.

Saltó sobre la espalda del vampiro y le rodeó el cuello para cogerlo por la garganta. Para estrangularlo.

Pero ya era demasiado tarde. El vampiro le siseó cuando sacó la espada chorreando de sangre, la sangre de Conlan.

—¡Déjalo en paz de una vez! —repitió Riley, ciega de cólera.

Las clases de autodefensa surtieron efecto, buscó algo con los dedos y se los clavó con una táctica apenas recordada.

Vete a por los ojos, Riley. Por muy grande que sea, siempre puedes ir a por los ojos.

Le incrustó los dedos y tuvo arcadas al sentir que las uñas se le clavaban en algo blando. El vampiro lanzó un grito agónico y se giró al tiempo que le arrancaba los brazos de su cuerpo.

Y la aplastaba contra el suelo.

El vampiro se giró sujetándose los ojos llenos de lágrimas y Riley intentó reptar hacia atrás para escapar. Después, el vampiro volvió a rugir de rabia, lanzando escupitajos por los colmillos retorcidos y agrietados, y volvió a concentrarse en Conlan, que yacía muy quieto al lado de Riley. El vampiro echó hacia atrás una bota, era obvio que planeaba patear la cabeza de Conlan.

Riley aspiró un torrente de aire y chilló con todas sus fuerzas. Después se lanzó delante del vampiro para bloquearle de algún modo el pie y evitar que aplastara el cráneo de Conlan.

Fue entonces cuando un granizo de hojas de cobre rebanó el aire sobre ella y aterrizó en el pecho y la garganta del vampiro, cuyo pie vaciló un momento. El vampiro se tambaleó.

Un arco de fuego azul, o quizá una corriente eléctrica, algo no humano, humano no podía

ser, ni siquiera los vampiros tenían bolas de fuego azules, pero ¿qué coño?, salió disparado de las manos de uno de los hombres de Conlan e incineró la cabeza del vampiro.

Incinerada.

Arrasada.

Cuando se derrumbó sobre la forma quieta de Conlan, Riley se echó a reír.

Y ya no pudo parar.

Se rió sin parar, sin saber muy bien cuándo la risa se convirtió en llanto, hasta que al fin alzó los ojos y vio el círculo de hombres que la miraban con las hojas desenvainadas. Le palpitaba la cabeza, le dolía, tenía la sensación de que estaba a punto de partírsele por las reverberaciones de... ¿qué, con exactitud?

El que estaba un poco más apartado de los demás ladeó la cabeza y clavó en ella una mirada verde y helada. Era guapísimo, como todos los demás, pero en sus ojos no había nada. Estaban muertos. En su trabajo, Riley había visto criminales curtidos, reincidentes, con más emoción en sus ojos que aquel.

—La herida de Conlan no es grave. La hoja estaba recubierta de veneno, la dosis habría sido letal para un humano —afirmó el tipo mientras la observaba con arrogancia—. No será mayor problema limpiarle la sangre.

Riley hipó un poco y después le lanzó una mirada furiosa y desafiante.

—Pareces un asesino en serie, colega. Pero seas quien seas, a menos que puedas ayudar de verdad a Conlan, vas a tener que pasar por encima de mí para llegar hasta él.

Un grito ahogado colectivo surgió entre los demás. Los seis, no los siete, habían estado a punto de no ver al que estaba tirado en el suelo con la sangre chorreándole por la cabeza, cuando la levantó para mirarla.

—Intenta protegerlo cuando nosotros hemos fallado —dijo entre dientes mientras se secaba la sangre de los ojos con una mano—. Y nosotros, que hemos jurado servirlo...

Otro de los tipos, uno que se parecía muchísimo a Conlan, asintió con expresión lúgubre y después lanzó una carcajada.

—La chica te caló, rata del templo.

El carcajadas hincó una rodilla en el suelo, delante de ella, la sonrisa se desvaneció entre la expresión sombría e inclinó la cabeza.

—Jamás hemos visto valor como el suyo entre los humanos, señora. Ofreció su vida para proteger a mi hermano. Pero debe dejar que nuestro sanador lo ayude.

Riley se sujetó la cabeza, intentaba evitar que se le agrietara allí mismo. La conmoción la había silenciado al reconocer la fuente de aquel dolor azotador. Era él. El que tenía arrodillado adelante.

No, no del todo. Los miró a todos y el asombro ahogó al miedo. Eran todos, sus emociones. Su rabia y su dolor.

Riley estiró una mano hacia el hombre enorme que afirmaba ser el hermano de Conlan, le tocó con suavidad el brazo y después se apartó con un estremecimiento.

—Miedo por tu hermano. Furia y venganza... ¿quién es Terminus?

Cuando el hombre abrió mucho los ojos, en los que se reflejó la impresión que también sentía Riley, la joven examinó al resto del grupo. Colores, demasiados colores, dolor, la percusión, los tambores de la furia de todos que le aporreaban el cerebro.

El corazón.

El alma.

Demasiado. Demasiado.

Demasiado demasiado demasiado...

Esbozó su mejor sonrisa, la más profesional.

—Hola, soy su nueva asistente social. —Una sonrisa y juntó las manos con gesto recatado—. Pero ya he tenido bastante, gracias —susurró.

Después cerró los ojos y por segunda vez esa noche, por segunda vez en toda su vida, se deslizó en un estado de inconsciencia.

Pero lo oyó, oyó al hermano de Conlan cuando cayó por el pozo oscuro de silencio, en la negrura. Oyó la conmoción en su voz.

—Me leyó, Alaric. Mis emociones. Y es posible que estuviera sondeando mis pensamientos. Nos estaba leyendo a todos.



Barrabás levantó la cabeza y siseó. Drakos levantó los ojos de los mapas que tenía en la mesa del aposento privado de Barrabás.

—¿Mi señor? ¿Qué pasa?

—Es Terminus —gruñó Barrabás mientras aplastaba una lámpara y la tiraba al suelo—. Está muerto.

—Pero...

—Permanentemente muerto. El vínculo que lo unía a mí se rompió. Sentí su violencia, su cólera, como debe sentir un señor de vampiros todo su linaje. —Era un recordatorio muy poco sutil. Drakos no pertenecía al linaje de Barrabás, así que éste siempre se enfrentaba a una punzada de duda sobre él—. Algo... algo nuevo, Drakos. Nos estamos enfrentando a algo nuevo, y sea lo que fuere, sea quien fuere, puede manipular los elementos.

Drakos giró la cabeza para mirar la puerta de acero incrustada en el muro de la cripta.

—¿Es Anubisa? ¿Seguís convencido de que pretende regresar a Ragnarok?

—La Perdición de los Dioses. Quizá. Es la hija-esposa de Caos. ¿Qué otra cosa buscaría? No se alimenta de sangre, sino de terror y desesperación.

Como haría yo si pudiera, y cada vez más a medida que pasan los años.

Drakos interrumpió los pensamientos de su señor.

—¿Es hora de consultar los pergaminos?

Barrabás se quedó mirando a su general más brillante y caviló un momento.

¿Es leal? ¿Puedo confiar en él? ¿Importa acaso? Si me ayuda a descubrir las respuestas que necesito, puede tener un accidente con bastante facilidad.

Barrabás cruzó hasta la cripta.

—Creo que es posible.

Capítulo 11

Las terminaciones nerviosas de Conlan ardieron y el dolor le abrasó el cuerpo. Despertó con un rugido y atrapó la garganta de la figura que tenía adelante.

—¡Muerte a los apóstatas de Algolagnia!

Y se miró en los ojos compasivos de Alaric.

Después soltó el puño que apretaba como un torno la garganta del sacerdote y apartó los ojos. La compasión era lo único que jamás pensaba tolerar, ni en ese momento ni nunca.

Necesitaba... necesitaba...

—¿Riley? —preguntó con la voz ronca.

El proceso de sanación siempre le quemaba el cuerpo y le dejaba la garganta irritada, como reseca. Le echó un vistazo a la camisa rasgada y ensangrentada y a la piel lisa, intacta; la última vez que la había visto la atravesaba la punta de una espada, y así supo que necesitó una ayudita de Alaric.

Otra deuda que pagar.

Alaric intercambió una mirada con Ven, que se encontraba al otro lado de Conlan, y después volvió a mirar a Conlan.

—No ha sufrido daños —dijo.

Conlan se incorporó con esfuerzo y se sentó al borde de la cama, después examinó la habitación que reconoció como parte de uno de los pisos francos de Ven. No cambió mucho desde la última vez que la había visto, a pesar de los años.

El mismo mobiliario funcional. Los carteles de las mismas películas en las paredes.

Un par de depredadores lo miraron con desprecio desde el póster de *Komodo contra Cobra* que había enfrente de la cama. Conlan miró a las bestias gigantes y después a sus consejeros y estuvo a punto de echarse a reír. No sabría por quién apostar si cualquiera de los dos tenían que vérselas contra su hermano o Alaric.

Claro que, pensándolo bien, los reptiles no tendrían nada que hacer.

—Ya, claro, no ha sufrido daños físicos —añadió Ven con tono críptico.

Conlan se levantó y giró en redondo para mirar a su hermano.

—¿Qué quieres decir con eso de «físicos»? ¿Está herida? ¿Es que uno de esos cabrones vampiros le ha hecho algo con una especie de truco mental?

Le costaba respirar, casi tanto como mantenerse en pie, pero los otros no iban a enterarse. Ya era suficiente con que Alaric tuviera el paso franco a su mente cada vez que lo sanaba.

Ven sacudió la cabeza.

—No, a pesar de la parte en la que se lanzó delante de la bota del vampiro para proteger esa cabezota tuya. O, oye, ésta es buena, cuando le saltó encima al chupasangre que te ensartó con la espada.

A Conlan le desapareció la sangre de la cara y la debilidad de las rodillas se duplicó.

—¿Se puso en peligro por mí? ¿Dónde está? Tengo que verla ahora. Tengo que...

Alaric lo interrumpió sin inmutarse.

—Quizá quieras decirle algo al joven Denal, que cree que, a pesar de que lo superaban en

número, como tres contra uno...

—Sí, y a pesar de la herida que tenía en la cabeza —interpuso Ven.

—Cree que le ha fallado a su príncipe —continuó Alaric, cuyos ojos se habían clavado en Conlan escupiendo fuego verde—. Quizá quieras plantearte el bienestar de tus hombres antes de preguntar por el de una humana.

Conlan apretó los puños, lo estaba invadiendo la ira y estaba a punto de perder los estribos, así que se obligó a calmarse.

—Quizá —se burló—, quizá quieras decirme dónde están todos para que pueda verlo por mí mismo.

Ven señaló con la mano la puerta de la habitación y Conlan se dirigió hacia ella, primero vacilante, pero luego recobrando las fuerzas a medida que caminaba. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y se dio vuelta para mirar a Alaric. Recordó su deber, por mucho que las palabras se le atragantaran en la garganta.

—Agradezco la sanación. Y quizá, en lugar de reñirme, podrías averiguar por qué en mi mente no hay nada más que esa mujer humana que acabo de conocer.

Ven se echó a reír.

—Coño, Conlan, eso te lo puedo decir yo. Está buenísima, coño...

Conlan giró en redondo y levantó las manos casi sin darse cuenta para coger a Ven por la pechera de la camisa.

—Será mejor que te calles ahora mismo, hermano —gruñó—. Compárala con tus putas y tendrás que responder por ello.

Ven lanzó un silbido sin dejarse impresionar, después despegó los dedos de Conlan de su camisa.

—Tendré que responder por ello, ¿eh? Si te pones ahora en plan formal conmigo, hermanito mayor, es que tiene que ser una tía muy especial.

—Especial, sin duda. Y yo diría que peligrosa también —dijo Alaric en voz baja.

Conlan hizo caso omiso y salió por la puerta; por fin consiguió despejar la bruma que invadía su cerebro el tiempo suficiente para recordar que podía tocar la mente de Riley. Pero cuando lo intentó, no percibió nada.

Cosa que no contribuyó a tranquilizarlo mucho; de hecho, nada.

Ven lo llevó por un corto pasillo hasta uno de los varios dormitorios de la casa y abrió la puerta. Conlan vio una forma acurrucada bajo la colcha, inmóvil.

Lo atravesó una punzada de miedo. Se aferró al brazo de Ven con un puño de hierro, tanto para evitar correr hacia ella como para sostenerse.

—Me dijiste que no había sufrido daños.

—Relájate hombre. Dio la sensación de que se cerraba en banda, mentalmente hablando. Sobrecarga de datos, o algo así. Y no me extraña, después de lo que hizo. —Ven esbozó unos cuantos detalles de la batalla, incluyendo el papel de Riley en ella.

Conlan se quedó allí plantado, escuchó que una frágil humana había puesto su vida en peligro por él y el dolor le apuñaló el pecho. Más o menos en la zona del corazón que creía haber perdido.

Cuando Ven llegó al momento en el que Riley se había enfrentado a Alaric, los ojos de Conlan brillaron.

—Eso debe de haber sido peor que meterle un pez espada por el culo. ¿Una «simple humana» enfrentándose al sumo sacerdote de Poseidón? Maldita sea, es valiente. —Después se estremeció y sintió que lo embargaba una oleada de odio por sí mismo—. Claro que debería haber estado protegiéndola yo a ella. A ella y al resto de vosotros.

Ven le puso una mano en el hombro.

—Relájate, hermano. No había forma de saber que los vampiros se dedican ahora a recubrir las hojas de veneno. Esa herida ni siquiera te habría frenado si no hubiera sido por el veneno.

Conlan apartó los ojos de Riley sin ganas y miró a su hermano.

—¿Y el resto de los Siete? ¿Hay alguno herido?

—Vamos, te lo mostraré mientras Riley duerme un poco. Sobre todo cortes y magulladuras, nada que no se hicieran en un buen partido de *Tlachtli* —dijo.

Conlan casi se echó a reír. Sólo Ven podía comparar una batalla mortal con el antiguo juego atlante de pelota. Claro que los aztecas sacrificaban a los perdedores cuando jugaban, ¿no?

Bajaron por el pasillo hacia la habitación que Ven había convertido en una sala de juegos y televisión.

—A Denal le dieron un buen porrazo en la cabeza. Por suerte, tiene el cráneo casi tan duro como el tuyo. Pero está hecho polvo, en plan «Oh, le he fallado a mi señor» y demás. Quizá quieras decirle algo.

Conlan apretó la mandíbula.

—Yo ya soy mayorcito. Me da igual lo que me pase. Pero tú, y todos, tenéis que proteger a Riley por mí.

Ven abrió la boca y luego la volvió a cerrar de golpe.

—Bueno. Pues voy a querer saber qué te hizo esa chávala para ponerte así en... ¿cuánto tiempo? ¿Unas cuantas horas?

Conlan suspiró mientras doblaban la esquina.

—Ya, a mí también me gustaría saberlo, no creas.

Los seis guerreros que holgazaneaban en la habitación se cuadraron de una forma u otra cuando entraron Conlan y Ven. Justice, con la omnipresente espada envainada a la espalda, estaba apoyado en la pared contraria, en el cartel de la película *Godzilla*. Dejó de estudiar un momento la vista que ofrecía la única ventana de la habitación y le lanzó un saludo burlón con dos dedos a Conlan, después se giró para mirar otra vez hacia fuera.

Bastien y Christophe estaban echando una partida en la mesa de hockey aéreo de la esquina. La enorme mano de Bastien se tragaba el mazo que utilizaba para darle al disco.

Los dos levantaron la vista y lo miraron, pero el chaval no dejó de lanzar el disco amarillo de un lado a otro de la mesa.

Brennan le quitó el sonido a la tele y después se levantó poco a poco del sofá. Miró a Conlan con una expresión tan inmutable como siempre. Poseidón había maldecido a Brennan por una trasgresión menor en la que estaba involucrada la hija de un senador romano y le había quitado todas sus emociones.

Salvo que, quizá, el hecho de no tener emociones no era una maldición, sino una bendición.

Conlan no estaba muy seguro. Sobre todo cuando su mente no dejaba de intentar tocar a Riley, que seguía allí echada, sin responder.

Alexios agachó la cabeza, una costumbre nueva. Después la levantó con aire desafiante y se apartó el pelo de la cara con una sacudida. La terrible cicatriz captó el brillo de las lámparas, la luz dibujó sombras sobre las cordilleras retorcidas y los valles de la piel del guerrero.

Conlan recordó que Alexios, con sus ojos de color azul oscuro y su larga melena de cabello castaño y dorado, siempre se había visto obligado a quitarse de encima a las mujeres. Sus ojos volvieron a posarse en las cicatrices del lado izquierdo de la cara de su guerrero. ¿Aquella cara repelería a una mujer o la atraería el dolor que angustiaba aquellos ojos?

No era una pregunta que a Conlan se le hubiera ocurrido hacer. Ni antes, ni nunca, salvo porque era consciente de la presencia de Riley en su mente.

Conlan se encontró con la mirada de Alexios.

—No te avergüences jamás de las cicatrices que te ganaste defendiéndome de Anubisa y su plaga de guardianes vampiros, hermano.

Alexios emitió un sonido, casi un gruñido, en lo más profundo de la garganta.

—Cicatrices que me gané cuando no pude defenderos, diréis, mi señor. Igual que fracasamos

ésta noche al protegeros.

Otro sonido bajo, interrumpido de repente, atrajo la atención de Conlan, que se dio vuelta para mirar la otra esquina de la gran habitación, donde vio a Denal medio sentado, medio echado contra el respaldo de otro sofá.

—Denal, ¿has sanado? —preguntó Conlan mientras se acercaba con paso firme a hablar con el más joven de los miembros de su guardia.

Denal hizo una mueca.

—He sanado. Estoy cansado, pero sano. Salvo el corazón, mi príncipe. Mi corazón está desolado por haberos fallado. —Denal se colocó la mano en el corazón, alzó la cabeza y miró a Conlan—. Por favor, tomad mi vida ahora.

Conlan parpadeó.

—¿Que haga qué?

Ven bufó y se colocó justo detrás de Conlan, a su derecha.

—El chaval leyó demasiados pergaminos antiguos. Además, es la primera vez que sube.

Ven se agachó con aire tranquilo junto al joven.

—Tío, ese vocabulario tuyo tiene que entrar en el siglo veintiuno.

—Tío —le gruñó el guerrero—. Exprésalo como quieras, pero la verdad no cambia. Yo era el que estaba más cerca de Conlan cuando lo atacó ese vampiro. Debería haberme clavado la hoja a mí.

Conlan estiró el brazo para posar la mano con suavidad en la cabeza de Denal durante un instante.

—Sin embargo, por lo que me ha contado Ven, te estabas enfrentando a tres vampiros tú solo, incluyendo otro que intentó arrancarme las tripas, ¿no? ¿Y no recibiste un golpe de hacha en un lado de la cabeza?

Denal bajó los ojos, pero asintió.

—Sólo era el lado plano del hacha, mi señor.

Bastien lo interrumpió, su voz baja era un trueno.

—Sí, y por lo menos fue en la cabeza. Por ahí no hay nada que merezca la pena. Estamos como dios.

A Conlan le entraron ganas de reír al oír las conocidas burlas de Bastien, pero sabía que Denal era demasiado formal para entender que su príncipe no se estaba riendo de él. Contuvo la sonrisa y miró con expresión seria a su guerrero más joven.

—Gracias a Poseidón que fue el extremo plano del hacha, o te habría partido la cabeza en dos. Y se acabó lo de «mi señor» y «mi príncipe». Llámame Conlan. —Giró a tiempo para ver que Justice bufaba y ponía los ojos en blanco—. ¿Tienes algo que decir, Justice?

El guerrero se apartó de la pared y se desperezó como un leopardo preparándose para atacar. Era extraño, a Conlan siempre le había recordado a un animal de la selva. Incluso con el pelo azul.

—Conlan, príncipe, os llamemos como os llamemos, queda una cosa por decir... todavía no nos habéis contado lo que os ocurrió. Lo que os hizo Anubisa.

Justice bajó la mirada un instante y después recorrió el cuerpo entero de Conlan, su expresión apenas estaba a una fracción de resultar insultante.

—No sabemos si habéis quedado... comprometido. ¿O sí?

Como uno solo, Ven y Christophe se fueron a por Justice.

—A hostias te voy a sacar de aquí por eso, azulito —gruñó Ven.

Christophe no dijo nada, se limitó a levantar una mano y fruncir el ceño. Se le formó una bola resplandeciente de energía en la palma de la mano.

Conlan también levantó una mano, pero para evitar el enfrentamiento.

—¡Ya está bien! —ordenó—. Dejadlo en paz. Tiene su punto de razón.

La voz de Alaric resonó desde la puerta.

—Lo habría tenido si no hubiera sido yo el que te ha sanado. Tanto antes como ahora.

Alaric entró con paso firme en la habitación y se detuvo justo en medio.

—¿Alguno de vosotros duda de los poderes de Poseidón?

Ni siquiera Justice se atrevía a blasfemar. Como una sola, siete cabezas se sacudieron de un lado a otro.

Ni rastro de duda por allí.

Alaric esbozó aquella aterradora sonrisa tan propia de él, la que hacía que hasta el lord atlante más codicioso le entregara al Templo de Poseidón el diezmo completo.

—Como debe ser. El proceso de sanación no es sólo físico. Veo las intenciones auténticas y los recuerdos más oscuros de aquel al que sano. —Clavó los ojos en Conlan—. Nadie ha corrompido a nuestro príncipe, aunque cualquiera de vosotros lo estaríais. Es más fuerte incluso de lo que él mismo cree.

Conlan apartó la mirada. La idea de que Alaric compartiera sus recuerdos sobre la tortura y el fuego no era muy consoladora, precisamente.

Mercancía dañada. Pervertido más allá de toda redención.

Anubisa era la reina de las mentiras y, sin embargo, quizá haya un ribete de verdad en lo que le dijo tantas veces.

Alaric continuó.

—Dejados a merced del delicado roce de Anubisa, la mayoría de vosotros os habríais derrumbado. Conlan regresó con nosotros entero. Más fuerte que antes. No vuelva a cuestionar su gobierno delante de mí, lord Justice.

Justice inclinó la cabeza. O bien asentía o bien esperaba el momento para desafiarlo.

Conlan decidió preocuparse por eso último en otro momento.

Alaric hizo un gesto casi casual con una mano y la bola de energía que seguía brillando en la mano de Christophe se apagó. El guerrero se llevó la mano a la boca con un siseo de furia.

—Y tú no juegues con el poder delante de mí, muchachito —le dijo Alaric—. Rechazaste las constricciones del Templo.

Christophe, que ya hacía más de dos siglos que había dejado de ser un muchacho, ya fuera grande o pequeño, dio un paso hacia Alaric. El desafío perfilaba cada uno de los músculos tensos del cuello y la garganta del atlante.

—El poder de Poseidón no se limita a aquellos que permitisteis que el Templo os cortara los huevos, sacerdote. El poder de invocar el agua y los otros elementos está a disposición de aquellos que nos atrevamos a utilizarlo.

Los ojos de Alaric resplandecieron de tal modo que fue como si un foco de luz verde y penetrante destellara sobre el rostro de Christophe.

—No creo que quieras abrir un debate sobre huevos con alguien que se enfrentó al Rito del Olvido y sobrevivió. No hay eunucos en mi templo, muchachito —dijo recalcando la última palabra.

Christophe no se arredró.

—Ya, bueno, el rito de aceptación como Guerrero de Poseidón tampoco es una merienda para celebrar el solsticio. Quizá deberías recordar tú eso, viejo.

Conlan se interpuso entre los dos, aunque Christophe ya había demostrado el sentido común suficiente como para apartarse de una vez.

—Ya está bien. Tenemos que concentrarnos en el Tridente, como no dejas de recordarme, Alaric. No saldar viejas cuentas, ni abrir otras nuevas, justo aquí, delante de la mesa de hockey.

Después se dirigió a Christophe.

—Y no todos los elementos, Christophe. Sabes que el fuego está prohibido para los Guerreros de Poseidón, para todos los atlantes.

Bastien aplastó el disco contra la portería con un floreo.

—Sí, nadie sería tan idiota como para jugar con fuego, mi pri... esto, Conlan. Estamos

como dios. ¿Por qué no descansáis un poco Alaric y vos para que podamos salir mañana por la mañana temprano? Tenemos que hostiar a unos cuantos Micenas.

Alaric asintió.

—Admito que necesito descansar después de realizar dos sanaciones. Hizo falta un esfuerzo considerable para dispersar ese veneno.

Conlan notó por primera vez que la cara de Alaric era de un color casi gris y maldijo por lo bajo. Un gobernante debería ser consciente de la salud y las necesidades de todos sus súbditos. Incluso de los más fuertes.

Ya, bueno, como gobernante doy asco. Eso no hay quien lo discuta.

—Descansa —ordenó—. Yo estaré con Riley. Ven, organiza los turnos de vigilancia. Puedes...

Ven puso los ojos en blanco.

—Sé lo que tengo que hacer, Conlan. No es la primera vez.

Conlan inclinó la cabeza y recurrió de nuevo al lenguaje formal para recalcar sus exigencias.

—Dejo mis tareas en manos del Vengador del Rey. Y todos los demás, recordad vuestros primeros entrenamientos y proteged vuestras emociones.

No había otra forma de decirlo, sólo podía hacerlo sin rodeos.

—Riley es *aknasha*.

Oyó que todos contenían el aliento y vio que Alaric entrecerraba los ojos, después esperó.

Brennan habló por primera vez desde que Conlan había entrado en la habitación.

—Eso explicaría su reacción después de la batalla. Si necesita protección, quizá el más adecuado sea yo, dado que no tengo emociones con las que abrumar sus sentidos —dijo con voz serena—. Haría que mi maldición sirviera de algo, por una vez.

Conlan entrecerró los ojos y buscó en la cara de su guerrero alguna señal de amargura, pero sólo encontró la calma paciente con la que Brennan se enfrentaba siempre al mundo. Una espiral de cólera le agitó las tripas ante de la idea de que Brennan, o cualquier otro hombre, pasara tiempo con Riley.

Pues qué bien. Tengo que controlarme, joder.

—Gracias, Brennan. Discutiremos los planes por la mañana, pero te agradezco el ofrecimiento —dijo mientras inclinaba la cabeza hacia aquel guerrero incapaz de experimentar nada.

Después se volvió hacia Ven.

—Necesito descansar un poco para terminar de recuperarme. Dame hasta el amanecer, a menos que haya alguna otra crisis.

Conlan le echó una última mirada a Justice con los ojos entrecerrados y salió de la habitación. Después fue a ver a Riley, que estaba mandando pequeñas ondas que indicaban que comenzaba a recuperar la conciencia.

Al bajar por el pasillo, oyó hablar a Bastien.

—Ven, ¿qué pasa con esa tal Riley? ¿Una empática emocional después de tantos miles de años? ¿Qué coño está pasando?

Conlan sacudió la cabeza, un impulso casi magnético lo empujaba hacia la habitación de la joven.

Ojalá lo supiera.

Capítulo 12

Alaric esperó hasta que oyó que los pasos de Conlan llegaban a la habitación de Riley y después se dio vuelta y miró a los Siete.

—Tenemos que hablar de ésta humana, de ésta *akenasha* en potencia, y lo que vamos a hacer sobre ella.

Ven se apoyó en una librería bien surtida.

—¿Pretendes sostener ésta conversación a espaldas de mi hermano? —La voz era serena. La expresión de los ojos no—. Te acercas peligrosamente a la traición, amigo mío.

—Ahora mismo es posible que no se muestre muy receptivo a ciertos razonamientos —respondió Alaric—. No se puede decir que esté actuando de forma racional en lo que a esa chica se refiere. ¿No habéis notado que no se cuestionó siquiera la presencia de esos vampiros?

Justice le dio la espalda a la ventana para lanzarle una mirada sardónica a Alaric.

—Y, sin embargo, cuando fui yo el que mencioné que quizá no fuera muy racional, me saltaste a la yugular.

Alaric negó con la cabeza con aire desdenoso.

—Aquí no se trata de si Anubisa lo ha comprometido o no. Ya os he dicho que no y me atengo a mi pronunciamiento. Sin embargo, sus acciones con respecto a ésta mujer humana no son del todo lógicas.

Alexios hizo un ruido con la garganta, algo que casi podría considerarse un gruñido.

—¿Y tú, entre todos, querrías negarle una distracción de sus pesadillas? ¿Del tormento que lo persigue sin duda noche y día?

Alaric se preguntó si Alexios estaba hablando del tormento de Conlan o del suyo propio. Se preguntó si el propio Alexios lo sabía.

Después desechó la cuestión, era irrelevante.

—Yo no le negaría nada, y sobre todo no el vehículo de su ascensión. Sin embargo, cada hora que Reisen mantiene el Tridente en su poder, Conlan está una hora más cerca de perder el trono de la Atlántida.

Bastien estrelló el disco contra la mesa, apretó el puño y los enormes músculos de sus brazos se tensaron.

—Voy a meterle a Reisen el puño por la garganta y a arrancarle los riñones. Le voy a cortar los huevos y a usarlos de pendientes. Pienso convertir personalmente en eunuco a cada guerrero de la Casa de Micenas.

Ven sacó una de sus dagas de la vaina y examinó el filo.

—Oh, estoy seguro de que no te va a faltar ayuda con eso, amigo mío. Y hablando de vampiros, ¿de qué coño iba eso? Nos hemos encontrado con suficientes durante nuestras patrullas, pero intentamos no dejar testigos. ¿Por qué nos ataca de repente un grupo de chupasangres?

Se detuvo de repente, se quedó sin sangre en la cara y las líneas que le enmarcaban la boca empalidecieron.

—Anubisa. Al fin ha roto la maldición que le impedía hablarles a los vampiros de nosotros,

¿es eso? —Ven devolvió la daga a su vaina con un golpe seco—. Estamos perdidos, joder.

Brennan, imperturbable como siempre, se quedó muy quieto.

—¿Pero los vampiros iban a por nosotros o el objetivo era la mujer? Era Terminus el que dirigía la jauría. Es uno de los generales en los que más confía Barrabás. ¿De qué le iba a servir Riley a Barrabás? ¿Es que ha reconocido sus poderes empáticos?

Juntó las manos delante de él e hizo una pirámide con los dedos.

—Hace más de dos mil años que intentamos cazar a Barrabás, sin éxito, y los humanos lo eligen como miembro de su gobierno. El senador Barnes. Tenéis que admitir que la ironía es deliciosa.

Justice le dio un puñetazo al respaldo del sofá.

—Tienes un sentido muy jodido de lo que es delicioso, guerrero. En lo que a mí respecta, lo único que significa es que últimamente es más visible. Mejor para mí, así puedo encontrarlo, cogerlo y cortarle esa asquerosa cabeza de capullo.

Brennan movió la cabeza una fracción y clavó los ojos en Alaric sin hacer ningún caso a Justice.

—Es más, la cuestión sigue siendo la misma, Alaric. ¿Sigues careciendo de la energía necesaria para averiguar el paradero del Tridente?

Alaric cerró los ojos y mandó sus sentidos a explorar la noche. Pero la energía requerida para limpiar el veneno del torrente sanguíneo de Conlan había drenado todos sus recursos. No sentía nada, ni siquiera la más ligera resonancia del Tridente.

Y su pérdida era como una herida abierta en su alma.

Mi deber. Mi deber como sumo sacerdote era salvaguardar el Tridente del dios del mar. Mi fracaso.

Abrió los ojos y sintió el peso de todas las miradas sobre él.

—Debo descansar. No percibo el poder del Tridente. Reisen y sus guerreros se están ocultando de mí, sin duda, pero seguramente podré percibir la ubicación del Tridente cuando me haya recuperado de la sanación. —Alaric lo pensó un poco más y después sacudió la cabeza—. No sé qué pensar de éste ataque. Pero tenéis que saber una cosa: si Reisen se ha aliado de algún modo con los no muertos, la venganza de Poseidón será tan cruel que esa palabra quedará despojada de todo su significado.

Desde el sofá donde se había encogido de costado, Denal se rió con amargura y después se dio un puñetazo en la pierna.

—Vampiros. Reisen. Una humana que demuestra más valor que yo. Soy un auténtico inútil. Primero fracaso a la hora de proteger a mi príncipe y después permito que nuestro sacerdote desperdicie su energía sanando mi despreciable cabeza.

Justice se inclinó y le dio una colleja a la cabeza ya sana de Denal.

—Sí. Buen trabajo en tu primera misión, chaval.

Denal se levantó de un salto del sofá y se lanzó hacia Justice, pero Alaric ya había soportado más que suficiente. Con un gesto casi negligente agitó una mano e hizo que Denal se quedara inmóvil en el aire, en plena zancada.

Justice lanzó un silbido, pero se apartó de Denal.

—Buen truco, tío. ¿Puedes enseñármelo?

La visión que tenía Alaric de la habitación rieló y adquirió un tono verde esmeralda; supo entonces que los límites de su autocontrol habían estallado por fin.

Brennan se adelantó un paso.

—El poder del dios del mar brota con fiereza de sus ojos, sumo sacerdote, es una advertencia. ¿Quizá me permita intervenir y escoltarlo hasta un lugar donde pueda descansar?

Christophe esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, vete a enfriarte un poco, tío. No te nos pongas en plan «el poder de los dioses» ahora.

La falta de emociones de Brennan combinada con la irreverencia de Christophe, devolvieron cierta serenidad a Alaric. El fulgor verde disminuyó y se quedó mirando a cada uno de

los Guerreros, que se fueron inclinando ante él.

Todos salvo Ven, que se limitó a esbozar una sonrisa sesgada.

—Sí, sí, eres el lobo feroz, eres el coco, qué horror. Pero todavía no hemos decidido qué vamos a hacer con ésta mujer. Además, a Barrabás se le van a hacer las bragas un buen gurreño cuando averigüe que hemos hecho picadillo a su general.

Alaric soltó a Denal, que cayó con un ruido seco al suelo.

—Nos llevaremos a la mujer a la Atlántida, al Templo. La estudiaremos y averiguaremos si es *akenasha* de verdad. Es más, investigaremos los pergaminos antiguos en busca de algo sobre la fusión de las almas —respondió Alaric, tocado de repente por los dedos helados del miedo.

—¿La qué? —preguntó Bastien con el ceño fruncido.

Alaric los estudió y sopesó cuánto podía revelarles. Si Conlan había hallado la fusión de las almas, cosa de la que se había escrito por última vez más de diez mil años antes, con una humana, aquello iba a convulsionar la tradición atlante hasta los cimientos.

Todo cambiaría.

Absolutamente todo.

Luchó contra la premonición y cuadró los hombros.

—No hay nada de lo que haya que preocuparse en éste momento. En cuanto a los vampiros, seguiremos derrotándolos, como hemos hecho durante milenios. —Hizo una pausa y después asintió poco a poco—. Y en cuanto a la mujer, si supone una amenaza para Conlan, la mataremos.



Riley despertó de un sueño inquieto en el que hombres con rostros duros y ojos relucientes intentaban asesinarla. Giró para mirar el despertador y ver cuánto había conseguido descansar esa vez. Salvo que el despertador no estaba en su mesilla de noche.

Y ya que lo pensaba, esa no era su mesilla de noche.

Se levantó de golpe, de repente estaba completamente despierta, y se peleó con el edredón que la clavaba a la cama.

No era su edredón. Ni su cama.

¿Dónde coño estoy?

Cuando empezó a abrirse la puerta, dejó escapar un gritito y rodó de la cama con edredón y todo antes de levantar la cabeza de inmediato para quedarse mirando al intruso que estaba al otro lado de la cama.

—Eres tú —jadeó cuando Conlan llenó el marco de la puerta.

Cada centímetro musculoso de aquel hombre, allí plantado, sólo con los pantalones y la camisa desabrochada. No pudo evitarlo, Riley se lo quedó mirando. Aquel hombre era puro músculo, desde la atroz cicatriz que tenía en la garganta, hasta el pecho, el abdomen tallado y, si seguía bajando...

La joven volvió a levantar los ojos con una sacudida, le ardían las mejillas y probó con un poco de chulería en plan, «que conste que no te estaba comiendo con los ojos».

—Tienes que dejar de acosarme de una buena vez.

Los labios masculinos se crisparon con una media sonrisa y después su rostro adoptó de nuevo una expresión seria.

—Estoy aquí para ofreceros mi agradecimiento, mi señora.

Consciente del ridículo aspecto que ofrecía, sentada en el suelo y atrapada por un edredón, Riley intentó comportarse con cierta dignidad.

—¿Por qué hablas como si estuvieras en Camelot? En un momento dado hablas con normalidad y al siguiente pareces sir Lancelot o algo así.

Se apartó el pelo de la cara y se preguntó si estaba muy fea. No es que fuera el mejor

momento para ponerse en plan chica mona, pero se sentía un poco insegura delante de Adonis o quien coño fuera aquel tío.

Conlan se echó a reír un poco y ese sonido apaciguó el torbellino de pensamientos de Riley, se coló en su interior y envolvió los espacios vacíos que encontró.

No tenía sentido, nada de aquello tenía sentido.

¿Cómo era posible que alguien al que acababa de conocer encajara como la pieza de un rompecabezas en los bordes desiguales que la componían a ella? Riley no creyó jamás en el amor a primera vista, ni en el destino, ni en nada que tuviera que ver con el romanticismo.

Veía los resultados de eso que llamaban amor cada día en su trabajo. Lo veía e intentaba recoger los pedazos. Era suficiente para hacer que hasta Cupido le diera a la botella.

Pero había algo en aquel hombre...

—Tienes razón —dijo Conlan entrando en la habitación y cerrando la puerta a su espalda—. A veces olvidamos el lenguaje moderno que hemos aprendido con los años. Sobre todo en momentos de crisis, cuando reversionamos a la formalidad por cuestiones de protocolo. —Después inclinó la cabeza—. Permittedme disculparme, no obstante. Merecéis más de mí de lo que puedo expresar con palabras.

Riley sintió un torrente de emoción que brotaba de él, como si se hubiera abierto una puerta y los sentimientos salieran por allí. Remordimiento. Pena.

Un dolor intenso, mordaz.

Se llevó una mano a la cabeza, esperaba que el aluvión de emociones de los otros le atravesara en tromba la cabeza en cualquier momento, pero, por suerte, las emociones de todos los demás parecían más sordas, mitigadas. Tenía la mente envuelta en algodones, cerrada. ¿Autodefensa?

¿Por qué no recordaba lo que había pasado? Había visto a Conlan por la ventana y luego...

—¿Dónde estoy? ¿Por qué tengo una bruma en la cabeza? ¿Por qué estás... oh, cuernos, quieres darte vuelta un minuto nada más?

El hombre levantó una de aquellas cejas oscuras y elegantes, después asintió una vez y obedeció.

—Estás en un lugar seguro. Tu cabeza está recuperándose sin duda del aluvión de emociones que se te metieron antes —respondió Conlan—. Les pedí a mis guerreros que te oculten sus emociones. Debería haberme dado cuenta de que te resultaría doloroso verte sometida a tantos a la vez. Lo siento mucho.

Riley salió como pudo del edredón y se levantó.

—No tienes que seguir disculpándote, Conlan. Pero quizá podrías decirme qué coño está pasando.

Es mucho menos embarazoso mirarlo cara a cara que contemplar esos casi dos metros desde el suelo.

—Muy bien, Conlan, ya puedes darte vuelta. Y me gustaría recibir unas cuantas respuestas. En primer lugar, estás...

Y a media palabra la gasa que le cubría la mente se alzó y volvió a recordarlo todo. La batalla. La espada. Conlan cayéndose... quedándose muy quieto.

Abrió mucho los ojos y echó a andar, después a correr hacia él, rodeando la cama.

—¡Oh, mierda bendita! ¡Estabas... estabas muerto! ¡O casi muerto! ¿Por qué andas por ahí? ¡Deberías estar en un hospital!

Lo alcanzó, le cogió la camisa y le dio un tirón para buscar la horrenda herida de espada que debía...

Tenía que estar...

No estaba allí.

—No está —dijo poco a poco—. ¿Cómo es posible?

Algo aturdida le puso la palma de la mano sobre el corazón, esperando. Y entonces lo sintió. El latido del corazón. Los músculos del pecho masculino se tensaron bajo su mano, Riley levantó

la cabeza, miró la mandíbula apretada del hombre y quitó la mano de repente.

—No eres un vampiro, porque te late el corazón —dijo—. ¿Eres un cambia-formas? ¿Qué clase de pelo te va a salir?

Se apartó buscando alguna ventana, una puerta, un guarda del zoológico, quizá.

Cualquier tipo de ayuda.

El hombre se echó a reír otra vez.

—No me va a salir ningún tipo de pelo, valiente mía. No soy nada que tú conozcas.

—Y que lo digas —murmuró la joven.

De repente, como en un impulso, el hombre se arrodilló delante de ella. Hasta arrodillado la cabeza del tipo le llegaba por el pecho, recordándole de nuevo el tamaño y la fuerza que tenía.

No se podía decir que fuera la clase de tío con la que quisieras estar sola en una habitación.

Salvo... salvo que ella había estado dentro de su mente. Y no había nada, salvo integridad, en las emociones que ella había sentido. No sabía cómo lo sabía, pero así era.

El hombre levantó la cabeza y la miró, con los ojos negros absortos en ella. Era el hombre más guapo que había visto jamás, más atractivo de lo que se había imaginado que podía llegar a ser un hombre. Quizá estaba soñando.

La diminuta llama de luz verde azulada que había creído imaginar en sus ojos volvió a parpadear en el centro de sus pupilas.

—He jurado proteger a toda la humanidad y, salvo por un breve espacio de tiempo, he cumplido con mi papel durante siglos. Pero ésta noche, en un solo momento, tú me mostraste más valor y coraje de los que yo he visto jamás.

Riley empezó a hablar, pero él se lo impidió cogiéndole las manos entre las suyas.

—Tienes mi gratitud y estarás bajo mi protección desde ahora y hasta que las olas ya no toquen la costa.

Era como si le hiciera una promesa... un voto sagrado.

De repente a Riley le estaba costando mucho recordar por qué no debería querer oír las promesas o votos de aquel hombre. Salvo... salvo... algo que había dicho...

—¿Humanidad? Bueno, ahí fuera quedó bastante claro que no erais humanos, con tanta bola de energía incineradora de vampiros. Así que, ¿qué demonios eres? —dijo rompiendo de ese modo el trance en el que la habían cautivado aquellas palabras y apartándose un poco.

Conlan sonrió y se levantó sin esfuerzo.

—No soy ningún demonio de los nueve infiernos —dijo—. Son Conlan, de la Atlántida.

Riley lanzó una carcajada.

—Ya, claro. Como no. Y yo soy Alicia, del País de las Maravillas.

Después sacudió la cabeza. La buena de Alicia había acertado.

Curiosa, curiosa y curiosa.

Capítulo 13

Conlan se llevó las manos a la espalda y las entrelazó. No podía dejar que aquella chica supiera lo que le estaba costando permanecer en la misma habitación que ella.

A solas.

Con una cama gigante ocupándolo casi todo. Cada parte de su cuerpo se tensaba con sólo pensar en envolverla de nuevo en aquel edredón.

Poder envolverla en sus brazos.

¿Pero qué diablos de los nueve infiernos le pasaba? Era peor que un recluta cachondo recién salido de la academia. Él no había reaccionado jamás así ante una mujer.

Ante ninguna mujer. Y sobre todo si era humana. Ni siquiera ante una que parecía acalorada y medio dormida, igual que si se acabase de despertar de una noche de placer entre sus brazos.

Céntrate.

Le cruzó por la cabeza, como un destello, la doncella atlante que habían seleccionado para él.

La dichosa política atlante, arcaica, fría y muerta.

Al contrario que la mujer que tenía adelante, cálida y viva.

—Al rojo vivo, incluso —murmuró.

Riley sólo dejó de alejarse de él cuando se topó con la cama. La mirada masculina le acarició las piernas. Kilómetros y kilómetros de piernas. Unas piernas interminables envueltas en unos vaqueros cómodos, desvaídos.

Quería sentir aquellas piernas alrededor de su cintura.

Unos pechos tentadores incluso bajo aquella sudadera demasiado grande, lo bastante generosos como para que pudiera verlos apretados contra la tela cuando su dueña hacía ciertos movimientos. Los había sentido contra su pecho en la playa. Y su cintura dibujaba una curva perfecta. Del tamaño perfecto para sus manos.

Era exuberante y deliciosa. No un palo de mujer como la figura que estaba de moda en esa década. Podía sujetarla bajo él, hundirse en ella sin preocuparse por si iba a romperla, llenarse las manos con su cuerpo...

—La Atlántida, claro —dijo Riley otra vez, arrancándolo de sus fantasías y quizá incluso evitando que se corriera allí mismo, en los pantalones.

Conlan maldijo por lo bajo en atlante antiguo.

—Y ya puedes dejarlo ahora mismo —continuó la joven con las mejillas coloreadas otra vez.

Tan coloreadas como cuando le había mirado el pecho. Con sólo pensarlo, le volvió a abrazar una oleada de calor. Después dio un paso hacia ella.

—¿Dejar qué? —Dio otro paso.

Riley habló sin aliento, con la voz ronca.

—Dejar de mirarme las piernas. Dejar de mirarme como si estuviera en el menú. Dejar de acercarte tanto. Dejar de ser tan... tan... tan excesivo.

—¿Excesivo? —Otro paso.

La joven levantó las manos como si quisiera espantarlo, aunque el otro estaba todavía como a cinco pasos de ella.

—Y deja de repetir todo lo que digo —dijo Riley dando una patada en el suelo.

Aquello le hizo sonreír. ¡Qué fiera! No era de extrañar que no pudiera sacársela de la cabeza.

Estaba metido en un lío.

Y le daba igual.

—Si te prometo que dejo de repetir tus palabras, ¿puedo dar otro paso? —preguntó él, bebiéndosela con los ojos.

Bajo el fulgor dorado de la lámpara de la mesita, su cabello era como la luz del hogar reflejado en ámbar. Un rayo de sol en la cúpula dorada del Templo de Poseidón. Unos ojos tan azules como la superficie del océano al anochecer.

Maldita fuera, de repente se había convertido en un poeta. Estaba perdiendo la cabeza.

Quizá otro paso más no fuera tan buena idea. Dejó de caminar.

Riley negó con la cabeza y después asintió.

—No creo... sí, no, ¡aghhh! ¿Por qué es tan difícil pensar a tu alrededor?

Conlan se cruzó de brazos y recuperó la cordura de repente.

—Esa sí que es una buena pregunta —dijo con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué tienes ese efecto sobre mí? ¿Qué eres? ¿Cómo es que puedes acceder a los senderos mentales de los atlantes y, lo que es más importante, cómo es que puedes sentir nuestras emociones? ¿Cómo es que puedo sentir las tuyas? ¿Eres un arma enviada para poner a prueba mis defensas?

—Un arma, sí, claro, serás idiota... No soy ningún arma, soy asistente social. —Riley empezó a andar de lado para rodear la cama—. Y ya veo que volvemos a eso de la Atlántida. Eres del continente perdido. Un producto de la imaginación de Platón que supuestamente desapareció hace más de once mil años. ¿Esa Atlántida?

Conlan descruzó los brazos y dio otro paso hacia ella. No podía evitarlo.

No quería evitarlo.

—A Platón se le castigó por su locuacidad en el *Critias* y en el *Timeo*. El poeta Solón no debería haber compartido con Platón los secretos que le había contado aquel sacerdote egipcio. Pero nuestros descendientes saben mantener los secretos de la Atlántida.

Otro paso más. Lo alcanzó el incitante aroma femenino. Fresco. Un poco floral con un toque de follaje. Helechos oceánicos, quizá.

Respiró hondo y supo que podría encontrarla sólo por su aroma desde ese momento. Le encantaba sentir el aroma de aquella mujer en su nariz.

Quería sentir su sabor en la boca. Le dolían las manos de ganas de sentir su piel.

Riley seguía mirándolo. Ah, sí. Algo sobre continentes.

—No es que sea un continente perdido. Nosotros siempre hemos sabido dónde estamos —dijo—. Nos hemos limitado a desarrollar ciertas defensas para ocultar de vuestra tecnología las Siete Islas. —Sonrió—. Ese invento de los submarinos estuvo a punto de suponer un problema durante un tiempo.

La joven se apartó y rodeó por completo la cama.

—Vale, pues enséñame las branquias.

Aquello pilló a Conlan totalmente desprevenido, se quedó mirándola durante un momento, después echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada estruendosa.

Riley lo miró como si se hubiera vuelto loco.

Claro que quizá no se equivocara mucho. Seguramente estaba loco.

Recuperó el aliento y sacudió la cabeza.

—Gracias por eso, *akenasha*. Necesitaba reírme un poco después de lo ocurrido ésta noche. —Se le desvaneció la sonrisa—. Después de los últimos siete años, en realidad.

Tomó una decisión, se apartó de ella y se dejó caer en un sillón que había en la esquina de la habitación.

—Si me quedo aquí sentado, lejos de ti, ¿te sentirías lo bastante segura como para escuchar lo que tengo que decir?

Temblorosa, como si estuviera a punto de huir, Riley lo miró fijamente durante varios segundos. Al fin pareció tomar ella también una decisión. Asintió y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Sí, te escucho. Es muy extraño, pero ya me siento segura. O quizá no sea tan extraño, teniendo en cuenta lo que pasó antes en la playa.

Conlan sólo quería sinceridad entre los dos.

—Has estado dentro de mi mente, Riley. Fuera algo deseado o no, ahora me conoces a un nivel más profundo que la mayor parte de la gente. Quizá a un nivel más profundo que nadie, aparte de nuestro sanador.

La joven se lo quedó mirando, vacilante, después asintió.

—Y a estas alturas ya debes de saber que yo también estuve dentro de tu mente —dijo él, casi con miedo de admitirlo—. Vi tu bondad y tu abnegación. Te conozco.

A menos que el engaño de aquella mujer estuviera oculto tras algún truco mental, que burló la mente de Conlan. ¿Quién sabía de qué era capaz un auténtico empático?

Riley saltó de la cama y empezó a pasearse de un lado a otro delante de él.

—No sabes nada —dijo con amargura—. ¿Bondad? Ya, claro. Sólo soy alguien que intenta hacer su trabajo lo mejor que puede y por lo general fracasa miserablemente.

Se detuvo delante de él, tan cerca que Conlan podía estirar la mano y tocarla. Tuvo que aferrarse a los brazos del sillón para no hacerlo.

Para no tocarla.

Maldita sea.

Tenía tantas ganas de tocarla.

—Cuéntamelo —dijo en su lugar.

—Sí, cómo no. ¿Eres de la mítica Atlántida y quieres oír hablar de un día en la vida de una asistente social?

—Cuéntamelo —repitió él, abriéndole la mente para que ella percibiera que lo que decía era verdad, que supiera que él quería saberlo todo sobre ella.

Una expresión de asombro bañó la cara femenina.

—¿Así que quieres saberlo de verdad?

—Sí.

Riley se detuvo un momento y después se hundió en la alfombra, cerca de él. Luego, casi como si estuviera en trance, le relató lo ocurrido durante todo aquel día. Mientras le contaba la historia de la chica de la pistola, Conlan tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no perder el control y que ella no viera la cólera que lo embargaba. Quería matar. Quería romper, rasgar y atravesar la pared con el puño.

Pero no hizo nada de eso, se limitó a quedarse sentado con una máscara de serenidad en la cara, recurriendo a su entrenamiento con desesperación, tratando de no perder la objetividad. ¿Cómo podía afectarlo tanto aquella mujer?

La contempló allí sentada, delante de él, con el rostro angustiado mientras le hablaba de los niños que intentaba rescatar. Niñas que tenían niños. La desesperada lucha contra la pobreza y una sociedad que no tenía tiempo para las almas perdidas.

Y mientras ella hablaba, mientras él sentía las emociones que subyacían en esas palabras, la pregunta que gobernaba su mente cambió.

¿Cómo no le iba a afectar tanto aquella mujer?

Las palabras de Riley iban perdiendo fuerza.

—Y fue entonces cuando apareciste tú. Supongo que ya conoces el resto. Quizá ahora

puedas decirme exactamente quién y qué eres y por qué me seguiste hasta mi casa. —Miró a su alrededor, parpadeó y contempló la habitación, después se levantó con cierto esfuerzo, cauta otra vez—. Y ya que estamos, también puedes decirme dónde coño estoy.

Conlan se levantó con lentitud para no asustarla.

—Me diste una lección de humildad, Riley. Debo corresponder a tu honestidad con la mía. Soy uno de los jefes de los Guerreros de Poseidón y juré salvaguardar la humanidad.

Se cogió uno de los lados de la camisa y lo apartó para mostrarle la marca de Poseidón que llevaba. En el lado derecho superior del pecho, donde el propio dios del mar había grabado a fuego el símbolo de los Guerreros de Poseidón en la carne de Conlan.

El círculo que representaba a todos los pueblos del mundo, intersecado por la pirámide de conocimiento transferido por los antepasados. La silueta del Tridente de Poseidón bisecaba las dos figuras.

—Ésta marca que llevo da fe de mi voto sagrado. Y sin embargo, por lo que he oído entre líneas en tu relato, ésta noche tú mereces llevarla más que yo.

Riley levantó la mano, casi como si quisiera dibujar el símbolo con las yemas de los dedos. Después apartó la mano y sonrió.

—Vuelves a recurrir al lenguaje formal —dijo—. Por alguna razón me recuerda a mi madre, chillándome cuando me metía en un lío. Cuando me llamaba «Riley Elisabeth Dawson» significaba que me había metido en un lío muy gordo.

—Riley Elisabeth —repitió el atlante saboreando el sonido—. Te queda bien. Fuerte y femenino a la vez.

Por alguna razón, sin darse cuenta, se acercó un poco más a ella. El calor que desprendía el cuerpo femenino, la seducción de las curvas de su cuerpo, la línea de su cuello, lo atrajo sin poder evitarlo. Riley levantó la cabeza y lo miró. En sus ojos, un destello alarmado se convirtió en conciencia de lo que estaba pasando.

Todavía podía sentirla en su interior. Sus pensamientos, sus emociones.

Quería sentir su cuerpo en el interior de esa mujer.

Conlan levantó las manos y las posó en los brazos femeninos para atraerla hacia él. Poco a poco. Con dulzura. Dándole tiempo para que lo rechazara.

Rezando para que no lo hiciera.

Dio un paso hacia delante para encontrarse con ella a medio camino. Bebió su aroma. Ansiaba enterrar la cara en el cabello sedoso que caía por los hombros femeninos.

Ansiaba enterrar el cuerpo en ese calor.

Por los huevos de Poseidón, necesitaba tocarla otra vez. Necesitaba besarla otra vez.

—Riley —gimió—. Por favor.

La joven sabía con exactitud lo que quería. Lo vio cuando la conciencia de lo que estaba pasando cambió en aquellos ojos y se convirtió en expectación.

Anticipación.

Riley levantó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. Y él se perdió entonces.

Se perdió en la sensación, en los colores que destellaban en la mente femenina, en la de él también, en las mentes de los dos. Se perdió en la sensación de la suavidad del cuerpo femenino apretado contra su dureza. El beso se profundizó.

Lo profundizó él. Conlan introdujo la lengua en la boca cálida, dulce y acogedora de Riley y las rodillas estuvieron a punto de doblársele cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó todavía más.

Calor, colores y un torrente de necesidad. Atrapado en el torbellino, en un ciclón, una galera oceánica total y absoluta de deseo, Conlan la apretó entre sus brazos y la levantó hasta que los pies de la joven ya no tocaron el suelo. Los pechos femeninos se frotaron contra el pecho desnudo del atlante, que gimió en lo más profundo de su garganta y de la de ella, en el espacio atrapado entre ambas bocas.

Riley levantó las piernas y rodeó las caderas de él, agitándose para poder apoyarse en su cuerpo, el calor que sentía entre las piernas quedó de repente apoyado en el miembro de Conlan. Por increíble que pareciera, el atlante se endureció todavía más, estaba seguro de que iba a reventar los pantalones, le iba a rasgar la camisa a ella, le iba a arrancar los vaqueros. Iba a averiguar si los colores de su cabeza se intensificaban y convertían en una explosión de color cuando se introdujera en ella con todas sus fuerzas.

La pasión que colmaba sus sentidos lo atravesó con la fuerza de un cohete, como un estallido.

O quizá no, maldita fuera. Eso era la puerta, que se abrió de golpe.

Conlan giró en redondo para enfrentarse a la amenaza con un gruñido, mientras bajaba a Riley y la empujaba tras él al mismo tiempo.

Mía. Mía y la protejo yo. ¡Mía!

El que estaba en la puerta era Ven, con la boca abierta por segunda vez esa noche.

—Esto, ya. Bueno. Eh, siento la interrupción, pero Alaric cree que necesitas descansar y estáis, bueno, estáis emitiendo unas vibraciones sexuales tan tremendas que todos los hombres de la casa están cach... esto, incómodos.

Riley emitió un sonido ahogado a su espalda. Conlan sintió las oleadas de vergüenza que brotaban de ella, así que luchó por recuperar la compostura y respiró hondo.

Ven. Mi hermano. No es una amenaza.

—Yo... ya. Descansar. —Volvió a respirar hondo para intentar tranquilizarse. Alaric. El Tridente—. ¿Ha sido capaz de ubicar el Tridente?

Ven sacudió la cabeza con una expresión divertida estampada en la cara.

—No, necesita recuperarse de la sanación. Pero utilizó unas cuantas palabras poco halagüeñas para describir cómo le estás, bueno, impidiendo descansar.

A Conlan no le costó imaginar hasta qué punto estaba su hermano editando el lenguaje empleado por Alaric. Si Riley estaba difundiendo aquel horno de deseo sexual a todos los guerreros de la casa, y encima al sacerdote, que había hecho un voto de celibato, bueno...

Coño.

—Oído cocina —dijo, todavía le costaba respirar—. Riley también necesita descansar. — Esperó a que su hermano cogiera la indirecta y se fuera, pero Ven no era de los que se andaban con sutilezas.

—¿No vas a presentarme, hermano? —Ven seguía allí plantado, sin dar señales de querer moverse y sonriéndole como si fuera idiota.

Conlan abrió la boca para darle un buen corte, pero Riley lo sorprendió saliendo de detrás de él.

—Mira, Tarzán, puede que me dé vergüenza, pero tampoco es que tengas que protegerme de tu propio hermano, ¿no?

Riley se dirigió hacia Ven, que lanzó una carcajada al oír el «Tarzán». La joven caminó hacia él con los hombros cuadrados, como si intentara parecer indiferente.

—Soy Riley.

Cuando le tendió la mano a su hermano, Conlan dio un paso más sin querer y sintió un gruñido profundo en la garganta antes de contenerse.

Después levantó la cabeza de golpe y se quedó mirando a Ven, asustado por su propia reacción. Y por la expresión de éste, Conlan también había sorprendido a su hermano.

Conlan se hincó los dedos en los muslos y luchó por recuperar el control. ¿Pero qué le estaba pasando?

Ven apartó los ojos de Conlan con expresión cauta y cogió la mano de Riley para estrechársela con suavidad.

—Puedes llamarme Ven.

Y entonces Ven hizo algo que sorprendió a Conlan como pocas veces. Hizo una profunda

reverencia, desenvainó sus dagas con un movimiento fluido y se las cruzó sobre el pecho.

—Mis servicios y mi honor son vuestros, lady Rayo de Sol, por haber defendido a mi hermano y príncipe.

Riley volvió la cabeza de golpe y se quedó mirando a Conlan horrorizada.

—¿Príncipe? ¿Ha dicho príncipe?

Ven se irguió.

—Oh... oh. Creí que se lo habías dicho, Conlan, ya que nos la llevamos a casa para estudiarla.

El destello de las emociones de Riley se intensificó y después se cerró de repente en la cabeza de Conlan.

La joven apoyó los puños en las caderas.

—¿Príncipe? —repitió, su voz se había hecho peligrosamente baja—. ¿Te llevas a quién a casa, a la Atlántida? ¿Y para estudiar qué, con exactitud?

Los labios de Ven temblaron, era evidente que estaba evitando echarse a reír. Conlan juró para sí con aire sombrío que se las pagaría, todas juntas. El que fuera el Vengador del Rey no significaba que su hermano no pudiera pegarle dos hostias.

—Vaya, otra vez —repitió Ven—. Hasta luego, tío. Me parece que a vosotros dos os quedan cosas que discutir.

Cuando Ven salió de la habitación y cerró la puerta tras él, Conlan suspiró con auténtico pesar.

—¿Alguna posibilidad de que podamos volver a la parte de los besos? —preguntó mientras intentaba adoptar su expresión más inocente.

Riley entrecerró los ojos.

—Empieza... a... hablar.

El atlante suspiró otra vez.

—Sí. Ya me parecía.

Capítulo 14

Riley volvió a rodear la cama, necesitaba poner algo de espacio entre ella y Conlan. O quizá debería decir, el príncipe Conlan.

Príncipe Conlan. Puñetera realeza atlante. ¿Pero en qué se había metido esa vez? ¿Y por qué tenía que oler aquel hombre tan bien? ¿A especias y océano, un hombre puro, sin adulterar?

Entre aquel delicioso aroma, aquel cuerpo increíble y la voz sensual, debería haber sabido que no podía ser humano. ¡Pero si la última cita la había tenido con un abogado que tenía mucho más cerebro que músculos!

Y no es que pensara que Conlan no tenía cerebro. Había estado dentro de su mente y había podido vislumbrar su fiera inteligencia. La mayor parte de lo que decía demostraba que era un hombre lógico y con grandes aptitudes analíticas. Pero cuando la tocaba, bueno, digamos que la lógica salía volando por la ventana. Por la ventana de los dos, todo hay que decirlo, y por deformar por completo la metáfora.

—Después de vivir una década con cambia-formas y vampiros que prácticamente se podría decir que salieron de los mitos y leyendas e invadieron las calles, pero coño, si invadieron hasta el Congreso; la idea de la Atlántida... tampoco es tan difícil de creer que podría haber sido — admitió Riley—. Además está ese truquito tan chulo que hiciste con el agua. Tiene sentido que un atlante sea capaz de dominar el agua, ¿no?

Conlan esbozó aquella sonrisa lenta y pecaminosa que tenía, así que Riley se apresuró a continuar antes de que pudiera distraerla otra cosa.

—Bueno, ¿y puedes hablar con los peces? ¿Y qué hay de las branquias? ¿Las tienes? Y si es así, ¿dónde? Es decir, ¿eres... eh, tienes... partes normales?

El atlante parpadeó y después se echó a reír cuando a la joven se le subieron los colores.

—Nunca dices lo que se espera de ti, ¿no? —preguntó.

Después sonrió y levantó las manos con las palmas hacia arriba. Una luz resplandeciente de color verde azulado emanó de las dos y se disparó con un chispazo, rodó y cayó como una espiral en una cascada de luz que rodeó la habitación y entró en el baño.

En unos segundos, el borde de la espiral de luz regresó a la habitación, pero con una sorprendente diferencia. La luz giró convertida en un túnel arremolinado de agua. El tubo de líquido, de unos cinco o seis centímetros de grosor, se curvó y se lanzó en picado por la habitación. La rodeó mientras ella se quedaba muy quieta, inmóvil, con la boca abierta.

Después regresó junto a Conlan y lo rodeó, pareció acariciarle el cuerpo durante un momento y después se desvaneció en el interior de su piel.

Salvo que el hombre no estaba mojado.

Riley cerró la boca de golpe, segura de que parecía idiota, sobre todo cuando la sonrisa de él se convirtió en una carcajada.

Maldita fuera, el tío estaba para comérselo cuando se reía. Los nervios de Riley, crispados ya por la sobredosis de testosterona y, está bien, de acuerdo, por la tensión sexual pura y dura que reinaba en la habitación, se agotaron un poco más.

Se apoyó en la pared y se frotó los brazos con las manos para intentar deshacerse de la

carne de gallina.

—No, no suelo hacer lo que se espera de mí —dijo para intentar recuperar la normalidad de su anterior conversación—. Deberías oír las cosas que me hacía mi hermana para evitar que soltara sus secretos delante de los chicos. Un truco muy bueno el del agua, por cierto.

Conlan se sentó sin esfuerzo en el sillón, manteniéndose a distancia, era evidente que intentaba tranquilizarla.

—Gracias, también sé hacer animales con globos.

—Estoy segura.

El atlante le sonrió.

—Yo no tengo hermanas. Sólo estábamos Ven y yo. ¿Tienes alguna otra hermana? ¿O hermanos?

—No, sólo somos nosotras dos. Mamá y papá murieron cuando éramos pequeñas y desarrollamos una cierta mentalidad «nosotras contra el mundo». Los padres de acogida... —La joven se mordió el labio—. Aprendimos a no amar a nadie. Amas a alguien y entonces se van.

Se libró de la melancolía con un gesto. Tampoco era que él quisiera oír esas cosas. Salvo que sí parecía interesarle. Tenía la sensación de que le interesaba de verdad.

—Quinn es... bueno, es algo frágil. Yo siempre cuidé de ella, aunque ella era un poco mayor. —La verdad era que no tenía sentido compartir su historia familiar mientras se refugiaba contra la pared, así que dio un paso cauto y se encaramó al borde de la cama.

Lista para apartarse de un salto si él se acercaba mucho.

¿O más bien lista para saltarle encima si se acercaba mucho?

Se sacó la idea de la cabeza sin piedad.

Nada de pensar en sexo, nada de pensar en sexo, nada...

—De pensar en sexo —dijo Conlan.

—¿Qué? —jadeó ella, asombrada al oírlo expresar lo que en realidad eran los pensamientos de ella.

Salvo que no debería extrañarle, dada la forma en que habían compartido sus emociones. Con todo, notó que volvía a ponerse como un tomate otra vez. Una de las grandes alegrías de ser pelirroja era la tendencia a ruborizarse como un volcán. No se podía decir que fuera muy útil en una partida de póquer.

Conlan juntó las manos, las posó en el regazo y después levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Tenemos que hablar de esto. La intensidad. De la atracción que hay entre nosotros, que es intensa. Es realmente... —Se detuvo y carraspeó—. Intensa.

Riley se rió un poco.

—Sí. Ya veo que según tú es intensa. Bueno, no es que yo vaya por ahí saltándole encima a todos los príncipes extranjeros macizos que se me cruzan por delante. Tampoco es que pasen muchos miembros de la realeza por mi barrio, pero ya sabes a lo que me refiero. Intensa.

Aquella sonrisa engreída, tan masculina ella, volvió a invadir el rostro del atlante, cosa que, a pesar de todos los principios feministas que había defendido siempre, lo único que consiguió fue que a ella le apeteciese meterle un bocado.

Por todas partes.

La invadió una oleada de calor y volvió a gemir.

—Conlan, no sé qué es todo esto. ¿Podría ser... podría ser una especie de efecto secundario por leer tus emociones? Quizá vaya a reaccionar así con todos los atlantes que conozca.

El hombre se puso rígido de inmediato en la silla y se inclinó hacia adelante. A las manos que tenía apretadas en el regazo se les quedaron los nudillos blancos.

—Por la razón que sea, Riley —gruñó con los dientes apretados—, al parecer no llevo muy bien la idea de que reacciones así con cualquier otro hombre, atlante o lo que sea.

Riley lo observó mientras él luchaba de forma visible por recuperar el control, se le dispararon las aletas de la nariz cuando respiró hondo y las líneas blancas se le profundizaron en las comisuras de la boca. Pensar que era ella la que provocaba eso, la que lo hacía perder el control, aunque fuera un poco, la ponía a tono, por extraño que fuera.

Y mucho.

Sobre todo porque no tenía la sensación de que aquel hombre fuera de los que perdía el control muchas veces. Después de todo, había visto el interior de su mente. Un control rígido, deber y honor. No había mucha espontaneidad ni felicidad despreocupada.

Y el dolor. Ah, jamás olvidaría ese dolor.

—Conlan, no es que me parezca bien eso de que te cuelgues de los árboles y grites golpeándote el pecho, pero creo que no va a ser un problema —aventuró Riley—. Después de todo, casi se me olvidó que tu hermano estaba en la habitación. Incluso se parece a ti, y debe de tener un montón de ese ADN atlante lleno de superpoderes, ¿no?

Conlan sonrió un poco y asintió, sin dejar de apretar las manos.

—Bueno, pues no hubo nada. Cero —dijo ella encogiéndose de hombros—. A ver, está buenísimo y todo eso...

Conlan volvió a emitir aquel extraño gruñido gutural y Riley levantó las manos con las palmas hacia afuera.

—Quería decir que no está mal y eso, pero no sentí la necesidad de arrancarle la ropa y lamerlo entero ni nada —terminó con una sonrisa.

Y entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir, por implicación.

Oh, mierda.

Y a Conlan tampoco le había pasado desapercibido, si la expresión de su cara servía de indicación. La expresión que decía que él también quería lamerla a ella, enterita.

El calor atravesó el centro de su ser y tuvo que apretar las piernas para evitar la humedad que amenazaba con desbordarse.

Vale, problema al canto. Queda prohibido pensar en príncipes macizos lamiendo a quien sea, o lo que sea.

El atlante se pasó una mano por aquel delicioso pelo negro que tenía y se levantó de golpe de la silla. Después empezó a pasearse él también.

—Riley, hasta que entendamos por qué estamos reaccionando así, quizá sea mejor que no nos acerquemos mucho.

—Sí, vale, está bien. De hecho, ¿por qué no me vuelves a llevar a mi casa... o puedes llamarme un taxi? Con un taxi es suficiente, y así me quito de en medio —dijo Riley, inexplicablemente herida por haberlo oído expresar lo mismo que había pensado ella apenas unos momentos antes.

Conlan dejó de pasearse y se giró para mirarla desde su altura.

—Lo siento, pero tú no te vas a ninguna parte.

El dolor se transformó en un abrir y cerrar de ojos en cabreo.

—¿Qué quieres decir? Mira, tío, puede que tengas derecho a mangonear a tus lacayos atlantes, pero yo soy ciudadana americana. En lo que a mí se refiere, tus derechos se reducen a cero.

Conlan se dirigió con paso firme a la cama y se sentó al lado de Riley antes de que ella pudiera moverse.

—No se trata de derechos, *akenasha*. Se trata de tu propia protección. Los vampiros que nos atacaron en tu casa, ¿por qué estaban allí? ¿Iban a por nosotros? Sospecho que sí, dada la naturaleza del ataque. —Le cogió las manos y continuó—: Pero ahora saben que vives en esa casa. Van a preguntarse qué clase de conexión tienes con nosotros. Allí ya no vas a estar a salvo.

Riley se miró las manos y se preguntó si él se daba cuenta de que le estaba acariciando el dorso de la mano con el pulgar. Después se preguntó cómo era posible que un gesto tan nimio pudiera hacer que se le derritieran los huesos.

Temió de repente que aquel hombre estuviera utilizando con ella algún tipo de versión atlante de control mental.

Apartó las manos de un tirón antes de hablar.

—Así que lo que me estás diciendo es que me has destrozado la vida.

—No —dijo él en voz baja—. Creo que lo que estoy diciendo es que tú complicaste la mía.

Riley se apartó de él sin levantarse de la cama e intentó ser racional.

—Muy bien. Vamos a recapitular. Dime lo que necesito saber sobre la Atlántida. Dime por qué van esos vampiros a por vosotros. Explícame lo que significa *akenasha* y por qué flipas cada vez que piensas que yo puedo serlo. Trabajo mejor cuando dispongo de información, así que ya estás tardando.

Conlan sonrió y parte de la tensión pareció dejar sus hombros.

—Información es algo que sí puedo darte, desde luego. Te la mereces. En primer lugar, mi tierra. La Atlántida. Harían falta años para que pudiera hablarte sobre la Atlántida. Buena parte del mito, algo de la leyenda e incluso ciertos fragmentos de la fantasía, son verdad.

—¿Pero nada de branquias? —Riley no pudo evitar devolverle la sonrisa, la suya era un poco maliciosa.

—Definitivamente, nada de branquias. Somos muy parecidos a vosotros.

—Así que sois humanos, ¿con poderes especiales?

Él negó con la cabeza.

—No, humanos no. Primos de vuestra especie, sin duda alguna. Más cerca de la humanidad que de los cambia-formas. Muy diferentes de los no muertos. Vivimos en armonía con vuestra especie durante muchos miles de años.

—Y entonces os hundisteis bajo el agua y ahora vivís en una burbuja, ¿es eso? —Riley sabía que lo que decía era una frivolidad, pero una chica tenía sus límites en cuanto a lo que podía asimilar en una sola noche.

Aquella increíble sonrisa sensual levantó las comisuras de la boca masculina y el atlante volvió a apoyarse en el cabecero de la cama.

—No, nada de burbujas. Y tampoco hay sirenas, antes de que me preguntes. No se puede decir que Hollywood sea una fuente de hechos históricos, Riley, a pesar de lo que pueda pensar mi hermano.

—¡Eh! A mí me encantaban las sirenas cuando era pequeña. Quería crecer, tener un delfín de mascota, nadar con mi cola de pez y todo eso —dijo ella con tono indignado.

Conlan se inclinó hacia adelante, absorbo de repente en ella.

—Ésta noche, después de vivir unos acontecimientos traumáticos, te fuiste a la playa en lugar de irte a tu casa. ¿Por qué?

Riley se sintió incómoda de repente, cambió de postura en la cama y miró a todas partes salvo a él.

—No lo sé —admitió—. Siempre fui así. Voy al océano en busca de solaz, para estar sola. Para curarme.

La crudeza de aquellas palabras flotó en el silencio, entre los dos, durante largo rato; después, él se apoyó de nuevo en el cabecero.

—Eso puede ser importante, Riley. No sé por qué, pero tengo la sensación de que es algo importante. Quizá Alaric lo sepa.

Aquel nombre le sonaba de algo, Riley se retorció un poco.

—¿Alaric? ¿Es ese ser espeluznante que me miraba como si fuera un bicho clavado en una aguja? Creo que le amenacé.

El atlante abrió mucho los ojos y después sonrió.

—Oh, daría la mitad del tesoro real por haberlo visto.

Riley se echó a reír mientras intentaba no flipar mucho con un tío que decía tan tranquilo cosas como «la mitad del tesoro real».

Mierda.

Conlan levantó una ceja y pareció ponerse tenso otra vez.

—¿No irás a decirme que pensaste que estaba buenísimo él también?

—Parecía un convicto recién escapado de la cárcel —respondió ella con tono rotundo—. Me apetecía pedir refuerzos. Así que tranquilo, ni la menor insinuación de atracción por ese lado.

Conlan se inclinó hacia adelante tan rápido que ella casi ni lo vio moverse, se llevó una de las manos de Riley a la boca, le dio un breve beso y la soltó.

—Gracias, Riley. No entiendo por qué, y tengo que ser honesto, no me hace ninguna gracia, pero al parecer necesito saber que no te atraen ninguno de mis guerreros. Ni ningún otro hombre.

Riley puso los ojos en blanco.

—Mira Conlan, sé que quizá creas otra cosa, por el modo que tuve de reaccionar contigo, pero no es que sea una especie de ninfómana.

—Y eso sería un problema porque... —dijo él arrastrando las palabras, mientras le volvían a brillar los ojos y aquella intrigante llama verde azulada de sus pupilas destellaba al mirarla.

—No seas pervertido —le dijo con una carcajada—. Vale, y hay otra cosa. ¿Por qué aparece en tus ojos ese destello verde azulado, en el medio de las pupilas, como ahora?

Conlan se sentó de golpe, rígido como un palo.

—¿Que mis ojos hacen qué, dices?

—Perdona, no quería disgustarte. Es sólo que tienes unas pupilas muy negras hasta que aparece esa llama verde azulada en ellas. Tenía curiosidad.

Conlan se levantó disparado de la cama. Cuando se dio vuelta para mirarla, la joven notó que sus ojos volvían a ser negros. Y cuando lo oyó hablar, la voz era gélida.

—Es muy tarde, Riley. Tengo que discutir unas cuestiones estratégicas con Alaric antes de irme a descansar. Y tú también deberías descansar un poco, porque seguramente nos vamos a ir muy temprano.

Se dirigió con paso firme a la puerta y la dejó mirándolo con la boca abierta.

—¿Qué demonios acaba de pasar? ¿Es que los atlantes tenéis doble personalidad o algo así? ¿Y por qué crees que voy a ir contigo a ninguna parte por la mañana? Todavía no me explicaste nada, príncipe Conlan o lo que seas —dijo montando en cólera.

Conlan se detuvo ante la puerta y la miró.

—Soy Conlan, príncipe supremo de la Atlántida —dijo con voz rotunda—. No daré explicaciones a nadie. Los Guerreros de Poseidón han sido los defensores de la humanidad durante más de once mil años y yo, su líder durante siglos.

Abrió la puerta de un tirón, dio un paso y después se detuvo.

—La reacción que tenga con una mujer humana, ya sea *akenasha* o no, no cambia nada.

Antes de que ella pudiera pensar en una respuesta lo bastante feroz como para arrancarle el lomo a tiras, el hombre había desaparecido dando un portazo a su espalda.

—¡Serás imbécil! —chilló Riley, levantándose de un salto para correr a la puerta.

Pero antes de que pudiera alcanzarla oyó el chasquido inconfundible de una cerradura. El impulso la llevó hasta el final. Tiró del picaporte, pero sólo confirmó lo que había sabido en cuanto oyó el ruido.

Aquel borde de príncipe dictatorial, despótico y arrogante la había encerrado en la habitación.

Oh, se lo iba a pagar muy caro.

Capítulo 15

Conlan se apoyó en la puerta de la habitación de Riley, más afectado de lo que hubiera querido admitir, incluso ante sí mismo. ¿Sus ojos tenían una llama verde azulada cuando no estaba canalizando los elementos ni ningún otro tipo de poder?

Estaba jodido.

Pasaba algo muy raro con todo aquello. Los ojos no mostraban la llama de Poseidón, salvo cuando la persona en cuyo cráneo se daba la casualidad que estaban metidos canalizaba poder. O invocaba los elementos.

No cuando estaba sentado charlando con una mujer.

Con una mujer humana.

A menos... La idea que le había helado las venas destelló de nuevo en su cabeza, negándose a desaparecer. Los cuentos que le contaba su madre antes de irse a dormir sobre los antiguos señores de la Atlántida y sus damas. Cuentos de fieras batallas y amor perdurable.

Relatos del legendario don de la fusión de las almas entre un atlante y su compañera; el don que marcaba el corazón de un guerrero y su alma con tanta certeza como el símbolo de Poseidón le marcaba el cuerpo.

Era imposible. La fusión de las almas era una leyenda, una fábula. Un cuento de hadas descabulado. Nada más. La fusión de las almas no existía.

¿Igual que no existen las empáticas? Oh, maldita sea.

Necesitaba que Alaric solucionara eso. Y pronto. En cuanto recuperaran el Tridente. Después de averiguar por qué coño habían atacado los vampiros y cómo iban a encontrar el Tridente, para empezar.

O siquiera qué iban a hacer con Reisen.

Sí. Todos esos temas que se había olvidado sacar con Alaric y los Siete antes.

Estaba muy jodido.



A la mañana siguiente, al amanecer, Conlan despertó de un sueño inquieto con el olor del café recién hecho y el ruido de unas carcajadas masculinas y profundas. Durante un minuto o dos, antes de salir de la cama en la que había caído, agotado, la noche anterior, ya muy tarde, se quedó muy quieto, examinando lo que sentía. En realidad, lo que no sentía. Era una especie de ausencia. La falta de algo... ¿pero qué?

Abrió los ojos de repente cuando lo comprendió. Lo que había sentido hasta entonces, lo que le faltaba, era la ira.

La furia.

Había necesitado las llamas de la ira para vencer la impotencia. Para agujijonearse y seguir vivo durante los largos años en los que estuvo cautivo de Anubisa. Había alimentado esas llamas con recuerdos de sus padres y pensando en su hermano y en la Atlántida, cuando la desesperación o el dolor amenazaban con hacer sucumbir la rabia.

Pero en ese momento, a pesar de la amenaza de los vampiros, incluso a pesar de la traición de Reisen, se desprendió de parte de ese núcleo interno de furia que había apuntalado sus cimientos durante tanto tiempo. Volvió sus pensamientos hacia lo más hondo de su ser, examinándolo todo, centrándose en los componentes básicos de su psique.

En lo que Alaric había llamado su alma inflexible.

Faltó poco. Maldita fuera, pero había faltado muy poco. Fueron tantas las veces que se había preguntado por qué se molestaba en intentar seguir vivo, por qué seguía luchando contra ella.

Por qué no permitía que la muerte se lo llevara.

Conlan recordó los suelos de cemento y la reja de metal de dos centímetros y medio por dos centímetros y medio que había en el suelo.

—Para que drene mejor la sangre —dijo ella con los colmillos destellando bajo la luz de las docenas de velas que rodeaban la habitación—. No es que me la vaya a beber toda, principito. Habrá mucha para tentar a mi manada de sangre, que está ahí abajo.

Su manada de sangre. Más bien su aquelarre de secuaces del infierno. Los había oído gimoteando y haciendo rechinar los colmillos en la cueva que había debajo de su celda cada hora de cada día.

Cada hora de cada noche.

Hasta el día que lo soltó.

—Y eso es lo que más me cabrea, ¿no? —gruñó mientras se incorporaba y sacaba los pies de la cama—. Que fue ella la que me soltó a mí. Que no me escapé yo. Al final, resultó que no era mucho mejor que el resto de sus animalitos, ¿verdad?

No hizo falta más, había vuelto. Los paisajes vacíos y áridos de su alma se llenaron de ira.

Lo agradeció. Joder, la ira y él eran viejos amigos.

¿Conlan? Un roce delicado en su mente. ¿Estás bien?

Riley.

Durante sólo un instante, el lirismo de la voz femenina y los azules y dorados que chispeaban en sus emociones se combinaron para espantar las llamas de la mente de Conlan. Cerró los ojos y respiró hondo, seguro de que podía percibir su aroma limpio y fresco. Flores y el océano.

Más segura, y definitivamente más alta, la voz de la joven atravesó como un trueno su cabeza.

¿Conlan! ¡Si estás bien, mueve el culo y ven a abrir esta puerta, o pienso machacártela cabeza!

El atlante se echó a reír ante la contradicción. Ah, su flor, tan delicada ella. No era de las que decía lo que se esperaba de ella, ¿verdad?

Pues no. Y tampoco era su nada. Sería mejor para los dos que él no lo olvidara.

Recuperó la compostura y le envió la respuesta: *Ya voy. Intenta no comerte la pared, ¿vale?*

Sintió un ligero vestigio de humor que lo atravesaba como una chispa del color de la miel caliente y el oro. La joven se había echado a reír. Y luego esa sensación peculiar en la cabeza, como un portazo, que bloqueaba cualquier vestigio que hubiera de ella.

¡Oh, sí! Riley estaba muy cabreada. Iba a ser divertido.

O no.



Reisen dejó de contemplar el objeto que tenía en las manos y levantó la mirada con una expresión todavía aturdida en los ojos cuando el golpe seco de unas botas de suela gruesa atronó el pasillo. Micah entró con paso firme en la habitación, seguido de cerca por varios guerreros más.

—Mi señor —dijo Micah respirando con dificultad—. Mientras patrullábamos, descubrimos un nido de cambia-formas en un salón de tatuajes de Virginia Beach.

Reisen se echó a reír.

—Eso suena un poco raro, ¿no? ¿Crees que los tatuajes reaparecen después de que tomen forma animal y luego vuelvan a ser humanos?

Micah se cruzó de brazos y miró a Reisen con su habitual expresión implacable.

—¿Mi señor?

Reisen se desprendió tanto del ensueño como de la especie de trance en el que había caído mientras miraba la esmeralda del tamaño de un huevo de gallina que tenía en las manos. Había estado casi una hora así, así que se levantó antes de hablar.

—¿Y bien? ¿Qué hicisteis?

Micah se encogió de hombros.

—Hemos regresado aquí para contároslo. No sabía muy bien si nuestra misión nos daba tiempo para atacar a un puñado de bolas de pelo. Sobre todo después del decreto del Consejo que exige que sólo destruyamos a los cambia-formas de los cuales se demostró que hicieron algún mal.

Reisen volvió a meter con cuidado la esmeralda en su bolsita de seda y la devolvió con suavidad al interior de su pequeña caja de madera. Los líderes de la célula de la costa este de los platónicos habían estado impacientes por darle la esmeralda cuando se de la verdad sobre el principio fundamental de su organización.

La Atlántida era real.

Y además, Reisen era un príncipe atlante. Lo trataron como si fuera un dios. Y no le desagradó del todo.

Tuvo la sensación de que aquel tío se iba a mear en los pantalones. Por suerte para todos los implicados, el hombre consiguió contener su emoción el tiempo suficiente para sacar la esmeralda y entregársela a Reisen, quien tenía que averiguar cómo iba a usarla. Por desgracia, era más fácil decirlo que hacerlo. Pero al menos algunas cosas eran más fáciles.

—Todos hemos hecho un voto sagrado, juramos que protegeríamos a la humanidad. No nos sirve de nada devolver a la Atlántida al lugar que le corresponde en el mundo si ese mundo está invadido por chupasangres y cambia-formas. En eso, como en otras muchas cosas, el Consejo se equivoca.

Micah asintió con una sonrisa.

—Esperaba que dijerais eso —dijo con las manos en el mango de su hacha de batalla—. Con toda ésta tensión me apetece hostiar a unos cuantos cambia-formas.

Los guerreros que rodeaban a Micah asintieron y gruñeron, conformes con el plan. Reisen metió con cuidado la pequeña caja de madera y el fardo envuelto en tela del Tridente en una bolsa de cuero. Uno de los guerreros se adelantó.

—¿Me permitís que lleve eso por vos, mi señor?

—Gracias, pero ésta es una carga que tengo el privilegio de llevar yo en persona. —Y con eso, Reisen los llevó a la habitación principal de la casa para planear el ataque.

Todavía tenía más de un día antes de la reunión que tenía programada con los platónicos.

Tiempo de sobra para machacar a unos cuantos cambia-formas.

Capítulo 16

Riley siguió murmurando por lo bajo durante más de diez minutos después de que apareciera Conlan y le abriera la puerta de la habitación. Le leyó la cartilla en cuanto lo vio. Justo cuando empezaba a confiar en él y a creer en todo eso de la realeza atlante, él iba y la encerraba.

Pero después de que el atlante le hiciera un esbozo muy limitado de la amenaza que representaban los vampiros, le contara que un maleante llamado Reisen había robado un artefacto muy valioso y después de que se disculpara cinco o seis veces, la joven se calmó un poco.

Era una locura, pero sabía que podía confiar en él. Era asombroso: ser capaz de sentir las emociones de aquel tío reducía las dudas. Allí de lo que se trataba era de protegerla a ella.

Riley se decantó por las quejas no verbales después de saborear el café que le había traído como prenda de paz. Un líquido caliente, dulce y delicioso.

Palabras que también podrían describir a Conlan. Le echó un vistazo con los ojos entornados. ¿Era justo que un hombre estuviera incluso más guapo por la mañana? Todo aquel músculo no se redujo ni una pizca con la luz del día. Y lo que era peor, Riley empezó a notar cosas nuevas. Como el leve reflejo azul que emanaba de su cabello negro. No parecía hecho en peluquería, así que debía de ser un rasgo atlante. Rodeó la taza de café con más fuerza, sobre todo para no estirar la mano y tocarle el pelo.

Era una compulsión. Un antojo. Tenía la misma sensación que le habían descrito sus pacientes adictos cuando necesitaban su droga favorita.

Conlan se paseaba de un lado a otro de la habitación sin hacerle mucho caso. O por lo menos sin mirarla. Teniendo en cuenta la tensión que se percibía en sus gigantescos hombros, Riley estaba dispuesta a apostar lo que fuera a que era muy consciente de su presencia.

Al menos estaba aseada. El pequeño baño con el que contaba su habitación, su celda, estaba bien provisto por una amplia variedad de jabones, champúes y acondicionadores. Varios cepillos de dientes nuevos, envueltos todavía en sus plásticos, estaban colocados en hileras en un cajón que había debajo del lavabo.

La idea volvió a cabrearla otra vez.

—Así que te traes aquí a un montón de mujeres, ¿no?

El atlante dejó de pasearse y giró en redondo para mirarla.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Hace más de una década que no vengo por ésta casa. Es de mi hermano.

Riley asintió.

—Lógico. Hermanos, tal para cual, ¿no? No sois más que un par de buenos chicos que se dedican a raptar mujeres y a arrastrarlas a su guarida del mal.

—¿Tú te drogas o qué? ¿O es que todas las mujeres humanas son tan ilógicas como tú? — Parecía realmente confuso, cosa que casi la hizo sonreír.

—Así que te pasas media vida protegiendo a la humanidad, pero no te dedicas a hablar demasiado con ella. Con nosotros. ¿Va por ahí la cosa, más o menos? —Se terminó la taza de café, la colocó en la mesa pequeña que había al lado de la pared y señaló la puerta con un gesto—. Además, ¿vas a dejarme salir de aquí pronto? No es que estar secuestrada no haya sido divertido,

pero tengo una cita con el detective Ramírez.

Se estremeció al oír aquel gruñido bajo y rotundo, que empezó en el pecho masculino y fue subiéndole hasta la garganta.

—Tú no vas a ninguna parte, Riley —dijo el atlante—. Y si te gusta ese tal Ramírez, será mejor que te olvides de salir con él. Me parece que me trastorno con sólo pensarlo.

La expresión de su rostro era posesiva y depredadora. De repente se parecía a un animal salvaje de la selva que tuviera que defender su territorio.

Riley no había tomado café suficiente para todo aquello.

—¿Vas a empezar a mearte por las paredes para marcar tu territorio? —le preguntó, toda dulzura y ligereza—. Porque cuando era pequeña teníamos un gato que lo hacía. —Después levantó la cabeza y le sonrió—. Mi padre lo llevó a castrar.

Un momento después Conlan cruzó la habitación y al siguiente lo tenía encima. La empujó hacia atrás hasta que el culo femenino chocó contra la cómoda.

—Ya me he enfrentado a una mujer que quería castrarme —le susurró al oído—. Créeme. Si pude sobrevivir a ella, mis huevos están infinitamente más seguros contigo.

Riley se mordió el labio, sofocada. El olor masculino, extrañamente parecido al del sol sobre el mar, limpio y vigorizante, llenó los escasos centímetros de espacio que los separaban. La joven sintió la extraña necesidad de enterrar la nariz en el cuello del atlante y quedarse así, oliéndolo.

Pero en lugar de eso levantó las manos y se las posó en el pecho para bloquearlo.

—No quería... es decir... tus huevos están a salvo, oh, mierda. Todo lo que quería decir es que tengo que ir a la comisaría a declarar. El detective Ramírez es el que lleva el caso.

Los hombros de Conlan se relajaron y la agresividad que había estado irradiando bajó un poco. Poco a poco, con cautela, Riley levantó los escudos mentales que había colocado alrededor de sus emociones poco antes. Quinn y ella habían practicado durante horas cuando eran niñas. Construían muros mentales de mentira, primero de ladrillo y luego, a medida que crecían en edad y sofisticación, puertas de titanio de mentira.

Quinn afirmaba que todas sus puertas estaban hechas de criptonita, pero Riley se reía.

—Tampoco es que vayamos a enfrentarnos a ningún superhéroe, Quinn —le dijo un día cuando una empezaba el último año de instituto y la otra lo terminaba.

—Nunca se sabe —le respondió Quinn, oscura y dramática como siempre.

—¿Qué es la criptonita? —le preguntó Conlan con los dedos enroscados en un mechón del cabello de Riley.

—¿Qué? ¿Pero cómo has...? Ah, ya. Abrí la puerta —dijo Riley, sorprendida al principio y después resignada—. Bueno, puesto que ya está abierta, de perdidos, al río.

Y diciendo eso levantó las manos, le cogió la cara, se preparó y, por primera vez en toda su vida, envió sus emociones, sus pensamientos y su curiosidad volando al interior de otra persona.

Y estuvo a punto de caer de rodillas.

Fuerza. Valor. Honor. Deber.

Destellos del pasado.

Un hombre con el cabello cano y los ojos de Conlan, de pie al lado de una mujer tan hermosa que Riley abogó una exclamación.

Madre. Padre.

Cambio: Un niño, tenía que ser Ven, y otro, ¿el sanador espeluznante, quizá? No estaba segura porque el niño de los ojos verdes que tanto se parecían a los de Alaric estaba sonriendo.

No le parecía que el sanador hubiera sonreído en su vida.

Todos ellos montando a caballo. Riendo.

Cambio: *Tilas de hombres, todos enormes, musculosos, guapísimos, desnudos hasta la cintura, entrenando con espadas y dagas en una especie de palestra.*

Cambio: *Fuegos. Cuchillos. Dientes, no, colmillos. Dolor. Un dolor abrasador, agónico, desgarrador. Estaba muriéndose, no, no era ella, era él, él, era Conlan, lo estaban torturando, lo estaban matando...*

—¡No! —chilló, dejó caer las manos, las apartó del rostro de Conlan y se derrumbó en sus brazos fuertes y firmes—. No, no, no, no, no.

Y cuando él la levantó con suavidad y la sostuvo entre sus brazos, todo lo que pudo hacer Riley fue sollozar.

Conlan se quedó mirando a la mujer que lloraba entre sus brazos y sintió que los muros que había construido alrededor de su corazón empezaban a derrumbarse. Oyó literalmente el estruendo de los ladrillos y el cemento y todo lo que pudo pensar fue que necesitaba alejarse de ella de inmediato.

Cuando empezó a soltarla, la joven se aferró a sus brazos, levantó la cabeza y lo miró con los ojos embargados de dolor.

—Malditos sean por lo que te hicieron. Espero que los busques, los encuentres y les arranques las tripas llenas de sangre. Lo siento mucho, Conlan. No debería... Nunca debería haber invadido tu intimidad.

Después levantó la mano poco a poco y le acarició la cicatriz que tenía en la garganta.

—Lo siento muchísimo —repitió con un susurro. Después entrecerró los ojos y volvió a mirarlo con expresión feroz—. Espero tener la oportunidad de tropezarme con alguno de los que te hicieron daño. No volverán a herir a nadie, nunca más.

Conlan parpadeó, incapaz de recordar cuándo lo habían conmovido tanto unas palabras, tanto como lo conmovían las de ella. Quería protegerlo, a él. Quería vengarlo.

El crujido de los muros que había construido en su interior se convirtió en una avalancha.

El atlante la abrazó con más fuerza y enterró la cara en su pelo.

—Jamás me pidas disculpas por tu gracia y tu luz, *mi amara akenasha*.

Riley se apartó un poco y levantó la cabeza para mirarlo entre lágrimas.

—¿Qué significa eso?

Conlan sacudió la cabeza, tenía un nudo en la garganta que le impedía formar las palabras. Y además creería que estaba loco de verdad si le decía que la había llamado su amada empática.

Y hablando de locura, seguramente tenía unos diez segundos antes de que Ven se pusiera a aporrear aquella puerta. Respiró muy hondo y le dio un beso en la frente, después dejó caer los brazos y se apartó.

—Riley, sé que debes de tener la sensación de que te acaban de meter en una de esas películas de miedo que tanto le gustan a Ven, pero tienes que confiar en mí...

Riley esbozó una sonrisa brillante y lo miró mientras se secaba las lágrimas de la cara.

—¿Confiar en tí? ¿Estás bromeando? Después de lo que acabo de ver, te confiaría mi vida.

A Conlan lo invadió una sensación de alivio que le liberó los músculos tensos del cuello y los hombros.

—Bien —dijo con una especie de sonrisa—. Porque es posible que tengas que hacerlo.

Capítulo 17

Riley siguió a Conlan por un largo pasillo forrado de carteles de películas clásicas de miedo. Se echó a reír delante del dentón tomate que decoraba el cartel de *El Ataque de los Tomates Asesinos* y después se volvió a mirar *La Masa Devoradora*.

—Steve McQueen —dijo pensativa mientras trazaba el borde del marco con un dedo—. Me encantaba ésta película.

Conlan le tendió la mano y sonrió.

—Mi hermano y tú os vais a llevar de maravilla.

Cuando doblaron la esquina y entraron en una especie de gran sala de juegos, Riley se detuvo de golpe al ver una multitud de hombres enormes. Sentados, de pie, apoyados... llenaban cada rincón. Bueno, los hombres y los envases, las cajas, las bandejas de comida que cubrían cada centímetro que quedaba libre. Daba la sensación de que en aquella habitación se había detenido a desayunar todo un ejército.

Dios, eran enormes. No era de extrañar que necesitaran comer tanto. Seguro que se necesitaban como varios millones de calorías para alimentar a cada uno de aquellos tíos. Cerró los ojos y miró en su interior un momento para asegurarse de que sus escudos emocionales tenían las puertas de titanio bien cerradas. No quería repetir lo de la noche anterior.

Casi al unísono, los hombres se cuadraron de golpe y se la quedaron mirando, la mayor parte echando mano de las dagas que llevaban.

¿Le apetece un poco de café con sus armas mortíferas?

Se tapó la boca con la mano para intentar contenerse, pero sentía el descabellado impulso de echarse a reír. La risita del estrés, la llamaba Quinn. Salvo que a su hermana pocas veces le pasaba.

Y a Riley siempre.

Apretó un poco más la mano de Conlan y levantó la barbilla para mirarlos. El destello de histeria se desvaneció en cuanto vio el propósito letal que invadía la expresión de todos.

—Os presento a Riley Elisabeth Dawson —dijo Conlan—. Es *aknasha* y es un placer tenerla entre nosotros. Por favor tratadla con toda cortesía. Riley, permíteme presentarte a mis guerreros. Estos son los Siete, mis camaradas más leales. Ya conoces a Ven, por supuesto —dijo Conlan señalando a su hermano.

—Ah, sí, el aficionado a las películas clásicas —dijo ella con una sonrisa—. No hay nadie como Steve McQueen.

Ven le sonrió desde el otro lado de la habitación y levantó un panecillo a medio comer a modo de saludo.

—Es obvio que tienes un criterio cinematográfico de primera, lady Rayo de Sol.

Conlan continuó.

—Lord Justice.

El hombre que tenía la larga trenza de pelo azul y la espada todavía atada a la espalda asintió sin sonreír. Riley asintió a su vez. Aquel hombre sería guapísimo, vamos, para morirse, si sonriera alguna vez. Miró la espada. Quizá se conformaba con el «para morirse».

—Bastien.

El gigante que estaba apoyado en la pared, al otro lado de la habitación, con una caja de donuts en una mano enorme, le sonrió.

—Es un placer, lady Riley. Cualquiera que sea lo bastante valiente como para saltar desarmado encima a un chupasangre y para defender a mi príncipe es como dios para mí.

Riley sintió que se le volvían a encender las mejillas, hasta las puntas de las orejas.

—Sólo Riley, por favor. Y gracias. Aunque quizá fue más estupidez que valentía.

Otro guerrero, con la sonrisa fácil y aire travieso, se inclinó ante ella.

—Christophe, mi señora. Y la mayor parte de las batallas son más estúpidas que valientes, ¿no le parece? Por eso las libran los hombres y no las mujeres. —Sus brillantes ojos azules resplandecieron de buen humor—. Será un honor compartir mi desayuno con usted, encantadora dama, ya sea *akenasha* o no.

Conlan gruñó, un sonido que brotó de las profundidades de su garganta con tal resonancia que reverberó por toda la habitación.

—Aléjate de ella, Christophe. No vas a cortejar a ésta dama.

Riley puso los ojos en blanco y se soltó de un tirón de la mano de Conlan.

—¿Cortejar a ésta dama? Vuelves a hablar como Lancelot. Y nunca me gustó Lancelot. Era un tipo zalamero y un tanto turbio.

Ven se echó a reír.

—Ah, eso sí que es el colmo. Te gusta Steve McQueen y acabas de bajarle los humos al príncipe supremo. Te has hecho dueña de mi corazón para siempre.

Riley sonrió, era inexplicable, pero se sentía increíblemente segura rodeada por unos mil kilos de guerreros atlantes.

Conlan gruñó otra vez y volvió a cogerla de la mano.

—Como iba diciendo, el que se cree un donjuán es Christophe, y éste es Alexios.

Un hombre que permanecía en la esquina, medio escondido por una librería, la saludó con la cabeza y se inclinó un poco, pero no habló. Cuando levantó la cabeza, Riley vislumbró las crueles cicatrices que le cubrían la cara, pero el guerrero la agachó de inmediato para que el cabello dorado la cubriera. La luz matinal que entraba por la ventana iluminó su melena como si fuera una corona.

Riley soltó lo que estaba pensando.

—Guau. Cualquier estrella de cine pagaría una fortuna por tener un pelo así. Qué suerte tienes.

Alexios levantó otra vez la cabeza, con los ojos entrecerrados y la boca apretada en una mueca. Sus cicatrices quedaron resaltadas con dureza bajo la luz del sol.

—¿Suerte? Quizá antaño, hace ya mucho tiempo. Haría bien en alejarse de mí y de mi versión de la suerte.

Riley reconoció el dolor que embargaba sus ojos, así que casi sin pensar bajó sus escudos apenas una fracción y lo buscó.

Después se echó hacia atrás con tal fuerza que chocó contra la pared.

—No, no, yo... lo siento mucho —susurró.

Volvió a cerrar los escudos de golpe.

—Siento todo lo que has sufrido y perdido, Alexios —dijo al tiempo que su voz iba recobrando fuerzas—. Pero, por favor, no desesperes todavía. Siempre existe la posibilidad de que haya un mañana mejor.

—Aléjese de mis emociones, empática —gruñó el guerrero—. Está invadiendo mi intimidad.

Conlan intentó apartarse de ella, con el cuerpo tenso, pero ella lo detuvo con una presión de la mano. Se planteó decirle a Alexios que había sido un accidente, pero desechó la idea a favor de la verdad, así que mantuvo la cabeza alta.

—Tienes toda la razón, Alexios. Y también me disculpo por ello.

Alexios vaciló un momento, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, y después se inclinó ante ella.

—Acepto sus disculpas. Y como tan elegantemente dijo Bastien, con el valor que mostró ayer se ha ganado mi perdón.

Conlan le apretó la mano. Riley percibió el orgullo y el alivio que sentía el príncipe y se maravilló de la fuerza de sus sentimientos.

Incluso a través de sus escudos.

Otro guerrero se levantó de un sillón orejero, se acercó a ella, se detuvo y se inclinó. Su rostro era de rasgos afilados y líneas duras, y unas oleadas de pelo negro se apartaban de tanta dura masculinidad para caerle por los hombros.

Tenía los ojos verdes más pálidos que Riley había visto jamás, un color que le hizo pensar en la primavera.

—Yo soy Brennan, lady Riley. También es dueña de mi gratitud, por el valor que mostró anoche, pero me gustaría pedirle un favor, si me lo permite.

Fue Conlan el que lo preguntó antes de que Riley pudiera decir nada.

—¿Qué clase de favor?, Brennan.

Brennan inclinó la cabeza hacia Conlan y después volvió a mirar a Riley con una expresión intensa, y sin embargo, por extraño que fuera, desprovista de cualquier emoción. Aquel tío tenía que ser un jugador de póquer extraordinario.

—Al contrario que Alexios, me gustaría pedirle que me examinara y me contara lo que puede ver de mis emociones —le pidió con un tono de voz totalmente sereno e inexpressivo.

Aquello despertó la curiosidad de Riley.

—¿Por qué íbas a pedirme eso? ¿Es una especie de prueba?

El hombre ladeó la cabeza.

—Quizá. Pero la prueba es para mí, no para usted. ¿Querrá concederme éste pequeño favor?

Riley levantó la cabeza y miró a Conlan, que asintió con la mandíbula apretada.

—Sólo si quieres hacerlo, Riley.

Ésta dudó y después asintió. Se soltó de la mano de Conlan, dejó caer las manos a los costados, cerró los ojos y abrió la puerta mental. Un extraño zumbido asaltó sus sentidos, como si le estuvieran transmitiendo en estéreo las corrientes mentales de los atlantes que estaban en la habitación, pero desde muy lejos.

Se concentró en Brennan y bloqueó el ruido de fondo. Como había hecho con Conlan, envió sus sentidos volando al interior del guerrero que permanecía muy quieto delante de ella, aunque se encogió un poco al anticiparse a la fuerza de sus emociones.

Después ahogó un grito ante lo que encontró. O, más bien, ante lo que no encontró.

Abrió los ojos de golpe, conmocionada.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo proteges tus emociones de una forma tan absoluta que soy incapaz de sentir el menor brillo?

El guerrero bajó la cabeza y la miró sin perder la calma.

—No protejo nada. ¿Quiere intentarlo otra vez?

Riley parpadeó, no entendía aquello.

—¿Te importa que te toque?

A su lado, Conlan volvió a emitir aquel extraño gruñido. Después le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él.

—¡Por favor! Ya estoy harta de que te dediques a marcar el territorio, mierda —dijo dándole un codazo a Conlan en el costado y apartándose de él—. Haz el favor de contenerte. Esto es interesante.

Brennan levantó una ceja y en la habitación alguien lanzó una carcajada. Riley hizo caso

omiso de los dos.

—¿Puedo? —volvió a preguntar.

Brennan asintió una vez y cerró los ojos. Riley dio un paso más hacia él, lo bastante cerca para poder tocarle la cara con las manos, pero no tanto como para que Conlan volviera a ponerse en plan Tarzán. Levantó las manos y las colocó en las mejillas de Brennan.

Cerró los ojos y envió sus sentidos a sondear el interior del hombre, pero con más fuerza que antes. Buscó, hurgó, sondeó en busca de la menor insinuación de color, alguna traza, por pequeña que fuese, de emoción.

No había nada. Las profundidades y los bajíos de su alma eran tan puros como el agua cristalina de la montaña. Tan transparentes como el hielo de un glaciar fundido.

No había nada. Ningún sentimiento. Ninguna emoción.

—Es como si tu alma hubiera muerto, como si tu humanidad hubiera muerto, pero tu cuerpo no lo supiera todavía —susurró, pero lamentó las palabras nada más por pronunciarlas. Bajó las manos y se apartó de él—. ¿Qué eres? ¿Cómo puedes tener el alma vacía de todo salvo el intelecto?

Brennan sonrió, pero ni el menor roce de aquella sonrisa llegó a sus ojos.

—Estoy maldito. Esperaba que alguien que es *akenasha* pudiera encontrar algún rastro de las emociones que rezaba por recuperar algún día. Pero si no es así, tiene usted razón. No soy más que un muerto que imita las acciones de los vivos.

La ausencia absoluta de sentimiento que había tras esas palabras, que debería haber gritado sumido en la agonía y el dolor, pusieron de relieve las palabras del guerrero.

Llevada por un impulso, Riley le posó la mano en el brazo.

—No entiendo mucho de esto de las *akenashas*. Pero si hay algo en ésta habilidad que tengo... bueno, si puedo averiguar de algún modo cómo utilizarla para ayudarte, te prometo que haré todo lo que pueda.

Tras ella, Conlan inhaló una áspera bocanada de aire, Riley se dio vuelta lista para discutir. Pero la expresión de los ojos masculinos no tenía nada que ver con la posesión y todo con el asombro.

—Nos honras, Riley. Llevamos vampiros hasta tu casa, te raptamos en plena noche, te tratamos como a una prisionera y, con todo, tienes la cortesía de ofrecerle tu ayuda a mi hermano guerrero.

La joven se ruborizó y puso los ojos en blanco.

—No es para tanto. Sólo...

—Acabas de ofrecer tu ayuda, otra vez, después de que seguramente me salvaras la vida anoche. Créeme, sí que es para tanto.

Brennan hizo una profunda reverencia.

—Y para mí es un gran honor que se haya ofrecido.

Antes de que Riley pudiera pensar en una respuesta, oyó el sonido de un carraspeo tras ella. Se volvió de nuevo hacia la habitación y vio que el hombre que había estado tirado en el suelo, herido, la noche anterior, se alzaba delante de ella con las dagas desenvainadas y cruzadas ante él.

—Soy Denal, lady Riley. Y con su valor y abnegación se forjarán las canciones de los poetas durante los siglos venideros —dijo con fervor. Después hincó una rodilla en el suelo, delante de ella—. Por ello declaro que soy el defensor de lady Riley, si la dama me acepta.

La dama se quedó mirándolo sin saber qué decir cuando el atlante le tendió las dagas con la empuñadura por delante e inclinó la cabeza. Riley giró la cabeza para mirar a Conlan con la esperanza de que le diera algún consejo sobre cómo debía manejar aquella situación, pero el príncipe se limitó a levantar los hombros por un instante sin decir nada.

La joven respiró hondo, abrió otra vez los escudos mentales y luchó contra aquel curioso zumbido de fondo, después le tomó la medida al hombre que tenía arrodillado adelante. Era todo lo contrario a Brennan, Denal era todo destellos de emoción y entusiastas nociones del honor, el

deber y la caballerosidad.

Riley sonrió un poco y se preguntó si ella había sido alguna vez tan joven. Después se le desvaneció la sonrisa cuando se dio cuenta de que era muy probable que aquel chico fuera mucho mayor que ella.

Aquello de la Atlántida era muy complicado.

Pero el chico seguía arrodillado, esperando. La sensación de anticipación que reinaba en la habitación podía cortarse con un cuchillo. Cuando miró por la sala se dio cuenta de que todos y cada uno estaban esperando para ver cómo iba a reaccionar ante la declaración de Denal.

Respiró hondo y cogió las dagas que le ofrecía.

—Yo, bueno, gracias, Denal. En tiempos tan peligrosos como estos, no se me ocurre un ofrecimiento de protección más valioso. Tú...

Volvió a mirar a su alrededor mientras intentaba pensar en las palabras adecuadas. A aquellos tíos parecía irles la formalidad y los rituales. Al final se decantó por la sencillez.

—Tú me honras a mí.

Denal levantó la cabeza y la miró con los ojos brillantes, después se puso de pie. Riley le tendió las dagas otra vez con la esperanza de que aquello fuese lo que tenía que hacer. El atlante las cogió y las devolvió a las vainas que le colgaban de los costados de los inmensos muslos.

Los otros Guerreros empezaron a aplaudir, vitorear y dar patadas. Riley sonrió y empezó a decir algo cuando una voz gélida la interrumpió desde atrás.

—¿No es conmovedor? Quizá luego podríamos darnos un abrazo en grupo.

Capítulo 18

Conlan giró en redondo para enfrentarse con Alaric.

—No me gusta tu tono, sacerdote —dijo cruzándose de brazos.

Alaric alzó una ceja y se encogió de hombros. No era que Conlan esperase intimidarlo, pero un poco de respeto no estaría mal.

—Tendrás respeto cuando te lo ganes —dijo Alaric, respondiendo a los pensamientos de Conlan de una forma espeluznante otra vez.

Conlan archivó el detalle para revisarlo más tarde y después, antes de que el grito ahogado llegara a dejar los labios de Riley, estrelló a Alaric contra la pared.

—O bien estás a mi servicio, o no lo estás. Poseidón te dio el rango de sumo sacerdote, pero el que concede el papel de consejero real sigo siendo yo. —Después clavó los ojos en los del sacerdote—. Si toda ésta actitud es tu forma de decir que quieres dejar el trabajo, considéralo hecho.

Soltó la camisa de Alaric y se dirigió a Riley.

—Debes de estar muerta de hambre. Con un poco de suerte, uno de estos pozos sin fondo nos habrá guardado una magdalena o dos.

Riley se quedó mirándolo con la boca abierta, a punto de decir algo. Pero el atlante sacudió la cabeza y, por sorprendente que pudiera parecer, la joven lo acompañó sin decir nada.

Cuando empezaron a cruzar la habitación hacia la mesa de café baja cubierta de comida, el príncipe oyó la voz de Alaric tras él.

—No, no quiero dejar el trabajo, idio... mi príncipe. Precisamente estoy intentando hacer mi trabajo, que incluye recuperar el Tridente para que puedas subir al trono.

Conlan jamás había oído tanta angustia en la voz del sacerdote. Cogió el codo de Riley y la empujó hacia Ven. Después se dio vuelta para mirar a Alaric.

—No es culpa tuya. En todo caso, la culpa es mía por no haber estado allí para proteger el Templo.

Bastien dejó la taza de café en la mesa con un golpe seco.

—La culpa es mía. Tenía muchos amigos en la Casa de Micenas. Bien saben los dioses que debería haber sospechado lo que estaban tramando.

Justice se echó a reír.

—Sí, es culpa de todos. No es culpa de nadie. Pero ¿qué cojones importa? Mientras estamos aquí sentados, comiendo tostadas y echándonos la culpa, Reisen se va alejando cada vez más.

Conlan levantó una mano.

—Ya está bien. Justice tiene razón. Alaric, ¿has podido averiguar el paradero del Tridente?

—No. Recibo destellos y después desaparece. Casi como si hubiesen descubierto un escudo mágico para protegerlo. O bien el Tridente se oculta de un sacerdote fracasado.

Ven habló entonces con tono serio.

—Entonces estamos perdidos. Podemos buscar a la antigua, pero a éstas alturas podría estar a miles de kilómetros de aquí, en cualquier dirección.

—Tiene una banda de guerreros con él —aventuró Christophe—. A menos que se hayan separado. No sería nada fácil ocultar a diez guerreros o más que viajen juntos.

Conlan respiró hondo e intentó no perder la calma.

—Entonces nosotros también nos dividiremos para seguirlos. Alaric, ¿hay algún modo de que puedas magnificar la búsqueda?

Antes de que Alaric pudiera responder, Riley lo interrumpió.

—¿Por casualidad no estaréis buscando a una panda de tíos que emiten las mismas vibraciones emocionales que todos vosotros salvo que con un montón de mierda, estilo «ra... ra... ra, misión sagrada, misión sagrada» en medio?

Nueve cabezas se giraron de golpe para mirarla. La joven parpadeó y después continuó mientras miraba en su interior.

—Si es así, no creo que estén a más de treinta kilómetros de aquí. Llevo una media hora intentando protegerme de sus emociones, y no es fácil. Creí que era una especie de ruido de fondo que emitáis vosotros, pero estoy empezando a clasificarlas y separarlas y no cabe duda de que son diferentes.

Cerró los ojos y Conlan sintió que se concentraba. Después se levantó de un salto del sofá y estuvo a punto de tirar la magdalena encima de la cabeza de Ven.

—Y tenemos que ponernos en marcha. Porque están saliendo para atacar a unos cambia-formas. Ahora mismo.



Ven señaló la puerta con una sacudida y los guerreros fueron saliendo de la habitación tras él, dejando a Conlan y Riley discutiendo por un tal Ramírez. El modo que tenía su hermano de repente de preocuparse por los sentimientos de una mujer humana resultaba casi gracioso. Si eso era lo que la fusión de las almas le hacía a un hombre, gracias a Poseidón que a él no le había pasado nunca. Él prefería las mujeres sin cerebro y olvidables, y tenía la sensación de que lady Rayo de Sol no era ninguna de esas dos cosas.

Tampoco es que fuera su problema. Por lo menos de momento. Si la chica causaba algún problema, bueno, ya se ocuparía de él. Ese era su trabajo, ¿no?

Llegó al armario de la entrada y abrió la puerta de golpe. Metió la mano entre unas cuantas americanas y abrigos, cogió la barra de las perchas con una mano y la giró tres cuartos hacia delante y medio giro hacia atrás.

Se oyó un chasquido y un zumbido y la barra, con abrigos y todo, se replegó por una abertura hecha por un panel que se deslizó por el lado derecho del armario. Un segundo panel que había en la parte posterior del armario se abrió sin ruido y dio paso a una habitación pequeña llena de juguetitos relucientes.

—Bonito arsenal, Ven —dijo Christophe metiéndose detrás de él—. ¿Qué tienes ahí dentro?

Ven apretó un interruptor y los focos iluminaron el contenido de la habitación.

—Permíteme enseñártelo, amigo mío —dijo mientras pasaba junto a una estantería de metralletas para bajar una escopeta diseñada en exclusiva para él—. Ésta pequeñina es una Franchi SPAS-12. Una escopeta de combate diseñada con todo cariño por los italianos, que son unos genios cuando se trata de coches, armas y cualquier tipo de maquinaria exquisita. Lleva unas modificaciones especiales para poder cargarla con esto. —Levantó un frasquito de cristal con forma de bala lleno con un líquido viscoso—. Una dosis especialmente alta de Special K. Lo único con lo que casi se puede garantizar que podemos hacer caer redondo a un cambia-formas.

Denal se abrió paso con los hombros y los miró con los ojos muy abiertos.

—¿Special K?

—Ketamina. Un tranquilizante para animales. Sujeta esto. —Ven metió el arma entre las manos de Denal—. Armas. Veneno. Explosivos. Aquí tenemos de todo, señoras —dijo Ven; una sonrisa sombría le arrugaba las comisuras de la boca.

—¿El poder de controlar los elementos ya no te basta?, Vengador. —preguntó Alaric.

—Ahórrate el desdén para alguien al que le importe una mierda. No todos nosotros tenemos el nivel de acceso que tienes tú al poder de Poseidón —dijo Ven.

—Yo me quedo con la espada —dijo Justice con voz cansina—. Ella y yo hemos matado a más chupasangres y cambia-formas que todos tus juguetitos juntos.

—Allá tú. Más para mí —respondió Ven, mientras cargaba las armas—. Aquí hay de sobra para el que las quiera. Como dicen en las películas, chicos...

—¡Carguen, apunten, fuego! —gritó Christophe con una sonrisa.

Ven asintió.

—Carguen, apunten, fuego.



Los dedos de Conlan apretaban el volante del Mercedes con fuerza, mientras escuchaba las llamadas que hacía Riley. Primero llamó a su oficina y pidió algún tiempo libre. Por lo que pudo averiguar de la conversación unilateral, en la oficina estaban encantados de darle el tiempo que quisiera. Daba la sensación de que Riley no se había tomado muchas vacaciones en los últimos años.

¿Por qué no le sorprendía? Aquella chica tenía un sentido del deber tan arraigado como el de cualquier guerrero.

—Eh, detective Ramírez, soy Riley Dawson —le decía en ese momento al móvil haciendo alarde de no mirar a Conlan, al que le divertía aquel desafío.

Y no sólo le divertía, para ser sinceros. Lo ponía a cien. Aunque, por alguna razón, todo lo que aquella mujer tenía que hacer era respirar y ya lo ponía a cien.

Definitivamente, aquello no era buena señal.

La asistente social se quedó callada un momento y asintió a algo que le decía el detective por el teléfono. Después volvió a hablar.

—Gracias a Dios. —Después miró a Conlan—. El bebé está bien —dijo antes de volver a hablar por teléfono—. Sí, puedo acercarme para hacer la declaración, pero la verdad es que lo que le dije anoche es todo lo que sé. Muy bien. Tiene mi número de móvil. Si hay algo, llámeme.

Cuando cerró el teléfono con un giro de muñeca, Conlan lo pensó y luego decidió no decirle que el móvil no iba a tener cobertura cuando estuviera bajo el océano.

Ya lo averiguaría ella. ¿Para qué buscarse problemas?

Alaric se inclinó sobre el asiento desde la parte de atrás, justo detrás de Riley.

—Odio los coches, Conlan. Dime por qué te pareció tan importante que utilizáramos coches.

Conlan le lanzó una mirada.

—A ti y a mí, incluso a Ven, nos resulta muy fácil viajar con la bruma, pero no lo es tanto para algunos de los Siete, sobre todo cuando se trata de distancias largas. Y además iba a ser demasiado para Riley. Puesto que ella es la única que puede percibir a Reisen y sus hombres, quería que estuviera cómoda.

Ven habló entonces.

—Por mí no hay ningún problema. A mis juguetitos no les sientan bien esos viajes. A nada de metal sin oricalco, ¿recordáis? Oye, tenemos una máquina estupenda, asientos muy cómodos y un sistema de sonido excelente. Cargué unos CDs que son la leche, si quieres darle a las pistas, tú mismo.

Conlan miró por el retrovisor para asegurarse de que Justice y los demás estaban detrás de ellos con el Hummer.

—No se puede decir que hayas escogido unos vehículos muy discretos, ¿eh, Ven? —dijo con tono seco.

Riley emitió un pequeño gemido con la garganta y se aferró todavía más a su diminuto móvil.

—Tenemos que llegar allí y rápido. Ya están muy cerca. Yo... deben de estar en el parque. Ésta es la carretera que lleva al parque estatal First Landing. Oí que la Liga local de Aprecio a los Cambia-Formas tenía un foro allí.

Ven soltó un bufido.

—Genial. ¿Ahora resulta que los cabrones esos tienen una liga de aprecio? ¡Pero si pasan la mayor parte del tiempo buscando formas de comer vivos!

Riley giró la cabeza para mirarlo con expresión desazonada.

—No creo que eso sea del todo verdad. Tanto los cambia-formas como los vampiros han hecho un esfuerzo considerable por integrarse de forma pacífica en la sociedad.

Le tocó entonces a Conlan hacer un gesto de disgusto.

—¿Sois todos idiotas? Hace miles de años que las dos razas consideran a los humanos simples borregos, su suministro de alimentos personal. De repente salen a la luz, metafóricamente hablando, claro, y lo primero que hacen es intentar asumir el mando. ¿Y eso es integrarse? Y da igual que sea de forma pacífica o al contrario.

—Yo, bueno, estoy de acuerdo contigo, más o menos. —Riley suspiró—. Siempre pensé que era muy raro que sólo unos años después de saber que existen los vampiros nos encontremos de repente con que dirigen su propia cámara del Congreso. A ver, ¿cómo pudo ocurrir sin algún tipo de control mental? —dijo.

—Control mental o amenaza física —dijo Alaric sin alterarse—. Al parecer muchas de vuestras voces discrepantes sufrieron unos accidentes bastante prematuros o bien desaparecieron. ¿Es que nadie notó una pauta en todo eso?

—No sé de qué estás hablando —dijo Riley—. En las noticias no apareció nada de eso.

—¿Te refieres a los medios de comunicación dominados por los cambia-formas? Me pregunto cómo puede ser posible —le respondió Alaric con la voz cargada de sarcasmo.

Conlan se metió por la entrada del parque y encontró un sitio para el coche. En su cerebro se agolpaban como en un torbellino los pensamientos más despiadados. Después de aparcar con un gesto brusco y apagar el motor, se volvió en su asiento y se quedó mirando a Alaric.

—¿Sospechas que podrían estar asociándose? Después de tantos siglos de matarse entre sí, ¿de verdad crees que los cambia-formas ayudarían a los chupasangres?

Alaric le devolvió la mirada con calma, aunque Conlan notó que los ojos del sacerdote habían empezado a brillar.

—Has estado fuera buena parte de ésta década, Conlan. La verdad es que parece haber un cierto espíritu de cooperación entre ellos, algo que no estaba ahí antes. Al Consejo le preocupa mucho.

—No me jodas, hasta a mí me preocupa mucho —gruñó Ven—. Si...

Riley lanzó un chillido, un grito agudo y estridente que Conlan no había oído jamás. La joven se sujetó la cabeza y gritó. Él la rodeó con los brazos para intentar consolarla. Necesitaba consolarla.

Necesitaba hacer que se detuviera aquel sonido inhumano.

—¡Riley! Riley, ¿qué pasa?

Ella dejó de chillar de repente y se quedó mirándolo, con los ojos vacíos y clavados en algo de su interior.

—Están aquí. Están aquí y están matando. Asesinando. Violencia, muerte y dolor... ¡No! ¡No, no es posible!

Empezó a gritar con tal fuerza que Conlan pensó que se le iban a romper los tímpanos. La cogió por los hombros y la sacudió un poco para intentar sacarla del infierno que era obvio que estaba experimentando.

—¡Riley! Estás a salvo. Estás aquí, con nosotros. Tienes que protegerte de esas emociones —le dijo con aspereza.

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, no, no, no lo entiendes —gimió—. Es Quinn. No sé cómo, pero tienen a mi hermana. Puedo sentirla... puedo sentirla y se está muriendo.

Ven y Alaric salieron de un salto del coche y les dieron un portazo a las puertas, después, Ven abrió la de Conlan de un tirón. Conlan subió a Riley a su regazo y la sacó del coche con él. La ayudó a levantarse y le rodeó la cintura con un brazo firme.

—Dínoslo. Señálanos dónde están. Riley. Sabes que podemos ayudarla si nos lo dices.

Riley levantó la cabeza para mirarlo sin dejar de sujetársela, aturdida todavía.

—¿Qué? Dolor, Quinn, ¡nooooo!

Alaric levantó la cabeza con una sacudida repentina y señaló un sendero.

—Allí. Ya puedo percibir el Tridente. Resplandece de poder. Y... no sé cómo, pero también puedo percibir a su hermana —dijo enseñando los dientes con un gruñido—. La siento como si la tuviera metida bajo la piel. Riley tiene razón. Si no llegamos allí rápido, va a morir.

El Hummer aparcó a su lado y los guerreros salieron en tropel.

—Eh, qué guay. Bueno, ¿qué tenemos?, tíos. —exclamó Christophe, después se quedó paralizado cuando vio a Riley.

Se le endureció la expresión y se dirigió a ellos seguido por Bastien y los demás.

—Nos vamos a por ellos —ordenó Conlan—. Riley, tú te quedas aquí, así no correrás peligro y...

—¡No! ¡Es mi hermana! —le soltó ella, que por un instante parecía haberse recuperado del aturdimiento—. Voy con vosotros.

—No tenemos tiempo para discutirlo —dijo Alaric—. Y estamos llamando la atención. —Señaló con la cabeza a unos campistas que estaban mirando abiertamente al grupo de guerreros embudidos en cuero. Su cuerpo entero sufrió entonces una sacudida, como si le hubieran dado un golpe—. Ahora. Nos vamos ya —dijo entre dientes, con los ojos verdes brillándole más de lo que Conlan había visto jamás.

Primero a paso vivo y después a la carrera, Alaric partió por la pista que se adentraba en el bosque.

Ven miró a Conlan, que asintió.

—Síguelo. Y los demás también. Yo voy ahora mismo.

Cuando los guerreros salieron disparados por el camino detrás de Alaric, Conlan bajó la cabeza y miró a Riley, que seguía apoyada en él.

—Tú no vengas, no quiero que corras peligro. Te juro que si no, me quedo aquí y me siento encima de ti —gruñó.

La joven parpadeó.

—Sí, está bien. De repente me siento muy débil. ¿Pero me traerás a Quinn de inmediato?

—Te lo prometo —le dijo él, después abrió la puerta del coche y la ayudó a entrar otra vez.

Riley se recostó en el asiento, era obvio que estaba agotada. El atlante sintió una oleada de preocupación por lo que debía de costarle a aquella mujer ser empática.

Después se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente.

—Te la traeré enseguida.

Lo miró con los ojos enormes y muy abiertos en medio del pálido rostro.

—Entonces vete, vete ya.

Mientras ella volvía a cerrar los ojos, Conlan cerró la puerta del coche y miró a su alrededor, vio que los turistas estaban detrás de su gran caravana y rieló hasta convertirse en

bruma. Así llegaría más rápido y sin que nadie lo viera. Y que los dioses perdonasen al que se había atrevido a hacerle daño a la hermana de Riley.

Porque Conlan no iba a tener piedad con él.

Capítulo 19

Riley esperó unos segundos y después echó una miradita entre las pestañas, a tiempo de ver que el gigantesco príncipe atlante se disolvía convertido en un chubasco de bruma.

—Pero ¿qué diablos? —Parpadeó y después se frotó los ojos—. Genial. La versión atlante de Houdini.

Pero no tenía tiempo para preocuparse por él y sus estúpidos trucos, el dolor de Quinn la estaba abrasando. Abrió la puerta del coche de un tirón y salió de un salto, después salió corriendo por el camino en la misma dirección que habían tomado los guerreros unos minutos antes.

—Como si un simple estúpido pudiera apartarme de Quinn cuando me necesita. Ni ahora ni nunca. —Echó a correr al tiempo que daba gracias en silencio por las viejas zapatillas de deporte que se había puesto a toda prisa la noche antes y que todavía llevaba.

Otra punzada del dolor de Quinn la atravesó entera. Se tuvo que doblar por un momento, después se irguió y corrió más rápido todavía al tiempo que intentaba tranquilizar a Quinn de la única forma que sabía.

Ya voy, Quinn. Ya casi estoy. No te atrevas a morirte, eres todo lo que tengo.



Conlan acababa de adelantar a Ven y a los Siete que corrían por el sendero cuando el camino se ensanchó y giró a la izquierda. Cuando dobló la esquina, con el cuerpo todavía convertido en una bruma translúcida, el atlante se topó con una escena de violencia y muerte.

La impresión destruyó toda su concentración y volvió a recuperar su apariencia habitual con una sacudida nauseabunda. Alrededor de una docena de cuerpos ensangrentados, mutilados y desgarrados salpicaban el sendero. Sintió que la bilis se le acumulaba en la garganta cuando sus guerreros llegaron en tromba tras él. El bosque tranquilo e iluminado por el sol que los rodeaba contrastaba de forma burlesca con aquella horripilante visión.

—Esto no me gusta —gruñó Ven a su lado—. No me gusta nada.

Justice se abrió paso hasta colocarse al otro lado de Conlan, con la espada desenvainada y enseñando los dientes.

—¿Veis a Reisen? ¿Es uno de los muertos?

Alexios pasó junto a ellos y junto con Conlan empezó a examinar los cuerpos caídos. Los otros los siguieron con las dagas y las armas de fuego a mano; los ojos de todos examinaban el bosque sin cesar en busca de alguna señal de posible peligro.

—Éste es un cambia-formas —exclamó Conlan al ver los reveladores ojos.

Los ojos de un cambia-formas recuperaban el color y la forma del animal correspondiente al morir. El que yacía en varios trozos a sus pies había sido una especie de lobo.

Después levantó la cabeza con una sacudida y buscó al que debería haber llegado allí antes que él.

—Alaric, ¿dónde estás?

—Estoy aquí y necesito tu ayuda —respondió Alaric a su espalda.

Conlan giró en redondo y vio al sacerdote saliendo de detrás de un árbol caído. Se encaminó hacia él, pero después se detuvo en seco.

La cara de Alaric dibujaba planos duros y fieros, en sus ojos verdes había una expresión feroz, salvaje. Cuando volvió a hablar, su voz prometía una muerte brutal a los arquitectos de tanta destrucción.

—Ya me es imposible ayudarla. Va a morir.

El ruido de unas pisadas frenéticas interrumpió la respuesta que pudiera habersele ocurrido a Conlan; tanto él como Alaric se dieron vuelta y vieron a Riley, que doblaba la esquina a toda velocidad.

La joven vio la escena y se detuvo de golpe con un chirrido, temblando, antes de empezar a gritar.

—¡Quinn! ¿Dónde estás?

Conlan corrió hacia ella, pero fue Justice el que la cogió cuando la joven se derrumbó. La levantó en los brazos y se la dio con cuidado a Conlan, después hizo una pequeña reverencia.

—Vuestra humana, mi príncipe.

Conlan hizo caso omiso de la ligera burla que teñía la voz del guerrero e inclinó la cabeza para mirar a Riley.

—Shh. No se ha ido todavía. Tienes tiempo de decirle adiós.

Riley ahogó un grito, le costaba respirar, pero empezó a gritar otra vez, empujándolo y arañándolo para que la dejara en el suelo.

—¡No! Mi hermana, no. Bájame. Bájame ahora mismo.

Pero en lugar de bajarla, Conlan la abrazó con más fuerza y le volvió la cara hacia su pecho para que no tuviera que contemplar la carnicería que los rodeaba. Después esquivó y pasó por encima de algunos cuerpos para dirigirse con paso firme hacia Alaric.

Cuando llegó al árbol muerto, soltó un poco a Riley y la depositó con suavidad en el suelo. Alaric estaba arrodillado delante del cuerpo de una mujer. Tenía una herida en el hombro por la que manaba sangre con cada latido. Conlan olisqueó el aire. El olor sulfúrico de la pólvora.

Le habían pegado un tiro.

Quinn tenía el cabello corto y oscuro en lugar del dorado de Riley, pero la piel blanca y sedosa y los delicados rasgos faciales tenían el sello de la fuerza y la belleza de Riley.

Ella se tiró al suelo y rodeó a su hermana con los brazos, sollozando. Durante un instante, una fracción de segundo que pasó tan rápido que Conlan no estuvo seguro de haberlo visto de verdad, Alaric se puso rígido y tensó los dedos, convertidos casi en garras, como si quisiera atacar a Riley.

Pero cuando Conlan fue a interponerse entre los dos, el momento se desvaneció y las llamas verdes de los ojos de Alaric se amortiguaron un poco.

—¡Ayúdala! —Riley cogió la cabeza de su hermana con cuidado y la posó en su regazo antes de quedarse mirando a Alaric—. ¡Ayúdala! Sé que puedes hacerlo. Curaste un envenenamiento, heridas de espada y cabezas rotas. Seguro que puedes curar una pequeña... ¡Oh, Dios mío!, es una herida de bala. Por favor, por favor —le rogó, de algún modo sollozaba y ordenaba, todo a la vez.

Alaric sacudió la cabeza con una expresión aturdida en la cara. Tenía ojos de loco, casi como si prefiriera ponerlos en blanco. Conlan no lo había visto así jamás.

—No puedo —murmuró con tono angustiado—. No puedo llegar a ella. Sólo puedo sentir el dolor que transmite. No puedo llegar más allá.

Conlan hincó una rodilla en el suelo, al lado de Riley, y la abrazó con la esperanza de consolarla un poco. Ella le dio un codazo despiadado y se lo quitó de encima, sin apartar los ojos de Alaric ni por un instante. Enseñó los dientes y gruñó con tal ferocidad que casi parecía convertirse en una cambia-formas.

—Puedes y lo harás porque yo te voy a llevar más allá de ese dolor. —Y diciendo eso se apoderó del antebrazo de Alaric con la fuerza de un torno y le obligó a bajar la mano hasta el hombro de su hermana—. He visto curaciones en la tele. Curaciones de brujas. Tienen que tocar para sanar. Supongo que contigo es igual.

Mientras Conlan los miraba, Riley consiguió de algún modo ganar el forcejeo con Alaric, combatiendo su reticencia con pura desesperación. Cuando la mano del sacerdote atravesó los últimos milímetros de espacio que lo separaban del hombro de Quinn, Conlan vio un fulgor de color aguamarina que pasaba de la palma de la mano de Alaric a la hermana de Riley.

Cuando los dedos de Alaric tocaron al fin a Quinn, el cuerpo de la joven, que descansaba en el regazo de Riley, dio un salto al sentir el contacto y sus pies tamborilearon sobre la pila dorada y roja de hojas caídas en la que reposaban. Riley, sin dejar de sujetar con fuerza el brazo de Alaric, cerró los ojos.

Alaric lanzó hacia atrás la cabeza con un estremecimiento, los tendones de su cuello se pusieron de relieve y todos los músculos de su cuerpo parecieron tensarse.

Conlan posó las manos en los hombros de Riley, pero una descarga eléctrica lo apartó de un empujón. Por espacio de unos cuantos segundos, los tres, Alaric, Quinn y Riley, se quedaron paralizados en un doloroso cuadro vivo pintado con una radiante luz verde azulada.

Y después, como uno solo, Riley y Alaric se derrumbaron entre jadeos. Conlan cogió a Riley antes de que pudiera caer sobre su hermana, le sujetó la barbilla con dulzura y buscó en su rostro señales de algún posible daño.

Alaric se recuperó un poco con una mano en la rodilla y la otra todavía en el hombro de Quinn.

—No sé por qué te viste atrapada en el proceso de sanación, Riley. Jamás había canalizado así los poderes de curación. ¿Estás herida?

Antes de que Riley pudiera responder, una voz femenina tranquila y un poco ronca interrumpió los jadeos de los otros dos.

—Si me acercas un centímetro más esa mano a la teta, te la corto.

Alaric le echó un vistazo a los ojos de Quinn cuando los abrió y se apartó de ella. Después se levantó a tal velocidad que Conlan casi ni lo vio, aunque observó que Alaric se apartaba de la joven sacudiendo la cabeza y murmurando algo para sí.

Conlan fue incapaz de entender lo que decía, pero oyó la cadencia del atlante antiguo y se preguntó qué le pasaría. Después acarició la cabeza de Riley, un breve roce más para su consuelo que para el de ella, y se levantó para seguir a Alaric.

Alcanzó al sacerdote al otro lado del camino, justo cuando éste empezaba a rielar para convertirse en bruma.

—Para un momento —le ordenó—. ¿Dónde diablos de los nueve infiernos te crees que vas? ¿Qué acaba de pasar ahí atrás?

Alaric regresó a su forma corpórea y giró en redondo para mirar al príncipe.

—¿Quieres saber lo que acaba de pasar? —preguntó con una furia salvaje en la voz y la desesperación dibujada en las líneas duras de su rostro—. ¿Quieres saber lo que acaba de pasar? —Con sólo dos pasos estaba justo delante de las narices de Conlan—. Os voy a decir lo que acaba de pasar, mi príncipe —continuó Alaric con voz áspera—. Lo que acaba de pasar es que envié mi energía sanadora al interior de Quinn. Al interior de esa humana. Y ella se apoderó de mí.

Se pasó una mano por el pelo y lanzó una carcajada un poco perturbada, en sus ojos destellaba una luz verde y ardiente.

Salvaje.

—Esa chica me hincó las garras mentales en los huevos, eso es lo que pasó. Yo la curé y ella destruyó algo en mí. Lo hizo pedazos.

—¿Pero qué...? —Conlan no consiguió hacer la pregunta.

—Mi autocontrol —gruñó Alaric—. Ese control absolutamente pétreo que me he pasado

siglos perfeccionando. La hermana de tu amiguita extendió sus emociones, o esa naturaleza de bruja empática suya, o lo que coño fuera, y todo lo que ansiaba hacer era follármela.

Conlan dio medio paso atrás al oír la ferocidad en el tono del sacerdote y se llevó las manos a los mangos de las dagas. Durante un instante, una muerte helada impregnó el aire entre los dos.

Alaric se echó a reír, una risa amarga otra vez.

—Oh, no te hacen falta las dagas. A pesar de que la he deseado más de lo que he deseado nada en toda mi vida, no voy a tocarla. Aunque incluso en estos momentos mi mente me tortura con imágenes en las que me veo hundiéndome en su cuerpo, ahí mismo, en el suelo, entre su propia sangre, follándola sin parar hasta incrustarme en su alma. —Alaric le dio una patada brutal a un árbol y varios fragmentos de corteza volaron por los aires y después se desintegraron entre los rayos de energía verde que les disparó.

Ese era un territorio nuevo y peligroso, de modo que Conlan intentó proceder con cautela.

—Alaric, debes...

—Sí. Debo. Debo no sucumbir jamás a la sed de lujuria, o será el fin de mi poder. Y desde luego ya no os seguiría siendo útil a ti o a la Atlántida. No le serviría de nada al cabrón celoso de dios del mar al que sirvo —dijo el sacerdote con tono inexpresivo, su voz se había desprendido de repente de la rabia y la pasión que la habían teñido momentos antes—. Tengo que apartarme de ella —continuó—. Ahora. Tengo que largarme de aquí. De todos modos hoy ya no puedo hacer nada más. Éste... éste consumo de energía me ha quitado cualquier esperanza que pudiera tener de ubicar otra vez el Tridente, no puedo hacer nada hasta que me recupere. Ya os veré en el piso franco de Ven ésta noche.

Conlan cogió a su amigo por los hombros, conmocionado por una blasfemia que no le había oído jamás.

—Alaric, tienes que saber que la utilidad que tienes para mí y para la Atlántida va mucho más allá de los poderes que haya podido concederte Poseidón. Tus sabios consejos me han servido bien durante siglos y te voy a necesitar cuando suba al trono.

Alaric se quedó mirando por encima del hombro de Conlan a Riley y su hermana.

—Esas empáticas. Son la señal de un cambio traicionero en nuestras costumbres, Conlan. Lo percibo. Va a haber cambios. Un peligro que se cierne sobre nosotros desde el interior de nuestras propias almas.

Y diciendo eso dio dos pasos a la carrera y saltó al aire para transformarse en una bruma resplandeciente que se desvaneció en un instante.

Conlan contempló el espacio en el que se había desvanecido Alaric durante un largo minuto y pensó en sus últimas palabras.

Pero Alaric se equivocaba. No iba a haber cambios.

Los cambios ya están aquí.

Capítulo 20

Veinte minutos más tarde, Conlan se encontraba al lado de Ven, contemplando con expresión sombría el montón de cuerpos que tanto ellos como el resto de los Siete habían metido detrás de los troncos muertos. Después de siglos de servir como guerrero todavía no se había acostumbrado al hedor fétido de la muerte. El estómago le gruñía en su ansia por deshacerse de su contenido. Se frotó las manos con hojas, pero después se dio cuenta de la futilidad del esfuerzo, así que invocó un chorro de agua de las hojas que lo rodeaban y de un pequeño arroyo que pasaba a unos cien metros para lavarse las manos.

La bruma se licuó en el cuenco de sus manos y el guerrero se lavó la sangre de las manos y los antebrazos mientras se preguntaba cómo habrían escapado Reisen y los guerreros que le quedaban después de sobrevivir a semejante carnicería. Tenían que estar cubiertos de sangre y vísceras.

Salvo, claro está, que hubieran viajado convertidos en bruma. Lo que quizá explicase por qué Riley había dejado de detectarlos. Tendría que poner a prueba esa teoría con ella en algún momento. Cuando no hubiera una docena de hombres muertos yaciendo a sus pies, claro.

Casi sin querer, la buscó con la mente, pero la joven había cerrado aquellos puñeteros escudos, con tal fuerza que ni siquiera sabría que estaba allí si no la acabara de dejar. Aunque era mejor así. Había un límite en lo que se podía esperar que soportara aquella chica.

Justice y Bastien recorrían la zona del bosque más próxima buscando cualquier señal de Reisen y sus guerreros mientras Christophe y los demás hacían guardia.

Brennan, carente de emociones, permanecía con Riley y su hermana.

Riley le dijo que estaban perdiendo el tiempo.

—Se han ido. O bien hicieron magia o aprendieron a enmascarar sus emociones en la última media hora. Porque no siento nada en absoluto.

Conlan no estaba muy seguro de si podía confiar en su habilidad para percibir a los guerreros de Micenas, dado el alcance del horror que acababa de vivir. Pero los sentidos de Riley, por comprometidos que estuvieran, eran todo lo que tenían.

Alaric se había ido.

—Tenemos que deshacernos de los cadáveres. No podemos dejarles éste desastre a las autoridades humanas —gruñó Ven mientras se secaba el sudor de la frente con el antebrazo—. Es una pesadilla.

Conlan asintió. Habían contado siete cambia-formas muertos y cinco atlantes. Había que destruir las pruebas de aquella batalla.

—Tampoco vamos a cavar un gran agujero —respondió—. Hay una forma pero, con tantos, vamos a tener que hacerlo los dos.

Ven le lanzó una mirada.

—No estarás pensando...

—¿Qué otra cosa iba a pensar? Tenemos que utilizar la solución definitiva.

Ven lanzó un silbido.

—*Mortus desicana*. Ignoraba que sabías canalizar esa clase de poder. ¿Alguna vez...?

Conlan lo cortó.

—No. Y no es que no lo hubiera intentado con Anubisa si hubiera tenido la menor oportunidad. Pero esto es diferente. Estos hombres ya están muertos. No se nos impondría ninguna penitencia.

—¿Estás seguro? ¿Qué dice la rata del templo sobre el tema?

Conlan dudó un momento, no sabía muy bien cuánto podía decir. A Alaric no le haría ninguna gracia que expusiera una debilidad suya.

En cualquier caso tampoco había tiempo.

—Se ha ido. La sanación... Ha regresado al piso franco.

—¿Qué? ¿Es que después de curar una simple herida de bala ya está hecho una nenaza? Me va a oír...

Conlan oyó un crujido entre los árboles, a unos cincuenta metros de distancia, y se concentró. Era Justice. Pero el sonido no hacía más que subrayar la prisa que tenían.

—Ven. Concéntrate. ¿Me vas a ayudar a canalizar el *mortus desicana* para destruir estos cadáveres o lo tengo que hacer yo solo?

—Te ayudo, tranqui. Pero que Poseidón nos ayude si te equivocas con lo de la penitencia. Doce cuerpos... puede que no sobrevivamos.

Tras echar un rápido vistazo para asegurarse de que Brennan todavía mantenía a Riley alejada del montón ensangrentado de asesinados, Conlan respiró hondo y levantó las manos para mandar su llamada al viento.

Si la joven lo viera, creería que él era el mismo tipo de monstruo que provocó aquella pesadilla de sangre.

A su lado, Ven hizo lo mismo, y los dos comenzaron a entonar el cántico.

Poseidón, Padre del Agua.

Señor de los elementos, avatar de justicia para todos los atlantes.

Oye nuestro ruego, siente nuestra necesidad.

Préstanos tu poder para el *mortus desicana*. Oye nuestro ruego, siente nuestra necesidad.

Por un momento no pasó nada. La desesperación atravesó a Conlan. ¿Lo había abandonado Poseidón de verdad, un ser indigno después de lo que le había hecho Anubisa?

Mercancía dañada. Mercancía dañada. Mercancía...

Y entonces una corriente eléctrica entró en su cuerpo como una tromba. Desde el aire, desde el agua del suelo, desde el propio viento. Le penetró por los pies, por la piel, le bajó por el cráneo desde el cielo sin nubes. El poder de los elementos le atravesó la carne, chilló por sus terminaciones nerviosas, desgarró su capacidad de control.

Pero el atlante luchó contra él, lo contuvo, lo canalizó. Sin ni siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo, rugió proclamando su dominio sobre el poder.

—¡Yo soy Conlan de la Atlántida y te ordeno que lleses a cabo el *mortus desicana*!

Y diciendo eso, a través de las manos arrojó todo el poder que albergaba su cuerpo contra el montón de cadáveres y observó, se recreó, se enorgulleció del poder. El rugido de la carga de los elementos cubrió y rodeó los cuerpos de los muertos, penetró en todos y cada uno de los poros de su piel, en cada orificio, y llevó a cabo su aterrador trabajo.

Absorbió y drenó cada gramo de agua, cada gota de fluido. Incorporó el líquido y devolvió el fluido a la naturaleza, de donde procedía. Secó y desecó los cadáveres de los muertos.

Mientras le susurraba a Conlan con furia, con frenesí, con la astuta llamada de las sirenas del poder sin adulterar. El *mortus desicana*.

El poder con el potencial de absorber los fluidos de los tejidos y los huesos de aquellos que todavía estaban vivos.

Una idea tan seductora que estuvo a punto de asfixiarlo. Y eso fue lo que lo detuvo. El

horror ante lo que podría convertirse, ante lo que el hecho de empuñar semejante poder podría hacerle a su mente, a su alma, lo arrancó de la fuente de los elementos al instante.

Al perder el control cayó hacia atrás, jadeando, y se apoyó en el árbol más cercano. Cuando consiguió desprenderse del poder y de la calima y el polvo de los cuerpos secos, vio que Ven, derrumbado en el suelo, intentaba levantar un brazo.

Cuando Conlan intentó levantarse para recuperar la fuerza suficiente para proceder, una voz brusca se interpuso en su agotamiento.

Era Justice.

—Muy interesante, mi príncipe. No sabía que dominabais la invocación de la muerte prohibida. —Justice hizo una ligera reverencia y rodeó el montón de polvo y fragmentos de huesos que yacían donde apenas unos minutos antes estaban los cuerpos de doce hombres.

Le dio una patada a un cráneo que se había apartado rodando de los demás y que explotó en una lluvia de polvo fino y seco.

Justice ladeó la cabeza y se quedó mirando a Conlan y a Ven con los ojos entrecerrados.

—Muy, pero que muy interesante.



Barrabás se recostó en su sillón de madera tallada, en el centro de la galería principal del Primus, horas después de que todos los demás se hubieran ido a casa, a continuar con sus vidas sin sentido. Estaba contento con el trabajo del día. Otro codicilo más que se añadiría al Acta de Protección de las Especies No Humanas de 2006, que había escrito él, uno de sus mejores logros, estaba a sólo una firma de convertirse en ley.

Fue introduciendo el codicilo a base de persuasión, encanto y fuerza bruta. La desaparición de dos miembros clave de las cámaras humanas del Congreso tampoco les hizo ningún daño.

Sonrió enseñando los dientes, un gesto que aterrorizaría al hombre débil que casi con toda seguridad estaba sentado en el Despacho Oval, temblando, en ese mismo momento. Sus asesores estaban aconsejando al presidente que vetara el proyecto de ley.

Barrabás sabía que aquel pelele no tenía lo que había que tener para hacerlo. La expresión «caso perdido» adquiriría todo un nuevo significado cuando un político tenía que tratar con el señor de los vampiros.

—Debéis de sentiros muy satisfecho, lord Bar... lord Barnes. —Drakos había entrado sin que nadie lo viera y en ese momento bajaba por el pasillo con paso firme.

A Barrabás no le hacía demasiada gracia que un general pudiera acercarse a él con tanto sigilo, lo que le recordó una vez más que pronto tendría que ponerse a buscarle un sustituto a Drakos.

Quizá Calígula. La idea le proporcionó un placer perverso y volvió a sonreír.

—Sí, Drakos, estoy muy, muy satisfecho. Para consolidar el poder no hay más que adquirir y optimizar los conocimientos.

Barrabás se puso de pie y después levitó desde su posición hasta el suelo de la cámara.

—Si conoces tanto a tu enemigo como a ti mismo, saldrás de cien batallas con cien victorias en la mano. Si no conoces a tu enemigo ni a ti mismo, las perderás todas.

Drakos levantó una ceja.

—¿*Sun Tzu*?

Barrabás inclinó la cabeza.

—Un auténtico maestro de la estrategia.

—¿También era uno de nosotros?

—No, aunque es sorprendente que no lo fuera. Si yo hubiera tenido la oportunidad... Bueno. Da igual. ¿Qué tienes que contarme?

—Nuestros espías informan de un fracaso completo a la hora de determinar lo que puede haberle ocurrido a Terminus y su vanguardia, mi señor. Hemos...

Pero antes de que Drakos pudiera terminar la idea, un escalofrío recorrió la cámara entera. Si bien carecía de color, destruyó la luz. Si bien carecía de olor, apestaba a bilis y muerte.

Si bien carecía de sonido, los ensordeció a los dos y los hizo derrumbarse de rodillas.

Atragantándose, medio ahogado, Barrabás apenas tuvo tiempo de dar forma al nombre en su mente antes de que hablara ella.

Anubisa. Diosa de la noche.

En su voz resonaban los repiques que anunciaban la horca del verdugo, el hacha del bárbaro. Chillaba en su tono el sonido del cristal molido que hacía pedazos las cuerdas vocales de los humanos que gritaban.

Y sin embargo, de algún modo, las palabras eran serenas y estáticas. La muerte que le arrebató el aliento a un recién nacido en su cuna.

Como él le había visto hacer. No sólo el aliento, sino la sangre también.

Como él le había ayudado a hacer.

Le maravilló que todavía existieran pedazos rotos de su conciencia, asesinada mucho tiempo atrás, para punzarle el hígado.

Para retorcerse en su cerebro.

Barrabás estaba chillando de agonía antes de que la diosa hubiera terminado su primera frase. Y después fue incapaz de emitir sonido alguno.

Se derrumbó boca abajo, al lado de la forma inconsciente de su general.

—Cada vez eres más fuerte, Barrabás —canturreó Anubisa con su ritmo alegre y envenenado—. La última vez que te vi, ya te habías meado entero mucho antes de que formara las palabras.

Volvió la cabeza con esfuerzo para intentar mirarla a la cara, y el hielo que flotaba en el aire se intensificó. Convirtió sus entrañas en agua pura.

Hubiera rezado para no terminar ensuciándose, pero ¿a quién le rezaban los señores de la oscuridad?

A la zorra de diosa que tenía adelante, por supuesto. Y ella no tenía nada parecido a la piedad o la compasión en su interior.

Barrabás apretó las nalgas y escuchó.

La diosa se echó a reír. Con el sonido de su risa, las criaturas vivas morían. También lo había visto.

Un coágulo diminuto que tenía en el cerebro estalló y le provocó una hemorragia nasal. Se quedó echado, muy quieto, mientras la sangre le resbalaba por un lado de la cara y formaba un charco en el suelo que tenía debajo de la mejilla.

—¿Es esa la ofrenda que me haces, lord Barnes? Y, sí, por supuesto que conozco tu patético intento de ocultarles tu verdadero yo a estos borregos.

Las puntas de los dedos y el borde del vestido de seda de la vampiresa era todo lo que Barrabás podía ver. Vestía de blanco. Un blanco virginal y farsante cubría a la diosa de todas las lujurias.

Que era por lo que la diosa se divertía tanto.

Se lo había dicho una vez. Y después lo rompió en mil pedazos.

Una y otra vez.

Barrabás se encogió con sólo recordarlo. Se encogió al recordar que, al final de todo, él le había rogado que le provocara más dolor. Más humillaciones.

Se había arrastrado ante ella en busca de sus retorcidas perversiones.

La diosa hizo un gesto con una mano y lo liberó. Capaz de moverse de repente, el vampiro tuvo miedo de hacerlo.

Conocía bien sus juegos.

—Levántate, mi Barrabás. Oigo en esa sentina que tienes por mente que recuerdas nuestros momentos de ocio con... añoranza. ¿Quieres que vuelva a complacerte con mis juguetitos?

Barrabás se levantó luchando por contener el estremecimiento que amenazaba con devorar todo su cuerpo. Sus juguetitos. Látigos con garras de hierro. Grilletes de acero que podían encerrar muchas más cosas que los brazos y las piernas.

Osó mirarla y vio que no había cambiado en absoluto. Si acaso, era más bella que trescientos años antes, la última vez que la había visto.

La última vez que la había sentido.

Y casi había experimentado la muerte real entonces. Unas ondas sedosas de cabello negro como la medianoche acariciaban unas curvas de tal perfección que harían babear y enloquecer a cualquier hombre humano. Unos ojos penetrantes del color negro de las almas condenadas lo miraban con un destello rojo en el centro exacto.

Debía de estar de buen humor.

Quizá no tuviera que morir.

Probablemente no esa vez.

—¿Temes responderme, lord Barrabás? —Infundió en la palabra «lord» un sarcasmo tan áspero que podría haber arrancado la carne de los huesos.

Y eso también lo había hecho con ella. Más de sus «juguetitos».

—Yo... perdonadme, mi señora, mi diosa. No tengo palabras ante vuestra belleza —tartamudeó.

Sabía que los halagos quizá, y sólo quizá, pudieran distraerla. Era la Muerte personificada, pero era una muerte antigua, género femenino. Las palabras bonitas le llamaban la atención igual que las cosas brillantes atraían a una corneja.

—Sí. Sí, soy bella, Barrabás —se pavoneó la diosa—. Y ya hace demasiado tiempo que me contengo y no realizo mis juegos favoritos por culpa de la maldición de Poseidón. Pero éste día y la noche de ayer me dieron gran alegría, jovencito. ¿Deseas saber por qué?

Aunque ya casi tenía tres mil años, el «jovencito» tuvo miedo de hacer algo más que asentir.

Anubisa le acarició la mejilla con un dedo y la piel del vampiro ardió y chisporroteó al paso del roce. Barrabás luchó por no estremecerse.

—El propio principito violó la maldición de Poseidón. Le reveló la existencia de la Atlántida a una de las borregas, quebrando así la antigua constrictión que me impuso ese capullo de dios del mar —dijo la diosa, sus faldas dibujaban un torbellino a su alrededor con la fuerza de su cólera.

Barrabás ahogó un grito.

—¿La Atlántida? ¿El continente perdido de la leyenda existe de verdad?

La diosa volvió a sonreír, tenía la boca atestada de dientes. Dientes brillantes, afilados como dagas. El vampiro se inclinó hacia ella, hipnotizado por la visión, pero la diosa se echó a reír y le dio la espalda.

—No, Barrabás, no estoy de humor para probar de nuevo tu mercancía. Primero te hablaré de la Atlántida y te diré cómo has de servir a mis planes, y después... —Anubisa sonrió otra vez y empujó con una zapatilla la forma inmóvil de Drakos—. Después enseñaré a jugar a tu general.

Capítulo 21

Riley se plantó una mano en la cadera mientras con la otra seguía sujetando a Quinn y se quedó mirando a la montaña de músculo con patas que bloqueaba el sendero.

—Mira, Bastien, aprecio que le seas tan leal a Conlan. De verdad. Pero Brennan ya nos dejó irnos y necesito llevar a mi hermana a un médico.

Un rastro de cálida comprensión cruzó el atractivo rostro de Bastien, pero de todos modos sacudió la cabeza y cruzó los brazos sobre el enorme pecho.

—Lo siento, lady Riley, pero no puedo permitirle que pase.

Riley oyó un chasquido agudo y, de repente, Bastien tenía apretada contra el cuello una navaja de aspecto letal. Y era Quinn la que sostenía el extremo no afilado de la misma.

Riley ahogó un grito, pero Bastien se limitó a suspirar, como si no le preocuparan en absoluto los aproximadamente quince centímetros de acero que le amenazaban la garganta.

Quinn se apartó de Riley y la empujó un poco con el otro brazo.

—Verás lo que vamos a hacer, colega. Tú nos dejas irnos a mí y a mi hermana o yo te rebano la arteria carótida en pedacitos antes de que puedas decir «el gigante no tan feliz».

Bastien incluso sonrió.

—No me sorprende que tenga el valor de un guerrero cinco veces más grande que usted, pequeña. La sangre de su hermana late con fuerza en usted. ¿Las amamantaron con la leche de una tigresa?

Riley se recuperó de la sorpresa de repente y tiró del brazo de su hermana.

—¡Quinn, para! Estos hombres son... bueno, son... son los buenos.

Se dio vuelta para mirar a Riley a los ojos sin que la mano que sujetaba la navaja vacilara un solo instante.

—Riley, aquí hay cosas que tú no entiendes. Esos hombres que estaban muertos... eran...

—Eran cambia-formas y guerreros atlantes —dijo Conlan entrando en el sendero junto a Riley—. Lo que sería interesante saber es cómo terminaste tú allí tirada, herida, en medio de todos.

Brennan apareció sin ruido al lado de Quinn.

—Presentí que habíais terminado el *mortus desicana* y que ya sería seguro permitir que lady Riley y su hermana caminaran hacia vos —dijo haciéndole una pequeña reverencia a Conlan.

Quinn entrecerró los ojos, pero al final bajó la navaja y se apartó de Bastien, que le guiñó un ojo.

—Superados en número por guerreros atlantes. Eso explicaría muchas cosas del modo que tuvieron... Bueno. ¿Tienes alguna prueba que demuestre ésta ridícula historia? ¿Y qué estáis haciendo aquí? —Después barrió con la mano el sendero—. ¿Fueron tus hombres los que atacaron a mis lobos?

El corazón de Riley, que al fin había empezado a tranquilizarse, volvió a dispararse otra vez.

—¿Qué? ¿Tus lobos? ¿Pero qué haces tú con una jauría de cambia-formas?

Quinn le dio unos dulces golpecitos en el brazo con el gesto de una madre que consuela a un

bebé que empieza a andar.

—Shh, hermanita. No pasa nada. Ya te lo contaré más tarde,

Ah, no, eso no podía estar pasando. Riley apartó el brazo de un tirón de la mano de Quinn.

—Puedes meterte donde te quepa la actitud condescendiente, Quinn. Dime qué coño estás haciendo aquí y por qué tenías una... una herida de bala que casi te manda al otro barrio.

Quinn tuvo el atrevimiento de poner los ojos en blanco.

—Eso es un poco dramático, ¿no te parece? Y fue sólo en el hombro. Las he tenido peores.

—Se le ablandó la expresión y atrajo a Riley para darle un abrazo fiero—. Lo siento, hermanita. Te quiero tanto que no quería que vieras nada de éste mundo. —Quinn se apartó de repente y examinó la zona—. Y hablando de eso, ¿dónde está ese otro hombre? Tuve una sensación muy extraña, era como si se me metiera en la piel para curarme desde dentro... —Se le fue la voz y levantó la mano para tocarse la camisa hecha jirones y la piel ilesa que tenía debajo—. Y sé que no me imaginé el balazo.

—Podemos compartir todas nuestras historias cuando volvamos a casa —dijo Conlan—. Creo que ya es hora de que salgamos de aquí.

—La escena del crimen —añadió Quinn, varias arrugas de dolor y agotamiento le marcaban la cara—. ¿Dónde están? ¿Qué has hecho con... los cuerpos?

Ven se acercó a ellos tambaleándose, parecía que había estado tres semanas de borrachera. Tenía la piel gris y unas ojeras negras bajo los ojos que le llegaban a los pies. Riley lo miró a él y después a Conlan, cuyo rostro estaba también demacrado y pálido, aunque no tanto como el de Ven.

—¿Se puede saber qué os pasó a vosotros dos? —preguntó, y abrió su mente y sus emociones por primera vez desde que había visto los cuerpos.

Pero los escudos mentales de Conlan estaban bajados a lo grande. Fue incapaz de sentir nada en él.

Ven, sin embargo, o bien no era tan fuerte o bien estaba demasiado cansado para que le importase. Riley lo sintió en él: el dolor, el agotamiento, el horror ante lo que habían hecho.

Pero no entendió las emociones.

—¿Qué les habéis hecho a los cuerpos? —preguntó, haciéndose eco de las dudas de Quinn.

—Hemos tenido que deshacernos de ellos. No podemos dejar un desastre así en manos de las autoridades humanas —dijo Conlan con la mandíbula apretada.

—Pero... ¡no! ¡No podéis hacer eso! Tenemos que llamar al 911 y...

—Tiene razón, Riley—dijo Quinn, muy cansada, con la cabeza baja—. Esto está incluso más allá de la O.P. Sobre todo si son de verdad de la Atlántida.

Conlan le tendió la mano a Riley, que lo miró parpadeando, sin poder creérselo.

—Pero eso no puede ser. Los tíos de Operaciones Paranormales se ocupan de éste tipo de cosas todo el tiempo, ¿no? Es decir...

—Riley —dijo Conlan con voz suave—. Ya no queda nada, no van a encontrar nada. Por favor. Tenemos que llevar a tu hermana a un sitio seguro.

Riley dudó un minuto más y después asintió antes de cuadrar los hombros.

—Claro. Como no. Tienes razón. La Atlántida existe, los vampiros me atacan, casi me mata el novio de mi cliente y mi hermana está metida en un grupo de hombres lobo. ¿Qué tiene todo eso de raro?

Rodeó con fuerza a Quinn y bajaron por el sendero rumbo a los coches y, con un poco de suerte, a algunas respuestas.

Conlan se quedó mirando por la ventana la luz del sol que desaparecía, mientras se preguntaba cómo era posible que el mundo pudiera volverse loco en sólo unas horas. Ni Quinn ni Riley quisieron hablar con él en el trayecto de regreso a la casa. Quinn se quedó dormida casi de inmediato al llegar. Riley seguía sentada, sin moverse, en una silla junto a la cama de su hermana; había permanecido así toda la tarde.

Alaric seguía sin aparecer.

Envío a Bastien a hacer una patrulla para ver de qué podía enterarse, mientras Christophe utilizaba su extraña genialidad con internet para piratear todas las redes mediáticas locales que pudiera encontrar.

Ven había ido a buscar un contacto entre la población local de cambia-formas y se había llevado a Alexios con él. Quizá alguien se enterara de qué estaba haciendo exactamente una jauría local de lobos para meterse en un lío con Reisen y sus hombres.

Aunque, conociendo a Reisen, seguro que era al revés. No se podía decir que la Casa de Micenas fuera muy sutil a la hora de dejar claros sus sentimientos. Para ellos el único cambia-formas bueno era el que estaba muerto.

Brennan se paseaba por el césped del exterior, de guardia; al verlo esbozó un saludo y luego señaló hacia arriba. Así que Justice había tomado posiciones en el tejado. Bien.

Denal estaba sentado en el suelo, fuera de la habitación de Riley y Quinn, con las dagas listas. Se estaba tomando muy en serio su obligación como defensor profeso de Riley.

Incluso, para diversión y consternación de Conlan, en lo que a su príncipe se refería.

—Ahora no quiere hablar con vos, mi señor —le había dicho Denal, muy pálido, sorprendido seguramente de su propia audacia, pero firme, delante de la puerta del dormitorio.

Conlan asintió, resignado.

De momento.

Pero se inclinó sobre su joven guerrero y le inclinó en voz muy baja.

—Sirves bien a tu señora, Denal. Pero has de saber algo. Si quisiera acudir a su lado en éste instante, ni tú ni ninguna fuerza de la propia naturaleza podría detenerme. Recuérdalo en el futuro.

Había que decir en honor de Denal que el novato no se ardró ni un milímetro. Pero Conlan oyó la exhalación explosiva de aliento del joven, cuando se alejó de la habitación y su centinela.

Conlan cerró los ojos e intentó llegar a Riley, pero los escudos mentales de la mujer seguían en su sitio. Después envió un llamamiento por el sendero mental que compartían todos los atlantes.

Alaric, ¿dónde estás? Te necesitamos, sacerdote.



Eran ya casi las nueve y media cuando despertó Quinn. Denal, que permanecía acampado ante su puerta, intentó convencer a Riley varias veces para que comiera algo, pero ver a Quinn allí echada, medio moribunda, librando lo que parecía una especie de batalla sobrenatural, le había quitado el apetito.

Quinn estaba tirada de espaldas, con los brazos muy abiertos, como siempre había dormido. Riley se quedó mirándola fijamente y fue entonces cuando los ojos de Quinn se abrieron con un parpadeo.

—¿Riley? —susurró con la voz ronca—. ¿Dónde estamos?

—Te quedaste dormida en el coche, Quinn —dijo Riley echándose hacia adelante para coger la mano de su hermana—. Estamos en una casa que es del hermano de Conlan, Ven.

Quinn le apretó la mano, un breve apretón, y se incorporó con cierto esfuerzo. Todavía

tenía hecha jirones la camisa que llevaba puesta cuando le habían disparado.

—¿Qué pasó, Riley? ¿Quién era ese hombre y cómo me curó el hombro?

—No sé muy bien cómo cura, Quinn. Se llama Alaric y...

—Alaric —interpuso Quinn abriendo mucho los ojos—. Lo sabía. De algún modo supe que se llamaba así. Es casi como si me hubiera hablado cuando estaba dentro de mí.

—¿Dentro de ti?

—Sí. Podía sentirlo trabajando en mi interior para curarme el hombro. Fue muy extraño. Casi como si una bola de energía, azules, verdes y plata, pero con la oscuridad sombreándolo todo, estuviera viajando por mi piel, literalmente. —Quinn sacudió la cabeza y después se apartó los rizos oscuros de los ojos—. ¿O es que me estoy volviendo loca? —preguntó.

La angustia era evidente en su mirada.

—No te estás volviendo loca. Yo pasé casi por lo mismo con Conlan. Hay algo diferente y asombroso en estos atlantes. Puedo penetrar en sus emociones a un nivel mucho más profundo que con cualquier otra persona... salvo contigo, Quinn.

Riley se levantó de un salto y empezó a pasearse por toda la pequeña habitación.

—Y ellos también pueden sentir mis emociones, hasta cierto punto. Es casi increíble, pero Conlan a veces puede leerme el pensamiento. Él... No sé cómo describirlo. Está más allá de todo lo que he sentido jamás.

Riley se volvió hacia Quinn al oír el silbido profundo de su hermana, que la miraba fijamente y buscaba algo en su expresión.

—¿Qué es ese tono que oigo en tu voz, Riley? No te he oído ese tono desde la facultad. No, quizá nunca. ¿Es que sientes algo por ese tío?

A Riley le ardía la cara, así que agachó la cabeza, pero no antes de que Quinn lo hubiera visto.

—No lo sé. No sé lo que siento, salvo que estuve dentro de su mente, Quinn. Y jamás vi nada parecido, jamás sentí nada parecido.

Cruzó la habitación y se sentó en la cama, al lado de su hermana.

—Me salvó. Me salvó de unos macarras que había en la playa y que me habrían violado o algo peor. Después me salvó, bueno, más o menos nos salvamos el uno al otro, de una banda de vampiros que se montaron delante de mi casa. —Riley volvió a coger la mano de Quinn y se aferró a ella como si fuera un salvavidas—. He estado en su interior. El dolor... no sé cómo puede haber sobrevivido nadie a la tortura que vi en sus recuerdos.

—¿Otro animalito perdido que ansias llevarte a casa?

—Que ansío llevarme a casa —caviló Riley—. Lo de «ansiar» desde luego es cierto. Yo no me puedo creer que lo esté admitiendo, pero entre nosotros hay una atracción animal asombrosa. Lo deseo más de lo que he deseado nada o a nadie en toda mi vida. —Después sacudió la cabeza—. Es una locura, te lo juro.

Quinn se soltó de la mano de Riley, cogió a su hermana por los hombros y le dio una pequeña sacudida.

—¿Es que, y que conste que te lo pregunto de la forma más diplomática posible, perdiste la chaveta del todo? ¿Cuánto tiempo hace que conoces a ese tío? Me parece a mí que ya me lo habrías dicho si llevases un tiempo saliendo con don Atlante Macizo.

Riley sacudió la cabeza.

—Ni siquiera estamos saliendo. Lo conocí anoche. Y sin embargo lo conozco mejor de lo que jamás he conocido a nadie. Salvo a ti. Y cuando estamos juntos, bueno...

Quinn volvió a silbar.

—No tienes que jurarlo, hermanita. Por el color que se te acaba de poner en la cara se nota que entre él y tú sois muy capaces de echar humo. ¿Te acostaste con él?

—¡No! ¡De eso nada! Acabo de conocerlo. Pero, bueno... —Riley se mordió el labio y lo pensó un poco—. De acuerdo, allá va. Si hubiera tenido la oportunidad, es muy probable que lo

hubiera hecho. Jamás sentí esa clase de atracción por ningún hombre. En mi vida.

Se detuvo en plena frase.

—¡Espera un momento! Olvídate de mi inexistente vida sexual. Aquí estamos hablando de ti. ¿Qué demonios estabas haciendo con una banda de cambia-formas? ¿Y qué es eso de ir de dura por la vida? No es que seas... Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir. La pobre y frágil Quinn, a la que todo el mundo tiene que proteger —dijo Quinn con amargura—. Bueno, a veces tienes que crecer. Y no me molesté en avisar a nadie que había cambiado, porque ser débil e inútil es una tapadera estupenda. Piensa en el Zorro o en la Pimpinela Escarlata.

—Pero ¿cuándo?... ¿qué?... —Riley se quedó sin palabras.

No estaba segura de cómo preguntarle a su hermana lo que había que preguntar.

Y tampoco sabía muy bien si quería oír la respuesta.

—Más tarde. Ya te lo contaré más tarde. Quizá. —Quinn se quedó mirándola un buen rato, después sacó las piernas de la cama y se agachó para ponerse las botas—. A ti se te da mejor de lo que nunca se me dio a mí calibrar el carácter de una persona por sus emociones, Riley. Así que supongo que aceptaré tu palabra en lo que al tal Conlan se refiere. Pero sólo con la condición de que pueda ponerlo a prueba yo misma.

Una llamada a la puerta le ahorró a Riley el trago de responder.

—Vete, Denal. Ya te dije que no quiero comer nada —exclamó.

La puerta se abrió de golpe y Conlan quedó enmarcado en la entrada.

—No soy Denal, y por mucho que piense que deberías comer algo, que lo pienso, es más importante que hablemos. Tengo que saber lo que sabe tu hermana.

Riley intentó ver el pasillo por detrás de la figura de Conlan.

—¿Dónde está Denal? Creí que no se iba a ir nunca.

Conlan se encogió de hombros.

—Creo que cabe la posibilidad de que Ven lo esté sujetando cabeza abajo por la ventana en estos mismos momentos. En su celo por servirte parece haberse olvidado de que su príncipe supremo soy yo.

Sólo la insinuación de una sonrisa traicionaba la gracia reticente que le hacía a Conlan la deserción de su guerrero.

Antes de que Riley pudiera responder, Quinn se levantó y se acercó con paso firme a Conlan.

—Con que príncipe, ¿eh? Si le has jugado una mala pasada a mi hermanita pequeña, vas a tener que darme unas cuantas explicaciones. Y yo soy el tipo de chica muy capaz de darle una buena patada a ese culo de atlante que tienes.

Y diciendo eso, más rápido de lo que Riley la había visto moverse jamás, Quinn colocó las manos en las sienes de Conlan.

—Déjame entrar, déjame entrar, pececito —dijo con un canturreo.

Conlan, que se había quedado mirando a Riley por encima de la cabeza de Quinn, no se movió siquiera. Ella sabía lo rápido que podía moverse. Podría haber roto el contacto con Quinn en un abrir y cerrar de ojos. Qué narices, podría haberle roto los brazos en un abrir y cerrar de ojos.

Pero en lugar de eso, le sonrió a Riley y cerró los ojos. Durante un momento reinó un silencio absoluto en la habitación. Después, Quinn dejó caer las manos y se apartó de Conlan tambaleándose.

—Pero ¿quién eres? ¿Cómo es posible que hayas sobrevivido a esa clase de tortura? —Siguió apartándose de él hasta que llegó a la cama y se dejó caer sobre ella, al lado de Riley.

—Quinn, ¿te encuentras bien? —Riley buscó a su hermana con sus emociones, pero por una vez no pudo penetrar en ellas. Se levantó de un salto y se enfrentó a Conlan—. ¿Qué le hiciste?

—No, la pregunta es qué le has hecho tú a él —dijo Quinn a su espalda. Riley se volvió para mirar a su hermana, pero la atención de Quinn estaba clavada en Conlan, como un rayo láser—. No sé cómo, Riley, pero estás dentro de su alma.

El calor inundó a Riley como un torbellino. Se miró en los ojos de Conlan y le abrió sus emociones. Supo que lo que decía su hermana era verdad.

Pero no estaba del todo lista para que él supiera que él también se había metido en lo más profundo de su ser.

Se oyeron unas pisadas secas en el pasillo que se dirigían hacia ellos. La voz de Ven las precedía.

—Conlan, tenemos un problema. O quizá debería expresarlo de otro modo. Coño, lo que tenemos es la hostia de problemas. Pero éste es nuevo.

—Pues a mí considérame un problema más, atlante —gruñó Quinn—. Porque hasta que averigüe por qué tu gente atacó a la mía, vais a tenerme encima.

Ven miró a Quinn de arriba abajo y sonrió.

—Cielo, eso lo consideraría el mejor momento de la semana. Coño, quizá de todo el puto año.

Una voz gélida barrió la habitación un instante antes de que Alaric rielara y se convirtiera en una presencia dura, amenazadora, entre Quinn y Ven.

—Te lo advierto, Vengador. Si la tocas, te destruyo.

Riley se levantó de un salto con la intención de proteger a su hermana de Alaric, que era el hombre más aterrador que ella había visto jamás. Un hombre que daba la casualidad de que tenía los poderes mágicos de la muerte a su disposición.

Por inexplicable que fuese, Quinn se echó a reír. El sonido reverberó por toda la habitación, agudo y salvaje.

—Bienvenido a la merienda, cara de pez. Tengo la extraña sensación de que tú y yo tenemos cosas de las que hablar, sobre todo después de que casi me pusieses la mano en la teta —dijo sin dejar de esbozar aquella sonrisa siniestra—. Como mínimo, me parece que me debes una cena.

Riley los miró a todos, a Conlan, a Ven, a Alaric y a su hermana, y poco a poco sacudió la cabeza.

—¿Es que el mundo entero se ha vuelto loco?

Capítulo 22

Reisen bajó cojeando la escalera del almacén abandonado que Micah les había encontrado. Gracias a Poseidón, el Tridente estaba a salvo, todavía lo llevaba atado a la espalda, debajo del abrigo.

Tuvo suerte.

Más suerte que cinco de sus hombres. Cinco guerreros asesinados, ¿y para qué? ¿Para proteger a una población humana lo bastante estúpida como para recibir a los cambia-formas y a los chupasangres poniéndoles los cuellos en bandeja de plata?

El único rayo posible de luz en aquel puto túnel negro de su día era que no se había hecho mención alguna de la batalla en los medios de comunicación. Claro que los medios estaban controlados por los culos peludos desde que se habían apoderado de la CNN y las redes de comunicación, así que supuso que tampoco era de extrañar.

Con todo, decidió tomárselo como un punto a su favor. Después de todo, Alaric no podía seguir una noticia que no había oído.

El sacerdote estaría siguiendo los telediarios. Alaric lo convertiría en la misión de su vida: encontrar una forma de localizar a Reisen y cortarle los huevos.

Poco a poco.

Les echó un vistazo a los números que brillaban en la esfera del reloj de bolsillo de plata de su padre. Era irónico que el único recuerdo que tenía de su padre perdiera estabilidad por culpa de los poderes que canalizaba.

A los relojes no les hacían mucha gracia los poderes de los elementos. Se sacó el móvil del bolsillo de los pantalones e hizo una mueca al ver la pantalla negra.

Pensándolo bien, no había maquinaria que se llevara bien con los elementos.

Pero no le hacía falta confirmar la cita con la Sociedad Platónica. No era una reunión que se les fuera a olvidar.

Y cuando el Tridente estuviera entero y bajo su poder, los cinco que había perdido ese día quedarían vengados.

Y su padre también.

Los caminantes iban a arder.



Conlan colocó a los participantes en aquella reunión improvisada de forma bastante deliberada. Alaric se apoyaba en la pared a un lado de la habitación.

Riley estaba sentada con Quinn en un sofá, justo enfrente de Alaric.

Ven y él se situaron en las otras dos paredes, con lo que aquello parecía una extraña partida de ajedrez atlante de cuatro jugadores, pero utilizando piezas de verdad.

Claro que, pensándolo bien, desde que volvió se sentía como un simple peón.

Pues se acabó la mierda esa.

Quinn estiró las piernas y cruzó las botas en un claro despliegue de despreocupación

estudiada. Era tan dura como su hermana pero, al contrario que Riley, Quinn sabía que era una tía dura. Y hacía gala de ello.

Y durante unos segundos, cuando le había permitido que entrara en su mente, Conlan había sentido la mancha negra del alma de Quinn. Aquella chica tenía secretos, la buena de Quinn Dawson.

Secretos peligrosos.

—¿Vamos a hablar o vamos a quedarnos así, mirándonos toda la noche? —dijo Quinn alargando las palabras—. No es que no seáis una gran panda ni que no estéis muy buenos, pero tengo cosas que hacer, gente a la que matar.

Riley se quedó mirando a su hermana sin poder creérselo. Conlan envió un toque ligero a las emociones de Riley para comprobar si había alguna nota falsa.

No, nada. Estaba completamente desconcertada por la presencia de Quinn en aquel desastre.

Conlan se cruzó de brazos.

—Una elección interesante de palabras. Quizá ya estés lista para contarnos qué estabas haciendo con esos cambia-formas que llamas «tus» lobos.

Alaric no dijo nada, se limitó a mirar a Quinn sin parpadear, con los ojos verdes y ardientes.

Quinn se echó a reír.

—Ya. Claro. Bueno, tú me enseñas lo tuyo y yo te enseño lo mío, como se suele decir.

—Eh, ¿qué es lo que quieres ver, exactamente? Yo, encantado —dijo Ven.

Y nada más decir esas palabras la habitación tembló como si una falla submarina amenazara con romperse. Conlan sintió el viento gélido que pasó cortante junto a su cara hacia su hermano y supo qué era lo que había provocado el temblor.

O, más bien, quién.

—Ya basta, sacerdote —gruñó—. No sé a qué estás jugando, pero no tenemos tiempo para gilipolleces. Todos tenemos que poner las cartas sobre la mesa, y ya.

Fue como si no hubiera dicho nada.

—¿Quieres que te enseñe lo mío? —Alaric cruzó la habitación con paso colérico, hacia Quinn y Riley, pero se detuvo a media docena de pasos, antes de que Conlan o Ven hubieran tenido oportunidad de moverse—. Bueno, ¿qué te parece esto?

Con los ojos ardiendo, más de lo que Conlan lo había visto jamás, Alaric levantó primero una mano, después la otra. Y al moverlas, Quinn y Riley se fueron alzando del sofá hasta que se encontraron levitando a pocos centímetros del techo, todavía sentadas, posadas sobre unas bolas resplandecientes de luz verde azulada.

—¿Qué tal eso? —preguntó Alaric—. ¿Y qué hay de esto?

Bajó de repente las dos manos con un movimiento cortante y después las levantó, con las palmas hacia arriba mientras murmuraba algo por lo bajo. Las mujeres se precipitaron hacia el suelo, pero una fuente de agua las recogió y las volvió a posar con suavidad en el sofá.

Con otro brusco movimiento de la mano, el agua desapareció. Ni Riley ni Quinn tenían una sola gota encima.

Riley jadeó un poco.

—Guau, qué bonito... ha sido...

—Un truco de salón muy mono, cara de pez —dijo Quinn. Después fingió un gran bostezo—. ¿Hemos terminado ya con el humo y los espejos? Oh, disculpa, que era agua y espejos, ¿no?

En apenas un instante, Alaric estaba levantándola del sofá y apretándola contra él.

—No te pases conmigo, mujer. Lo lamentaríamos los dos.

Pero no era cólera lo que Conlan oía en la voz de Alaric. Era una súplica casi desesperada.

Cuando Quinn respondió, lo hizo en voz tan baja que Conlan apenas fue capaz de distinguir las palabras. Y cuando lo hizo, no tenían ningún sentido.

—Olvida lo que creas que has visto en mí, guapísimo —murmuró—. Yo ya estoy perdida.

Y lo que hizo después provocó que Conlan y Ven corrieran al otro lado de la habitación para protegerla. Porque la joven había levantado las manos y las puso en la cara de Alaric.

Un sonido que Conlan no había oído jamás salió de la garganta del sacerdote, un sonido duro, entrecortado, lleno de un dolor desgarrador. Una onda de choque de sonido que, literalmente, echó a Conlan y a su hermano hacia atrás y los estrelló con fuerza contra el suelo.

En los segundos que les hicieron falta para recuperar el aliento y levantar los ojos, Alaric había desaparecido. Quinn estaba sola, con las manos todavía inmóviles en el lugar que había ocupado la cara de Alaric.

Por la suya corrían las lágrimas.

Riley se levantó de un salto y rodeó a su hermana con los brazos.

—Quizá deberíamos dejar esto hasta por la mañana —dijo mirando furiosa a Conlan—. Creo que Quinn ya ha sufrido bastante por hoy. Las dos hemos sufrido bastante. Tengo que llevármela a casa, Conlan.

Antes de que él pudiera pronunciar una sola palabra de protesta, consiguió un apoyo de una fuente inesperada. Quinn se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano y después carraspeó.

—No —dijo—. Creo que deberías quedarte con ellos.



Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, Riley y Quinn sujetando tazas de té dulce y caliente. Conlan y Ven tenían cada uno una cerveza. Conlan se había sentado lo bastante cerca de Riley para que la joven pudiera estirar la mano y tocarlo si quería.

Tampoco era que ella necesitara tocarlo.

No mucho.

La mayor parte de los demás hombres se pasaron por allí, fueron entrando de uno en uno o de dos en dos, algunos traían comida y cerveza, otros noticias.

Ninguno traía resultados. Reisen se había desvanecido.

Riley había intentado sonreírles a todos y cada uno, sobre todo a Denal, que se había arrodillado delante de ella, le había regalado una brazada de flores y después se había retirado de la habitación con cuidado de mantener una distancia segura entre él, y Conlan y Ven.

Ven hizo un chiste sobre el encaprichamiento de colegial de Denal, pero nadie consiguió sonreír siquiera.

Y en ese momento estaban sentados, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Cuando apareció Justice, fue casi un alivio.

—Así que aquí está toda la banda —dijo con aquel tono de listillo tan propio de él.

Claro que alguien capaz de lucir una trenza azul que le llegaba a la cintura sobre una espada, que llevaba atada a la espalda, seguramente podía ser todo lo listillo que le apeteciera.

Riley había visto lo que podía hacer con aquella espada.

—Mi césped jamás volverá a ser el mismo —murmuró.

Quinn levantó la cabeza de la taza de té y se fijó en Justice.

—¡Eres tú! —dijo con un grito ahogado—. Creí que eras una leyenda urbana.

Ven echó la silla hacia atrás y la apoyó en sólo dos patas.

—Claro. El chiflado del hacha que corta a los novios en rebanadas y Justice. La verdad es que tiene sentido, si lo piensas bien. Los dos te ponen los pelos de punta, ¿no?

Justice hizo caso omiso de la burla y se centró en Quinn.

—¿Qué has oído, con exactitud?

—Oh, defensor de los débiles, Robin Hood moderno, bla, bla, bla. No se puede decir que

pases desapercibido —le respondió Quinn barriéndolo con los ojos, desde las botas hasta la punta de la cabeza azul trenzada, unos dos metros más arriba.

Justice se inclinó un poco.

—Tampoco se puede decir que tú pases desapercibida. Tu furia y tu dolor arden lo suficiente como para iluminar la ciudad entera. Quizá quieras aprender de tu hermana a ocultar tus emociones.

Y diciendo eso dejó la habitación con largas zancadas que se comían el suelo y dejaban a Quinn atrás, mirándolo furiosa.

Riley pensó que ya era hora de intervenir.

—¿Qué pasa aquí, Quinn? Me da la sensación de que no eres administrativa en una compañía de seguros, después de todo.

La risa de Quinn sonó oxidada, como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que algo le había parecido gracioso.

—No, no trabajo para una compañía de seguros. Como ya te dije, necesito saber de qué van aquí los atlantes antes de contarte nada.

Después clavó la mirada en Conlan.

—¿De qué lado os vais a poner?

—¿Lado de qué? —preguntó Riley—. ¿De qué estás hablando?

—Lado de la revolución, hermanita.

Riley aspiró una bocanada de aire. Por supuesto había oído rumores de una revolución contra la rápida usurpación de las especies sobrenaturales que se incrustaban en la sociedad y el gobierno humanos, pero ella se había mantenido al margen. Era una persona apolítica, ya tenía suficiente con intentar mantener a sus clientes sanos y alimentados.

Y vivos.

Conlan asintió un poco.

—Está bien. Todo lo que estoy dispuesto a contarte ahora mismo es verdad, y lo hago con la condición de que ninguna de las dos compartáis ésta información con nadie.

La silla de Ven posó las cuatro patas en el suelo con un golpe seco.

—No puedes hacerlo, Conlan. No puedes...

—Riley tiene derecho a saberlo, ya que nos la vamos a llevar a casa con nosotros. Y, por tanto, su hermana también debe saberlo.

Riley sintió que los nervios del cuello se le ponían rígidos.

—Eso ya lo habías dicho. Es gracioso, no creo recordar que nadie me preguntara si quiero ir a alguna parte.

Conlan le cogió la mano y se la apretó.

—¿Confías en mí?

—Yo... —Riley vaciló un momento, después recordó lo que había vislumbrado en los recuerdos masculinos, en su alma—. Sí, confío en ti. Eso del *akenasha* que hay entre nosotros... puede que esté acabando con mi sentido común, pero lo cierto es que sé que puedo confiar en ti. Pero ¿dónde está tu casa? ¿Estás hablando de verdad del continente perdido de la Atlántida?

Ven lanzó un bufido.

—No estábamos perdidos. Sólo nos ocultábamos de vosotros, idiotas.

Quinn se echó hacia delante y apoyó los brazos cruzados en la mesa.

—Si fuera tú, vigilaría a quién llamas idiota, cara de pez.

El atlante esbozó una gran sonrisa.

—¿Quieres comprobar si tengo agallas?

—¡Ya está bien! ¿Podemos dejar las riñas para otro momento y seguir con esto? —dijo Riley.

Conlan asintió.

—Sí. Venimos del continente de la Atlántida. Hace más de once mil años, las Siete Islas

cabalgaban por la superficie de las aguas como vuestras propias tierras. Nuestra civilización y tecnología eran muy superiores a las de los humanos de aquel tiempo, pero nosotros compartíamos el conocimiento de las ciencias y las artes que considerábamos apropiado.

—¿Así que os dignabais a ayudarnos a los pobrecitos humanos? —se burló Quinn.

—Quinn. Eso no ayuda —murmuró Riley.

Su hermana puso los ojos en blanco, pero le hizo caso.

—Como suele ocurrir, los humanos, con los que la Atlántida siempre había disfrutado de una coexistencia pacífica, se hicieron codiciosos —continuó Conlan—. No todos, ni siquiera la mayoría. Sólo unos cuantos corruptos que estaban en el poder. Los suficientes para sacar adelante la idea de conquistar nuestras tierras y apoderarse de lo que era nuestro.

—Sí, sobre todo el oro y lo que hubiera de valor —gruñó Ven.

—Podríamos haberlo solucionado. Según los pergaminos antiguos, estábamos a punto de solucionarlo. Pero fue entonces cuando decidieron entrar en liza los vampiros —dijo Conlan.

Riley se estremeció.

—¿Teníais vampiros incluso entonces?

—Los chupasangres andan por aquí desde el principio de los tiempos, cuando el dios Caos se acostó con su retorcida hija Anubisa y empezó todo éste repugnante... —Ven recurrió a un idioma de resonancias líricas que a Riley no le sonaba de nada.

—Puede que sean *akenasha*, pero no entienden el atlante antiguo, Ven —comentó Conlan, y una sonrisa irónica se formó en su boca.

Después, el buen humor desapareció de su rostro y lo sustituyó una expresión tan aterradora y angustiada que Riley le apretó la mano con fuerza para intentar sacarlo del infierno que viera en su mente.

Pareció ayudar un poco, pero Riley siguió viendo el sello de un depredador en la sombra fiera que arrojaba su rostro, así que tuvo buen cuidado de no buscar sus emociones en ese momento.

Sabía que no quería adentrarse en lo que fuera que estuviera viendo el atlante.

—Anubisa —dijo éste con un rechinar de dientes—. La unión impía de Caos y Anubisa, la diosa de la muerte. De ellos descienden los ancestros de todos los chupasangres. Anubisa es vampiro pero, por lo que hemos podido saber, se alimenta de emociones negativas más que de sangre. Cuanto más apasionadas, mejor.

—Como el dolor de la tortura —susurró Riley, comprendiendo de repente lo que había visto y sentido en los recuerdos de Conlan.

El príncipe soltó la mano de Riley y suavizó la expresión, que adoptó una máscara de serenidad.

Una máscara falsa de serenidad, seguramente. ¿Cómo había podido sobrevivir a aquello? ¿Cómo podía alguien sobrevivir a aquello?

Con la idea llegó la desesperación.

—¿Cómo podemos derrotar a alguien que cree que es una diosa?

—Es que es una diosa —dijo Ven.

Riley sacudió la cabeza.

—No, para mí. Soy monoteísta y sólo reconozco un único Dios. No es que no esté de acuerdo con tus creencias, no es eso, pero tengo que tener fe en que no es todopoderosa. En cualquier caso, si tiene poderes divinos, estamos metidos en un buen lío.

—Te olvidas de que a nosotros también nos guía un dios. El poder de Poseidón supera el de Anubisa —señaló Ven.

La atravesó una oleada de rabia.

—Bueno, ¿y dónde coño estaba cuando torturaban a su propio príncipe hasta casi la muerte? —gritó Riley arrastrando la silla para levantarse—. ¿Dónde estaba tu estúpido dios del mar entonces?

Conlan la atrajo hacia sí para darle un breve abrazo, después la sentó con suavidad en su regazo, como si llevara años haciéndolo.

—Me honra que estés dispuesta a desafiar al mismísimo Poseidón para defenderme, *mi amara aknasha* —le murmuró con los labios metidos entre su pelo.

La sensación del aliento masculino en su oído removió algo en la parte inferior del abdomen de Riley, que apretó los músculos de los muslos. Si Quinn y Ven no hubieran estado sentados allí mismo, los dos mirándolos con la boca abierta, sin poder creérselo, Riley se habría dado vuelta y le hubiera plantado a Conlan la madre de todos los morreos.

Y quizá todavía lo hiciera.

Quinn entrecerró los ojos.

—Muy bien. Así que hubo un follón con los humanos, ¿y luego qué?

Fue Ven el que respondió esa vez.

—Entonces los dioses se metieron en una pelea de la leche y ocurrió el Cataclismo. Una de esas grandes mierdas catastróficas del estilo «a que me cargo la tierra» que pasan cuando un puñado de críos empiezan a pelearse por los juguetes.

La voz de Conlan era un rumor sordo que le salía del pecho que tenía apoyado en la espalda de Riley.

—Aunque lo que dice mi hermano se acerca mucho a la blasfemia, en lo esencial tiene razón. La Atlántida se vio obligada a sumergirse bajo el mar para protegerse, tanto de los humanos que nos amenazaban como de la batalla entre los dioses. Primero la magia y después una combinación de magia y tecnología nos han ocultado y evitado que nos descubrieran durante todos estos años.

Riley sintió una timidez repentina, se deslizó del regazo de Conlan y regresó a su silla.

—¿Pero habéis estado subiendo a la superficie todo éste tiempo ?

—No, no siempre. Hizo falta tiempo para aprender los secretos del viaje entre nuestra tierra y la superficie. Pero habíamos hecho un juramento como Guerreros de Poseidón. Los guerreros de esa época no se detendrían ante nada, debían encontrar un modo de regresar y proteger a los humanos de la creciente amenaza que representaban los vampiros y los cambiformas. —Conlan se terminó la cerveza y volvió a dejar la botella en la mesa con cierta fuerza—. Nuestro trabajo es manteneros a salvo, incluso cuando hacéis todo lo posible por entorpecerlo.

Quinn jugueteó un poco con su taza y después pareció tomar una decisión. Se apartó los rizos de los ojos con un gesto brusco de la mano y empezó a hablar.

—Vale, os he estado examinando a los dos y, si sirve de algo, vuestras emociones me dicen que nos estáis contando la verdad. Digo que si sirve de algo porque, si de veras sois atlantes, y por tanto una especie diferente por completo... —Alzó la vista en busca de confirmación y Conlan asintió—. Entonces es posible que mis tan cacareadas habilidades para examinar las emociones no sirvan absolutamente para nada cuando se trata de vosotros. ¿Vuestras emociones se parecen en algo a las nuestras?

Ven empezó a responder, pero la joven levantó una mano.

—No, no te molestes. A mí me parecen sinceras y tengo que fiarme de mis vísceras o no me queda nada. Y si empiezo a dudar de ellas a estas alturas, la partida, como se suele decir, ha terminado.

Riley posó una mano en el brazo de su hermana para confirmar lo que sus sentidos le decían. Quinn estaba diciendo una verdad que era muy dolorosa para ella. Las terminaciones nerviosas de Riley se estremecieron cuando sintieron la angustia que subyacía bajo las palabras de Quinn.

—No pasa nada, Quinn. Sea lo que fuere lo que necesitas decir, estoy aquí contigo —murmuró, enviándole a su hermana oleadas de seguridad y amor, a través de su vínculo fraterno personal.

—Bueno, el tío ese alto, moreno y feo nos llamó idiotas. Y tiene razón. No todos, pero

somos suficientes los que nos escondemos debajo de una roca y dejamos que se produzcan los cambios sin intentar enfrentarnos a ellos —empezó a decir Quinn con voz inexpresiva.

Riley hizo una mueca al oír aquel eco de lo que había pensado poco antes. Quizá Quinn pensaba que ella también era idiota.

—Ser apolítica o no marchar sobre Washington no convierte en idiota a una persona, Quinn —dijo—. Algunos intentamos marcar la diferencia a un nivel más local.

Quinn le dio un breve y fiero abrazo.

—No estaba hablando de ti, cielo. Tú te dedicas veinticuatro horas al día, siete días a la semana, a esos pringaos a los que intentas salvar con tanta desesperación. Estoy hablando de personas que se quedan sentadas sin hacer nada, mientras los vampiros se apoderan de nuestro gobierno.

—No son ningunos pringaos —dijo Riley en voz baja—. Son personas que nunca tuvieron lo básico para mejorar en la vida. Yo intento ayudarlos con eso.

—Lo siento. Ya lo sé. Tienes razón. No son pringaos. Y tú eres prácticamente una puñetera santa por hacer lo que haces. Pero mi camino es un tanto diferente.

Ven soltó un silbido repentino y se quedó mirando a Quinn. La admiración era evidente en sus ojos.

—Hay que ser ladrón para reconocer al que roba. Estás metida en la revolución.

Quinn inclinó la cabeza sin sonreír.

—Pues sí. Y sólo por contarte esto podrían matarme mañana mismo, así que considéralo un intercambio justo por lo que nos contasteis vosotros sobre la Atlántida. —La joven hizo una pausa y después respiró hondo—. No sólo estoy metida en la revolución. Soy una de sus líderes. ¿Y esos lobos que mataron vuestros colegas? Estaban en mi equipo. Así que soy responsable de sus muertes.

Quinn cerró la boca de repente cuando Brennan entró en la habitación y se quedó mirándolo con aire suspicaz.

—No pasa nada, Quinn, éste es Brennan —tranquilizó Riley a su hermana—. Él...

—Un truquito muy chulo ese de enterrar tus emociones en lo más profundo, ¿no? —dijo Quinn con los ojos entrecerrados—. A punto he estado de no sentir las en absoluto, tío. Bonita hostilidad, por cierto. ¿Cómo te las has arreglado para bloquear tus emociones?

Capítulo 23

Riley se quedó mirando la noche por la ventana.

—No me puedo creer que se haya ido. No puedo creer que mi hermana, la líder rebelde, se haya largado en plena noche a una misión urgente. No hago más que pensar que estoy atrapada en una película de serie B y que me voy a despertar en cualquier momento.

Conlan fue incapaz de permanecer más tiempo alejado de ella. Había observado su valor, mientras se enteraba y asumía todo lo que él y su hermana le fueron lanzando ese día.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la tocó y sus manos ansiaban sentir la piel de aquella mujer. Con dos simples zancadas cruzó el dormitorio y la envolvió entre sus brazos.

—Lo siento tanto, *mi amara*. Detesto que te obligaran a despertar de una manera tan cruda a la fea realidad de lo que está pasando.

Riley se apartó de golpe y se volvió para mirarlo con los puños en las caderas.

—¿La fea realidad? ¿Es que vas a contarme tú a mí lo que es la fea realidad? Mis clientes se matan entre sí en sus casas, por pura rutina. Sus bebés nacen adictos al crack y después a veces se mueren de hambre antes de que yo pueda conseguirles ayuda, y todo gracias al senador «soy el señor de los vampiros» Barnes y su trabajo de tierra quemada en los servicios sociales para humanos. Así que a mí no me hables de realidades feas.

Conlan se apoyó en la pared y se obligó a no acercarse a ella, a pesar de que su cuerpo le estaba exigiendo que la volviera a apretar contra sí.

—Los niños suelen ser las primeras bajas de la guerra.

Riley giró en redondo, se alejó de él y se hundió en la cama. Se cogió la cabeza con las manos y gimió. Después lo miró a los ojos.

—¿Cuándo se convirtió esto en una guerra? Aquí nadie ha declarado ninguna guerra, que yo sepa, y de repente me encuentro en primera línea.

El atlante cruzó el espacio que lo separaba de ella y se sentó a su lado. Todo en él se rebelaba contra las palabras que se veía obligado a pronunciar, pero el valor de aquella mujer se había ganado su respeto.

Se merecía la libertad.

—Si quieres irte, sólo tienes que decirlo. Creo que tu poder empático puede sernos de inmensa ayuda en nuestra batalla por proteger a tu gente. Esa es la verdad.

La joven no dijo nada, se limitó a mirarlo sin moverse. Había ocultado sus emociones y él no podía llegar a ella.

—Pero la verdad también es ésta —continuó él con voz ronca—. Por alguna razón siento algo por ti que está más allá de todo lo que soñé o creí posible. Incluso en estos mismos instantes mi cuerpo brama para que te haga mía. Para que te desnude y te meta debajo de mí en ésta misma cama.

Riley jadeó un poco, pero no se apartó. Conlan decidió tomárselo como una señal esperanzadora.

—Te necesito, Riley. Sí, la Atlántida te necesita. Necesitamos estudiar ese poder que tienes y

ver si podemos duplicarlo. Si Quinn no nos hubiera convencido de que su misión era tan urgente, habría intentado persuadirla para que también viniera con nosotros.

—Ella sintió alguna emoción en Brennan, Conlan. Eso tiene que darle alguna esperanza.

—Ojalá no sean falsas esperanzas. Brennan se merece algo mejor que lo que la vida le ha dado.

El atlante intentó concentrarse. Intentó no distraerse con el aroma femenino. Con el deseo que amenazaba con ahogarlo.

—La capacidad de una *akenasha*... Esperamos descubrir si se puede utilizar contra nosotros. O quizá si se puede utilizar a nuestro favor. Pero a pesar de esa necesidad, de esas dos necesidades, a pesar de lo que es mi deber como futuro rey de las Siete Islas, te dejaría marchar.

Junto las manos y las apretó con energía para no obligarla a quedarse con él por la fuerza, rezó para poder mantener el control hasta que ella se fuera. Era un hombre y tenía dignidad suficiente al menos para eso.

Y no era que no estuviese a punto de ponerse a suplicar.

—En otro tiempo lo habría cogido sin más. Ahora que te conozco, te lo pregunto. Pero tienes que decírmelo ahora. Tienes que levantarte y salir de ésta habitación ahora mismo. Le pediré a Ven que te lleve a donde tú quieras, a un sitio seguro. Pero tiene que ser ahora.

Al fin se volvió para mirarla, con el cuerpo tan tenso que tuvo la sensación de que estaba a punto de partirse. Ardía de pura necesidad, pero lo helaba el miedo de que ella pudiera irse.

—Porque si te quedas, me lo tomaré como un sí. Sí a la Atlántida, a nuestra causa pero, sobre todo, sí a mí.

Riley estiró el brazo para acariciarle la cara con una mano trémula.

—Conlan...

El atlante apartó la cabeza de un tirón.

—¿Es que no lo ves? Ya no sé controlarme —gruñó—. Todo lo que tengo son unos jirones de dignidad sobre un horno de deseo. Tienes que apartarte de mí, joder, ahora mismo.

Se levantó de un salto de la cama y se alejó de la tentación. De la mujer que era, de algún modo, todo lo que siempre había querido. Cerró los ojos y se quedó allí de pie, con la cabeza agachada y los hombros subiendo y bajando por el esfuerzo que le costaba contenerse y, no estirarla en la cama y cubrirle la boca con la suya.

Cubrirle el cuerpo con el suyo.

Y al fin... al fin oyó los pasos ligeros de la joven cuando comenzó a cruzar la habitación. Los pasos que la alejarían de él para siempre. Conlan se estremeció cuando lo bañó un dolor mayor que cualquiera de los que le había administrado Anubisa, un dolor que le abrasó el corazón, que él creía que había perdido para siempre.

Y entonces los pasos se detuvieron.

Y la joven se encontraba delante de él, los ojos enormes en su carita pálida.

—No me voy a ninguna parte, Conlan. Mi respuesta es sí.

Riley levantó la cabeza y miró a Conlan, consciente, en lo más profundo de su corazón, de que acababa de tomar la decisión más importante de su vida. El atlante se quedó mirándola, con los ojos cada vez más abiertos. Después echó la cabeza hacia atrás y tensó los músculos del cuello, al engullir el aire como un hombre que se estuviera ahogando.

Y entonces explotó. La envolvió con los brazos y la apretó contra su cuerpo tan rápido que la joven dejó escapar un sonidito, cuando se le aplastaron los pechos contra el torso masculino. Conlan le rodeó con un brazo la cintura, con fuerza, y levantó el otro para cubrirle la nuca con la palma de la mano.

—Gracias, *mi amara* —susurró con los labios a milímetros de los de ella—. Gracias por éste regalo.

Riley casi ni tuvo tiempo para preocuparse, había pasado tan poco tiempo, en realidad no lo conocía, y después la boca masculina cubrió la suya. Y cuando las emociones del atlante se

abrieron ante ella, la joven se dio cuenta de que nunca había conocido a ningún hombre como conocía a aquel.

Lo deseaba con cada gramo de su ser. Tenía los labios suaves y firmes, perfectos para ella, y besaba con la pasión de un hombre que se moría por ella. Se apretó más contra él, desesperada por sentirlo todo contra ella, deseando más, mucho más.

Conlan se apartó un poco de ella, le costaba respirar. Siempre había sabido que aquella mujer sabría a calidez y sol, a una pasión dulce y limpia. Pero en ese instante sabía a algo incluso mejor.

Tenía el sabor de una mujer que era suya.

Le aplastó la boca con la suya otra vez, necesitaba sentir el beneplácito femenino. Saber que se rendía. Que aceptaba su deseo y que la necesitaba.

—Ahora —dijo Conlan, y oyó el ruego en su propia voz, pero no le importó—. Por favor. Ahora.

—Sí —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos—. Sí, por favor. Ahora.

La alzó del suelo y la llevó a la cama sin dejar de besarla un solo instante. En unos segundos cerró la puerta con llave y volvió a la cama. Se quitó la camisa de camino, desesperado por sentir la piel de Riley sobre la suya.

Ella yacía allí, con el cabello desparramado sobre las almohadas, una fantasía hecha realidad. Conlan quería llorar de alegría.

Quería rugir y anunciarle al mundo que era suya.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se limitó a acariciarla. Al fin, por fin, la acarició.

Riley tembló cuando Conlan se estiró poco a poco en la cama, a su lado. Por alguna razón el pecho y los hombros masculinos parecían incluso más grandes sin la camisa. Era un muro de músculos, pero ella había visto lo que había más allá del orgulloso exterior guerrero, había visto al hombre que se ocultaba en el interior.

Cuando él la tocó, cuando los dedos de Conlan le acariciaron con suavidad la mejilla y después el cuello, observó que ella no era la única que estaba temblando.

Y eso la hizo dar, tambaleándose, el último paso que la lanzó por el precipicio y la despojó de cualquier inhibición que le quedara. Aquel guerrero grande y duro que podía enfrentarse y luchar contra vampiros y cambia-formas, y con cualquiera de esas cosas espeluznantes que se arrastran en la noche, aquel guerrero la deseaba de tal modo que le temblaban las manos.

Riley atrajo la cabeza del atlante hacia sí y sonrió.

—Bésame. Bésame y hazme sentirme segura otra vez —susurró.

El calor de la llama verde azulada que ardía en los ojos del guerrero le abrasó las terminaciones nerviosas, calentó y humedeció directamente su centro. Sintió los pechos más llenos, más tensos, como si quisieran sentir el peso del hombre sobre ellos.

Se arqueó contra él y antes de que él hubiera tenido la oportunidad de obedecer su ruego, Riley tomó el control.

Lo besó ella. Con suavidad, con dulzura.

El aroma del hombre la rodeó. Picante, cálido y varonil, y, de repente, la suavidad dejó de estar en la orden del día.

Gimió y lo besó, sus labios capturaron los masculinos y su lengua se hundió en la boca del atlante. Le envolvió las piernas con una de las suyas y lo atrajo hacia ella, deseándolo, reclamándolo, necesitando sentir su dureza contra ella.

Conlan pensó que era muy posible que muriera y fuera a la montaña de los dioses. Riley lo estaba prendiendo entero, lo atraía hacia ella y lo besaba como si estuviera muerta de hambre y él fuera el postre.

Lo que le dio unas cuantas ideas.

Ideas francamente buenas.

Se apartó de los labios femeninos y fue dibujando un camino de besos por la mejilla de

Riley. Después bajó por el cuello, donde la mordió y la lamió, gozando de los gemidos guturales de la joven. Le cogió la sudadera con una mano y se la subió para descubrirle el vientre cálido, después fue deslizándose los dedos hacia arriba hasta que le rodeó la parte inferior del pecho.

Riley ahogó una exclamación al sentirlo y se arqueó hacia él.

—Tócame, por favor, tócame, Conlan.

El atlante se dio vuelta y la levantó, le quitó la sudadera de un tirón por la cabeza y después la besó otra vez, hundiendo la lengua en su boca para reclamarla. Fue un beso duro, un beso que ansiaba marcarla.

Mía. Mía. Siempre mía.

El pensamiento llegó desde algún lugar tan profundo de su ser que Conlan no reconoció la fuente. Un deseo primitivo de marcarla, de reclamarla, de llevársela a su palacio y no dejarla ir jamás sacudió su cuerpo con una fuerza que lo asustó. Sabía que ella también podía sentirlo, porque las emociones femeninas registraron de repente la conmoción, a través del vínculo empático que la unía a él.

Y entonces ella sonrió bajo sus labios y le envió oleadas de aceptación. Se sentía fuerte, segura en el poder único y femenino que ejercía sobre él, y se lo hizo saber.

El cuerpo masculino se tensó ante aquella sensación, al percibir los colores de la excitación femenina en su propio cuerpo, en su cerebro. El miembro se le endureció hasta el punto que le dolió dentro de los pantalones, de repente demasiado apretados. Se apartó de la boca de Riley y bajó los ojos para mirar aquellos pechos redondos y perfectos que llenaban los trozos de encaje que los cubrían. Quería posar la boca sobre ellos.

Manipuló con una mano el broche diminuto, gruñendo de frustración cuando no se desabrochó de inmediato. Riley se echó a reír y le cogió la mano.

—¿Qué pasa? ¿El gran guerrero malo es incapaz de encargarse del broche de un simple sujetador? —se burló con la voz ronca y los ojos brillándole cálidos.

La felicidad de aquella mujer resplandecía en la mente de Conlan como el polvo de las hadas.

—El gran guerrero malo te lo va a arrancar con los dientes si no ayudas un poco —respondió.

Y después se inclinó y le cogió el pezón con la boca, con tela y todo. Riley se arqueó sobre la cama con un gemido.

Con la otra mano, Conlan le acarició el otro pecho, rodeándolo y apretándolo. Le frotó el pezón con el pulgar al mismo ritmo que le lamía el otro. Los gemidos de la mujer se hicieron más frenéticos, se aferró a la espalda de su amante, mientras agitaba la cabeza de un lado a otro sobre la almohada.

—Oh, por favor, por favor.

Conlan soltó el pezón que tenía en la boca y le sopló un poco de aire caliente, observó el estremecimiento que atravesaba todo el cuerpo femenino.

—¿Por favor qué?, Riley. Dilo.

—Por favor. Te necesito. —Le puso las manos en la cabeza y tiró de él para besarlo.

Pero Conlan no había terminado todavía. Posó la boca sobre el otro pecho y sustituyó el pulgar por los labios. Más endurecido todavía cuando el cuerpo de Riley se levantó con una sacudida y se frotó contra él, suplicándole sin palabras. Le mordió el pezón con dulzura y la mujer ahogó un grito, después gimió su nombre.

—Ahora, maldito seas, ahora. Te necesito dentro de mí ahora —dijo Riley, le costaba respirar, y un torbellino de pasión y deseo agudo y penetrante fluyó de sus emociones y atravesó a Conlan.

—Sí —gimió él entre dientes—. Sí, voy a hacerte mía ya.

Riley levantó la cabeza y se quedó mirando al hombre que la había vuelto casi loca de deseo y por un instante no lo reconoció bajo el ansia feroz y primitiva que tenía grabada en la cara.

Quizá ella no era la única que estaba perdiendo la cabeza allí.

Conlan se dio vuelta y se agachó para quitarse las botas y los calcetines, después se levantó y se despojó de los pantalones con un único y violento movimiento. Cuando se alzó frente a ella, orgulloso, alto y gloriosamente desnudo, Riley contuvo el aliento.

—Eres tan hermoso —susurró mientras estiraba una mano para tocar un muslo musculoso.

Su erección, tan grande como el resto, se tensó y se agitó un poco al sentir el roce tan cerca.

Riley quiso saborearla.

El atlante lanzó una pequeña carcajada.

—Soy un guerrero. Lleno de cicatrices y rendido, no hay nada hermoso aquí. Pero tú... tú haces que los propios dioses lloren de envidia ante tu belleza.

Estiró los brazos para cogerla de las manos y tiró de ella para levantarla a su lado. Y después Riley sintió los dedos masculinos en la cintura, le desabrochaban los vaqueros, y de repente estaba tan desnuda como él.

Por un momento la invadió la timidez, pero luego sintió las manos de él y la abrumó un deseo feroz.

—Acaríame, Conlan. Bésame y tócame por todas partes. Quiero sentir tus manos sobre mí.

Le tocó a él entonces gemir, le capturó la cabeza con las dos manos y se precipitó sobre ella para besarla con tal ansia de posesión y tal fuego que a Riley el corazón le dio un vuelco. Se aferró a los hombros del atlante para intentar sostenerse a pesar de que las rodillas se le doblaban.

Conlan recorrió el cuerpo femenino con las manos, bajó por los brazos con un roce ligero, después las caderas, después subió por la espalda con una caricia. Riley tembló y se apretó contra él, le encantaba la sensación de sentirlo duro contra ella. Ansiaba tenerlo en su interior.

Y como si él pudiera oírla, las manos masculinas bajaron por su cuerpo y de camino le cubrieron los pechos. La joven volvió a gemir, quería que dejara de torturarla.

No quería que parara jamás.

Quería más.

Las manos masculinas continuaron su camino, bajaban por su vientre, acariciándose, y al fin, una trazó un sendero por los rizos que le surgían entre las piernas y con un roce ligero le acarició el calor que emanaba de allí.

Conlan levantó la cabeza para mirarla, en su sonrisa había un triunfo fiero.

—Estás mojada por mí, Riley. Estás empapada por mí.

—Yo... ¡Oh! —Antes de que Riley pudiera elaborar una respuesta, el atlante le introdujo dos dedos y la joven perdió la capacidad de hablar.

Apretó los músculos alrededor de los dedos y estuvo a punto de gritar al sentir aquel placer.

—Oh, sí. Conlan. Sí, por favor, más.

Conlan dio gracias con una oración a los dioses que quisieran oírle. Aquella mujer era tan sensible a sus caricias, estaba tan encendida, tan mojada. Cuando ella se tensó alrededor de sus dedos, el atlante creyó que iba a perder el control y eyacular antes incluso de entrar en la suave dulzura del cuerpo femenino.

Jamás había sentido la pasión con aquella fuerza aplastante.

Mercancía dañada, principito.

Susurró en su cuerpo aquella odiada voz que lo detuvo, que lo inmovilizó, pero sólo por un instante.

Riley abrió los ojos y miró directamente el alma masculina.

—No. No. Ella no está aquí, jamás volverá a hacerte daño. No la dejes entrar, Conlan. — Lo besó y apretó con gesto deliberado su calidez alrededor de los dedos masculinos otra vez—. Siénteme. Soy real. Estoy aquí. No la dejes ganar.

Algo estalló en el corazón de Conlan.

—Sí, sí, *mi amara*. Estás aquí para mí. Eres mía. Ella es menos que nada —dijo con la voz ronca y las palabras tan fervientes como una plegaria.

Sacó los dedos y Riley gimio un poco, pero entonces él la levantó entre sus brazos y la depositó en la cama. La joven parpadeó, pareció regresar de muy lejos. Sacudió la cabeza un poco.

—Nosotros... yo... protección. Yo estoy bien, pero...

Conlan la entendió al instante, sus emociones eran un libro abierto para él.

—No, somos inmunes. No puedes contagiarme ni un simple resfriado, ni yo a ti, hermosa mía. Y no podemos producir niños sin que Poseidón bendiga el ritual de la fertilidad.

Riley asintió, sentía la verdad de sus palabras en las emociones masculinas. Después levantó los brazos hacia él y esbozó una sonrisa tan sensual y prometedora que las rodillas de Conlan se derritieron.

Cuando se hundió para cubrir el cuerpo femenino con el suyo, le abrió su corazón. Se despojó de cualquier escudo emocional que pudiera quedarle, para que ella pudiera sentir el gran regalo que le había hecho.

Después le levantó las rodillas para apoyárselas en sus propias caderas y se hundió en ella hasta la empuñadura con un solo embate, rugiendo de placer.

Jadeando su nombre.

Posó la frente en la de Riley, luchando por respirar.

—Mía, Riley. Dilo. Eres mía.

Ella le cogió la cara con las manos y lo atrajo hacia su boca.

—Soy tuya, Conlan.

Después lo besó con toda la pasión que él podía sentir en aquella alma femenina. La joven alzó la cabeza y lo miró, con los ojos cálidos y resplandecientes, y volvió a sonreírle.

—Y tú también eres mío.

El cuerpo de Riley se arqueó para recibirlo. La emoción que embargó a Conlan y después la atravesó a ella fue una revelación. Asombro... perplejidad. Simple gratitud.

Conlan jamás había pertenecido a nadie. Jamás lo había querido nadie sólo por lo que era, no desde que era niño.

Su gratitud se transformó en un tsunami de pasión atenuado por calidez, una pasión que Conlan compartió con ella, a través del vínculo que los unía. El cuerpo femenino se estremeció bajo él y hubo algo en el atlante que pareció estallar.

—Lo siento, Riley, pero ya no puedo controlarme más —consiguió decir entre dientes—. Voy a hacerte mía ahora mismo y va a ser duro y rápido. Te prometo que intentaré algo más delicado después pero...

La mujer le puso un dedo en los labios y sonrió, todo el poder femenino resplandecía en sus ojos.

—Menos hablar y más hacer.

Con un grito de alegría, Conlan se retiró y volvió a introducirse en ella, su cuerpo captó un ritmo que era más antiguo incluso que la Atlántida. Más antiguo que los propios dioses.

Riley se arqueó hacia él al ritmo de sus embestidas, mientras él la cabalgaba, la acariciaba y se introducía en ella una y otra vez. Sentía que el cuerpo femenino se apretaba a su alrededor y la tensión iba creciendo sin parar en su interior.

Riley jamás había sentido nada así. El calor y la tensión resbaladiza, la espiral de electricidad del cuerpo masculino que bombeaba en su interior, los músculos duros que se esforzaban bajo sus dedos, el brillo de aquellos ojos que le demostraban que aquel hombre estaba disfrutando de cada minuto tanto como ella.

Todo aquello la estaba llevando al límite. Cada terminación nerviosa de su cuerpo cantaba. La presión fue creciendo en un crescendo interminable, en una explosión de color, hasta que la joven estalló y cayó al espacio, hundiendo los dedos en los hombros masculinos para evitar caer rodando al abismo del mundo.

Conlan se puso rígido, con los músculos luchando por mantener el control, mientras ella se estremecía bajo él. Y cuando ella volvió a tierra firme, abrió los ojos y lo miró fijamente.

—¿Conlan?

El atlante se inclinó para depositarle un beso suave en los labios, el perfil duro de los músculos del cuello y los hombros le demostraban a Riley cuánto le estaba costando contenerse.

—Riley, quiero que sepas algo. Lo que los antiguos relatos auguraron es cierto. Llevo esperándote, sin saberlo, toda mi vida.

La joven se quedó mirándolo, aturdida por lo que las palabras y las emociones del atlante estaban expresando.

—¿Me estás diciendo...?

—Te quiero, Riley. Te has apoderado de mi corazón. —Y con esas palabras, algo en aquel control pareció romperse.

Se hundió en ella una vez, dos, tres veces más, y después se adentró en ella con un último embate que lo hundió tanto en su interior que Riley lo sintió contra su útero. Conlan lanzó la cabeza hacia atrás y chilló su nombre al tiempo que explotaba en su interior. Su mente, su corazón e incluso su alma se abrieron a aquella mujer más que nunca, y Riley sintió que ella también bailaba, giraba y gozaba con las emociones del atlante.

Con su pasión.

Y volvió a explotar, subiendo como una espiral incansable hacia un lugar en el que nunca había estado. Estalló una vez alrededor del hombre que tenía en su interior. Y cayó, cayó sin parar...

Enamorada. Por alguna razón, por increíble que fuera, amaba a ese hombre que acababa de conocer. Ese hombre que llevaba conociendo una eternidad.

Al darse cuenta y antes de poder recuperar el aliento, volvió a tejer los escudos y los colocó en su sitio. No era una información que estuviera lista para compartir. Ni siquiera con Conlan.

Todavía no. Era demasiado pronto. Si amabas a alguien, esa persona se iba. Y ella no estaba lista para dejarlo marchar.

Quizá nunca lo estuviese.

Conlan se derrumbó sobre ella, se apoyó en los brazos para no aplastarla con su peso. El único sonido que se oía en la habitación eran los jadeos. Los de ambos. Después de un minuto o dos, el atlante se removió un poco y rodó de lado sin dejar de abrazarla.

—Olvida la montaña de los dioses —murmuró—. Renunciaría a ella por esto en un solo instante.

Capítulo 24

Riley despertó, calentita, satisfecha y deliciosamente dolorida en sitios que llevaban mucho tiempo sin estar doloridos. Tardó todavía un momento en abrir los ojos, se conformaba con estar allí echada, con los brazos de Conlan a su alrededor y la cabeza acurrucada sobre su hombro. El sol calentaba la habitación. Una gran paz, incluso la paz ilusoria que sabía que era, entibiaba su corazón.

—Me preguntaba cuándo ibas a despertarte, dormilona.

Riley se giró un poco para sonreírle.

—¿Dormilona? Eran más de las cuatro cuando por fin me dejaste descansar un poco.

La sonrisa del rostro masculino era engreída, innegablemente masculina. La joven se echó a reír y después lo pellizcó.

—¡Eh! —El atlante rodó sobre ella y la atrapó bajo su cuerpo—. ¿Sabes cuál es la pena por atacar a un miembro de la realeza atlante?

Riley puso los ojos en blanco.

—¡Oh, pobrecito! ¿Por un pellizquito de nada? La mazmorra, me imagino.

Los ojos de Conlan resplandecieron con aire travieso y algo bastante más lascivo.

—Ah, no. Nada de mazmorras para ti. La pena son los trabajos forzados. En mis aposentos.

Riley lanzó una risita. No podía evitarlo. La hacía feliz ver a su orgulloso guerrero bromear con aire desenfadado por una vez.

El corazón de Conlan dio un vuelco al oír la risa despreocupada de Riley. Jamás se había quedado mucho más después de acostarse con una mujer. Siempre supo que debía evitar involucrarse demasiado.

Pero Riley. Riley. Riéndose, con las mejillas encendidas de felicidad y los restos de una noche de pasión. Sentía profundizarse el deseo de aquella mujer, sabía cuándo capitulaban sus emociones.

Con todo, Riley no lo había admitido.

No con palabras.

Conlan esbozó una amplia sonrisa.

—Quizá tengamos que trabajar eso un poco.

—¿Trabajar la idea de que haga trabajos forzados? Me parece que no —dijo Riley, y se retorció en un intento de escapar de él.

Conlan levantó un brazo y dejó que ella se incorporara, apoyada en los codos. Lo que lo puso a él exactamente donde quería estar, con la cara al mismo nivel que su adorable y diminuto ombligueto.

Se abalanzó sobre ella, la atrapó otra vez y le lamió la piel cálida.

—¡Eh! No es justo —dijo Riley sin dejar de reírse.

—Quédate quieta —murmuró el atlante antes de deslizarse un poco más por la cama hasta que pudo mirar un intrigante triángulo de rizos bruñidos.

—¿Conlan? ¿Qué estás...?

La voz se interrumpió con un gemido cuando él movió la mano y trazó un camino entre los rizos con un dedo.

—Creo que tu castigo está a punto de empezar, *mi amara*. Quédate quieta y acepta tu sentencia.

Le separó los muslos y se los atrapó entre las manos.

—Pero...

Le pasó la lengua por el camino que había tomado un instante antes su dedo y oyó el gemido femenino. Conlan esbozó una sonrisa.

—Creo que la prisionera debe comportarse o habrá que aumentar la pena.

Riley contuvo el aliento cuando la lengua de Conlan volvió a rozarla. Terminaciones nerviosas que la joven ni siquiera sabía que tenía crepitaron y despidieron un fuego, que le atravesó las venas y envió un arco de electricidad que estalló bajo la lengua masculina y se extendió por cada centímetro del cuerpo de Riley.

La joven gimió cuando él la besó, la lamió y la chupó, prestándole las mismas atenciones que les había prestado a sus senos. Salvo que en esa ocasión, Riley iba a correrse en su boca si no paraba.

Agitaba la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, ahogándose en la sensación, rindiéndose al calor primitivo que despedía chispas en él, en ella, en los dos. ¿Quién sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro? Oh, los labios de aquel hombre, la lengua, la boca. Iba a explotar. Ojalá, ojalá...

Conlan deslizó un dedo en su interior y apretó.

—¡Conlan! —gritó alguien, ¿había sido ella?

El atlante añadió un segundo dedo y los fue introduciendo y sacando de aquel centro húmedo al ritmo que marcaba una lengua, que no dejaba lo que estaba haciendo. Riley jadeó un ruego, una súplica.

Y entonces el hombre se detuvo.

Riley abrió los ojos de golpe y bajó la cabeza para mirarlo, intentaba respirar, centrarse. Conlan le sonrió, con las pupilas casi consumidas por aquel fuego verde azulado que bailaba en ellas.

—Déjate ir por mí, Riley. Déjame saborear tu dulzura en la garganta.

Después volvió a inclinar la cabeza y ella se hizo pedazos con el primer roce de aquella boca. Se dejó ir una y otra vez hasta que creyó que iba a desmayarse de tanta sensación.

Cuando al fin la soltó, Conlan la bajó para ponerla a su altura y le acarició las mejillas.

—Estás llorando. ¿Te he hecho daño?

Riley levantó la cabeza y lo miró entre las lágrimas que se enmarañaban en sus pestañas.

—No. Al contrario. Creo... creo que quizá hayas curado algo en mí. —Le envolvió el cuello con los brazos y le atrajo la cabeza—. Te necesito dentro de mí, Conlan. Por favor.

La satisfacción y una mirada de pura posesión resplandecieron en los ojos del príncipe.

—Entonces me tendrás.

Le levantó las piernas y centró su gruesa erección sobre ella, empujando con ella el sensible núcleo femenino.

—¿Ahora? —preguntó con malicia.

—Ahora.

Con un solo embate se asentó en ella hasta el fondo, y su pesado saco testicular golpeó el trasero femenino. Riley chilló y apretó los músculos a su alrededor, sufriendo una convulsión tras otra.

Conlan se retiró y la penetró otra vez, lanzando un gruñido cuando el cuerpo de Riley se tensó alrededor de todo su grosor. En menos de doce embestidas chilló al sentir que él también llegaba al clímax y se estremeció entre los brazos de su amante, en cuyo interior los espasmos duraron un buen rato.

Cuando al fin pudo formar alguna palabra, Riley se echó a reír.
—Está bien, que sepas que si ese es el castigo, me declaro siempre culpable.
Conlan rodó un poco y se la llevó con él.
—No sé muy bien si podemos llamar a eso castigo —dijo sin haber recuperado el aliento del todo—. Aunque quizá para ti sí. Mi sentido del control es tan patético como el de un jovencito bisoño en sus primeros días de la Academia.
Riley se acurrucó entre sus brazos.
—Cuéntame.
—¿Lo de mi falta de control?
—Sobre la Atlántida. Debe de ser increíble.
Conlan depositó un beso en los labios femeninos.
—Es más asombrosa de lo que jamás podrías imaginarte. Estoy deseando enseñarte mi hogar. Pero primero, una ducha. Y luego a comer. Después te contaré todo lo que quieras saber.
Riley sacudió la cabeza.
—Comida. En un momento como éste. ¿Es que los hombres sólo piensan en comer?
Conlan se incorporó con ella todavía en brazos y después se la llevó como si no pesara nada.
—No creo que puedas preguntarme eso después de ésta noche, pequeña empática. Al menos no si quieres conservar cierta credibilidad.
—¡No soy pequeña! Bájame ahora mismo —dijo Riley, aferrándose al cuello de Conlan con fuerza y riéndose a carcajadas.
—Lo haré. En la ducha. —Y meneó las cejas con una falsa sonrisa lasciva—. ¿Te he dicho que soy de la Atlántida? Soy una maravilla con el agua.
Riley se rió todo el camino hasta el baño, donde descubrió que su amante no era una maravilla con el agua.
Era espectacular.



Ven salió de la ducha y comprendió lo que llevaba preocupándolo un buen rato. No había oído nada en la habitación de Riley en toda la noche. Y al que sí había visto entrar allí, después de deshacerse de Denal encargándose a él, había sido a Conlan. Se esperaba una explosión.
De un tipo u otro.
No era que pensara quedarse por allí, si algo parecido a aquellas vibraciones de sexo puro hubiera empezado a aporrear las paredes como el día anterior. Había algo en una empática y un atlante que llevaba la tensión sexual al máximo en su frecuencia de emisión.
Quizá fuera cosa de planteárselo.
Pensó en la hermana de Riley mientras se ponía unos pantalones limpios y una camiseta. No. Aquella chávala era demasiado oscura y complicada para él. A él le gustaban mucho más sencillas y cordiales.
Fáciles de abandonar.
Y los dioses sabían que a él le esperaba el mismo ingrato destino que a Conlan. Casado con alguna antiquísima doncella, que ya se encargaría alguien de elegirle en su momento.
Era su obligación real cumplir el plan que diseñaba el Consejo para el linaje atlante.
Ser príncipe era una mierda.
Y no era que ninguno de los guerreros de Poseidón pudiera escapar de tan excitante tarea. Obligados a casarse con una virgen de once mil años. ¡Yujul, ¿sería capaz de controlar la emoción?
Al menos tenía unos cincuenta años o así antes de que le tocara poner la polla en el tajo.
Por así decirlo.

Recogió la bolsa que había dejado junto a la puerta al volver en plena noche. Supuso que Riley ya empezaría a necesitarla.

Sonrió al pensar en lo que podría descubrir en la habitación de la joven.

Abrió la puerta, salió al pasillo y estuvo a punto de chocar con Alaric. El sacerdote volvía a vestir todo de negro, lo que sólo acentuaba la palidez extrema de su rostro.

Allí había alguien que estaba perdiendo sus preciosas horas de sueño.

—Mira por dónde vas, Vengador. —La mueca feroz de la cara del sacerdote habría asustado a la mayor parte de la gente.

Ven sólo se echó a reír.

—¿Es que te aprietan las bragas? ¿No has podido dormir después de ponerte anoche en ridículo delante de la hermana de Riley?

Alaric se quedó inmóvil y después giró la cabeza poco a poco para clavar los ojos en Ven. El poder resplandeció con un color verde feroz en sus ojos.

—Quizá quieras mirar por dónde vas en más de un sentido. Ya casi he agotado toda mi paciencia.

Ven empezó a contestarle con la misma moneda, pero hubo algo en los ojos del sacerdote que lo detuvo. Si no lo conociera mejor, habría jurado que Alaric sufría por algo.

Si no lo conociera mejor.

—Joder, ¿y arruinarme el día antes de haberme tomado un café siquiera? Vamos a por esa cafeína, Alaric. Ah, y tengo que darle esto a Riley, si es que ella y Conlan no se mataron anoche. No he sentido nada en absoluto en la habitación de la chica.

Alaric apretó los labios, pero echó a andar hacia la cocina.

—Rodeé su habitación con un escudo. Si hubiera tenido que sentir algo de lo que... bueno. Protegí su habitación. Dejémoslo así.

Ven parpadeó cuando Alaric se alejó por el pasillo con paso firme. Allí había algo que iba mal, algo que iba más allá de la culpa, que era obvio que destrozaba al sacerdote por la pérdida del Tridente.

—Lo que me recuerda que tenemos que empezar a mover el culo —murmuró, después cruzó el pasillo para llamar a la puerta de Riley—. A levantarse, dormilona.

No oyó respuesta alguna y se preguntó si era el escudo lo que impedía que la joven oyera la llamada, así que abrió la puerta con cuidado.

—¿Riley?

Y tuvo el inmenso placer de contemplar la gloriosa visión del hermoso trasero desnudo de Riley, que se estiraba junto a la cama.

La joven dejó escapar un gritito y se precipitó a la cama para taparse de un tirón con las mantas.

—Ay, dios —dijo Ven mientras bajaba la cabeza y miraba el suelo, sus botas, cualquier cosa salvo a la mujer.

Podía sentir cómo se le iban subiendo los colores con un rubor lento.

No era que ver a una mujer desnuda le hubiera molestado jamás pero, coño, aquella era Riley, lady Rayo de Sol. Era tan valiente como cualquier guerrero y se merecía algo mejor, no que un idiota la sorprendiera desnuda.

Además, a juzgar por el olor a sexo que había en la habitación, Conlan iba a intentar machacarlo vivo.

—No pasa nada, Ven, ya puedes mirar —dijo la joven con acento seco—. Ya estoy visible. Y gracias por llamar, por cierto.

Ven le dedicó una amplia sonrisa.

—Eh, a mí no me mires, que yo llamé. Alaric puso una especie de hechizo en la habitación para protegerla y que no tuviéramos que soportar... esto, quiero decir... mierda.

La cara de Riley se puso como un tomate hasta la garganta y también la tentadora parte del

pecho que el atlante podía verle por encima de la sábana a la que se aferraba.

—Oh, Dios. Oh, yo no, nunca... ohhh.

Y como es natural, ese fue el momento que escogió Conlan para salir del baño, mojado de la ducha y desnudo salvo por una simple toalla.

—¿Qué? ¡Ven! ¿Qué estás haciendo aquí dentro?

Después se interpuso entre Riley y Ven y bloqueó la vista de Ven.

—¿Qué estás haciendo aquí cuando Riley no se ha vestido todavía? —repitió, había una amenaza inquietante en su voz.

—Eh, tranqui, hermanito. Por eso es por lo que estoy aquí.

Riley hizo un ruido interesante, una especie de chillido, detrás de Conlan.

—¿Qué?

Ven levantó la bolsa para que ella pudiera verla por encima del hombro de Conlan.

—Anoche no podía dormir. Se me ocurrió que quizá estuvieras cansada de llevar la misma ropa. Me pasé por tu piso para ver si andaba por allí alguien poco amistoso y te he traído unas cosas para que te las pongas, chorradas de chica, yo qué sé.

Conlan empezó a sonreír y le quitó la bolsa.

—Ya veo que Riley tiene el mismo efecto en ti que en Denal, hermanito.

Ven entrecerró los ojos.

—Sí, bueno, no te olvides que puedo darte una paliza dos veces al día y tres los viernes, viejo.

Riley saltó de la cama envuelta en la sábana y corrió hacia ellos.

—¡Gracias, gracias, gracias! Estaba desesperada por ponerle la mano encima a algo de ropa limpia. ¡Eres el mejor!

Se deslizó entre Conlan y Ven, se puso de puntillas para dejar un beso rápido en la mejilla de Ven y después le quitó la bolsa a Conlan a toda prisa.

—¡Muchísimas gracias! Y ahora, si me perdonáis, voy a vestirme para que podamos averiguar cómo vamos a recuperar el Tridente y salvar el mundo.

Ven y Conlan se habían quedado allí plantados, los dos, con la boca abierta, mientras ella corría al baño envuelta como una momia y arrastrando el extremo de la sábana tras ella.

—¿Conversaciones de alcoba? —preguntó Ven, sonriéndole a su ruborizado hermano—. Por cierto, no vi ninguna señal de vampiros apostados junto a la casa de Riley. Debían de ir a por nosotros.

—Gracias, Ven. No sé lo que haría si... —Hizo una pausa, entrecerró los ojos y después sacudió la cabeza—. Riley es la mujer más asombrosa, no, el ser humano más asombroso, no ni siquiera eso. Es la persona más asombrosa que me he encontrado jamás. Acepta lo que le pongan por delante y no hay conquista que la arredre.

Ven se metió las manos en los bolsillos y una ligera insinuación de preocupación se coló en su rostro.

—Así que la chica es asombrosa. Y también parece haberte conquistado a ti, hermano. ¿Ya le has hablado de la reina que te han destinado?

Conlan apretó la mandíbula.

—No. No he... No. Pero tengo que hablar con Alaric, Ven. Las cosas van a tener que cambiar.

Ven no dijo nada, no estaba muy seguro de lo que iba a lograr sólo con palabras. Las cosas iban a cambiar, de eso no cabía la menor duda. Lo que no sabía era si sería para bien o para mal.



Riley hurgó en la bolsa, encantada de ver que Ven sabía lo suficiente de mujeres como para

traerle un buen surtido de artículos de tocador. A ver la ropa.

La joven sacó un puñado de seda y cuero.

Aquel tío tenía que estar de coña.

¿Eso era lo que los guerreros atlantes consideraban un equipo de batalla adecuado para empáticas? ¿Camisolas de seda y la única minifalda que tenía?

Puso los ojos en blanco. La falda era la única prenda de cuero que había en su armario, así que el motero debió de pensar que era lo único apropiado. Al menos había incluido también su par favorito de botas y un jersey azul, así que no tendría que congelarse.

Para cuando terminó de vestirse, Conlan se había ido. Riley se pasó unos cinco segundos pensando lo poquísimo que le apetecía enfrentarse a los guerreros, cuando todo el mundo sabría lo que Conlan y ella habían estado haciendo toda la noche, pero el aroma a café venció a la timidez y al fin se acercó a la cocina con la barbilla levantada.

Y sólo para encontrar la habitación vacía. Pero una cafetera llena, y, por el olor, recién hecha, estaba allí, tentándola. Eligió una magdalena de la enorme caja medio vacía que había en la mesa para acompañar el café y se sentó a la mesa, lista para disfrutar de un desayuno tranquilo antes de ponerse a salvar al mundo.

Eh. Asistente social se enfrenta al Primus. Rodaje a las once.

—De mi desmembramiento, con toda probabilidad —murmuró para sí.

Alguien carraspeó tras ella y la joven estuvo a punto de tirar la taza de café.

—¿Disculpe, lady Riley?

Lady Riley se dio vuelta y se encontró a Denal en la puerta de la cocina.

—Nada. Balbuceaba sola, que nunca es buena señal. Entra. ¿Quieres un poco de café?

El guerrero se inclinó ante ella y, por extraño que fuera, a Riley no le desconcertó el gesto. Debía de estar acostumbrándose ya.

Pues, ¡qué bien!

¿Tendría que añadir el engrimiento a la lista de cosas de las que tenía que preocuparse?

—No, gracias, pero me gustaría hacerme con otra de esas magdalenas de arándanos, si me lo permite.

Riley se echó a reír.

—Denal, en serio, tenemos que trabajar en ese lenguaje tuyo. Incorporarlo a éste siglo. Y claro, hazte, hazte con la magdalena. Acerca una silla.

El atlante se inclinó otra vez y se sentó enfrente de ella, dándole la espalda a la pared. Después cogió una magdalena, hundió los dientes en ella y una expresión de dicha se extendió por todo su rostro.

Riley sonrió, no pudo evitarlo. Parecía un chiquillo de diecinueve años. Lo que hizo que se preguntara algo.

—Denal, con exactitud, ¿cuántos años tienes? Porque cuando habláis entre vosotros no hacéis más que manejar palabras como «siglos», pero he tenido tantas cosas en la cabeza que he preferido no meterme ahí.

El joven tragó y se limpió la boca con una servilleta, después la miró muy serio.

—He de celebrar pronto el aniversario de mi nacimiento, lady Riley. ¿Ustedes celebran tales ocasiones?

—Sí, con tarta, helado y globos. Y, por favor, sólo Riley, ¿vale? ¿Y cuántas velas va a tener tu tarta?

El chico la miró perplejo.

—¿Velas?

—Una vela por año. Así que mi próxima tarta va a tener veintiocho velas, un número demasiado cercano al treinta para mi gusto —dijo estremeciéndose de sólo pensarlo—. ¿Y tú?

El otro esbozó una amplia sonrisa.

—Me temo que mi tarta daría lugar a un incendio, lady... Riley. Mis velas alcanzarían el

número de dos y veinte.

La joven se echó a reír.

—Venga, chavalín. Veintidós no es suficiente para provocar un incendio. No podrías asar ni una nube de esas para críos con veintidós velas.

Denal terminó la magdalena y escogió otra, después negó con la cabeza.

—Doscientos veinte. Quizá suficiente para asar un pollo o dos.

Riley parpadeó.

—Oh. Bueno. Tienes un aspecto estupendo para tu edad —dijo con voz débil.

¿Doscientos veinte años? ¿Y él era el pequeño? Pero...

—Denal, ¿cuántos años tiene Conlan?

El guerrero la miró sorprendido.

—¿No ha compartido esa información con usted? Pero yo pensé que usted y él... Eh, más bien...

Le tocó sonreír a ella entonces, aunque notó que se le coloreaban las mejillas.

—No pasa nada, Denal. Todavía estamos... tanteando el terreno.

El joven clavó los ojos en la mesa, que de repente debía de haberse hecho fascinante, ya que no era capaz de levantar la mirada para encontrarse con la de ella.

—Acepte mis disculpas. No pretendía incomodarla.

—Créeme, eso no es nada. Deberías haber estado allí para ver algunas de las cosas que hacía mi hermana para avergonzarme cuando éramos pequeñas.

El chico levantó al fin los ojos con un rayo de malicia en la mirada.

—Yo era el más pequeño de ocho y tengo siete hermanas mayores. Me imagino muy bien cómo serían las cosas entre ustedes dos. Las mías me vestían como si fuera un muñeco y me hacían soportar unos téis interminables.

—Oh, cómo me lo voy a pasar usando eso contra ti, chaval. —El trueno simpático de la voz de Bastien atravesó la habitación—. Quizá podamos organizar un té para ti en la próxima misión.

Denal se levantó de un salto, dejando caer migas por todo el suelo.

—Si le cuentas a alguien esa historia... te, te...

Bastien se echó a reír.

—Quizá quieras dejarlo ahí hasta que crezcas un poco, pequeñuelo. Además, estoy cansado, llevo de patrulla toda la noche. No sería una pelea justa, ¿no?

Riley intentó contener las ganas de sonreír ante la idea de Denal enfrentándose a Bastien. El guerrero mayor le sacaba al otro casi treinta centímetros y era tan ancho como el lado de una colina pequeña.

Pero la conversación la devolvió a su antigua pregunta.

—Buenos días, Bastien. Bueno, si Denal es un pequeñuelo, ¿cuántos años tienes tú?

—Buen día, mi señora. Yo tengo casi cuatrocientos años, alabado sea Poseidón. —Bastien se acercó al café y se sirvió el resto de la cafetera en una taza enorme que entre sus manos parecía una tacita de muñecas.

—¿Y Conlan? —preguntó ella, sin saber muy bien si quería saber la respuesta.

Bastien ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisa socarrona.

—El príncipe Conlan está a apenas unas semanas de la edad en la que debe subir al trono, por supuesto. Celebrará sus primeros quinientos años ese día, cuando se encuentre con su señora esposa y se convierta en rey de toda la Atlántida.

A Riley se le cayó la taza y se quedó mirando, sin verlo, el café que dibujaba arroyos en la mesa.

—¿Cuando se encuentre con quién, dices?

Capítulo 25

Riley apartó la silla de la mesa de un empujón y bajó como una tromba por el pasillo en busca de un príncipe atlante mentiroso, falso y a punto de convertirse en capón.

Lo encontró en el salón, con Alaric, los dos inclinados sobre un gran mapa que habían extendido sobre la mesa. El traicionero cuerpo de Riley experimentó un pequeño cosquilleo al verlo, con el cabello oscuro apartado de la cara por una cinta de cuero y las piernas musculosas sólo lo bastante separadas como para imaginarse metida justo en medio, echada sobre la mesa...

...Y convirtiéndose en la tía buena y tonta de la semana mientras su prometida lo esperaba en la Atlántida.

—Eres hombre muerto —empezó a decir, después vaciló, cuando Alaric levantó la cabeza y clavó en ella aquella siniestra mirada verde y resplandeciente que tenía.

Pero ni siquiera tener que enfrentarse a Alaric en plena forma la iba a detener. Esa vez no.

—Ni... te... acerques..., Alaric. —Riley marcó cada palabra—. Tú y yo ya hablaremos de lo que sea que le hiciste a mi hermana, pero tengo que hablar con tu principito un momento.

Los labios de Alaric se crisparon revelando los dientes y el destello estroboscópico que había tras sus ojos aumentó unos mil grados, pero Conlan levantó una mano.

—Ya basta. ¿De qué va esto, Riley? —Le tendió una mano y envió una oleada de calidez y confusión a través del vínculo emocional que los unía.

La joven bajó de golpe los escudos. Con fuerza. Y disfrutó del estremecimiento de él al notarlos.

—¿No se te olvidó decirme nada cuando me estabas desnudando anoche, príncipe Conlan? El atlante frunció el ceño, la confusión era obvia en su mirada.

—¿Qué...?

—Tú. Y tu medio millar de años. Lo que, por cierto, te hace muy, pero que muy viejo para mí, en cualquier caso. El trono. Y, bueno, ¿qué era? —Riley se dio unos golpecitos en los dientes mientras miraba al techo—. Ah, ya. Tu reina. ¿Te suena de algo?, gilipollas.

Oyó a alguien ahogar un grito tras ella, pero ya había superado con creces el punto en el que podía pasar vergüenza. Humillación, sí, desde luego. Pero tampoco era como si en la casa no supiera ya todo el mundo que ella era la puta del día del bueno del príncipe.

A Riley le ardió la cara sólo de pensarlo y se alegró de que Quinn se hubiera ido. Conlan dio un paso hacia ella, pero ella echó hacia atrás el puño.

—Jamás le pegué un puñetazo a nadie en toda mi vida, pero si das un paso más, puede que seas el primero. ¿Sabías que hacía años, años enteros que no lo hacía? ¿Años desde la última vez que confié en un hombre lo suficiente como para dar ese paso con él?

Le corrían las lágrimas por la cara y se las limpió con una mano, odiaba ser tan débil. Tan estúpida.

—Riley, te juro...

—Oh, sí. Esto va a estar bien —dijo la joven con amargura—. Dime que no es lo que pienso, que no estabas engañando a tu prometida conmigo anoche, que los sentimientos que me mostraste no eran un montón de mentiras asombrosamente pútridas.

Y al decir eso, el dolor se abrió paso al fin entre la cólera. Abrasó todas sus defensas y lo fue agostando todo hasta el fondo de su alma. Riley vaciló y estuvo a punto de derrumbarse por la intensidad del dolor.

—¿Cómo has podido? —gritó—. ¿Cómo eres capaz de mentirme con el corazón?

Conlan se movió a una velocidad que lo desdibujó y la cogió entre sus brazos, convertidos en barras de acero alrededor de la joven.

—Dejadnos todos —ladró, en sus ojos había una expresión salvaje de cólera.

Riley le dio un empujón, intentó apartarse de él sin poder dejar de llorar. Unos sollozos duros y desgarradores que parecían a punto de arrancarle la garganta.

Después de todo, aquel hombre ya le había arrancado el corazón.

Cayó entre sus brazos, un peso muerto, con la esperanza de que él la dejara. Incapaz de hacer que sus piernas la sostuvieran. Conlan se fue al suelo con ella, cayó de rodillas delante de ella sin dejar de sostenerla. La joven sintió las oleadas de angustia masculina que la zarandeaban. Las oleadas de emoción que la empujaban, vendiéndole como un buhonero sus falsas promesas de sinceridad y franqueza.

—¡Sal de mi cabeza! —gritó—. No son más que mentiras. Te vas a casar con... ¿cómo se llama?

—No...

Riley le gruñó en plena cara, aquel hombre había provocado en ella unos celos fieros que nunca pensó que sería capaz de sentir.

—¡Dime cómo se llama!

Conlan bajó los brazos y la soltó. Hundió los hombros y la miró directamente a los ojos.

—No sé cómo se llama. No nos conocemos.

Riley cayó hacia atrás con la boca abierta.

—¿Qué? No lo entiendo. ¿Por qué...?

—¿Por qué?, eso digo yo —dijo Conlan, invistiéndose de poder de forma visible. La piel le brillaba con una leve iridiscencia verde azulada y la llama volvía a arder en sus ojos—. Si estoy preparado para ser rey, debería actuar entonces como un rey, ¿no es cierto?

Y diciendo eso cogió las manos de Riley y giró la cabeza para mirar a Alaric, que no había dejado la habitación.

—Y como rey debería tener derecho a elegir. El hecho de que el antiguo programa de cría haya sido el modo de hacer las cosas en las Siete Islas desde el comienzo de los tiempos no significa que tenga que continuar como tal.

Conlan miró a Riley, que permanecía sentada, con las lágrimas cayéndole todavía por la cara y preguntándose de qué estaba hablando aquel hombre.

Y por qué le importaba siquiera.

Aunque se dijo que lo odiaba, no pudo evitar observar el aire majestuoso que lo envolvía, incluso arrodillado en el suelo. Una postura que habría hecho someterse a cualquier otro hombre no conseguía reducir el aspecto grandioso que tenía él.

Capaz de dominarlos a todos.

Riley intentó respirar a través del peso que le aplastaba el pecho, a través del nudo que tenía en la garganta.

Las siguientes palabras que dijo el atlante terminaron de dejarla sin aliento.

—Yo, Conlan de la Atlántida, príncipe supremo de las Siete Islas, por la siguiente decreto que la ceremonia de elección de pareja dejará de aplicarse a aquel que no la desee. Y yo renuncio a ella. Como rey elegiré con libertad.

Los gritos ahogados que oyó Riley a su espalda fueron más altos esa vez, y el suyo propio se hizo eco de todos. Alaric se quedó pálido como un muerto y se agarró del borde de la mesa con las dos manos. Riley lo notó todo, pero sólo en la periferia de sus sentidos, lo único que llenaba su campo de visión era la cara de Conlan.

Fue incapaz de formar una sola palabra.

El príncipe se puso en pie y la levantó con él antes de rodearle la cintura con un brazo.

—Y hago ahora mi elección. La escojo a ella. Escojo a Riley Elizabeth Dawson, *aknasha*, humana, para que sea mi señora esposa y reina. —Se volvió hacia Riley con una alegría fiera en la mirada—. Si ella me acepta.

Pero antes de que Riley pudiera decir una palabra, Alaric la interrumpió.

—No, de eso nada. No renuncias a nada. Si no quieres condenar a la Atlántida y al mundo humano a un segundo cataclismo.

Alaric sonrió con amargura a la joven y después volvió a mirar a Conlan.

—Y tu humana morirá.

Como si quisiera hacerse eco de aquella proclamación del fin del mundo, el estruendo de un trueno atravesó la habitación y un rayo de energía se estrelló contra Alaric.

Conlan ahogó un grito y se lanzó en un acto reflejo por la habitación, hacia Alaric, cuando otro rayo de energía abrasó el aire y se lanzó contra el sacerdote.

—Pero ¿qué demonios de los nueve infiernos...? —gritó, pero no fue lo bastante rápido.

El estallido verde de puro fuego se estrelló contra Alaric en pleno centro. El sacerdote se encendió como si estuviera electrificado, sacudiendo los brazos como una especie de marioneta poseída por el demonio.

Conlan oyó a Riley chillando tras él, pero estaba atrapado en la corriente elemental que atravesaba el aire y se introducía en Alaric.

Duró horas, o quizá sólo fueron segundos. No había forma de saberlo. El tiempo se suspendió en la cúspide de una energía desenfrenada.

Y después, tan repentinamente como había llegado, el haz paralizante de poder se desvaneció. Ven y Justice entraron corriendo en la habitación dando gritos mientras Conlan daba un salto y cogía a Alaric antes de que se derrumbara.

Dejó la figura inconsciente del sacerdote sobre la mesa y se volvió, respirando con dificultad, para ayudar a Riley.

La joven permanecía atrapada entre Ven y Justice, que la sujetaban cada uno de un brazo y cuyas expresiones hostiles indicaban una necesidad inminente de hacerle daño a alguien.

Idea que compartía Conlan, desde luego.

Echó a andar hacia Riley.

—Quítale la mano de encima o lo próximo que vas a sentir es una patada en el culo —le gruñó a su hermano.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que estás protegiendo, con exactitud? ¿A la mujer..., la empática que tuvo el poder de hacer que te desmayaras en la playa y que acaba de derribar a Alaric?

Riley ahogó un grito.

—¿Qué? ¿Estás de broma? ¿Cómo iba a hacer yo eso?

Denal alzó la voz desde el pasillo.

—Lady Riley jamás...

Bastien lo interrumpió.

—Cállate, muchacho. Éste es un asunto del que no sabes nada.

Conlan vaciló un momento. La conocía. Había estado en el interior del alma de aquella mujer, maldita fuera. Pero era verdad que estaba muy furiosa y Alaric...

—¿Qué estás pensando? —exclamó Riley—. ¿Por qué me miras así? No creerás que...

Una voz ronca se alzó a espaldas de Conlan e interrumpió su súplica.

—Está diciendo la verdad, Conlan. No ha tenido nada que ver con esto.

Conlan giró en redondo y vio Alaric incorporándose en la mesa con la cara demacrada y pálida.

—Ha sido una señal del Tridente. Está listo para que lo encuentren.

Una bocanada de aire dejó los pulmones de Conlan de repente, el alivio estuvo a punto de

provocarle un mareo.

—Riley, yo...

—No —dijo la joven con una voz carente de emoción—. Puedes guardarte tus bonitos discursos. Acabas de demostrar que no significo nada para ti.

Se soltó del brazo de Ven y con la cabeza muy alta se volvió para dejar la habitación. Se detuvo en la puerta y habló sin mirarlo.

—Vuelvo a sentir a Reisen. Si puedo ayudarlos a localizarlo, lo haré. Por Quinn. Por la revolución.

Conlan intentó penetrar en sus emociones, pero, y era mucho peor que los escudos trabados, todo lo que encontró en la mente de la joven fue desolación.

—Y aléjate de mi mente, Conlan. Hemos terminado.

Denal los miró a todos y se atrevió a hablar.

—¿Y ahora qué hacemos?

El que respondió fue Alaric.

—Ahora esperamos otra oleada para que yo pueda ubicar el Tridente.

Bastien dio un puñetazo en la pared.

—Y después vamos a abrir una lata de hostias en la Casa de Micenas.

Conlan seguía allí plantado, con las entrañas desgarradas y ensangrentadas en el suelo, mientras la mujer que se las había arrancado bajaba por el pasillo y salía de su vida. Mostró los dientes con un gruñido.

—Exacto, Bastien. Exacto.



Anubisa levantó la cabeza de la figura inerte y ensangrentada del patético general que tenía Barrabás y siseó. La perturbación de los elementos había atravesado su cabeza como una brisa limpia que liberara el hedor acre de la muerte de un campo de batalla.

Anubisa despreciaba las brisas limpias.

Ya era hora de poner a Barrabás a trabajar.

Capítulo 26

Riley se sentó en el sofá de la sala de juegos, la invadía el vacío, una isla de silencio en medio de los apresurados preparativos para la batalla. Alaric y ella se habían pasado todo el día juntos para intentar localizar a Reisen y el Tridente. Ella había recibido de forma intermitente algún que otro contacto, breve y frustrante, con las emociones de los guerreros al tiempo que el Tridente jugaba al gato y al ratón con el sacerdote, un juego sin duda peligroso.

Finalmente, al atardecer, los destellos de poder se hicieron más potentes y Alaric pudo rastrearlos; la emisión de emociones que ella sentía partir de Reisen y sus guerreros también se hizo más fuerte y eso los ayudó a triangular una ubicación.

Ya sólo se trataba de esperar. Riley era incapaz de procesar tantos desesperados altibajos emocionales, así que decidió dejar de intentarlo.

Después de pasarse toda la tarde sin hacer caso a Conlan, actitud que mantuvo con firmeza, el atlante al fin se fue para preparar la búsqueda de Reisen y el Tridente.

Riley los ayudaría a encontrar el Tridente que tanto necesitaban y después nunca más tendría que vérselas con aquellos capullos otra vez.

Estuvo a punto de buscar la mente de Conlan antes de contenerse y volver a bajar los escudos mentales de golpe.

El Tridente. Claro, lo que tanto necesitaba para poder ir a convertirse en rey y casarse con su preciosa reina. Bueno, pues mejor para él. La expresión de duda que había en su cara cuando Ven la acusó de hacerle daño a Alaric era algo que nunca olvidaría.

Que nunca podría perdonar. Aquel hombre había estado dentro de ella, cuerpo y mente, dentro de su corazón. Pero de todos modos había dudado de ella.

Gracias a Dios que no le había dicho que lo quería.

—Que tampoco es que lo quiera —murmuró con amargura—. Un momento fugaz de locura inducida por la lujuria, ¿verdad?

Una espina de dolor incrustada en lo más profundo de su corazón lanzó una punzada aguda de protesta, pero la aplastó.

Sin piedad.

Igual que había sido él. Despiadado. Había aplastado sus estúpidas fantasías de haber encontrado al fin a alguien que entendería quién era ella en realidad, y que la amaría. Que no la abandonaría.

—¿Riley?

Genial. Y encima se estaba imaginando su voz. Apretó los ojos con fuerza y no hizo caso de la humedad que le mojaba las pestañas.

Un dedo le acarició la mejilla y la joven abrió los ojos de golpe. No lo había conjurado. Estaba allí.

El atlante se arrodilló delante de ella, le cogió las manos a pesar del intento de ella de evitar sus dedos. La habitación también se quedó de repente vacía. Ni guerreros, ni armas. Sólo ellos dos.

Y el dolor.

—Riley, no puedes dejar que un segundo de duda destruya lo que hemos encontrado —le dijo—. Alaric y su catastrofismo pueden pudrirse en los nueve infiernos por lo que a mí respecta. Te necesito.

Incluso con los escudos encerrando sus emociones sin dejar un solo resquicio y bloqueando también las de él, Riley podía ver la angustia en la cara masculina. Las líneas que enmarcaban su boca parecían haberse profundizado toda una década en la última media hora.

Seguramente ella tampoco estaba para comérsela.

Y no era que le importara. Volvió a cerrar los ojos, decidida a excluirlo de su vida.

Pero flaqueó cuando sintió su aliento en la cara, cuando sintió su beso en la frente.

—Sobreviví durante quinientos años sólo porque no he confiado nunca en nadie, Riley. Nunca creí en nadie. Nunca amé a nadie.

Abrió los ojos, necesitaba verle la cara a aquel guerrero.

Después alzó los escudos, necesitaba sentir su corazón.

Y ambos le dijeron lo mismo. Conlan, aquel orgulloso guerrero, se estaba humillando ante ella. Desesperado por conseguir su perdón.

El dolor que vio en sus ojos rivalizaba con todo lo que había sentido Riley en los recuerdos que conservaba el atlante de las torturas de Anubisa. Y de repente ya no pudo soportarlo más.

No pudo soportar ser la que le hacía daño.

—Conlan, yo...

La interrumpió el sonido de unas botas en el pasillo. Era Ven, y tenía la cara de batalla.

—Alaric dice que tenemos que irnos ya. El Tridente está chillando dentro de su cabeza y hay un nuevo nivel de poder en él. —Se quedó mirando desde su altura a Conlan y Riley, era obvio que no le hacía gracia lo que veía, pero no dijo nada más.

Se limitó a darse vuelta e irse con paso firme.

—Tengo que irme, *mi amara akenasha*.

—Lo sé. Ten mucho cuidado.

—¿Estarás aquí cuando regrese? —La voz de Conlan era fiera, la desesperación se la enronquecía—. Entonces podremos solucionar esto. Prométemelo.

—Sí, te lo prometo. Ahora vete. Cuanto antes te vayas, antes volverás.

Conlan la aplastó contra él con un abrazo fiero y después reclamó los labios femeninos con un beso abrasador.

—Voy a dejar a Denal y Brennan contigo para que monten guardia. Ten mucho cuidado, hazlo por mí, Riley. Necesito que estés a salvo.

Momentos después se fue y la puerta de la calle dio un portazo tras él. Riley se hundió en el sofá, mientras se preguntaba si aquel hombre sobreviviría al enfrentamiento con su enemigo.

Y mientras se preguntaba cómo iba a sobrevivir ella, si no era así.



Reisen se quedó mirando con no poca satisfacción a las figuras arrodilladas y ataviadas con túnicas azules de los veinte miembros de la Sociedad Platónica que habían acudido a ofrecer sus servicios y a venerar a un príncipe de la Atlántida.

No era todavía príncipe supremo, pero todo llegaría.

El piso principal del almacén era una sala de reuniones improvisada, perfecta. Él se había subido a una paleta de madera con la mesa desnuda ante él, salvo por un bulto envuelto en tela. Unas velas iluminaban la mesa, aunque había focos encendidos por el edificio.

Muy pronto el Tridente iluminaría la noche.

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y acarició la gema que escondía allí. Había llegado el momento de hacer una pequeña demostración de poder.

—Alzaos y contemplad el cumplimiento de la profecía —gritó—. Contemplad el primer paso de los Guerreros de Poseidón, que vuelven a ocupar de nuevo el lugar que les corresponde entre la sociedad de la tierra.

Apartó con gesto suave los pliegues de tela que ocultaban el objeto que todos habían ido a ver y levantó el resplandeciente Tridente dorado por encima de la cabeza.

—¡El Tridente de Poseidón! ¡Instrumento de poder para el gobernante de la Atlántida desde hace incalculables milenios!

El rugido de los vítores sacudió las paredes y los taconazos de decenas de pies atronaron la caverna llena de ecos de la sala.

—¡Atlántida! ¡Atlántida! ¡Atlántida!

Reisen sacó la esmeralda del bolsillo y bajó el Tridente. Cerró los ojos un instante y pronunció una breve plegaria.

Poseidón, Padre del Agua.

Señor de los elementos, avatar de la justicia para todos los atlantes.

Escucha nuestro ruego, siente nuestra necesidad. Devuélvele a la Atlántida su antigua gloria. Escucha nuestro ruego, siente nuestra necesidad.

Abrió los ojos y, antes de poder pensar en la horrenda muerte que lo aguardaba si se había equivocado en sus suposiciones, colocó la esmeralda en el agujero superior de los siete vacíos que tenía el bastón del Tridente.

El poder se alzó en cuanto la esmeralda encajó en su sitio, atravesó el Tridente con un chisporroteo y estuvo a punto de quemarle la mano. Cerró el puño con más fuerza todavía alrededor del bastón y compartió su alegría y su triunfo con todos lanzando un bramido.

Una luz cegadora verde y plateada salió disparada del Tridente e iluminó la oscurecida sala con la intensidad del sol del desierto al mediodía. Los propios elementos respondieron a la llamada del Tridente y el viento se convirtió en un torbellino alrededor de Reisen, levantando las túnicas y el pelo de los humanos.

Unas cintas de agua brotaron de las paredes y del techo, de las cañerías oxidadas que llevaban muchos años sin llevar agua a ningún sitio. Giraron y rodaron por la sala, bailando con la luz, interpretando un vals de poder resplandeciente.

El poder, ah, el poder. Reisen ya casi se había quedado sin voz, tenía la garganta ronca, pero continuó celebrando su victoria a gritos.

La Atlántida será mía, y estos débiles humanos no tardarán en caer. Y una vez más, el mundo temblará ante nuestros pasos.

Ante mis pasos.

—Soy Reisen de la Atlántida y decreto que así será.

El Tridente le atravesó las manos con una oleada de calor punzante y abrasador cuando sonaron aquellas palabras, pero Reisen se echó a reír mientras le quemaba la piel.

Se rió del dolor.

Y empezó a hacer planes para la batalla.

Capítulo 27

—¿Me permite que me siente con usted? —Denal rondaba en la entrada, parecía un auténtico pistolero del antiguo oeste.

Además de las dagas que llevaba atadas a los muslos, una complicada serie de correas de cuero le colgaban en una especie de pistolera doble que le cruzaba el pecho.

—¿Listo para el duelo al sol? —preguntó Riley mientras conseguía esbozar una sonrisa.

El joven frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Nada. No importa. Una cosa del salvaje oeste, seguramente fue antes de que tú nacieras. Claro que no es que haya habido mucho antes de que tú nacieras. ¡Oh!, da igual.

El atlante se acercó a la ventana y apartó las persianas para asomarse un poco.

—Brennan está haciendo la primera guardia afuera. Aunque no esperamos que haya ningún problema. Nadie sabe dónde estamos.

—Eso es lo que pensaban Reisen y su panda. ¿Y si ellos también tienen una empática a mano?

La joven vio que los ojos del atlante se abrían todavía más y que una expresión horrorizada cruzaba su rostro.

—¡No pensamos en eso! Pero, pero Alaric dijo que usted es la primera en diez mil años que es *aknasha*.

Riley se levantó y empezó a pasearse.

—Ya. Y luego está mi hermana. ¿Y quién sabe cuántos más que no habéis visto ninguno, sumidos en vuestra arrogancia?

—¿Sabe si hay alguien más como usted y lady Quinn?

Lady Quinn. Lo que se iba a reír su hermana si lo oyera.

O quizá no. La verdad era que Riley ya no conocía a esa nueva Quinn. La que entraba en combate al mando de hombres lobo.

Abrió su mente y envió sus emociones a adentrarse en la noche en busca de su hermana.

No sintió nada. Como si Quinn hubiera muerto de verdad en aquel bosque ensangrentado. O como si la hubiera dejado afuera, una vez más. Para ocultar las cosas que había hecho y la persona en la que se convirtió.

La entristeció pensarlo.

—¿Lady Riley?

Parpadeó y se centró en la cara que tenía adelante.

—No. No, nunca conocí a nadie, aparte de Quinn, que pudiera enviar o percibir emociones como lo hacemos nosotras. Creo que mi madre quizá tuviera ese talento. Hay algo en los recuerdos que tengo de ella...

Cerró los ojos y envió sus sentidos por un camino diferente. En busca de la segunda persona que se había colado en su corazón y había acampado allí.

Conlan.

Riley sintió la reacción del guerrero: los azules y dorados de la calidez y el cariño la

inundaron.

¿Riley? ¿Me necesitas?

No. Es que... No. Ten mucho cuidado. Encuentra vuestro Tridente y vuelve rápido. Por favor.

El buen humor del atlante la atravesó como un rayo trémulo, ribeteado por una fuerte sensación de alivio.

Me das órdenes incluso a distancia. Tenemos que hablar de esa afición tuya a despreciar la realeza.

Eh, que yo formo parte de una democracia, colega. Le dimos una buena patada a un culo real para conseguir la libertad, no creas que no podemos hacerlo otra vez.

Antes de que él pudiera responder a las bromas de la joven, la conexión entre ambos vaciló. Un frío gélido atravesó las venas de Riley.

¿Conlan?

Estoy bien. Tengo que... tengo que concentrarme. Hasta luego.

Las barreras mentales del atlante se cerraron de golpe y la echaron por la fuerza del vínculo emocional que los unía.

Denal permanecía delante de ella; sus puños apretaban con fuerza las empuñaduras de las dagas.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Creo que no es nada. Espero que no sea nada. —Riley se hundió en el sofá—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Esperar —dijo el joven con aire sombrío—. Aunque yo debería estar luchando con el resto de los Siete para recuperar el Tridente.

Era tan joven... Lo bastante joven como para enfadarse si lo dejaban fuera de la batalla y el derramamiento de sangre.

O quizá era el hombre que había en él, no la juventud.

Riley sonrió con tristeza.

—Siento que te tocara hacer de niñera.

El atlante se azoró al momento.

—Qué... oh, no. Es un honor para mí protegerla y servirla, mi señora. Es sólo que...

—No te preocupes. Si yo tuviera un par de esas dagas y supiera cómo usarlas, también querría estar metida en todo el meollo, supongo. Al menos para ayudar a proteger...

—Al príncipe —asintió Denal—. ¿Es cierto, entonces, lo que dicen las leyendas sobre las *aknashas*? ¿Qué pueden formar la fusión de las almas muy rápido?

—¿La qué? —Riley sintió que le ardían las mejillas por una razón demasiado obvia, pero sentía curiosidad—. ¿Qué es una fusión de las almas?

—Se dice que cuando alguien que es *aknasha* ama de verdad, se abre a su amado de modo que él puede viajar por los corredores de su corazón y su alma.

—Muy poético —dijo Brennan al entrar en la habitación—. El problema de esto de «esconderte a plena vista» que prefiere Ven en sus pisos francos es que los vecinos ven con recelo que un tipo como yo patrulle la noche.

—Con que llamando la atención en una zona residencial, ¿eh? —preguntó Riley intentando hablar con tono ligero.

Las palabras de Denal la habían conmocionado más de lo que estaba dispuesta a admitir. La verdad tenía la costumbre de hacer ese tipo de cosas. Alguien que ama de verdad.

—Es difícil pasar desapercibido cuando eres un macizo de casi dos metros, Brennan. ¿Es que en la Atlántida le echan al agua una especie de poción de la belleza absoluta?

Se quedó mirándolos a los dos, allí plantados: músculos y pómulos vestidos de cuero entre una cascada de acero. Como si se acabaran de escapar de un extraño universo paralelo en el que los modelos de pasarela llevaban armas.

Denal negaba con la cabeza.

—En la Atlántida no vivimos en el agua. La cúpula nos protege.

Riley parpadeó y después se echó a reír con tal fuerza que le dolieron los costados. Cuando el joven se ofendió, intentó explicarse.

—No, no, no me estoy riendo de ti, Denal. Es que me acabo de caer detrás del conejo con los Modelos Macizos Desenfrenados.

Lo que hizo que le entrara otro ataque de risa, el peor caso de risitas de estrés que había tenido jamás, y el hecho de que Denal la mirara sacudiendo la cabeza no hacía más que empeorarlo. Hasta Brennan sonrió, aunque la expresión nunca le alcanzó los ojos.

Cuando Riley pudo recuperar el aliento, se secó los ojos con las manos.

—Vale. Lo siento. De verdad. Es que a veces me entra un ataque de estos. Seguro que termino riéndome en mi lecho de muerte. ¿Qué tal unas pizzas? ¿Dos o tres? —Los estudió y amplió mentalmente el pedido. Una distracción. Eso era lo que necesitaban—. No, cinco pizzas cargadas hasta arriba. Y podemos poner una de éstas películas. Creo que Ven tiene la mejor colección de clásicos que he visto jamás. ¿Alguien vota por el *King Kong* original?



Conlan siguió a Alaric y atravesaron volando la ciudad, con los cuerpos transformados en una bruma resplandeciente. Ven y los otros los seguían en dos de los coches de la colección de éste. Habían descubierto muy pronto que las armas modernas, de hecho, cualquier cosa que no contuviera al menos un rastro de oricalco, no podían cambiar con la magia del proceso de transformación.

A Ven le encantaba tener sus juguetitos con él. Aquel tío tenía más armas que un arsenal.

Y las iban a necesitar, sin duda. Aunque cinco de los guerreros de Reisen estaban muertos, quizá todavía los superaran en número. La Casa de Micenas podría haber llamado a muchos más para proteger el Tridente robado.

¿Por qué?

Fue el pensamiento que le envió a Alaric.

Creía que estabas muerto. Quería que la Atlántida ocupara lo que él consideraba que era el lugar que le correspondía entre los caminantes. Se impacientó con la forma prudente de hacer las cosas del Consejo. Sin duda se vio como rey.

Conlan oyó la nota subyacente.

¿Tú eres de la misma opinión?

Aunque no era empático, no le costó, nada leer el disgusto en los pensamientos del sacerdote.

Si no es ahora, ¿cuándo, Conlan? Se nos ha encargado proteger a la humanidad. ¿Cumplimos ese voto que hicimos escondiéndonos como mujeres? No, no procede. Esa mujer tuya y su guerrera hermana no piensan en esconderse, vergüenza debería darnos.

Alaric aceleró un poco más, como si intentara dejar atrás cualquier pensamiento sobre Quinn. Conlan necesitaba entender más sobre aquella reacción, desde luego. Pero había un asunto mucho más urgente.

Alaric, ¿qué es ese fin del mundo del que hablabas? ¿Un segundo cataclismo?

Pero en lugar de responder, Alaric se precipitó entre los árboles que apenas rodeaban un solar vacío que lindaba con un edificio grande de aspecto ruinoso.

Un edificio lleno de luz y sonido y rodeado de coches.

Cuando el sacerdote recuperó con una luz trémula su forma corporal, lanzó la cabeza y los brazos hacia atrás. La tensión invadía los esfuerzos de cada músculo.

—El Tridente está aquí. Me llama... me provoca. Llama a los otros. Lo hemos encontrado.

Conlan, que durante todo el viaje había estado comunicando la dirección que seguían a Ven, le envió las indicaciones finales a través del enlace mental.

Ven. Date prisa.

Recibió los pensamientos de Ven disparados como una flecha.

Cinco minutos como mucho. Y después vamos a hacer que el señor de la Casa de Micenas lamente el día que nació.

—Cinco minutos, Alaric. Tenemos que esperar a los otros. Por la pinta del aparcamiento, nos superan en número, y la proporción no es buena.

Alaric empezó a adelantarse con los ojos resplandeciendo en la oscuridad.

—Humanos sobre todo —gruñó—. Puedo sentirlos. De todos modos no importa. Ninguno de ellos está a mi altura. Voy a hacer caer la justicia de Poseidón sobre ellos.

Conlan destelló y apareció delante de Alaric, bloqueándole el paso e impidiéndole continuar.

—Vas a esperar. Como príncipe tuyo, te lo ordeno. Si te destruyen por un golpe de suerte provocada por su superioridad numérica, ¿qué esperanza le queda a la Atlántida?

La cara de Alaric mostraba una expresión salvaje. No quedaba rastro del amigo de la infancia de Conlan en la determinación cruel de aquel rostro.

—Fuera de mi camino, príncipe. Esto es trabajo de dioses, y no puedes revocar mi objetivo.

—Como príncipe no, quizá. Pero ¿y como amigo? —Conlan extendió una mano para coger el brazo del sacerdote.

La luz de los ojos de Alaric ardió al tocar la cara de Conlan, pero el príncipe no se arredró.

Alaric se soltó el brazo de un tirón y levantó las manos para invocar el poder, unas ráfagas de viento alzaron a Conlan del suelo y lo tiraron. El príncipe luchó contra el elemento del viento para intentar levantarse. Alaric se limitó a mirarlo desde su altura con expresión pétrea.

—Yo no tengo amigos.

Y después cruzó el solar a zancadas, rumbo a las ventanas resplandecientes del almacén.

Capítulo 28

Anubisa miró con desprecio la cabeza inclinada del supuesto señor de los vampiros. Su padre-marido se retorcería de vergüenza si tuviera que ver la sangre diluida de su raza.

Por suerte para todos había matado a Chaos. Anubisa recordó su muerte con pena.

Era una pena que no pudiera repetirse otra vez.

Ese éxtasis puro, desgarrador, al despedazar la yugular de su incestuoso amante, cuando alcanzó el clímax dentro de su cuerpo. La rabia impotente de Chaos, cuando su semilla y su sangre fluyeron de su miembro y su cuello, y llenaron a la vampira.

Él la había hecho diosa de la muerte y ella se había comido su alma. Muy apropiado todo, por alguna razón.

Pero el caso es que se había quedado con aquella pálida imitación de la grandeza con la que osaba intentar ejercer el liderazgo.

—¿La fisura en el tejido natural de los elementos? ¿Es que no la percibiste, idiota?

El otro se estremeció a sus pies, no era hombre suficiente para enfrentarse a ella.

—Sí, que la he percibido, eminentísima. ¿Qué querréis que haga?

Anubisa balanceó casi con delicadeza un pie envuelto en seda y le dio una patada con la fuerza suficiente como para lanzar su cuerpo por el aire. El hombre se estrelló contra la pared de su cámara y se deslizó hasta el suelo. Casi deshuesado.

Inútil.

—Levántate, patético saco de estiércol de gusano. Lo que quiero que hagas es que rastrees y encuentres a esos atlantes que se atreven a perturbar los elementos. —La cólera hizo destellar los ojos femeninos con un color rojo encendido, apenas sintió la sangre de las retinas que le resbalaba por la cara—. Y llévate a Drakos contigo. Es posible que él tenga algo del sentido común del que es obvio que tú careces.

—Pero...

Anubisa se quedó inmóvil y el aire de la cámara descendió a una temperatura lo bastante gélida como para helar la sangre humana. Vaya. Así que eso era la cólera. Pasaron siglos desde la última vez que su humor había salido del letargo más absoluto.

—¿Te atreves a cuestionarme? —preguntó, su voz era un susurro indecible de muerte.

—Nunca —jadeó él mientras se levantaba del suelo.

—Encuentra a los atlantes. Ya. Y quizá te deje vivo todavía.



Ven condujo los últimos cien metros sin luces, quemando goma. A veces la visión nocturna atlante era una ventaja.

Justice ya había salido del coche antes de que Ven pudiera ponerlo en punto muerto. Bastien y Alexis salieron del asiento de atrás, tras él.

Ven salió de un salto y levantó la cabeza al oír el viento que pasaba silbando sobre su cabeza. Era Christophe, decidido a viajar a través de la bruma, aunque su fuerza y velocidad no

estaban a la altura de la de Conlan y Alaric.

Ven asintió. Sabía lo que era el orgullo.

—¡Conlan! —resonó la voz de Justice y Ven echó a correr.

Maldita fuera. Su hermano, no. Otra vez no.

Se acercó a la carrera al grupo de guerreros cuando Justice ayudaba a Conlan a levantarse.

—¿Estás herido?

Conlan lo miró, sacudió la cabeza y respiró hondo.

—No, pero voy a darle una gran patada en ese culo verde y resplandeciente que tiene Alaric en cuanto le ponga las manos encima. El muy cabrón me sacó de en medio con magia para ir a buscar el Tridente. No quiso esperar refuerzos.

Christophe cobró forma envuelto en una luz vacilante a su lado, con el rostro absorto y con los ojos clavados en el feo edificio de acero y ladrillos que había al otro lado del solar.

—Es el Tridente —dijo sin aliento—. Está cantando. Jamás he sentido tanto poder.

Con el rostro transfigurado, Christophe se fue tambaleándose hacia el edificio sin escuchar la llamada de Ven, que le decía que parara. Bastien se puso delante de él y con aire casual le dio un puñetazo en la mandíbula, con el que estuvo a punto de derribar al guerrero.

Christophe parpadeó y sólo entonces empezó a procesar lo que veía a su alrededor, después se frotó la mandíbula y miró a Bastien con el ceño fruncido.

—¿Por qué demonios de los nueve infiernos hiciste eso?

Bastien esbozó una gran sonrisa.

—Llevas tiempo buscándotelo. Ah, sí, y también estabas en una especie de trance.

Conlan se adelantó con paso decidido.

—Ya está bien. Tenemos que desplegarlos y averiguar en qué nos estamos metiendo. En lo que supongo que Alaric ya está metido. Si hay algún centinela, ocupaos de ellos. Sin ruido.

Bastien sacó las dagas.

—El silencio es mi segundo nombre, mi señor. Vamos como dios.

Christophe bufó.

—Feo es tu segundo nombre.

Alexios se adelantó y le dio un empujón con el hombro a Christophe al pasar junto a él.

—Una palabra más y vas a descubrir un significado completamente nuevo de la palabra feo, cerebro de mierda —gruñó.

Con varios gestos, Conlan le indicó a Justice que tomara posiciones por la izquierda y que Alexios hiciera lo mismo por la derecha. Él se fue por el medio, murmurando una rápida oración a Poseidón para que Alaric aguantara otro puñetero minuto.

Fue entonces cuando se hicieron pedazos las ventanas de los edificios.



Brennan levantó la cabeza de golpe.

—Se acerca alguien. —Echó mano a las armas que nunca dejaba muy lejos.

Riley había notado que todos hacían lo mismo. Incluso cuando estaba en la cama con ella, las dagas de Conlan habían quedado en una mesa, al alcance de la mano.

Se le colorearon las mejillas cuando se dio cuenta de que, por quincuagésima vez en una sola hora, estaba pensando en Conlan desnudo. Por Dios, se estaba convirtiendo en un tío, lo único que tenía en la cabeza era sexo, sexo, sexo. A continuación iba a empezar a rascarse la entrepierna y a desarrollar una necesidad urgente de jugar con la consola.

—Seguramente será el tío de la pizza —dijo—. Hurra por las entregas puntuales. Déjame coger la cartera.

Tanto Brennan como Denal se levantaron para acompañarla, pero Riley se plantó allí con

los puños en las caderas.

—Es el tío de la pizza. Que será un chavalín flaco que todavía va al instituto y que se va a mear en los pantalones si salís los dos a la puerta con esa pinta de Conan el Atlante. ¿Estamos?

Sonó el timbre de la puerta y Brennan sacudió la cabeza.

—No va a ir sola.

Riley apeló a la lógica.

—Mira, si asustáis al chaval, va a tener una gran historia que contar en la pizzería, ¿no? ¿De verdad queréis que la dirección y el teléfono de vuestro supuesto piso franco quede guardado en el ordenador de unas personas que creen que lo que vive aquí es una banda de moteros que trafican con drogas?

Denal sacó la espada en plan «yo soy el guerrero y vos sois una pobre e indefensa doncella».

Riley puso los ojos en blanco.

—¿Brennan? Tú eres mayor y más sabio, ¿no? ¿No tiene sentido lo que digo?

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Brennan asintió por fin.

—Puede ir. Yo permaneceré detrás de la puerta mientras usted efectúa la transacción.

—De acuerdo. Pero vamos antes de que se enfríe mi pepperoni.

Riley detuvo la película, ¿quién no adoraba a Fay Wray?, y sacó la cartera de su chaqueta de camino a la puerta. Brennan le dio unos billetes doblados.

—No va a pagar nuestra comida, lady Riley. Aunque le agradecemos el ofrecimiento.

La joven se encogió de hombros y le dejó que le metiera el dinero en la mano.

—Muy bien. ¿Es posible que a un guerrero real le paguen mejor que a una asistente social?

Brennan se colocó detrás de la puerta y apartó un paraguas.

—¿Los atlantes necesitan paraguas? Creí que a vosotros os gustaba el agua —bromeó Riley con la esperanza de que Denal empezara a hablar otra vez de la cúpula.

Pero Denal se limitó a sonreír y sacudió la cabeza mientras acechaba tras la puerta del armario. Riley le echó un vistazo al fajo de billetes.

—Caray, que tampoco necesitamos un par de cientos de dólares para unas cuantas pizzas. ¡Menuda propina que se iba a llevar el tío!

Riley abrió la puerta con una carcajada mientras continuaba separando los billetes.

—Entra, chaval, cuánto es...

Y la derribó al suelo el primero de un enjambre de vampiros que se abalanzaron con un siseo.



Alaric se enfrentó a Reisen sobre las cabezas de varios humanos encogidos. Le apetecía vomitar ante el sacrilegio de ver al Tridente en un lugar tan lúgubre.

Con aquel capullo que era un ladrón.

La conmoción del primer estallido de energía que había lanzado rebotó en un círculo de poder que rodeaba al Tridente y su portador. Pero al tiempo que el Tridente protegía a Reisen, su llamada de sirena cantaba cada vez más alto y urgente en la cabeza de Alaric.

Rescátame, sacerdote. Devuélveme al templo de mi dios.

El poder que había en él, amplificado más allá de todo lo que el sacerdote hubiera conocido jamás, lo abrasó al mismo tiempo que lo sedujo. Un poder que estaba más allá de todo lo imaginable.

Y Reisen sólo había añadido la primera joya.

Sí, sólo la primera. Devuélveme a mi gloria primera, Alaric, y serán tuyos una gloria y un poder sin medida.

Durante lo que dura un simple susurro, los pensamientos de Alaric se volvieron hacia Quinn. Pero aquella mujer no podría ser suya jamás. Si el poder iba a ser su única amante, ese sería el calor sobre el que cabalgaría.

Levantó los brazos, levitó en el aire y flotó sobre los cuerpos de los guerreros que habían caído en su primera andanada.

—Vengo por lo que es mío por derecho, micénico —exclamó.

Su voz era profunda y en ella resonaba el poder que estaba canalizando.

—¿Tuyo? Es mucho lo que reclamas, sacerdote. El Tridente pertenece a Poseidón. Tú no eres más que su sirviente —se burló Reisen—. ¿O es que aspiras a la divinidad ahora que Conlan está muerto?

—Conlan vive, idiota. De hecho, está de camino para derrotar ésta fuerza patética que has reunido, lo que queda de vosotros después de que los cambia-formas os derrotaran ayer.

—¡Mientes! —rugió Reisen—. ¿Serías capaz de mentir sobre tu príncipe muerto para alcanzar el poder tú?

La voz de Conlan se abrió camino entre el zumbido de poder que iba en aumento.

—Al parecer los rumores sobre mi muerte se han exagerado mucho.

Reisen levantó la cabeza de golpe para mirar a su príncipe, que parecía muy vivo. El sobresalto debió de debilitarlo, porque le temblaron las manos sobre el Tridente y estuvo a punto de soltarlo.

Al mismo tiempo que los guerreros de Reisen empezaban a agitarse y se levantaban del suelo donde habían caído durante la primera andanada, Ven, Justice y los demás entraron por las ventanas y por una puerta trasera, y rodearon la habitación.

Reisen se quedó allí plantado, con la boca abierta.

—¡Conlan! ¿Cómo es que estás vivo después de siete años?

El príncipe dio un paso hacia él. La amenaza sombreaba sus rasgos, cada línea de su cuerpo exudaba señorío real.

—Ya hablaremos, micénico. O, más bien, hablaré yo y tú escucharás. Pero de momento, devuélvele el Tridente al sacerdote de Poseidón.

Reisen alzó en el aire el reluciente bastón.

—Me parece que no. Hemos decidido que la Atlántida va a emprender un nuevo rumbo. Incluso aunque tantos años con Anubisa no te hayan comprometido, estás atrapado en el pasado. Yo soy el camino del futuro. Y con esto soy imparable.

Alaric invocó los elementos, formó una bola de poder reluciente y la lanzó contra Reisen. El Tridente sólo desvió una parte de su fuerza, por lo que la esfera de energía se estrelló contra Reisen y lo hizo dar unos pasos hacia atrás. A su alrededor, los guerreros de la Casa de Micenas sacaron sus aceros y comenzaron a acercarse.

Conlan se volvió para mirar a Alaric y asintió.

—Vamos a jugar.



Riley se quedó mirando los ojos rojos y furiosos del vampiro cuyas manos le aplastaban la garganta. Oyó voces, el sonido de una batalla. Denal y Brennan rugían el nombre de la Atlántida y Poseidón. Pero por alguna razón lo oía todo muy, muy lejos.

Y parecía estar pasando a cámara lenta.

En lo único en lo que era capaz de centrarse era en la gota de saliva que se acumulaba en la comisura de la boca del vampiro que la estaba asesinando. Una criatura que abría los labios sobre unos colmillos amarillentos y agrietados y echaba la cabeza hacia atrás para atacarla.

Iba a morir bajo los colmillos de un vampiro con los dientes picados.

Jamás le dije a Conlan que le quiero.

La desesperación le dio fuerzas. Levantó los brazos de un tirón y después los estiró con la táctica que había aprendido para soltarse de un atacante.

Claro que se suponía que eran atacantes que no podían levantar su casa con una sola mano, como bien podría hacer uno de aquellos puñeteros vampiros.

Con todo, el monstruo aflojó su presa durante una fracción de segundo. Lo suficiente para que la joven levantara la rodilla y se la clavara con todas sus fuerzas en la entrepierna al tiempo que se preguntaba si los vampiros tenían testículos.

El horrendo chillido del monstruo le confirmó que sí.

Salió rodando de debajo de la estridente criatura gritando ella también, haciendo pedazos la noche con un alarido inarticulado y ensordecedor, enviándole sus pensamientos y su terror a Conlan con más poder del que nunca había utilizado.

¡Vampiros! ¡Demasiados! Denal... ¡Oh!, Dios, no.

Se quedó inmóvil un momento, abrumada por el horror. Demasiados, son demasiados.

Demasiados. Y yo no pienso morir así.

Cogió el paraguas que todavía seguía apoyado en la puerta del armario, por extraño que fuera, y corrió hacia los cuatro vampiros que estaban atacando a Denal.

—¡Quitadle esas asquerosas zarpas de encima a mi amigo! —chilló al tiempo que Denal le clavaba la punta de la espada en el pecho al vampiro que tenía adelante.

Debió de alcanzar el corazón, porque el vampiro estalló en mil asquerosos pedazos de sangre y hueso que cubrieron la alfombra.

Mientras Riley se obligaba a atravesar aquel desastre a la carrera, apuntando a otro vampiro con el extremo puntiagudo del paraguas, los huesos y la sangre empezaron a disolverse.

Brennan le gritó desde la esquina, donde estaba enfrentándose contra tres más. Ya debía de haber matado a alguno, porque habían sido más de siete los que entraron por la puerta.

—¡Riley! ¡El que la atacó! ¡Debe cortarle la cabeza!

Ella se detuvo en seco y se quedó mirando a Denal y después a Brennan, después volvió a mirar al vampiro, que intentaba levantarse.

—¿Con un puñetero paraguas? —chilló.

—¡Detrás de usted! ¡El armario!

Abrió de un tirón la puerta del armario y vio una sala llena de armas.

—Pero qué...

Después cogió lo que tenía más cerca, algo parecido a un hacha de batalla de una película antigua.

—Qué coño. Siempre he querido ser vikinga.

Deja de balbucear, Riley, se dijo, a punto de volverse loca de miedo.

—¡Riley! ¡Ahora!

Giró en redondo con una sacudida y el hacha por adelante.

Después le rebanó la parte superior del cráneo al vampiro que se acercaba arrastrándose por detrás. La sangre y los sesos cayeron en una cascada de la cabeza de la criatura, y le salpicaron las piernas y las botas.

Lo que terminó con los restos de cordura que le quedaban.

—¡Tengo sesos en las piernas! —chilló mientras aporreaba al vampiro moribundo con hachazos y puñaladas.

Con uno de los golpes le arrancó la cabeza del cuello.

—¡No lo soporto más! No... lo... soporto... más.

Salió corriendo de la habitación, resbaló con la sangre y los sesos del suelo y estuvo a punto de caer. Sollozaba debido al pánico y a la adrenalina pura que le corría por las venas.

Se lanzó corriendo a por los vampiros que rodeaban a Denal sin dejar de lanzar hachazos y golpes con el hacha.

—¡No, no, no! ¡Dejadlo en paz! —sollozó, chilló, rugió.

No decía nada con sentido. Y le daba igual.

El sentido común ya no tenía nada que hacer allí.

—¡Tengo sesos en las piernas! ¡Soy asistente social! ¡Te voy a cortar la cabeza por triplicado!

La invadió una furia ciega. Empezó a lanzarse de derecha a izquierda poniendo toda la furia y la incertidumbre de todo aquel día en cada golpe. El hacha rebanó el hombro del vampiro que tenía adelante y se la clavó hasta el pecho.

Cuando la criatura cayó al suelo chillando, el hacha se fue con ella. Riley no podía sacarla. Estaba encajada en los huesos del vampiro, en su caja torácica.

—¡Riley! —le bramó la voz de Brennan—. ¡Salga de aquí ahora mismo! ¡Largo, corra a ponerse a salvo! ¡Ahora!

Denal, sin dejar de batallar con fiereza, con una espada en una mano y la daga en la otra, se quedó mirando a Riley por encima del hombro del vampiro que lo atacaba.

—¡Lady Riley! ¡Por favor! ¡Póngase a salvo! Déjeme cumplir mi papel de protector suyo.

La joven se quedó allí plantada, sollozando, incapaz de moverse entre los dos grupos de contrincantes. Brennan derribó a otro vampiro y ya sólo le quedaba uno. Denal todavía luchaba contra dos.

—Tengo que conseguir otra arma. Tengo que ayudar —exclamó—. ¡Conlan! ¿Dónde estás?

Pero cuando intentó encontrarlo, todo lo que sintió fue aquella curiosa negrura con la que Reisen se había rodeado a sí mismo y a sus guerreros poco antes.

Riley se dio vuelta y se obligó a mover las piernas cubiertas de sesos y chorreando sangre para volver a la habitación de las armas. Ya casi había llegado cuando oyó el golpe seco y el rugido angustiado de Denal.

Se giró para ver qué era. Chilló otra vez y cayó de rodillas.

Brennan se alzaba jadeando sobre el cuerpo ya sin cabeza del último vampiro.

Denal yacía en el suelo, empalado por una espada que el vampiro le había clavado en el estómago antes de morir.

Y mientras Riley miraba, con las lágrimas casi cegándola, la vida y la luz de los ojos de Denal se fueron atenuando, hasta que se apagaron. La cabeza del atlante cayó hacia un lado y murió.

Capítulo 29

Conlan apretaba las puntas de las dagas contra dos gargantas diferentes. Los guerreros que había desarmado contenían el aliento, arrinconados contra la pared. Sin duda, leían la muerte en sus ojos.

El siseo del acero surcando el aire le advirtió del peligro segundos antes de que otro de los hombres de Reisen cayera muerto a los pies de Conlan. Éste giró y vio a Justice limpiando la espada en las ropas del hombre caído.

—Sólo os vigilo las espaldas, Conlan.

El príncipe asintió.

—Literalmente, por lo que veo. Te debo una.

Justice alzó una ceja.

—Oh, creo que no deberíamos empezar a llevar la cuenta, mi señor. Porque los «te debo» ya se acercan a las cifras de dos dígitos.

Ven y los demás mantenían al resto de los guerreros micénicos a raya tras los cañones de las armas semiautomáticas. El problema con los juguetitos de Ven era que, en el mejor de los casos, la fiabilidad de la maquinaria no era muy alta alrededor de alguien capaz de canalizar los elementos.

Peligrosa en el peor.

Ven siempre decía que le gustaba vivir en el filo de la navaja.

Alexios se movía entre los humanos comprobando que se encontraran bien. Todos lucían unas túnicas extrañas y expresiones de terror mezcladas con asombro. Conlan captó murmullos de «Atlántida, Atlántida».

Otro problema más que añadir a su creciente lista.

En el escenario improvisado, Alaric se enfrentaba a Reisen, que todavía conservaba el Tridente. Un muro reluciente de energía estallaba entre ellos, vacilando primero hacia uno y después hacia el otro.

Reisen no tenía formación para utilizar objetos poderosos, pero Alaric le dijo una vez a Conlan que el Tridente parecía tener criterio propio. «Más voluble que una mujer hermosa» habían sido sus palabras exactas.

Pero Alaric parecía estar ganando esa batalla.

Los hombres que tenía en los otros extremos de las dagas se movieron y Conlan presionó las puntas unos milímetros más contra la piel tierna de la garganta de los guerreros.

—¿Creéis que estoy distraído? ¿Es que tenéis intención de hacer algo?

Los hombres permanecieron en silencio, abriendo mucho los ojos para negarlo. Con miedo a hablar, seguramente.

Aterrados de un príncipe que había vuelto de la tumba convertido en un asesino salvaje.

Bien.

—¿Quién sabe lo que me hizo Anubisa mientras estuve fuera? —preguntó burlándose de ellos—. Puede que sea un vampiro en secreto.

Se inclinó un poco más sobre ellos, estiró los labios y siseó.

El hombre de la derecha lanzó un ligero chillido, después se le pusieron los ojos en blanco y se cayó redondo. Conlan apenas tuvo tiempo de apartar la hoja de un tirón antes de que aquel maldito idiota se empalara solo.

El guerrero que estaba a la izquierda de Conlan no se había dejado intimidar.

—Quizá seáis peor que un vampiro, si jugáis a juegos infantiles como ese con hombres que se merecen algo mejor, mi señor.

Las palabras removieron una vergüenza distante a la que siguió la ira.

—¿Osas reñirme? ¿Recuerdas algo sobre la traición? ¿Qué hay de blasfemar contra el Templo de Poseidón robando uno de sus íconos? ¿Y lo de atreverte a atacar a tu príncipe supremo?

El desafío de la mirada del hombre no se atenuó.

—Soy Micah, primero de los Siete de Reisen. Creíamos que estabais muerto y que la Atlántida no tenía líder. Vos...

—Ven era el heredero al trono y todo el mundo lo sabía. Aunque no es mala forma de intentar racionalizarlo.

Micah esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿Ven? ¿Cuántas veces ha dejado claro que no quiere gobierno alguno? Está mucho más cómodo en la taberna que en el palacio. Reisen también tiene en sus venas sangre de reyes, y serviría bien a nuestro pueblo.

Conlan dio un paso hacia atrás y envainó las dagas. Después le lanzó una mirada desdeñosa al guerrero, de arriba a abajo.

—¿Así que piensas darme un sermón sobre las exigencias del trono? Vuelve junto a las faldas de tu madre, muchacho, y deja que piensen los hombres.

Micah rugió un desafío y cargó contra él, justo como Conlan esperaba. Levantó el puño y lo estrelló contra la cara de Micah.

El joven parpadeó, después cayó hacia adelante y aterrizó en el suelo, sobre la nariz, que lo más probable es que ya estuviera rota.

—Elegiste un mal día para ponerte en mi puta lista negra, guerrero —dijo Conlan, casi para sí.

Después se dio vuelta y se dirigió a la mágica batalla de voluntades que seguía librándose en la parte frontal de la sala.

Alaric se había abierto camino hasta el Tridente y estaba a sólo unos centímetros de cogerlo. La onda de choque de poder, que se extendía en círculos de energía, había hecho caer de rodillas a todos los presentes en la habitación.

Conlan se dirigió hacia allí y otro estallido de poder brotó del Tridente. Varias oleadas de luz plateada y verde azulada en las que resplandecía el calor atronaron a todos. El príncipe supremo agachó la cabeza y la mayor parte de la energía le pasó por encima.

En cuanto pasó, se lanzó a la carrera hacia Alaric y Reisen, decidido a poner fin a aquel callejón sin salida.

—¡Por la Atlántida! ¡Por Poseidón! —Las palabras le brotaron de la garganta, no menos poderosas por el hecho de ser involuntarias.

Volvió. Por todos los dioses, volvió.

Anubisa no había ganado, después de todo.

Ya casi los había alcanzado cuando la voz de Riley, sus emociones, cayeron sobre su cabeza con una rabia y un dolor torrenciales.

¡Conlan! ¡Muerte! ¡Ira! ¡Angustia! ¡Muerte, muerte, muerte, no...!

La onda de choque de las emociones femeninas lo derribaron y cayó de rodillas, ahogándose con el dolor de su amada, a sólo unos pasos de Alaric y Reisen.

¡Ven a ayudarme! ¡Te necesito, necesito poder...!



A Riley ya no le quedaba voz para gritar. No le quedaban fuerzas para sollozar. Cayó, se arrastró y reptó entre los incalificables residuos de entrañas, sangre y muerte de vampiros que ensuciaban el suelo.

De algún modo consiguió acercarse hasta Denal justo cuando Brennan llegaba junto a los dos. La joven intentó centrarse con los ojos llenos de lágrimas y se dio cuenta de que Brennan estaba herido. Y era grave.

Cojeaba. Estaba cubierto de tantos cortes y mordeduras que Riley no sabía cómo era capaz de seguir manteniéndose en pie.

Mordeduras. Oh, no.

—¿Brennan? ¿Los atlantes pueden convertirse en vampiros?

El guerrero sacudió la cabeza y cayó de rodillas junto al cuerpo de Denal.

—No —dijo entre dientes, con un estremecimiento—. Virus... No... no vampiro. Nos mata o nos libramos de él.

Brennan ahogó un grito y se llevó la mano al cuello, mientras su cuerpo se arqueaba sometido a un terrible espasmo convulsivo.

Riley estiró el brazo para cogerlo de la mano, sin saber muy bien qué otra cosa podía hacer para ayudarlo.

—Quizá sea grave ésta vez —jadeó él—. Debo llevarla a un lugar seguro.

—Intenté llamar a Conlan. Nada, sólo un espacio negro y vacío donde deberían estar sus emociones —dijo Riley, tratando de contener las lágrimas.

Y dejándolas caer después. ¿Qué importaba ya?

Denal se merecía sus lágrimas al menos.

—¡Sácala!, Brennan, tenemos que sacarla —rogó Riley, sabía que a ella no le quedaban fuerzas para sacar la espada del cuerpo de Denal.

Brennan asintió, silencioso y sombrío, la piel ya se le había encogido sobre los huesos de la cara. Se le veía el cráneo bajo la carne que cubría el rostro.

El guerrero respiró hondo y se alzó para coger la empuñadura de la espada. La utilizó para incorporarse, después reunió los restos de energía que le quedaban. Con un poderoso tirón, sacó la espada del cuerpo de Denal y la tiró lejos de ellos, por el pasillo.

Después se derrumbó junto a Riley, sin fuerzas.

—Ya no puedo protegerla, mi señora. Le he fallado. Lo siento.

Riley sacudió la cabeza sin dejar de llorar. Después se inclinó sobre Denal, le levantó la cabeza y los hombros y los posó en su regazo. Una vez conseguido eso, mientras acariciaba la cara sin vida de Denal con una mano, extendió la otra para entrelazarla en el cabello de Brennan e intentar proporcionarle algún consuelo.

—No. No me habéis fallado, ninguno de los dos. Ha sido vuestro estúpido y patético dios del mar. ¿Dónde estaba vuestro precioso Poseidón cuando lo necesitábamos?

Se dio cuenta de que le estaba gritando al dios de los guerreros, pero le dio igual.

—¿Dónde estabas cuando tu príncipe te necesitaba?, cabrón egoísta. ¿Nadando por ahí y retozando con una puta nereida?

Brennan intentó levantar la mano, pero se le cayó contra el costado, encogida y anciana. Se estaba consumiendo delante de Riley.

—¿Y dónde estás ahora, eh? ¡Gilipollas! ¡Te desafió! ¡Cura a estos hombres, tus guerreros, si es que eres tan poderoso! —chilló de rabia hasta que le ardió la garganta y se le prendió la piel por dentro.

Un infierno de dolor la punzó, la quemó y la atravesó con un rugido que penetró en la habitación, abrasándole el aliento que salía de sus pulmones. Riley se echó a reír, salvaje y

despiadada.

—¿Sí? ¿Es eso todo lo que tienes? ¡Ven aquí y aplástame en persona, maldito cobarde! ¿Pero qué clase de dios eres? ¡Vamos! ¡Te desafío! ¡Ven a curar a estos hombres!

Un torrente de cascadas de llamas entrelazadas con agua brotó del techo e inundó la habitación. Rodeó a Riley y a los dos guerreros caídos. Le marcó la piel con una intensidad abrasadora. Y en medio del dolor, Riley encontró un oasis de calma en su interior. Un momento de reflexión arrojado sobre ella por una necesidad desesperada.

Así que así es como voy a morir. Burlándome de un dios.

Una voz que resonó con un poder que estaba más allá de todo lo que ella se había imaginado, tronó por toda la habitación, le atravesó la cabeza y cruzó el tejido de la realidad.

La magia tiene un precio, y el amor es lo más costoso. ¿Te ofreces tú a cambio de estos hombres?

El dolor se detuvo. Todo lo que Riley vio fue luz y color, y las brumas frescas de la brisa del océano. La envolvía el mar y la llenaba la voz del dios del mar.

Se había atrevido a amar a un príncipe y el dios de éste iba a matarla por su temeridad.

La voz la atravesó con un estallido otra vez y resonó en sus huesos, en sus dientes, en su sangre.

¿Te ofreces tú a cambio de estos hombres?

Riley dudó, sabía que la respuesta tenía que ser la verdad absoluta. Bajó la cabeza, contempló los rostros de los guerreros y se adentró en sus recuerdos. El alegre Denal, tímido tras un ramo de flores. Brennan, carente de emociones, ansiando recuperar aquellos sentimientos que le habían robado.

Y ahora sus vidas. Ese era su precio.

¿Le harás saber a Conlan que le quería?

Con un dios no se regatea.

Riley bajó la cabeza e hizo caso omiso de las lágrimas que le caían por la cara. Del dolor que le desgarraba el corazón.

Asintió.

Dijo las palabras en voz alta, necesitaba oírlas. Una promesa. Un ofrecimiento. Un juramento solemne.

—Sí. Me ofrezco yo a cambio de estos hombres.

Así sea.

El agua se alzó en una espiral desde el suelo, brotó de las paredes y cayó del techo. Protegió a Riley y a los dos guerreros entre sus ondas acariciadoras.

De algún modo supo que tenía que extender las manos.

De algún modo supo lo que apareció en ellas.

Con el resplandor cegador de una docena de soles, la imagen del Tridente se fundió y surgió en las palmas de sus manos un instante antes de que sintiera su peso.

¡Así sea! ¡Eso ordeno!

Una luminosidad fiera se extendió desde el Tridente y cruzó el cuerpo de Riley para rodear primero a Denal y después a Brennan. En apenas un instante adquirió tal brillo que la joven ya no pudo verlos y tuvo que cerrar los ojos para defenderse del resplandor. Pero sentía sus formas inmóviles junto a ella.

El agua se convirtió en fuego y le abrasó la espalda como la correa de un látigo cuyas puntas fueran flamígeras. El dolor la derribó, gritando, cayendo, ardiendo.

Y cuando llegó la oscuridad, Riley le dio la bienvenida. Su vida por la de los guerreros. Su último pensamiento fue para su hermana.

Eh, Quinn. Estarías orgullosa de mí. Tuve que morir para hacerlo, pero al fin formo parte de tu revolución.



Al mismo tiempo que Conlan luchaba por levantar la cabeza, el Tridente desapareció entre una llamarada de luz y color. Reisen y Alaric chillaron cuando los derribó una explosión de poder que apagó todas las luces del edificio.

Para cuando Ven y los demás recuperaron el sentido lo suficiente como para sacar las linternas que llevaban, Conlan se había subido de un salto al escenario de madera para buscar a Alaric.

Se arrodilló junto a su amigo y su alivio no conoció límites cuando oyó que el sacerdote todavía respiraba. A la luz de la linterna de Ven, Alaric estaba pálido como un muerto, pero abrió los ojos y el fulgor verde y fiero que había en ellos se clavó ardiendo en Conlan.

—¿El Tridente?

Una voz ronca habló a su espalda. Reisen. Conlan giró en redondo para protegerse del peligro que había olvidado como un imbécil, temeroso por Alaric.

Pero Reisen no era amenaza alguna. Si acaso tenía peor aspecto que Alaric. Sangraba por las comisuras de los ojos y por la nariz.

—Ha desaparecido —jadeó—. Esa voz... en mi cabeza... hablaba de muerte. Después me estalló el Tridente en las manos.

Reisen dejó caer la cabeza entre las manos sin prestar la menor atención a la media docena de espadas, dagas y armas que le apuntaban de cerca.

—Ha desaparecido. ¿Qué hice?

—¿Tú también la oíste? ¿Oíste a Riley en tu mente? —Conlan cogió a Reisen por el brazo y lo sacudió—. ¿La oíste llamar?

—La hemos oído todos, hermano —dijo Ven.

Conlan miró al grupo y vio que todos asentían con la cabeza.

Se levantó de un salto y se echó al aire.

—Entonces nos necesita. Denal, Brennan... nos necesitan todos, ahora.

Se transformó en bruma y se alzó para atravesar la habitación y cruzar la ventana que lo llevaría al aire libre y de regreso con Riley.

Mientras lo hacía, la buscó con sus emociones.

Y rezó, cuando sintió sólo negrura, para que no fuera demasiado tarde.



Reisen abrió los ojos. Al consumirse el poder, había caído desmayado, seguramente durante un rato, a juzgar por la rigidez del brazo que le había quedado doblado bajo el cuerpo. Se incorporó con cierto esfuerzo y miró la habitación mal iluminada. La luz de la luna entraba por las ventanas y era lo único que iluminaba la devastación.

Cuerpos, tanto humanos como atlantes, yacían esparcidos por el suelo. Muchos se agitaron cuando los miró; no estaban muertos, pues, pero los había sorprendido el estallido.

Entonces se dio cuenta de lo que echaba de menos. Conlan y el Tridente habían desaparecido.

Había fracasado.

Reisen cerró los ojos cuando sintió todo el impacto de su fracaso. Se había quedado sin opciones, debería quitarse la vida de una vez. Su muerte marcaría el fin de un traidor que había destruido el honor de la Casa de Micenas.

Los gritos lo arrancaron de su exceso de autocompasión. Cientos de vampiros, una oleada tras otra, entraron volando por la ventana y aterrizaron sobre sus guerreros y los indefensos platónicos.

Una docena entera fue a por él.

Reisen sonrió y desenvainó las dagas. Al menos moriría como un guerrero y se llevaría a unos cuantos de aquellos chupasangres infernales con él.

—Aquí estoy.

Capítulo 30

Conlan creía que ya había vivido lo que era la tortura.

Pero no era nada comparado con el dolor que lo desgarró cuando vio el cuerpo desnudo y ensangrentado de Riley tirado en el suelo, con Denal y Brennan derrumbados a su lado. Una espada, dagas y un hacha yacían no lejos de ellos.

Todas las armas estaban cubiertas de sangre.

Entró disparado por la puerta abierta al tiempo que recuperaba su forma corporal, la angustia le brotaba como un rugido por la garganta.

—Riley, no, no, no. —Cayó de rodillas a su lado y se arrancó la camisa para cubrir la desnudez de la joven.

Después envolvió su cuerpo cálido con sus brazos.

Su cuerpo cálido. Con miedo a creerlo, sostuvo la palma abierta sobre la boca y la nariz de la muchacha sin llegar a tocarla.

Y sintió su aliento.

Estaba viva.

—¡Está viva! Por los dioses, está viva. —Apoyó la frente en la de la joven y susurró una oración de agradecimiento—. Estás viva, *akenasha*. Jamás volveré a pedir nada más.

Con un resplandor, Alaric cobró forma a su lado y examinó la habitación al tiempo que se agachaba junto a Denal.

—¿Qué pasó aquí? ¿Por qué están inconscientes? No hay heridas que yo pueda ver.

—Tráeme una manta —le ordenó Conlan—. Tengo que tatarla. Llevarla a una cama.

Alaric sacudió la cabeza.

—No la muevas todavía. Déjame comprobar que no hay ninguna herida interna. —Se acercó un poco más y colocó una mano sobre el hombro de Riley.

Conlan luchó contra el impulso de gruñirle al sacerdote. Sus instintos primarios se habían vuelto locos por la necesidad de defender y proteger, como un animal con su compañera.

—No la estoy tocando, Conlan. Tienes que... ¡oh! —El sacerdote quitó la mano de un tirón como si se hubiese quemado.

Después se quedó mirando a Conlan, la conmoción le hacía abrir todavía más los ojos.

—Apártale la camisa de la espalda, Conlan. Tengo que verle el hombro. —El asombro que ribeteaba la voz de Alaric convenció a Conlan, que obedeció y movió con suavidad una esquina de la tela que cubría a la joven.

Y los dos se quedaron mirando la marca del Tridente que todavía humeaba por los bordes y bordaba la piel femenina.

—Ésta es una marca que yo no puedo curar, Conlan —murmuró Alaric.

Se miraron y después volvieron a mirar la piel ennegrecida. Los ojos de Riley se abrieron con un parpadeo.

—¿Conlan? ¿Alaric? ¿Estoy muerta?

Antes de que pudieran responderle, Riley volvió a sumirse en un profundo nivel de inconsciencia. Alaric fue incapaz de arrancarla de él y sugirió que durmiera. Conlan la llevó al dormitorio y limpió con delicadeza la sangre y los sesos que le manchaban las manos y las piernas.

Le temblaron las manos cuando le acarició la curva del tobillo y tuvo ganas de gritar. Quería bramar, destruir, asesinar a alguien o algo.

Quería llorar.

Pero no hizo ninguna de esas cosas. No merecía llorar por ella. La había dejado allí para que la atacaran. Podrían haberla matado.

No sólo era despreciable como príncipe. Era despreciable como hombre.

Ella se merecía algo mejor.

Se detuvo un instante con la esponja tibia apretada entre las manos y miró la piel pálida de la joven. Incluso en ese instante su mente se rebelaba contra la idea de que alguien pudiera hacerle daño. Alguien iba a morir.

¿Por qué la había encontrado desnuda? ¿Qué le habían hecho?

¿Y quién había sido?

La idea de que un hombre, o, lo que era peor, alguna criatura, hubiera podido atacarla despertaba en él una cólera que le aniquilaba el alma.

¿Pero por qué el Tridente? Alaric había dicho que era la marca del sacerdote, pero no quiso decir más hasta que Riley despertara.

Pero el sacerdote había quedado conmocionado. Inseguro. Casi temeroso, a juzgar por las líneas duras de su rostro.

—Riley —susurró Conlan mientras cubría su figura ya limpia con la manta—. Por favor, vuelve a mí.

Alguien llamó a la puerta. Conlan se colocó entre la puerta y la cama con las manos en las dagas.

—Adelante.

Ven abrió la puerta.

—Estamos listos para irnos. Tengo otro sitio, a las afueras de la ciudad. Sin casas en varios kilómetros a la redonda. Nadie salvo yo la conoce, la compré hace sólo unos meses.

Ven cruzó el espacio que lo separaba de su hermano y miró la figura que dormía en la cama.

—¿Se va a poner bien?

Conlan se arrodilló al lado de la joven y le apartó con dulzura el pelo de la cara.

—Tiene que ponerse bien —dijo sin más—. O yo me iré con ella.

Ven empezó a decir algo, se detuvo y posó una mano en el hombro de Conlan.

—Entonces nos aseguraremos de que esté bien. Vamos.

Conlan envolvió a Riley mejor en la manta y la cogió en brazos. Siguió a Ven por el pasillo, donde aguardaban los demás, que dibujaban un círculo irregular alrededor de Alaric. El sacerdote estaba pálido como la muerte.

—Brennan y Denal están en el asiento de atrás del Hummer —dijo Bastien—. Alaric nos ha dicho que sólo están durmiendo y no tardarán en despertar.

—Un sopor que yo no vi jamás —murmuró Justice—. No se inmutaron siquiera cuando los llevamos a los vehículos. Te hace preguntarte qué les pasó.

Alexios señaló un paraguas tirado en el suelo.

—¿Y para qué el paraguas? Había armas por todo el suelo, cuando entramos detrás de vosotros. Yo conté un hacha, varias dagas y las dos espadas. Pero ni una sola arma de ningún intruso, ni señal alguna de que lo hubiera, salvo por la sangre de nuestras armas.

Christophe estiró las manos con las palmas hacia arriba.

—No es que esto sea lo mío, pero ya que Alaric está fuera de combate, puedo intentar percibir el poder que haya podido usarse.

Cerró los ojos y levantó la cabeza, los músculos del cuello se le tensaron. Después su cuerpo sufrió una sacudida, como si lo hubieran golpeado.

—Alguien invocó mucho poder aquí. Un poder enorme. Del mismo nivel de lo que nos golpeó en ese almacén, Alaric. ¿Qué podría hacer eso?

Christophe se volvió hacia Alaric.

—Ni Denal ni Brennan pueden canalizar los elementos a ese nivel. ¿Qué es lo que podría haber invocado ese poder?

—Fue el Tridente —dijo el sacerdote con voz inexpresiva—. Poseidón le entregó su bastón a Riley y la ordenó.

La carcajada de Alaric estaba teñida de una furia oscura.

—Al parecer Poseidón ha reclamado a tu *akenasha*, Conlan. Ahora le pertenece a él.



Condujeron hasta el nuevo piso franco, Alaric se negaba a especular más sobre lo que podría haber pasado. Ni siquiera quería comentar a qué se refería con lo que había dicho sobre Riley. La casa era una especie de caserío laberíntico, bastante apartada de lo que Ven dijo que era una carretera rural por la que apenas pasaba nadie. Conlan observó señales de varios negocios relacionados con caballos y vio unos cuantos equinos en los campos junto a los que pasaron. Esperó en el coche con Riley mientras los demás aseguraban el edificio. Nadie pensaba correr más riesgos.

—Ahora mismo no se le puede llamar bunker, pero tiene un gran potencial y se puede remodelar. Además, tiene la ventaja de estar en el quinto pino —dijo Ven cuando volvió.

—Me da igual lo que haya. Pon a todo el mundo a vigilar —dijo Conlan con tono rotundo—. Bueno, a todos salvo a Denal y Brennan. Que descansen un poco.

—¿Estás de coña? No podría hacerlos descansar ni aunque los atara —dijo Ven—. Desde que recuperaron el sentido están resueltos a proteger a lady Rayo de Sol. Al parecer tienen una historia de la hostia que contar.

Conlan miró a su hermano con el ceño fruncido, pero éste se limitó a sacudir la cabeza con expresión solemne.

—Y yo estoy con ellos, hermano. Dijeron que Riley se metió en medio de los vampiros. Eso va mucho más allá del cumplimiento del deber, tío.

Después miró la figura inmóvil que Conlan llevaba en los brazos mientras se dirigían a la casa.

—Menuda mujer. Se merece algo mejor que el embrollo en el que la hemos metido.

Una sensación gélida se extendió por las venas de Conlan. Cuando habló, una ferocidad apenas contenida subrayó cada una de sus palabras.

—Sí. Pero no puedo... No pienso dejarla escapar. Jamás, Ven.

Ven se encogió de hombros.

—No es a mí al que tienes que convencer. Alaric parece tener algo que decir sobre el tema. Que conste que yo estaría encantado de deshacerme de esas reglas que dicen que lo que no puede ser no puede ser y además es imposible, y que hay que casarse con una virgen de once mil años. Pero eso van a tener que solucionarlo hombres más listos que yo.

Acompañó a Conlan a una espaciosa habitación que había al final del pasillo del segundo piso y se despidió. Conlan dejó a Riley con suavidad en la cama y la cubrió con la colcha, mientras pensaba que ojalá no respirara de forma tan superficial.

Estaba tan pálida...

Después arrastró un sillón por la alfombra, lo colocó justo al lado de la cama y cogió una mano de la joven entre las suyas. Y le rezó al dios que lo había abandonado al sufrimiento durante siete años.



Unas horas después, Ven volvió para decirle que Denal y Brennan querían verlo.

Conlan seguía sentado en el sillón sin soltar la mano de Riley. Necesitaba tocarle al menos la piel, ya que la mente y las emociones de la mujer permanecían cerradas.

Se obligó a respirar a través del nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarlo. Alaric había dicho que se pondría bien. Tenía que aferrarse a eso.

El silencio de Poseidón era ensordecedor.

—Tráelos —ordenó Conlan—. No pienso dejarla.

Ven asintió.

—Me lo imaginaba. Están aquí.

Conlan miró a Denal y Brennan cuando entraron en la habitación, ambos habían clavado los ojos en Riley. Brennan los saludó con la cabeza de forma somera y después volvió a mirar la cama.

Denal echó hacia atrás la cabeza y lanzó tal aullido de angustia que a Conlan se le puso el vello de los brazos de punta y un escalofrío helado le recorrió la columna.

—¿Está muerta? —Denal se acercó tambaleándose a la cama—. ¿No fue un sueño, entonces?

—Vive —dijo Conlan. La atención de Denal se dirigió al fin a su príncipe—. Alaric dice que se pondrá bien. Está sumida en el mismo extraño y profundo sopor en el que caísteis vosotros dos.

—Gracias a los dioses —dijo Brennan en voz baja y reverente al acercarse él también—. Gracias a Poseidón, pues fue realmente él el que estaba en la habitación con nosotros, ¿no es cierto?

La mano de Conlan se disparó y cogió el brazo de Brennan con una presa de acero.

—Cuéntamelo. ¿Qué pasó? ¿Hubo una batalla? ¿Por qué se quedó Riley sin protección?

Brennan hincó una rodilla en el suelo ante él y bajó la cabeza.

—Os hemos fallado, príncipe. Fracasamos, no pudimos protegerla.

Denal se arrodilló también y levantó una mano para rozar el cabello de Riley. Conlan permitió el gesto, sabía de algún modo que el guerrero necesitaba demostrarse que la joven estaba viva.

Después Denal dejó caer la cara sobre el borde de la cama y empezó a sollozar. Grandes sollozos desgarradores que sacudieron todo su cuerpo con fuerza. El nombre de Riley estaba allí y otro dolor sin palabras.

Conlan soltó a Brennan y puso una mano en el hombro de Denal.

—Cuéntamelo, Denal. Tranquilízate y cuéntamelo.

Levantó la cabeza y vio que Alaric se había reunido con Ven en la puerta. Los otros atestaban el pasillo detrás de ellos.

—Entrad todos. Buscad un sitio donde sentaros. Tenemos que oír esto.

Alaric, que se movía como alguien muy viejo y cansado, cogió el sillón que quedaba en la habitación. Ven y los demás fueron entrando en fila y encontraron un sitio en el suelo o se apoyaron en las paredes.

Los hombros de Denal dejaron de palpar y respiró hondo.

—Debería contarlo Brennan. En éste momento carecer de emociones sería una bendición sin precio. No puedo... —Le tembló la voz y se detuvo sacudiendo la cabeza.

Brennan se irguió ante ellos.

—Ojalá pudiera sentir el dolor que debería estar grabado a fuego en mi alma. Lady Riley no merece menos.

Poco a poco y atribuyéndose a sí mismo toda la culpa, Brennan relató los acontecimientos de la noche. Su mirada regresaba sin parar a Riley mientras hablaba.

Denal lo interrumpió varias veces para intentar compartir la culpa.

Brennan sacudió la cabeza mirando al joven guerrero y concluyó.

—Y entonces saqué la espada del cuerpo de Denal, pero el veneno de las mordeduras de vampiro me aplastó. Me estaba muriendo, mi señor.

Conlan escuchó en silencio, temblando de rabia. Cuando Brennan hizo una pausa, Conlan se inclinó hacia adelante.

—En el pasado hemos actuado como protectores sólo cuando los vampiros atacaban a los humanos. Pero esto nos lo han traído a la puerta. Le han hecho daño a Riley. Ahora les toca morir.

Miró a sus hombres y a Alaric, todos los cuales asintieron, sus rostros lúgubres se hacían eco de la determinación de su príncipe.

—Les toca morir a todos —repitió.

Alaric habló entonces con voz serena.

—Pero tenemos que saber qué pasó después. Riley debe despertarse y contarnos su parte de la historia. Es obvio que Denal está vivo y Brennan ya no está infectado por el veneno de los vampiros. Y está... algún otro asunto.

Nadie salvo Conlan había visto la marca grabada a fuego en la espalda de Riley. El príncipe asintió y agradeció en silencio la discreción del sacerdote.

Denal levantó la cabeza y se quedó mirando al sacerdote con los ojos enrojecidos por las lágrimas que seguían cayendo.

—Sé lo que ocurrió después. No sé cómo, pero lo vi todo. Yo estaba en un lugar muy hermoso que llenaba el dulce aroma del océano. No me dolía nada, ni siquiera la herida de la espada que terminó con mi vida. Pero mientras descansaba y daba la bienvenida a aquella paz, vi a Riley en el suelo de aquella habitación, sujetando mi cuerpo. También vi y oí todo lo que pasó. Lady Riley regateó con el mismísimo dios del mar. Ofreció su vida a cambio de la nuestra.

La voz de la cama era tan débil y ronca que Conlan creyó que estaba imaginándola.

—Me dijo que con un dios no se regatea —susurró Riley—. Así que... ¿por qué sigo viva?

Conlan se levantó del sillón y apartó a Denal de un empujón en apenas un instante. Riley lo miró con unos ojos enormes en su pálido rostro.

—¡Riley! ¡Estás despierta!

Le acarició el pelo, la cara, se inclinó sobre ella para depositar el más dulce de los besos en sus labios. Gracias a los dioses.

Gracias a los dioses.

Riley le sonrió, las lágrimas le brillaban en los ojos.

—Lo que es más asombroso es que esté viva, supongo. Sobre todo después del chiste de Poseidón retozando con una nereida. Tengo entendido que los dioses han colgado a unos cuantos por mucho menos.

Cambió de posición en la cama e hizo una mueca.

—Pero me duele mucho el hombro. No estoy segura de qué le pasó.

Conlan sintió las lágrimas que le caían por la cara, pero le dio igual.

—No pasa nada. Nos ocuparemos de él. Estás viva y eso es lo único que importa. Si hubieras desaparecido de mi vida...

Oyó un carraspeo tras él y Alaric le puso una mano en el hombro.

—Quizá deberíamos dejar descansar a Riley un poco. Hay muchas cosas que tenemos que discutir.

Conlan le apartó la mano con un gesto.

—Sí, deberíais salir todos. Yo me quedaré aquí, mientras descansa.

Denal se levantó, la felicidad y la vergüenza libraban un combate en su expresión.

—No hay palabras para expresar la alegría que siento al ver que vive, mi señora. Pasaré el resto de mi vida compensándola por su sacrificio.

Se inclinó ante ella y las lágrimas brotaron entre las pestañas de Riley. Brennan también se inclinó, después se arrodilló al lado de la cama.

—Su sacrificio por alguien tan indigno como yo va más allá de todo lo que soy capaz de comprender. Si en algún momento me necesita, no tiene más que llamarme.

Riley les sonrió a los dos y se incorporó un poco sobre la almohada.

—Vosotros arriesgasteis vuestras vidas por mí. Que yo hiciera lo mismo por vosotros no fue ningún sacrificio. ¡Me alegro tanto de que estéis vivos!

Le tendió los brazos a Denal, que miró a toda prisa a Conlan. Éste asintió y Denal se inclinó para que Riley pudiera abrazarlo. Cuando se apartó, la joven hizo lo mismo con Brennan.

Si Conlan hubiera albergado alguna esperanza de proteger aunque fuera los rincones más lejanos y oscuros de su alma del amor que sentía por ella, ese momento acabó con todas sus ilusiones. Verla extendiendo los brazos para abrazar a sus guerreros y saber el sacrificio que había hecho por ellos lo honraba, los honraba a todos, más que el mayor de los dones.

Le cogió las manos con dulzura entre las suyas e inclinó la cabeza, después pronunció las palabras que ansiaban salir de su alma en atlante antiguo:

Ofrezco mi espada, mi corazón y mi vida para proteger la vuestra.

Desde éste instante hasta que la última gota del océano se haya desvanecido de la faz de la tierra.

Vos sois mi alma.

La joven sonrió, por supuesto no entendía ni una sola palabra, y después se le cerraron los párpados.

Conlan ni siquiera oyó a los otros cuando dejaron la habitación.

Capítulo 31

Mientras dormía, la muerte fue a por Riley una y otra vez, encogiéndole la piel, quemándole la carne con ácido, hasta que al fin se abrió paso gritando hasta la vigilia. Salvo que los gritos quedaron confinados a sus sueños. El único sonido que salió de su garganta fue un jadeo ronco.

Pero hasta ese pequeño sonido fue suficiente para despertar al hombre que estaba acostado a su lado en la cama. Una cama diferente de aquella en la que había dormido la noche anterior, observó.

Una habitación diferente.

Conlan apretó el brazo que le rodeaba la cintura con ademán protector.

—¿Riley? ¿Estás despierta? ¿Te encuentras bien?

Riley lo miró a los ojos y vio la conocida llama verde azulada que ardía en sus pupilas. La señal de la pasión que sentía por ella.

Su amor.

—¿Están bien de verdad? ¿No he soñado eso también?

Conlan asintió.

—Los salvaste a los dos. Tu sacrificio... —Se le quebró la voz.

La joven levantó una mano para apartarle el pelo de la cara.

—Shh —lo tranquilizó—. No pasa nada. Estoy aquí.

El cuerpo entero del atlante se estremeció.

—Si te hubiera perdido... No vuelvas a arriesgar así tu vida nunca más.

Riley sonrió, se sentía más débil que nunca y sin embargo más fuerte también.

—Ya estás mangoneándome otra vez. Vamos a tener que trabajar en ese complejo de rey que tienes.

Los labios de Conlan dibujaron una sonrisa.

—Pues acostúmbrate porque voy a mangonearte durante mucho tiempo.

Se inclinó sobre ella y la besó en la frente, en la nariz y después en los labios.

—No volveré a permitir que te apartes de mí. Lo entiendes, ¿verdad? —La atrajo hacia él y la envolvió en un fiero abrazo—. Nunca.

Riley abrió sus escudos y sintió todo el alcance de la pasión masculina. Su propio cuerpo respondió con un estremecimiento.

—¿Conlan? Necesito sentirte ahora. Necesito sentir tu calor.

—Voy a abrazarte la noche entera, *mi amara*. Voy a abrazarte para siempre —murmuró él en su pelo, mientras le acariciaba con suavidad los brazos.

—No. —Riley lo apartó de un empujón y se sentó en la cama. Intentaba huir de la roca que le aplastaba los pulmones—. Necesito sentirme viva. Necesito decirte... Necesito demostrarte...

Rodó sobre la cama de modo que quedó medio echada sobre él y le acarició la cara con las manos.

—Lo necesito —susurró.

Y después lo besó como si se estuviera muriendo de sed y sus labios contuvieran la última gota de agua.

Conlan gimió al sentirla. Había intentado con todas sus fuerzas ser dulce. Proporcionarle el consuelo y la seguridad que estaba seguro que ella desearía en lugar de abrumarla con sus ansias.

Pero Riley lo estaba besando como si quisiera devorarlo. La pasión de las caricias femeninas soltó las compuertas de deseo que él había luchado por mantener cerradas. El terror que pasó al ver su cuerpo inerte tirado en el suelo.

El alivio al ver que vivía.

—Riley, mi *akenasha*, te quiero. Te necesito. Necesito estar dentro de ti ahora mismo, ya, ahora —gimió en su boca.

Riley sonrió y abrió su mente y su corazón para permitir que él sintiera su calor y todo lo que lo necesitaba. Sin pensarlo, incapaz ya de razonar, Conlan se arrancó la ropa, necesitaba desesperadamente sentir su piel contra la de ella.

Riley temblaba de deseo. Lo necesitaba. Necesitaba sentirlo dentro de ella para saber que estaba viva. El gran cuerpo del atlante tembló, mientras tironeaba y se arrancaba la ropa hasta que estuvo tan desnudo como ella. Apartó de un tirón la colcha que cubría a Riley y la sustituyó con su propio cuerpo, le separó las piernas e introdujo los dedos para sentirla, probarla, saber que estaba lista para recibirlo.

Conlan emitió un sonido bajo en lo más profundo de la garganta y se centró sobre ella. La joven sintió su grosor presionándola y se arqueó para ayudarlo. El atlante estaba tan excitado que tuvo que ir moviéndose para entrar en ella y ella hubo de estirarse casi hasta que le dolió a medida que toda la longitud y anchura de la erección fue penetrándola poco a poco.

Riley gimió de deseo, de ansia, y lo besó y le mordió la boca como si quisiera consumirlo. Conlan se retiró un poco y cuando ella gimió, se hundió en ella todo lo que pudo.

La joven chilló entonces. Chilló y lo arañó, le clavó las uñas en los hombros y en la espalda. Le suplicó que quería más, más, más fuerte, más fuerte. Se reafirmaba con aquel acto, estaba viva, y él también estaba vivo y estaba allí con ella.

Al menos de momento.

Después vio en el rostro masculino al feroz depredador que ella había desatado y gozó de él.

—Eres mía, Riley. Mía, *mi amara akenasha*, mi amada empática. Voy a hacerte mía ahora mismo, a follarte, a grabarme a fuego en tu alma —gruñó el atlante apretando la mandíbula con los últimos jirones de autocontrol que parecían quedarle.

Riley podía sentir el ardiente impulso de poseerla que lo sacudía, corazón y alma.

La joven arqueó el cuello, el calor y el deseo la quemaban, y jadeó. Después esbozó una sonrisa lenta, en sus ojos brillaba la calidez de cierto conocimiento.

—No, Conlan. Vas a hacerme el amor. Porque me quieres. —Después le acarició la cara—. Y yo también te quiero.

Conlan se quedó completamente inmóvil, le temblaban las manos sobre la piel femenina.

—Dilo otra vez —le pidió con la voz ronca—. Dímelo otra vez.

—Te quiero, Conlan. Y eres mío.

El atlante cerró los ojos, pero Riley sintió el estallido de color de las emociones masculinas que explotaba en ella. El éxtasis, una alegría ardiente y abrasadora. Asombro. Admiración.

Después abrió los ojos de nuevo y la besó. Y le hizo el amor durante mucho tiempo.



Barrabás le echó un vistazo al Tridente envuelto en aquella tela, no le apetecía mucho tocarlo con las manos desnudas. Estaba seguro de que el castigo por tener la osadía de robar a un dios sería un espanto inimaginable.

No había costado nada conseguirlo. Al ver a la mujer y a los atlantes agonizando en el

suelo, Barrabás metió una rama en la casa y fue empujando el Tridente hasta que cruzó el umbral. Él no había podido entrar, ya que no se encontraba en la primera oleada que la estúpida humana había invitado a entrar sin darse cuenta.

Los comandantes en jefe nunca estaban en primera línea, después de todo.

El Tridente. El auténtico instrumento de poder de Poseidón, según los antiguos pergaminos. Concedido al sumo sacerdote de la sede de la Atlántida, para su uso en los rituales sagrados. Como el rito de la subida al trono de aquel mocoso de príncipe que tenían.

Una pena.

Era de suponer que el pequeñín no iba a ser rey, después de todo.

Drakos se materializó en la cámara de paredes de cemento a unos cuantos pasos de él, la curiosidad era obvia en su rostro.

—¿Habéis intentado utilizarlo? —preguntó.

Barrabás lo miró con expresión desdenosa.

—¿Es que tú intentarías jugar descaradamente con el juguete del dios del mar? Está claro por qué soy yo el señor de los vampiros y tú, un simple sirviente.

Drakos no tuvo el sentido común de fingir siquiera que se acobardaba.

—¿Entonces un general es un simple sirviente? ¿Y qué hay de Anubisa? ¿Le habéis hablado de vuestro juguete nuevo?

—¡No! Y tú tampoco lo harás. Todavía no estoy listo para renunciar a mi nueva posesión y ella seguro que la reclamará.

Barrabás remontó el vuelo y rodeó la mesa para enfrentarse a su general, mientras lo empujaba con fuerza con la mente. Drakos no se desplomó, pero la tensión de su rostro mostraba lo que le estaba costando permanecer erguido.

—Ah, ¿con que un pequeño desafío, eh, general? ¿Y eso por qué? ¿Es que pretendes subir en mi estima ahora que han destruido a Terminus?

Drakos inclinó la cabeza.

—Si así lo deseáis, mi señor. Pensé en varias estrategias para enfrentarnos a esos atlantes. Estrategias que os permitirán consolidar vuestro poder hasta que sea inquebrantable.

Barrabás no pudo evitar sentir cierto interés. No era la primera vez que veía los resultados de los extraordinarios planes de batalla de Drakos.

Quizá no matase todavía a su general. De momento.

Volvió a mirar el Tridente.

—Tenemos que consultar los pergaminos otra vez. Ver si podemos encontrar alguna pista sobre cómo controlar el poder que debe de ejercer ésta arma.

Drakos se inclinó.

—Un plan muy inteligente, mi señor.

Barrabás extendió una mano, estuvo a punto de tocar el Tridente, pero la apartó.

—Y tráeme a unos cuantos de mi manada de sangre. Creo que vamos a hacer unos cuantos experimentos para ver qué venganza hace caer Poseidón sobre cualquier vampiro que intente entretenerse con su juguete.

—Recordad que tenemos varios atlantes que hemos capturado. Seguro que ellos saben algo de su poder —señaló Drakos—. Hay formas muy sencillas de hacer hablar a los humanos. Estos no pueden ser tan diferentes.

Barrabás sonrió.

—Pronto lo averiguaremos, ¿no crees?



Riley entró dando un traspie en la ducha, agotada, pero feliz. Cuando el agua humeante le

golpeó la piel estuvo a punto de ronronear de alivio. Había tomado una ducha durante la noche, algo rápido para asearse, pero aquella iba a ser un lujo, un alivio para tantos músculos doloridos.

Luchar contra vampiros era muy agotador.

Un pensamiento que terminó de despejarla. Denal, Brennan y ella estuvieron muy cerca de la muerte. De hecho, Denal había muerto de verdad. Y Conlan no le dijo todavía lo que había pasado con Reisen y el Tridente.

Mientras se lavaba la espalda tocó con los dedos un extraño reborde en el hombro. Su memoria regresó con destello al dolor abrasador que había sentido cuando Poseidón había aceptado su oferta.

Aquel tío no la habría cortado, ¿verdad?

Claro que, ¿qué sabía ella de lo que era capaz de hacer un dios?

Abrió la puerta de la ducha y se precipitó hacia el espejo tras coger una toalla para limpiar el vapor de la superficie. Después le dio la espalda al espejo y torció el cuello con torpeza para poder mirar por encima del hombro.

Y ver la cicatriz... no, el hierro... que la marcaba.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me ha marcado!

No se dio cuenta de que había chillado hasta que Conlan abrió la puerta de un tirón y entró corriendo en la habitación con las dagas en la mano.

—¿Qué pasa?

Riley lo miró y después volvió a mirar en el espejo la imagen de quince centímetros que tenía grabada a fuego en la piel de la clavícula.

—Me ha marcado, Conlan. Eso es un... un...

—Es el Tridente. —Conlan suspiró y la envolvió en una toalla, después la abrazó durante un largo instante—. Tenemos que hablar con Alaric para averiguar qué significa con exactitud.

Riley no estaba muy segura de querer saberlo.

Se vistieron en silencio y bajaron a desayunar. El olor a beicon frito la había convencido de dejar la habitación y aventurarse al exterior a pesar de su reticencia. Riley sabía que la habitación había sido un oasis, un espejismo de paz.

—Y se acabó, ¿verdad? Esa ilusión de seguridad que creamos anoche. Volvemos a la realidad —dijo Riley buscando la mano de su amante.

—Te protegeré con todo lo que tengo y todo lo que soy, *akenasha*. —Conlan se detuvo en el rellano de las escaleras para atraerla y darle un rápido abrazo—. No lo dudes nunca.

La joven sonrió, pero lo hizo más por él que porque fuera un verdadero reflejo de felicidad alguna. Quizá pasara mucho tiempo antes de que tuviera alguna razón real para volver a sonreír.

Bastien reinaba en la alegre cocina roja y blanca, le daba la vuelta a las tortillas y freía beicon con la habilidad que da la práctica.

—¿Qué le apetece?, lady Riley.

La dama cerró los ojos e inspiró hondo, después decidió darse el gusto y disfrutar el momento. Una chica no podía ponerse a librar batallas con el estómago vacío.

—Tomaré un poco de todo. Estoy muerta de hambre, ¡y huele genial! Y llámame sólo Riley, por favor, Bastien.

El atlante le sonrió.

—Pues que sea un poco de todo.

Mientras se servía una taza de café de la cafetera recién hecha que había en la encimera, estudió a los hombres presentes en la habitación. Ven y Christophe estaban terminando de desayunar y, después de una rápida sonrisa y de saludarles con la cabeza a ella y a Conlan, reanudaron su discusión sobre los méritos relativos de las ingenierías automotoras italiana y alemana.

Conlan posó una mano en la de ella, pero lo que ella había tomado por un gesto romántico no era en realidad más que una aviesa forma de echarle mano a la taza de café de la joven, que lo

miró con el ceño fruncido, mientras intentaba no sonreír para no arruinar el efecto.

—¡Eh! Coge tu propio café, principito.

Conlan se echó a reír, dio un sorbo y le devolvió la taza antes de depositarle un beso en la coronilla.

—No tienes ningún respeto por mi real persona.

—Ni un poquito.

Ven los miró con aire especulativo.

—Bueno, admitirás que eso es de admirar en una mujer, hermano. Debe de ser un cambio agradable después de todo el peloteo que recibes entre las mujeres que hay en casa.

La felicidad de Riley se escapó como el aire de un globo pinchado. Las mujeres que había en casa. La reina que tenían destinada para él.

Se sentó en la enorme mesa de madera del caserío, de repente había perdido el apetito, y se quedó mirando su taza. Ven pareció darse cuenta de que había metido la pata hasta el fondo y gruñó.

—Eh, perdona, no quería... Sólo estaba aprovechando que parecéis muy felices los dos y quería meterme un poco con Conlan y... Oh, mierda. Es decir, disculpa, lady Rayo de Sol.

El arrepentimiento del atlante era tan dolorosamente obvio que Riley intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—No pasa nada. Sólo estoy cansada.

Conlan se inclinó un poco y le dio a su hermano una colleja, después se sentó junto a Riley y le rodeó el hombro con un brazo. La joven sentía la preocupación masculina, pero no tenía fuerzas para tranquilizarlo a él también.

Cuando estaban terminando de desayunar, la energía de la habitación cambió de repente, casi como si un viento gélido atravesara la cocina. Riley levantó la cabeza con los puños apretados, lista para defenderse.

Para atacar.

Al tiempo que una parte diminuta de su ser se preguntaba en qué se estaba convirtiendo.

Era Alaric, extendiendo el calor de su personalidad por donde pasaba.

—Tenemos que hablar —dijo clavando la mirada en Riley.

—Hola a ti también. Sí, estoy bien, gracias por preguntar —le contestó la joven con la voz cargada de sarcasmo.

Imbécil.

El sacerdote inclinó la cabeza, admitiendo de forma tácita que la humana tenía razón.

—¿Cómo estás, Riley? Y para ser más exactos, ¿qué tal el hombro?

—¿Lo sabías? ¿Qué es?

Conlan se agitó en la silla.

—Quizá deberíamos hablar de esto en privado.

Ven apartó la silla y se levantó.

—Sí, bueno, pero me da que esto yo también debería saberlo. Christophe, como cocinó Bastien, a ti te toca turno de limpieza.

Christophe soltó un gemido.

—Tío, que yo siempre termino metido en... —Levantó la cabeza, se encontró con la mirada de Riley y se contuvo—. Vale. Estoy en ello.

Cuando Alaric encabezó la marcha para salir de la habitación, Bastien estiró una mano y rozó con suavidad el brazo de Riley.

—Estamos detrás de usted, ¿de acuerdo? No se estrese por nada de esto. La vamos a cuidar muy bien.

Riley abrió sus escudos y envió una oleada de calidez y gratitud hacia el atlante. Después vio cómo abría mucho los ojos al recibirla.

—Guau. Pues sí que... eh, esto de la *akenasha* mola bastante —dijo el joven con una gran

sonrisa—. Y no se merecen, no tiene nada que agradecerme.

—Los buenos modales son el último bastión de una sociedad civilizada —murmuró la joven.

—¿Qué?

—Oh, algo que decía mi madre hace mucho tiempo. Me lo ha recordado tu nombre. Gracias también por un desayuno maravilloso.

Conlan la llamó desde el pasillo, Riley suspiró y cuadró los hombros.

—Ya voy.

Capítulo 32

Conlan observaba a Alaric pasearse por la gran habitación, una especie de gabinete, todo cuero y madera, y aquel movimiento repetitivo terminó por cabrearle.

—Para ya y danos las malas noticias de una vez. Con intentar ser diplomático lo único que consigues es hacernos perder el tiempo, y de todos modos no es tu estilo.

En los ojos de Alaric destelló una luz verde y fiera por un instante, pero por lo menos dejó los puñeteros paseítos.

—Tengo hechos y tengo especulaciones. Voy a daros ambos e identificar cuál es cuál. Después debemos decidir cómo vamos a proceder.

Riley habló entonces con un hilo de voz.

—¿He de suponer que estás hablando de mí?

Alaric no dijo nada. No hacía falta. La expresión de su cara lo decía todo.

La joven intentó sonreír y apretó la mano que Conlan le había cogido.

—Muy bien, dispara. Y lo digo en sentido figurativo, por si acaso.

—En primer lugar, los hechos. Te ofreciste a Poseidón a cambio de Denal y Brennan. Decidió dejarte vivir. Sin embargo, te marcó a fuego con la señal del Tridente que sólo llevan los sacerdotes. —Alaric fue descontando con los dedos de la mano mientras hablaba—. En segundo...

—¿Qué quieres decir con eso de que sólo lo llevan los sacerdotes? —lo interrumpió Riley—. Ni siquiera creo en él de verdad. Es decir, es obvio que creo que existe, después de lo que pasó, y sé que tiene unos poderes asombrosos, pero soy una chica de esas de «Jesús me ama», estrictamente hablando. ¡No puedo ser su sacerdote! ¡O sacerdotisa, o lo que sea!

Conlan sintió el pánico creciente de su amada y le envió una oleada de calma y confianza.

—Deja que Alaric se explique. No creo que se refiriera a un sacerdote en el sentido literal. Poseidón no tiene sacerdotisas.

—Dirás que no tiene sacerdotisas ahora. Hace miles de años no era extraño que el sumo sacerdote fuese una suma sacerdotisa —dijo Alaric.

—¿Qué? Nunca lo había oído.

—Hay ciertas cosas que el templo ha mantenido en secreto durante los últimos milenios. Como la existencia de *aknasha'an* entre los que fueron elegidos para abandonar la Atlántida en el momento del cataclismo. —Alaric empezó a pasearse otra vez, como si su cuerpo no pudiera estarse quieto.

—¿Hola? Aquí sigue sin haber ningún sacerdote, ni sacerdotisa, ni nada —dijo Riley mientras encogía las piernas debajo del cuerpo, en el sofá—. Además, ¿no se supone que los sacerdotes son célibes? —Se echó a reír y se le colorearon las mejillas—. Quiero decir, oh. Esto, bueno, no importa.

Alaric se quedó mirándola con una mirada gélida en los ojos verdes.

—Sí, hay un voto de castidad. Otra cosa que quizá queramos discutir.

—¿Estás de broma? ¿Cientos de años sin sexo? ¡Qué mierda! —Riley parpadeó—. No te ofendas pero no me extraña que estés de tan mala leche todo el tiempo, Alaric. Puede que tenga

que revistar todos mis puntos de vista sobre ti.

A pesar de la naturaleza letal de la conversación, Conlan tuvo que contener una sonrisa. Aquella mujer era la persona más espontánea que había conocido jamás. Lo que pensaba...

—Lo suelto sin más, ya lo sé —dijo Riley, poniendo los ojos en blanco antes de mirar a Conlan—. Deja de pensar tan alto. Perdona, Alaric. Eso fue muy desconsiderado y falto de tacto por mi parte. Creo que la idea de un sacerdocio imprevisto me ha cogido desprevenida.

La temperatura de la habitación se caldeó un par de grados cuando la expresión por lo general impasible de Alaric se distendió un poco.

—Créeme, te entiendo muy bien. Pero Poseidón te ha marcado con el signo del sacerdote ordenado o, en tu caso, sacerdotisa. Debo consultar en los antiguos pergaminos del templo para determinar cuál puede ser su significado.

Conlan se pasó una mano por el pelo.

—¿No puedes preguntarle a Poseidón? Quiero decir, eres su sumo sacerdote.

—El sumo sacerdote que dejó que el Tridente se le escapara otra vez —dijo Alaric con tono inexpresivo—. Últimamente no recibo respuesta cuando intento hablar con el dios del mar. Y créeme, lo he intentado.

—Pero...

—Y es todavía peor —lo interrumpió Alaric—. El portal no responde a mi llamada. He intentado regresar a la Atlántida durante la noche para consultar los pergaminos, pero la magia del portal rechazó mi invocación. Me temo que nos vamos a quedar aquí tirados hasta que se haya resuelto el tema del Tridente.

Ven intervino al fin desde la pared contraria en la que se apoyaba, cerca de la chimenea apagada.

—Lo hemos intentado todos. No hay manera. Lo que significa que tampoco podemos pedir ayuda —dijo—. Pero vamos a volver atrás un momento. ¿Has dicho que hay más de éstas *akenashas* en nuestra historia? ¿Y que eran atlantes?

—Sí, varias de las *akenasha'an* estaban entre aquellos miembros de nuestro pueblo elegidos para dispersarse por las tierras altas de la tierra en el momento del cataclismo. En aquel entonces los empáticos eran mucho más comunes. Con todo, quizá sólo un bebé de cada cien nacía con ese don, pero dado que Riley y... —La pausa fue apenas perceptible—. Riley y su hermana son las primeras que hemos encontrado en miles de años, ya veis cómo ha disminuido su número.

—¿Y qué función tenían... bueno, tenían? —preguntó Riley.

—Estaban entre los consejeros reales más apreciados, como es natural, dada la naturaleza de sus talentos. Eran esenciales en las negociaciones comerciales y demás. También elegían con frecuencia servir a Poseidón en su Templo y eran muy populares entre el sacerdocio.

—Ya me imagino que la capacidad de percibir emociones haría que cualquiera fuera la leche en el confesionario —dijo Ven—. ¿Que hiciste qué? ¡Ahhh! ¡Respuesta equivocada! ¡En realidad hiciste algo mucho peor!

—Cierra el pico, Ven. Eso no ayuda —le soltó Conlan de golpe.

—Pasa de mí. Estoy intentando relajar el ambiente. Entre los dos estáis dándole a Riley un susto de muerte —gruñó Ven.

Se volvieron todos hacia Riley, que levantó la barbilla.

—Eh, que yo soy la que usó un hacha contra un vampiro anoche, ¿recordáis? Hablar de los viejos tiempos no tiene comparación con tener sesos en las piernas. —Se estremeció antes de continuar—. Así que no os preocupéis por si asustáis a la pobrecita Riley.

—Para volver al tema, lo que tengo a continuación son especulaciones —dijo Alaric—. Creo que Riley y Quinn descienden de esos antiguos atlantes y que nuestro ADN corre por sus venas. Es más, creo que manifiestan estos antiguos dones para cumplir una de las profecías más secretas que contienen los pergaminos del Templo. —El sacerdote respiró hondo—. Creo que anuncian el momento en el que los atlantes deben casarse con los humanos para traer al mundo una

generación nueva y mejor.

Ven lanzó un silbido.

—Eso es una blasfemia, tío.

Alaric asintió.

—Y no sólo eso, sino que contradice directamente las enseñanzas del Consejo que dicen que cualquier persona de linaje real que viole las constricciones del matrimonio real provocará un segundo cataclismo en la Atlántida.

—¿Qué? —Riley sólo podía seguir el discurso formal durante cierto tiempo antes de que sus cansadas y asustadas neuronas se glasearan.

—Sin cuadra de purasangres, se acabó la Atlántida —interpuso Ven con tono tenso.

—Y no sólo la Atlántida. Se acabó todo el puñetero mundo, que es con lo que me han machacado durante toda mi vida —dijo Conlan poco a poco.

—¿Y cómo sabemos qué es en realidad? —preguntó Riley—. A ver, no es por precipitarnos, Conlan, ya que hace menos de una semana que nos conocemos, pero yo prefiero eso de casarnos a la opción B: provocar el fin del mundo.

Conlan sintió la agitación de la joven y admiró su valor todavía más. Por los dioses, ¡qué hermosa era! Y valiente.

Y estaba enamorada de él.

Un milagro que estuvo a punto de hacerle caer de rodillas.

La rodeó con un brazo y la abrazó con fuerza.

—Por si no me oíste la docena de veces que lo dije anoche, te quiero. Solucionaremos esto.

Riley le devolvió el abrazo, pero Conlan la sintió temblar.

—¿Cómo solucionamos esto? —repitió.

—Ese es el problema. No podemos volver a la Atlántida y Poseidón no coge el teléfono —dijo Ven con expresión hosca.

Alaric y Riley hablaron al mismo tiempo.

—El Tridente.

Después se quedaron mirándose con los ojos muy abiertos.

—Dime —le exigió Alaric.

—No lo sé. Es sólo una sensación que tuve cuando estaba hablando conmigo anoche. Era tan arrogante, todo eso de «con un dios no se regatea». Tengo la sensación de que puede ser muy caprichoso...

—No tienes ni idea —respondió Alaric.

—Sí. Así que quizá todo esto sea algo así como «que gane el mejor», ya sabes. Si Conlan y tú conseguís el Tridente, os merecéis el trono, la Atlántida, unas vacaciones en la playa de vuestra elección, lo que sea.

Alaric asintió.

—Eso tiene mucho sentido. Los dioses son muy volubles y Poseidón ha demostrado con frecuencia su admiración por el ganador de cualquier desafío.

Conlan estrechó a Riley con más fuerza.

—¿Así que o recuperamos el Tridente o quizá perdamos la Atlántida para siempre?

Ven se echó a reír, pero no parecía divertirse en absoluto.

—Malditos sean los dioses y sus juegos. Bueno, es una teoría bastante sólida para ponernos en marcha. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar el Tridente. ¿Alaric?

El sacerdote cerró los ojos y extendió los brazos para canalizar el poder. Pasaron unos momentos y después sacudió la cabeza.

—Nada. Pero el otro día sólo sentí destellos. Seguiré intentándolo.

Se oyeron unas pisadas en el pasillo y Christophe dobló la esquina con algo en la mano.

—Perdón por la interrupción, pero el teléfono de Riley no dejaba de sonar. —Se lo tendió antes de continuar—. Es su hermana, dice que hay un problema.

Nadie salvo Conlan notó que Alaric se estremecía.

Capítulo 33

Riley cerró el teléfono de golpe y notó que la batería se iba a acabar en cualquier momento si no la cargaba.

—No habréis traído mi bolso con vosotros de la otra casa, ¿verdad? Tenía dentro la cartera y el cargador del móvil.

Los cuatro hombres de la habitación la miraron como si les acabara de pedir que fueran a comprar zapatos con ella.

Riley entrecerró los ojos.

—Es importante, ¿estamos? La única forma que tiene Quinn de ponerse en contacto con nosotros es mi teléfono, ya que no se puede decir que llevéis móviles encima en ese estado de partículas de agua que adoptáis.

—Tu bolso está en el vestíbulo principal, en una mesa —dijo Ven—. Y ahora quizá quieras informarnos de la otra mitad de esa llamada.

—Escuchadme un momento porque esto es una especie de locura. Quinn dice que el senador Barnes es en realidad un antiguo vampiro llamado Barrabás y que es el mismo Barrabás...

—Liberado por Poncio Pilato en lugar de Jesucristo. Sí, lo sabemos —dijo Conlan.

La joven parpadeó.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Lo sabíais? Pues podríais haberlo mencionado. «Eh, oye, terrícolas, vuestro nuevo senador es uno de los peores criminales de la historia», por ejemplo. — Riley escuchó la rabia y el sarcasmo que teñían su voz, pero le dio igual.

—¿En serio? Como si un pueblo que permitió que los chupasangres se apoderaran de su gobierno fuera a escuchar lo que tenemos que decir sobre Barnes, ¿no? —soltó Ven, cuya rabia estaba a la altura de la de ella.

—Concentrémonos, chicos. Esto no ayuda mucho. ¿Qué quería Quinn? —preguntó Conlan.

—Ha encontrado a los vuestros. Bueno, a Reisen y su gente. Mi hermana dice que tuvo una reunión con un vampiro de alto nivel que está trabajando con la revolución como agente encubierto. Un tal Daniel. Va a ayudarla a sacarlos ésta noche.

Alaric se adelantó, había una mirada salvaje en sus ojos, que brillaban con una luz verde fiera.

—¿Ayudarla? ¿Ayudar a Quinn? ¿Está loca? ¿Va a tomar por asalto el puto Primus?

—Daniel dice que Barrabás tiene el Tridente. Planea torturar a los atlantes hasta que averigüe cómo utilizarlo, así que mi perturbada hermanita te está ayudando a salvar el culo, sacerdote. —Riley no entendía qué mosca le había picado a Alaric con Quinn, pero no pensaba tolerarlo.

Quinn quizá no fuera tan frágil como Riley había pensado, pero protegerla seguía siendo cosa suya. Pensó en Bastien y sonrió con tristeza.

Estoy detrás de ti, Quinn.

Conlan se adelantó y asumió el mando de la habitación sin el menor esfuerzo. No sabía qué factor X era lo que convertía a un hombre en rey, pero Conlan lo tenía a paladas.

Las inseguridades de Riley se burlaron de ella.

¿Y qué te hace pensar que eres la persona adecuada para casarse con un rey?

Le quiero. Eso es todo. Y es suficiente.

—Una hora máximo para cargar los coches. Nos vamos a D.C. —ordenó Conlan—. Riley, tú...

—De eso nada, no pienso quedarme aquí, así que quítatelo de la cabeza —lo interrumpió ella.

—Pero necesito saber que estás a salvo —dijo el príncipe en lo que debía de ser su voz «para razonar con los campesinos».

Riley se cruzó de brazos y envió una gran oleada de obstinación, a través del vínculo que los unía.

—De... eso... nada. Además, mira qué bien nos fue anoche con esa estrategia.

La joven sintió la capitulación en la mente masculina antes de que el atlante asintiera.

—De acuerdo. Pero te mantienes lejos de la línea de fuego, ¿me entiendes? Si te ocurre algo...

Se acercó al príncipe y le rodeó la cintura con los brazos.

—Lo sé. Y lo entiendo. Yo siento lo mismo contigo.

Alaric se acercó con paso firme a la puerta y se detuvo para mirarlos. Riley vio una mirada salvaje en sus ojos.

—Yo ya me voy. Os veo allí.

—¿Ya puedes percibir el Tridente? —le preguntó la joven.

—No. Pero puedo percibir a Quinn. —Riley observó el destello de dolor antes de que el sacerdote bajara de golpe sus escudos mentales y se preguntó cuál podría ser la causa.

¿Qué era lo que había pasado con exactitud entre Quinn y Alaric durante aquella sanación?

Lo añadió a su lista de «Cosas de las que preocuparme oficialmente más tarde» y salió detrás de él al pasillo para coger el bolso. Tenía una hora para cargar el teléfono.

Ah, sí. Y para prepararse para el fin del mundo.



Menos de cuatro horas y unas cincuenta infracciones de tráfico más tarde se encontraban en las afueras de Washington D.C., en un barrio tan malo que hasta la policía prefería evitarlo.

Riley percibió a Quinn mucho antes de llegar. Hizo un esfuerzo para intentar comunicarse con palabras en lugar de utilizar sólo las emociones. Por alguna razón tenía la sensación de que su talento en ese campo había aumentado un poco desde que tuvo cierta charlita con un dios.

¿Quinn! ¿Me oyes?

¿Riley? Cómo estás... oh, has cambiado. El poder que emana de ti está iluminando mi rincón del mundo.

¿Qué coño estuviste haciendo?

Tuve un pequeño cara a cara con un dios del mar que, al parecer, me ha reclamado como suya. La vida es... interesante.

Se produjo un silencio, como si Quinn estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

Riley, ¿qué pasa aquí? ¿Es uno de esos asuntos grandes y feos en plan apocalíptico?

Pues sí. Algo así. Te explicaré todo lo que pueda en cuanto llegemos ahí.

Otro silencio. Y al fin Quinn volvió a hablar en la mente de Riley.

De acuerdo, no tardes. Y, ¿Riley?

¿Sí?

Está aquí. Alaric. Lo siento en la sangre. Está... cerca.

Lo sé. También tenemos que hablar de eso.

Riley interrumpió la comunicación al sentir que se cernía sobre sus ojos un dolor de cabeza

provocado por el esfuerzo. Quizá se hubiera hecho más poderosa, pero los músculos sin estrenar necesitaban un poco de entrenamiento.

Si es que vivía lo suficiente.

Sacudió la cabeza y estiró la mano para posarla en la pierna de Conlan, que iba conduciendo. El atlante la miró con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien? ¿Hablabas con Quinn?

—Sí. Ya casi hemos llegado.

Conlan asintió y se concentró en la carretera y en el siempre horripilante tráfico de Washington.

Ya casi estamos. Y ésta noche se va a armar el proverbial follón. ¿En qué lío me metí esta vez?

Pero miró el perfil sólido de su amante y supo que no quería estar en ningún otro lugar.



Conlan se puso a la cabeza a la hora de entrar en el edificio abandonado que Riley le aseguró que era el cuartel general y base de operaciones, que tenía la célula de la costa este de los luchadores por la libertad de Quinn. No pudo convencer a Riley para que se quedara en el coche pero, coño, por lo menos podía protegerla de la primera oleada de cualquier emboscada.

Ven y el resto de los Siete se desplegaron a su alrededor y detrás de la joven con las armas en la mano.

—Me pregunto cuánto van a durar los tapacubos del Hummer —dijo Ven por lo bajo, seguramente para intentar hacer sonreír a Riley.

—Oh, te apuesto lo que quieras a que ya habrán desaparecido —dijo Bastien—. Total, nunca me gustó ese coche.

Christophe se echó a reír.

—Puse una cosita de nada en los coches. Si alguien intenta llevárselos, se van a llevar una buena sorpresa.

Conlan hizo caso omiso de las bromas y los llevó por una escalera estropeada y cubierta de graffiti que le indicó Riley. No le gustó ni un pelo.

Al llegar al último escalón se encontraron con una docena de guardas armados esperándolos, todos vestidos con tejanos viejos y chaquetas de cuero. Parecían simples matones o vagabundos hasta que te fijabas en las armas nuevas y brillantes que llevaban en las manos.

Conlan y los Siete sacaron de inmediato sus armas y los apuntaron con ellas. Riley se abrió camino hasta que se colocó junto a Conlan y sacudió la cabeza.

—Bonito espectáculo, Quinn. Ahora llámalos, ¿quieres?

El hombre que había adelante, enorme y con la constitución de un guerrero, comenzó a enseñar los dientes poco a poco en lo que quizá creía él que era una sonrisa. La civilización no era más que un leve barniz que cubría el salvajismo de aquel hombre.

Conlan supo al instante que aquel era el líder y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Soy Conlan de la Atlántida. Ésta es Riley, la hermana de Quinn. Si no sois las personas que buscamos, saldremos de aquí tranquilamente. Intentad impedirnoslo y moriréis por las molestias.

El hombre hizo una señal casi imperceptible y los hombres que lo acompañaban bajaron las armas.

—¡Quinn! Al parecer estamos en la semana de la familia —exclamó. Después le tendió la mano a Conlan—. Jack Shepherd. Echo una mano por aquí.

Quinn salió por una pequeña puerta que había detrás de Jack discutiendo con alguien por teléfono.

—No. Es ahora o nunca. Necesito el material ésta noche. O mañana por la mañana como

muy tarde. —Estiró la mano por encima del auricular, saludó con la cabeza a Riley y miró a Jack—. ¿Al amanecer?

El hombre asintió, su cuerpo irradiaba una tensión fiera.

—Al amanecer. Si tus amigos están de acuerdo que es mejor golpear a los chupasangres de día...

Conlan respiró hondo e invocó el poder de forma sutil. Los elementos le cantaron, pero la canción de la tierra era la más penetrante. Miró a Jack antes de hablar.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿También es mejor para ti y los demás cambia-formas golpear al amanecer?

Capítulo 34

Mientras Ven y los Siete se congraciaban con la fuerza de asalto de Quinn, Conlan, Riley, Quinn y su amiguito el hombre lobo alfa, se sentaron alrededor de una mesa de metal llena de marcas, en sillas de madera astilladas y bastante estropeadas.

Quinn miró a Conlan.

—No lo es.

—¿No es qué?

—No es un hombre lobo, si eso es lo que estabas pensando. Es... Jack, ¿te importa si se lo digo?

Jack le lanzó a Conlan una mirada dura que lo midió de arriba abajo. Oh, sí. Aquel hombre era un guerrero, de eso no cabía duda, fuera cual fuera el tipo de animal en el que se convertía bajo la influencia de la luna.

—Está bien. Ojo por ojo, supongo que saber lo de la Atlántida es todo lo que vamos a sacar de éste asunto —dijo.

Quinn esbozó una breve sonrisa.

—Es un hombre tigre. No es indígena de Norteamérica, pero cuando los vampiros...

—Cuando los chupasangres destruyeron a todo mi clan, mi grupo familiar, decidí que iban a morir. Y la mejor forma de acabar con ellos era acudir a la fuente —dijo Jack con voz lúgubre.

Riley envió una confirmación a través del vínculo. Aquel hombre estaba diciendo la verdad. A Conlan le bastó con eso.

—Tenemos que recuperar el Tridente. Su poder en manos de Barrabás o, y que los dioses nos ayuden, de Anubisa bien podría significar el comienzo del próximo cataclismo.

Quinn asintió.

—También tienen a vuestra gente. Daniel nos dijo que está planeando un golpe de estado y...

—¿Daniel? —la interrumpió Riley—. ¿Quién es ese y por qué confiamos en él?

—Buena pregunta —gruñó Jack—. Es uno de los máximos generales de Barrabás, y yo no confío en él. Pregúntale a la loca de tu hermana en qué coño estaba pensando.

Un torbellino de sombras oscuras barrió la habitación acompañado de un viento gélido. Antes de que se hubiera materializado siquiera, Quinn se levantó con las manos estiradas.

—Alaric.

El atlante bajó de improviso, cogió las manos de la mujer y la apartó de un empujón del cambia-formas.

Era obvio que a Jack todo aquel alarde no lo impresionó demasiado. En un abrir y cerrar de ojos se puso de pie con la pistola en la mano. Conlan ya casi había olvidado lo rápido que podían moverse los cambia-formas.

Y por lo que parecía, quizá los hombres tigre fueran los más rápidos de toda la panda.

—Apártate de la dama, pequeño mago —gruñó con un rugido bajo y atronador.

A su lado, Riley se estremeció al oír el sonido de la selva resonando por la pequeña habitación. Conlan se levantó de un salto y atravesó la mesa con un destello para enfrentarse a

Jack.

—Tranquilízate. Está con nosotros.

—Me da igual quién sea, más vale que le quite las manos de encima a mi socia o va a convertirse en fertilizante para plantas. —Los ojos de Jack brillaron con un espeluznante resplandor verde amarillento y las pupilas se le alargaron hasta convertirse en simples ranuras.

La voz de Quinn surgió detrás de Conlan.

—Jack, déjalo ya. Éste es Alaric, y fue el que me curó aquella herida de bala. Lo suyo no son... los buenos modales.

Una oleada de luz y calor atravesó la habitación y Conlan no tuvo que girarse para saber quién lo estaba generando.

—¡Alaric! Un poco de control, si tienes la bondad. Hay mucho que hacer aquí.

La voz de Alaric era herrumbrosa, forzada.

—Unas palabras, si es tan amable, mi señora. Necesito... necesito... —Se le quebró la voz y le costaba respirar.

Riley intentó ir hacia Quinn, pero Conlan la detuvo poniéndole una mano en el brazo. Era algo que Quinn y Alaric tenían que resolver antes de que todos pudieran trabajar como un equipo para planear el asalto al Primus. Riley lo miró furiosa, pero después percibió las emociones masculinas y señaló con un gesto que lo entendía. Asintió y volvió a sentarse.

Quinn habló por fin con tono agotado.

—Sí. Tenemos que hablar. Sobre todo dado que eso es lo único que podremos hacer. Ven conmigo. Los demás, tened la bondad de esperar, por favor. Podéis ir conociendoos. —Después se echó a reír—. ¿Por qué no coméis una galleta?

Cuando Quinn y Alaric dejaron la habitación, Conlan experimentó un momento de claridad meridiana. Comprendió que Quinn había atrapado a Alaric en su red empática con tanta fuerza como Riley atrapó a Conlan.

Pero ciertas criaturas marinas se hunden y se ahogan si se encuentran con una red.

Y al parecer Alaric era una de esas criaturas.

Se habían ido y lo habían dejado sólo con una criatura que le decía que debía destruir todo su legado.

Riley los vio irse y después lanzó un suspiro. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y le sonrió a Jack.

—Bueno. Cuéntanos cómo es eso de ser tigre. ¿De dónde eres?



Alaric se enfrentó a Quinn en el tejado del edificio. Luchando con desesperación por no perder el control. Por conservar la calma.

Por tener el valor necesario para no caer de rodillas delante de aquella mujer humana y rogarle que lo acariciara.

Cómo se debe de estar riendo Poseidón de su sumo sacerdote en éste momento.

La joven lo miró, el recelo marcaba cada línea del cuerpo femenino.

—Eres el que más poder tiene con la magia, ¿no es así? Siento que canta en tus venas y vibra bajo mi piel. ¿Qué me hiciste cuando me curaste? Y gracias por hacerlo, por cierto.

Alaric la iba acechando, se paseaba dibujando un círculo cada vez más pequeño a su alrededor. Sabía que debería parar.

Pero era incapaz de hacerlo.

—No hice nada raro, aunque los acontecimientos en curso sugieren que Riley quizá haya contribuido a tu curación —dijo el sacerdote con tono brusco—. Lo que fue raro fue lo que me hiciste tú a mí.

Ni siquiera era hermosa. Él siempre había pensado que caería algún día, que se enamoraría, con un amor glorioso y no correspondido, de una belleza asombrosa. Una diosa entre las mujeres.

Entre las mujeres atlantes.

Pero esa desaliñada humana, jesa rebelde!, no se parecía en nada a lo que se había imaginado. Estaba tan flaca que parecía una muerta de hambre, era todo ojos enormes con grandes ojeras sobre unas mejillas chupadas. Daba la sensación que se había cortado el pelo ella misma con el cuchillo que guardaba en el bolsillo. Y la ropa que vestía no era mucho mejor que la que les veía a los mendigos de las calles.

La deseaba tanto que la sensación se había convertido en un dolor físico que le exprimía los huevos.

—No sé qué es lo que crees que ves, pero yo no soy como mi hermana —dijo Quinn, con la voz y las emociones embargadas de dolor.

El calor y el color de las emociones femeninas giraron alrededor del sacerdote y lo torturaron. El rojo vino, el gris oscuro y el azul del mar al atardecer bailaron en el interior de Alaric, lo atravesaron y lo desgarraron con toda su intensidad.

Llenándole los ojos de lágrimas.

Luchó contra ellas. Luchó contra la red sedosa que aquella mujer trenzaba sin esfuerzo alrededor de su corazón. De su alma.

Una mujer capaz de domesticar a un monstruo marino.

Y él era ese monstruo.

—No te pareces en nada a tu hermana —asintió el sacerdote—. Y sin embargo eres igual que ella. Tontas e idealistas, las dos. Ella salva bebés adictos al crack, tú salvas al mundo.

Finta, ataque.

—¿Sabías que Riley dio su vida por dos de nuestros guerreros?

La joven empalideció por encima de la blancura marmórea que era su piel. Esa piel perfecta.

La piel que él ansiaba saborear.

—¿Qué? —jadeó—. Pero, espera. Has dicho que «dio su vida». En esa habitación estaba vivita y coleando.

—Sí. Poseidón juega con la semántica con la misma facilidad con la que juega con los destinos y las vidas. La hizo suya.

Quinn frunció el ceño y dio un paso hacia él.

—¿Qué coño significa eso? ¿Es que una especie de perverso dios mitológico va a intentar violar a mi hermana? Porque no tengo problema en pegarle un par de hostias a ese tal cola de pez.

Alaric se estremeció al oír la blasfemia y después lo atravesó una epifanía atronadora. Él mismo sería capaz de enfrentarse a Poseidón para proteger a Quinn.

Estaba perdido.

Qué extraño que la palabra que había utilizado ella para describirse fluyera con tanta facilidad también en su mente.

Perdido.

—¿Por qué estás perdida? —preguntó de repente—. ¿De qué estabas hablando?

Le tocó a ella estremecerse entonces. Giró en redondo y se quedó mirando el paisaje. Edificios abandonados y coches convertidos en chatarra no tenían nada que pudiera captar su atención, pero era evidente que en sus recuerdos sí lo había.

Alaric se movió sin ruido hasta que quedó justo detrás de ella. Hasta que pudo sentir el calor corporal de la joven entibiando su piel gélida. La tundra helada de su corazón.

Sabía que tenía que apartarse o se quemaría.

Pero antes de que él pudiera moverse, Quinn se giró y estuvo a punto de terminar entre sus

brazos. Estaban tan cerca que apenas los separaba un simple aliento.

Un aliento y once mil años de dogma.

—La rebelde y el sacerdote —dijo él con voz ronca—. Menuda pareja hacemos.

La joven tenía unos ojos enormes en aquel rostro demacrado.

—Pero una pareja es lo que jamás podríamos ser. Hice cosas... cosas oscuras e imperdonables en nombre de la libertad.

Alaric estiró una mano para acariciarle la cara, pero se detuvo con los dedos a unos milímetros de la piel femenina.

—Y yo no he hecho nada en el nombre de un dios.

El sacerdote se retiró como un rayo una docena de pasos, después la miró y dejó que todo el impacto de su ansia y su deseo bramaran hacia ella y se adentraran en su cuerpo.

Quinn se dobló por la cintura y se rodeó con los brazos antes de empezar a llorar.

—No tengo derecho a pedirte, pero, por favor, vete —dijo, había una dignidad rota en su voz—. Ésta noche trabajaremos juntos y después no nos volveremos a ver jamás. Pero ahora vete. No me tortures con visiones de lo que nunca podré tener.

El sacerdote se inclinó ante ella y después, de algún modo, encontró la fuerza necesaria para alejarse. Sabía que enfrentarse a Barrabás no sería nada comparado con el valor que acababa de invocar.

Capítulo 35

Riley tropezó y se sujetó al borde de la encimera donde estuvo buscando las galletas que había mencionado Quinn. El estallido de dolor la atravesó entera y estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Quinn. Oh, Quinn —gimió.

Tuvo a Conlan al instante a su lado, la rodeó con los brazos y le gruñó a Jack, que se había levantado para ayudarla.

—¿Riley? ¿Estás bien?

—Sí. No, no lo sé. Es Quinn...—El flujo de tormento se detuvo de repente.

Quinn había cerrado de golpe sus escudos.

Riley envió una oleada de comprensión y amor hacia su hermana.

Quinn, estoy aquí si me necesitas. Te quiero. No sé muy bien qué te pasa, pero estoy aquí si me necesitas.

Pero la única respuesta fue el silencio.

Ven entró en ese momento en la habitación.

—Eh, vamos a explorar la zona ahora que está oscureciendo y de paso compraremos algo de comer. Justice está bastante familiarizado con Washington y, por supuesto, los hombres de Quinn... —Se interrumpió casi sin querer y su mirada enfocó a Jack—. ¿Pero qué coño eres? Jamás había oído eso.

Jack lo miró con el ceño fruncido.

—Menudos modales, mamón. ¿Es que vas por ahí olisqueando a la gente?

Ven sonrió.

—¿Quieres probar? Porque tengo encima una tensión de la hostia y sería un placer reorganizarte la cara sólo para echarme unas risas, así que vamos.

La boca de Jack apareció de repente repleta de dientes.

—Quizá prefieras comprobar el estado de la luna antes de ponerte a desafiar al macho alfa de mi clan, chico acuático.

Riley se apartó de Conlan y se interpuso entre los dos hombres.

—¿Tenemos una cinta métrica en la habitación?

Ven parpadeó y le lanzó una mirada perpleja.

—¿Qué?

Riley adoptó su sonrisa más dulce e inocente y Conlan intentó contener la risa. Sabía lo que iba a continuación.

—Bueno, supongo que vosotros dos podríais sacároslas, las medimos y terminamos de una vez con esto —dijo la joven con un canturreo.

Necesitaron un segundo, pero después tanto Ven como Jack rugieron de risa y se tendieron las manos para estrechárselas.

—Ven. ¿Quieres enseñarnos el terreno, chico selvático?

—Jack Shepherd. Y es hombre selvático para ti.

Ven miró a Conlan, que asintió, y Ven y el tigre dejaron la habitación. El plan era bueno. Aunque no tenían ninguna razón para confiar en Quinn, la opinión que le merecía a la hermana

de Riley la gente que la rodeaba era un interrogante hasta que se demostrara lo contrario.
Tener las cosas vigiladas era de cajón.
Riley bufó y sacudió la cabeza.
—Los chicos nunca cambian, ¿no?
Una sombra oscura atravesó la habitación y se materializó convertida en Alaric.
—¿Cuál es el plan?
—¿Dónde está mi hermana?
—Viene enseguida. Quería... estar sola un momento.
—Si le haces daño a mi hermana, te voy a...
Conlan le puso una mano en el hombro y le envió sus pensamientos.
Riley. Míralo. Mira con el corazón. Moriría antes de hacerle daño.
Ella se detuvo y se concentró en Alaric, después a mirar a Conlan.
Quizá. Pero hay más formas de hacer daño que esa.
—El plan es que esperamos y atacamos al amanecer, cuando la fuerza de los vampiros está en su punto más bajo —le contestó Conlan a Alaric.
—Entonces vuelvo justo antes del amanecer —dijo Alaric con tono brusco—. Protégela por mí, Conlan. —Su mirada cayó sobre Riley—. Protégelas a las dos.
Alaric levantó los brazos y se desvaneció.
Riley sacudió la cabeza.
—No me voy a acostumbrar a eso jamás, ¿verdad?
Conlan se acercó a la puerta y comprobó que Ven había dejado guardias suficientes. Sabía que su hermano lo tendría todo cubierto, pero necesitaba moverse. Necesitaba hacer algo.
—Esto de sentarse a esperar es una mierda —dijo.
—¿No me digas? —En la voz de Riley había un sarcasmo considerable—. Y, sin embargo, eso es lo que quieres que haga yo, ¿no?
—Eso es diferente. Tú eres...
—¿Una mujer? Ah, ni se te ocurra ir por ahí, caballero —le advirtió ella.
Pero Conlan la atrajo otra vez y apoyó la frente en la de ella.
—Tú eres el corazón que hace latir mi cuerpo. Si murieses, mi existencia terminaría con la tuya —murmuró.
Riley se estremeció entre sus brazos y después levantó la cara para que la besara.
—¡Qué bueno eres, muy bueno!
—Lo sé.
Riley se echó a reír.
—No te lo creas tanto, chico pez. Además, eres demasiado mayor para mí, te sobran unos cuatrocientos cincuenta años. Recuérdalo cuando empieces a creértelo.
—Para ti es príncipe pez —le tomó el pelo él.
La sonrisa de la joven fue desvaneciéndose poco a poco de su rostro.
—¿Es a esto a lo que llaman reírse de la muerte? Porque a mí no me hace ninguna gracia.
La voz de Quinn resonó en la puerta.
—Bienvenida al club, hermanita.



Ven y Jack llevaron bocadillos suficientes para alimentar un pequeño ejército, pero Riley no fue capaz de tomar más que unos cuantos bocados.

Pequeño ejército. Ya, bueno, eso es exactamente lo que somos. Un ejército muy pequeño.

Se estremeció y se envolvió mejor con la chaqueta, aunque supuso que era ese tipo de frío que surgía de adentro. No se podía decir que la idea de la muerte fuera muy cálida y alegre.

Su mirada siguió a Quinn, que se paseaba por la habitación hablando con su banda de luchadores por la libertad. ¿Quién hubiera creído que su frágil hermana crecería hasta convertirse en una líder rebelde? ¿O que la propia Riley terminaría enamorándose del heredero al trono de una tierra mitológica?

La experiencia entera era como el guión de una fantasía urbana en el que los límites de la realidad más prosaica se confundían y convertían en imágenes fantásticas.

O eso o un mal cuelgue, pero muy malo. Menudo momento he escogido para no ser yonqui.

La idea le arrancó de repente una carcajada, lo que hizo que Conlan, que se encontraba al otro lado de la habitación hablando con Jack, la mirara con una de sus cejas oscuras levantadas. La conciencia que tenía aquel hombre de su presencia era de una intensidad casi visceral, Riley lo sentía en la sangre, bajo la piel, atravesándole las terminaciones nerviosas.

Se estremeció otra vez, pero por una razón totalmente diferente. Decidió divertirse un poco y envió una emoción muy concreta volando hacia él.

Deseo.

Tengo entendido que el sexo ese de «la vida está en peligro, quizá sea el fin del mundo» es una pasada.

La joven se concentró en la imagen de los dos juntos, con los miembros entrelazados. La boca de ella en el cuerpo de él. Las manos de ella en el cuerpo de él.

Lo observó cuando lo golpeó la imagen. Vio que de repente contenía el aliento y apretaba los músculos de la mandíbula. Unos segundos después lo tenía adelante y la arrinconaba contra la pared.

—Un talento muy interesante, *aknasha*. ¿Te apetece llevarlo a un sitio más privado y enseñarme más?

Riley levantó la cabeza y le sonrió.

—Oh, sí.

Agitó una mano para llamar la atención de Quinn y señaló la puerta con la cabeza.

—Vamos a descansar un poco —dijo, aunque sabía que no iba a engañar a su hermana.

Probablemente no estuviera engañando a nadie. En una habitación llena de cambia-formas, era casi seguro que podían oler el deseo que la embargaba. La idea la hizo ruborizarse, pero no la detuvo.

Quinn asintió una vez y apartó la mirada. No le había contado a Riley nada sobre Alaric. Se había limitado a mirarla con un dolor sin medida en los ojos y le dijo que no había nada que contar.

El recuerdo detuvo a Riley.

—Conlan, quizá deberíamos...

El atlante la entendió al instante, la joven lo percibió en sus emociones.

—Sí, podemos quedarnos si quieres. ¿Pero Quinn quiere de verdad que lo hagamos? — Riley miró otra vez a su hermana.

Quinn estaba sentada con Jack, con las cabezas casi pegadas, los dos estudiando los mapas del Primus una vez más.

Jack era otro asunto. Riley había observado aquellos ojos extraños y salvajes que seguían a Quinn por donde fuese. El hombre tigre sentía algo muy profundo por su hermana, era bastante obvio. Pero Riley no creía que fueran amantes. ¿Y qué había de Alaric?

—Es una mujer adulta, amor. No puedes resolver sus problemas por ella —le murmuró Conlan al oído.

—Eso no significa que no vaya a intentarlo —le respondió ella con tristeza.

—Ahora ven conmigo. Déjame abrazarte hasta el amanecer.

Riley suspiró y asintió.

—Sí. Quinn me enseñó una habitación donde podemos dormir. Es un poco estrecha, pero...

Conlan le cogió la cara entre las manos y buscó algo en sus ojos.

—Allí donde tú estés será el paraíso en la tierra para mí.
A Riley se le cortó el aliento. ¿En qué mundo era justo que al fin encontrara la otra mitad de su alma y sólo para que quizá ninguno llegara a vivir otro día?
—Pero tenemos ésta noche —susurró—. Hagamos de ella algo que dure para siempre.
Y salió con él de la habitación.



Barrabás le partió el cuello al atlante que tenía delante y vio caer al guerrero muerto al suelo. Después echó la cabeza hacia atrás y aulló de rabia contra los muros de piedra de la cámara.

Drakos no se acercó en ningún momento a la carnicería, seguramente temía ser el siguiente. Y del humor que estaba Barrabás, había muchas probabilidades.

—¿Cómo es posible que estos enclenques sacos de carne sean capaces de resistirse a mis poderes de control mental? —Siseó mientras le daba una patada a uno de los cuerpos con tal fuerza que oyó partirse las costillas como si fuesen astillas.

Habría sido mucho más satisfactorio si el hombre viviera todavía. Barrabás disfrutaba como un enano cuando gritaban.

—Pero sí que gritaron antes de morir, ¿verdad, Drakos? —Atravesó los residuos granulados de los tres vampiros de su manada de sangre.

De acuerdo. A Poseidón no le hacía gracia que los vampiros tocaran su precioso juguetito.

Pero habían muerto de una forma espectacular. Una cascada de llamas mortales. Barrabás tenía que admitir que el dios del mar tenía estilo. Cuando se trataba de asesinar y aniquilar, un buen método creativo era admirable.

Y sus vampiros también habían muerto chillando.

El líder atlante, Reisen, colgaba de uno de los grilletes que había clavados a la pared, ensangrentado y moribundo. Pero era el único que no había gritado ni una sola vez. Ni siquiera cuando Barrabás le cortó la mano con una espada.

Un valor digno de admirar también. Salvo cuando dificultaba sus planes. Entonces había que torturarlo sin piedad hasta matarlo.

—Reisen cree que los otros vendrán a buscar el Tridente. El príncipe y el sacerdote —caviló mientras se frotaba con cuidado la bota en uno de los cadáveres para quitarle la sangre.

Observó que la camisa de la cosa se volvía de un color negro rojizo y después le pisó la cara a propósito al pasarle por encima.

—No se atreverían a enfrentarse a vos, mi señor —respondió Drakos.

Hasta parecía indignado en nombre de Barrabás. Bonito toque, ya fuera sincero o no.

—Un príncipe y un sacerdote —repitió Barrabás—. ¿Es que estos atlantes no han oído hablar de la separación entre iglesia y estado?

Se echó a reír y vio que Reisen se estremecía y se llevaba el brazo manco al pecho.

—Quizá tengamos que introducir la nueva y mejorada Ley de Derechos cuando nos apoderemos de vuestras preciosas Siete Islas, ¿qué te parece?

Reisen levantó la cabeza y miró furioso a Barrabás.

—Conlan te va a borrar del mapa y Alaric canaliza más poder del que hayas soñado jamás, chupasangre. —El atlante tosió y escupió un pegote de sangre.

Después sonrió y la sangre le manó por la mejilla.

—Y yo voy a bailar sobre tu tumba cubierta de sal.

Barrabás rugió de rabia y las luces de la cámara parpadearon.

—No vivirás para verlo, gusano.

Pero antes de que pudiera arrancarle la cabeza del cuerpo al guerrero, Drakos se puso

adelante y el dorso de su mano se estrelló contra el atlante. La cabeza de Reisen cayó hacia atrás y chocó contra el muro, después se derrumbó, inconsciente o muerto.

Drakos se inclinó.

—Quizá resulte útil más tarde, mi señor. Una vez que se le persuada lo suficiente, quizá sea clave para saber más sobre el Tridente.

Barrabás entrecerró los ojos y deseó una vez más poder examinar la mente de su general.

—¿Me ofreces una buena estrategia o es que me desafías?, Drakos. ¿Por qué siempre parece estar en el filo de la navaja?

—¿Querriáis tener a un pelele como segundo?

Barrabás esperó varios minutos antes de responder. Que Drakos se preocupara un poco.

—No. Pero no se tome eso como un permiso para desafiarme, general Drakos.

Drakos volvió a inclinarse.

—¿Queréis que traiga al último de los guerreros? ¿Al que llaman Micah?

—Ah, sí. Todavía nos quedan unas cuantas horas hasta el amanecer. Veamos si podemos hacer cantar a éste. —Barrabás volvió a cruzar entre los cuerpos de los muertos, disfrutando del crujido de los huesos al aplastar los miembros.

—¡Cómo me gusta el sonido de la música!

Capítulo 36

Conlan consiguió dar casi dos pasos enteros en la habitación en penumbra detrás de Riley antes de perder el control del todo. Cerró la puerta tras él de un portazo y la atrajo de un tirón hacia él, casi aplastándola entre sus brazos.

—No puedo hacerlo, Riley. No puedo entrar en combate mañana contigo corriendo algún riesgo. Por favor, no me lo pidas.

Riley giró entre los brazos del atlante y le rodeó el cuello con los brazos.

—No creo que podamos hacer nada. Tengo la sensación de que esto es una especie de terreno de pruebas y el que hace las reglas es Poseidón. Cuando me puso la marca en la espalda, puso mi ficha en el tablero de juego.

Conlan se echó a reír y el sonido reverberó con un matiz amargo y duro en sus oídos.

—Porque eso es todo lo que somos para él. Peones en una especie de partida de ajedrez de locos.

Riley le acarició la cara y trazó el borde de sus labios con un dedo.

—¿Acaso no nos enseña la historia que sólo somos peones para todos ellos? ¿Mi Dios, tus dioses, los dioses de todo el mundo? Jugamos lo mejor que podemos y después morimos. Se acabó la partida. Y lo único que nos queda es lo bien que lo hayamos hecho mientras duró. —La joven sonrió—. Creo que deformé por completo la metáfora, pero ya sabes a lo que me refiero.

Conlan cerró los ojos y se concentró en la sensación que el aliento femenino creaba en su piel. El calor que le atravesaba el cuerpo al rozar el de ella.

—Me dan igual los juegos y los dioses. Ésta noche me da igual todo. Todo lo que quiero es abrazarte y grabar a fuego éste momento en mi memoria para siempre —dijo con voz áspera mientras la abrazaba con más fuerza todavía.

—Sí —dijo la joven.

Simple y directa. Sólo «sí». Y después alzó la cabeza para besarlo y el mundo de Conlan estalló en llamas.

La levantó y las piernas femeninas se auparon y le rodearon la cintura. Conlan gritó al sentir el fiero placer que lo atravesaba como un martilleo al tenerla tan cerca. Su cuerpo se endureció, apretó los músculos y echó a andar con ella hasta que le apoyó la espalda en la pared.

Riley gimió en su boca y entrelazó los dedos entre su pelo, atrayéndole la cabeza hacia ella mientras se hundía en aquel beso. Conlan fue bajando las manos hasta que sintió el redondo trasero femenino apoyado en las palmas de las manos, se lo pellizcó y lo acarició, y la atrajo hacia sí para que se le subiera la falda por encima de los muslos y no se interpusiera nada entre ellos, salvo los pantalones de él y la seda fina de la ropa interior de ella.

Y seguía siendo demasiado. El atlante la apoyó en uno de sus muslos y metió las manos para rasgar el encaje en dos y arrancarle los trozos. Después levantó la pierna para que su miembro duro se frotara contra el centro húmedo de ella.

Riley gimió y se retorció contra él clavándole los dedos en los hombros.

—Sí, tócame. Tócame, Conlan. Te necesito.

Conlan se inclinó para hundir la cara en el cuello femenino, necesitaba gritar su triunfo,

pero quería ahogar el sonido para que los que tenían tan cerca no lo oyeran. Con un gruñido sordo le mordió el cuello donde se curvaba hacia el hombro, después acarició el punto con la lengua para aliviar el diminuto arañazo.

La joven volvió a gemir y se arqueó contra él, le tiraba con frenesí de la camisa para intentar sentir su piel en las manos. Conlan se arrancó la camisa y los pantalones con una mano, se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera en cuestión de segundos. Antes de poder hacer nada más, su amante posó las manos en sus hombros y los utilizó para alzarse un poco.

Después, sin dejar de mirarlo a los ojos, se centró y se fue deslizando sobre su erección, envolviéndolo en su calor y su humedad. Conlan no pudo evitarlo, gritó su nombre a todo pulmón. Volvió a cogerle el delicioso trasero y se lo apretó. La levantó y se hundió en ella una y otra vez, observando el placer que vidriaba los ojos femeninos hasta que se cerraron con un parpadeo.

Después se detuvo. Riley gimió y lo miró con un parpadeo.

—¿Por qué te has parado?

Poco a poco, milímetro a milímetro, la fue bajando sobre su astil otra vez, mientras observaba su rostro.

—Porque necesito verte mientras te hago mía. Necesito mirarte a los ojos y ver tu alma, mi Riley, *mi amara akenasha*. Necesito saber que eres mía, ahora y para siempre.

La volvió a alzar y se hundió en ella hasta el fondo una vez más, adorando el sonido del jadeo femenino.

—Quiero que me hagas tuyo y sepas que soy tuyo también.

Riley se alzó, los músculos femeninos se aferraban al miembro de él al tiempo que se apartaba muy poco a poco. Torturándolo con su premeditación.

—Ahora y para siempre, Conlan. Da igual lo que los dioses puedan tener en mente para nosotros, jamás habrá otro para mí. Eres lo único que quiero. Mi final feliz. Mi amor. Mi alma.

Y con esas palabras se sentó sobre él y se apretó contra el cuerpo masculino hasta que ya no pudo absorber más.

No había más que absorber.

Y entonces se detuvo, rodeándolo, envolviéndolo con fuerza, recubriendo por completo su duro miembro con el calor de su cuerpo de mujer. Y revistiendo su corazón con su corazón de mujer.

Y los dos derribaron de un mismo empujón las barreras que pudieran quedar entre sus dos almas.

La luz y el color atravesaron con un estallido el mundo de Conlan, el mundo de Riley, el mundo de los dos. Se encontraron temblando en un torbellino de colores, azul, aguamarina y verde plateado. La música del arco iris entonó su melodía a través de sus cuerpos, los rodeó y los desgarró. Un manantial de necesidad, de añoranza, de satisfacción absoluta cayó como una cascada a su alrededor y penetró en ellos hasta que fueron incapaces de decir dónde empezaba él y dónde terminaba ella.

Los mundos temblaron al filo del despertar y las estrellas estallaron en una explosión de fuego y resplandor. El alma de Riley se abrió a su amante y él la reclamó y la hizo suya.

Y ella hizo lo mismo con el alma del atlante.

El fuego, la furia y el poder rugiente de los elementos se elevó en él, salió y penetró en ella y Conlan tuvo un microsegundo de tiempo para preguntarse cómo era posible que semejante pasión pudiera estallar sin crear otra vida, pero Riley estaba chillando ya en su mente y el universo se convirtió en una supernova alrededor de los dos.

Conlan cayó de rodillas sin dejar de acunarla entre sus brazos, demasiado débil para seguir de pie. Riley jadeaba respirando al mismo ritmo que él.

Cuando al fin levantó la cabeza, su rostro era casi demasiado hermoso para que él lo pudiera soportar.

—¿Qué ha pasado? ¿Se terminó el mundo? —susurró.

—Eso, creo, fue la fusión de las almas —respondió Conlan, apenas capaz de formar las palabras—. Según la leyenda, se va haciendo más intenso a medida que pasa el tiempo.

Riley parpadeó.

—Jamás podremos sobrevivir a eso.

Pasó mucho tiempo antes de que él pudiera dejar de reírse lo suficiente para recuperar el aliento y llevarla al camastro que había en la esquina. Allí la abrazó toda la noche, hasta el amanecer, y la miró dormir, mientras les daba gracias a los dioses por el regalo de aquel amor y juraba por su vida que la protegería.

Escúchame, Poseidón, pues te lo juro con todo lo que soy o seré. Ésta mujer es mía.

Un destello de luz cruzó la habitación, un relámpago de energía que abrasó su campo de visión.

La respuesta de Poseidón, quizá. Ojalá Conlan supiera qué diablos de los nueve infiernos significaba.



Unas horas demasiado cortas después, Riley se encontraba sentada en una esquina de la sala de guerra de Quinn, acunando con las manos una taza de café. No podía quitarle los ojos de encima a Conlan. Su fiero guerrero había tomado el mando de la planificación con la mayor naturalidad y dominaba la habitación. Incluso en una sala llena de machos alfa, él siempre sería el dominante.

Para ser un hombre que no creía tener lo que hacía falta para gobernar, tenía el aspecto de rey grabado en cada una de las duras líneas de su rostro.

Y quería que ella fuera su reina. La idea era demasiado grande para planteársela siquiera. Sobre todo en esos momentos. A punto de lanzar el asalto definitivo contra la guarida de los vampiros. Ya pensaría en ello más tarde. Empezaba a dársele puñeteramente bien eso de negar las cosas.

Jack estaba señalando algo en el mapa.

—Estos son muros de cemento, no es que podamos derribarlos y entrar así como así. Si el contacto de Quinn no responde, estamos jodidos.

Quinn, a la que una ráfaga de viento parecía capaz de derribar, se limitó a asentir con expresión lúgubre.

—Estará allí. ¿No crees que he comprobado su información en temas menores antes de confiarle algo así? Cree que Barrabás se equivoca y que los no muertos deberían volver a las viejas costumbres.

—¿Comerse a la gente entre las sombras? —preguntó Ven con voz inexpresiva.

—No, coexistir con los humanos sin intentar conquistarnos —respondió Quinn—. Él lleva siglos viviendo de sangre animal, salvo por alguna que otra donación voluntaria.

—O eso dice —señaló Conlan—. No importa. Nos comprometimos a proceder según ésta información. Que los dioses se apiaden de él si nos ha traicionado.

El viento gélido que parecía ser la tarjeta de visita de Alaric dibujó un torbellino en la habitación y se fundió hasta convertirse en su forma oscura junto a Conlan.

—No hay dios que escuche la llamada de semejantes alimañas, salvo Anubisa. Y me gustaría que esa acudiese en su ayuda para poder poner fin a su vida.

—Oh, yo me apunto a eso —gruñó Ven.

La voz de Conlan surgió serena y carente por completo de emoción.

—Si por casualidad apareciese Anubisa, es mía. Consideradlo mi primer decreto real.

Ven asintió poco a poco, pero Riley notó que Alaric no daba señal de asentir. Se limitó a

quedarse mirando a Quinn con el aire de un depredador examinando a su presa.

O el de un hombre sentenciado a morir que contempla a su verdugo.

Riley no terminaba de saber muy bien cuál de las dos cosas.

Bastien rompió el silencio.

—No soy quisquilloso. Incluso si tengo que derribarlos uno por uno, los chupasangres van a morir.

—Sabes que la policía humana y los soldados también van a proteger el Primus. Es una cámara oficial del Congreso —dijo Justice desde una esquina oscura de la habitación.

Riley ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí. Se percató de repente de que aquel guerrero vivía buena parte de su vida en esquinas oscuras.

Otra cosa en la que tendría que pensar más tarde.

—Por eso es por lo que Daniel nos va a llevar por el pasadizo subterráneo —respondió Quinn mirando a todas partes salvo a Alaric—. Aunque es posible que tengamos que abrirnos paso entre algunos de los miembros de la manada de sangre de Barrabás. Daniel sí que nos advirtió sobre eso.

—Pues al Primus, entonces. Recuperamos el Tridente y les enseñamos a esos vampiros una lección: no se debe interferir con la humanidad ni con los Guerreros de Poseidón —dijo Conlan, y su voz resonó por toda la habitación—. Una lección que ya deberían haber aprendido hace unos dos mil años.

—Amén a eso —dijo Riley con fervor. Después dejó la taza en la mesa y se llevó una mano a la cruz de plata que le rodeaba el cuello—. Y que Dios nos proteja a todos.

Después pensó en la marca que tenía en la espalda.

—Todos los dioses.

Capítulo 37

—No está cerrada con llave, como prometió —susurró Quinn, mientras abría la puerta que estaba oculta detrás de una pared de productos de limpieza en el armario que tenía el conserje de un destartado edificio de oficinas.

Conlan asintió y le hizo un gesto a Ven, los dos hermanos irían por adelante en el oscuro pasillo.

Detrás de él, Jack dejó escapar un gruñido bajo y sordo.

—Me parece que no. No pienso poner a mis hombres en peligro, no voy a poner a Quinn en peligro, a menos que yo esté en primera fila de la fiesta, chicos.

Conlan se detuvo un momento y asintió.

—Pues adelante, entonces, tigre. Pero ésta misión está bajo mi mando, porque el futuro de mi reino depende de ella. Si no estás de acuerdo con eso, tendrás que quedarte atrás.

Los ojos del cambia-formas resplandecieron con un fiero color dorado.

—¿Y quién va a detenerme?

Alaric agitó una mano con un aire casi despreocupado.

—Ese tendría que ser yo. —El sacerdote se acercó hasta quedarse delante del cambia-formas, que se había quedado inmóvil, incapaz incluso de hablar—. Incluso en los albores de la víspera de la luna llena, mi poder excede al tuyo. ¿Vas a desafiarme o vas a trabajar con nosotros? —Su voz sonaba aburrida, como si el enorme hombre tigre careciera de importancia.

Pero Jack debió de hacer algún tipo de señal, porque Alaric pronunció una sola palabra y lo liberó.

Jack relajó los hombros con un movimiento. No parecía demasiado contento, pero se conformó.

—Está bien, acepto tus órdenes, Conlan. Siempre que nada de lo que hagas ponga a Quinn en peligro, soy tu hombre. En ésta misión, al menos.

Conlan hizo una mueca y mostró los dientes.

—Si crees que permitiría que Riley o su hermana sufrieran algún daño es que me subestimas mucho —gruñó—. Y nadie que me subestime suele vivir lo suficiente para lamentarlo.

—Si ya ha terminado el concurso de meadas, vamos de una vez —dijo Quinn cogiendo a Riley con una mano y sacando con la otra del bolsillo una pistola de aspecto letal—. Hay gente que conocer, vampiros que reventar, etcétera, etcétera...

Conlan se detuvo y se acercó más a Riley.

—Tú te quedas detrás de nosotros, ¿me oyes? Apuntas con el arma a cualquier cosa no muerta que se mueva y no te acercas al peligro. Prométemelo.

—Pero...

—Prométemelo o doy por terminado todo esto y nos vamos a vivir a una granja de Iowa o algún otro sitio parecido. Y a la Atlántida que le den.

Riley consiguió esbozar una sonrisa temblorosa.

—Soy alérgica a la mierda de vaca. Te lo prometo.

Su amante asintió y dio el primer paso por el pasillo. El primer paso que ponía a Riley en peligro. El paso más difícil que había dado jamás.

Como Quinn había predicho, tres vampiros vigilaban el pasillo más o menos a medio camino. Conlan canalizó agua, les disparó un muro horizontal de hielo y los decapitó antes de que tuvieran tiempo de hacer sonar alguna alarma.

Jack lanzó un silbido bajo.

—Buen truco, príncipe. Me alegro de tenerte en mi equipo. Esto va a estar chupado.

—Habrá más de tres, tigre. No te confíes demasiado. —Conlan siguió avanzando por el oscuro pasillo en busca de alguna rendija de luz que indicara una abertura.

Unos cien metros más adelante se encontraron en el túnel con un pasaje más protegido.

En esa ocasión fue Alaric el que invocó el poder eléctrico del relámpago y lanzó contra ellos rayos de energía pura, incinerando así a cinco de los seis. La daga de Ven sorprendió al sexto en el corazón, la criatura se derrumbó y se redujo a la nada entre chisporroteos.

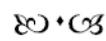
—Agua bendita en la hoja. Funciona cada puñetera vez —comentó Ven con satisfacción. Recuperó la daga y la limpió en un trapo que se sacó del bolsillo y que después tiró al suelo—. Por alguna razón me da igual tirar basura en el patio trasero de los vampiros.

Conlan levantó una mano para pedir silencio.

—De hecho, creo que puede ser el patio delantero de los vampiros, si podemos fiarnos de los gritos.

Esperó mientras los demás se esforzaban por oír lo que su oído atlante ya había captado. Estaban torturando a alguien.

Y también había alguien que estaba haciendo el trabajo a conciencia.



Los instintos que tan bien le habían servido durante casi tres mil años le decían a Barrabás que algo iba mal. Pero no sabía qué.

Debería haberse sentido contento. El atlante llamado Micah estaba sangrando en el suelo, delante de él, a punto de morir, y Barrabás todavía podía sentir el sabor de su sangre en la boca. Reisen todavía no conseguía recuperar el sentido desde que Drakos le había estrellado la cabeza contra el muro.

Y sin embargo, un diminuto y persistente temblor de duda serpenteaba por su cuerpo. Se quedó mirando a Drakos, que le devolvió la mirada con aire implacable. El general ya había dejado de serle útil. No había estrategia de batalla, por brillante que fuera, que mereciese ese recelo constante.

Sobre todo con alguien que ni siquiera pertenecía a su manada de sangre. Al pensar en ellos los buscó con la mente. La confianza de sus guardias contribuiría a...

No hubo respuesta.

Nada había en su mente, salvo un espacio vacío donde debería estar su vanguardia. Giró la cabeza de golpe para buscar a Drakos.

Que se encontraba cerca de la puerta de la cámara con una sonrisa.

—Tu reino ha terminado, maldito —dijo Drakos—. Prepárate a encontrarte con el futuro.

Antes de que Barrabás pudiera emitir sonido alguno, Drakos abrió la puerta de un tirón y entró un enjambre de guerreros. El que iba a la cabeza de todos tenía el pelo y los ojos tan negros como el infierno más profundo y la muerte escrita en la cara.

—Soy Conlan de la Atlántida, Barrabás —gritó el guerrero—. ¡Prepárate para morir!

No, no era un simple guerrero. No, con aquel aire regio del que domina la situación.

Debía de ser el príncipe. Barrabás siseó y llamó con cada gramo de su ser a Anubisa.

¡Ven a mí, mi diosa! Vuestros atlantes están aquí para recuperar el Tridente que capturé para vos. Os

ruego que acudáis en mi ayuda.

Y con eso envió también otra orden mental, y todos y cada uno de los miembros de su manada de sangre, que dormían en sus ataúdes en la habitación que tenían debajo, se levantaron y se precipitaron en su ayuda.

—¿Crees que atacar al amanecer va en detrimento de un señor de los vampiros con mi poder?, principito. ¡Estamos en las profundidades de la tierra, bloquean el sol toneladas de cemento! —chilló.

Después se desmaterializó con una carcajada delante de las narices de los atlantes.

Capítulo 38

Conlan vio que Barrabás hacía justo lo que él esperaba y bajó una mano de golpe para hacerle una señal a Alaric. Éste lanzó los brazos al cielo e invocó agua con tal fuerza torrencial que hasta las paredes parecieron tambalearse bajo su poder.

Barrabás volvió a materializarse y rebotó contra una de las paredes.

Conlan se echó a reír.

—¿No mencionó tu diosa que el poder que tiene Poseidón sobre el elemento del agua es la luz para vuestra oscuridad? No podemos mataros con el *mortus desicana*, ya que vuestros tejidos no muertos no tienen fluido vivo que pueda rendirse.

El atlante desenvainó la espada.

—Pero podemos impedirlos que utilicéis vuestro poder. Prepárate a morir, chupasangre.

Barrabás sacó también una espada.

—Me parece que no, muchachito. ¿No te tomaste un momento para ver lo que les he hecho a tus amigos?

Señaló al muro contrario y Conlan le echó un vistazo a la esquina ensombrecida. Reisen colgaba por una muñeca de un grillete encadenado a la pared, ensangrentado y deshecho. Otro guerrero yacía cerca de él en condiciones parecidas.

—¡Ven! ¡A Reisen!

Cuando Ven, con las dagas desenvainadas, atravesó corriendo la habitación, un rechinar del suelo advirtió a Conlan a tiempo y saltó a un lado. Se abrió un panel del suelo y una oleada negra de vampiros subieron a la sala a toda velocidad.

Justice y Denal se acercaron corriendo a flanquearlo con las espadas listas, el príncipe oyó detrás de él el rugido a pleno pulmón que lanzó Jack. Después estuvo demasiado ocupado para oír nada más, cuando cinco vampiros se lanzaron directamente contra él enseñando colmillos y garras.

¡Riley! ¡Sal de aquí! Ponte a salvo.

La voz de la joven le respondió casi de inmediato.

Creo que Poseidón acaba de ascender a uno de sus peones.

Conlan intentó ver algo por encima de los guerreros y los vampiros que luchaban a su alrededor, pero no la vio. La desesperación desgarró los últimos jirones de cordura que le quedaban.

—¡A mí, guerreros! ¡Por la Atlántida!

Y le cortó la cabeza al vampiro que tenía adelante, mientras intentaba abrirse paso hacia Barrabás.

—¡Por la Atlántida!



Riley estaba mirando cuando se abrió en el suelo una puerta del infierno y entraron por allí los diablos para atacar a Conlan. Apuntaba con la pistola, pero no podía disparar. Allí donde

mirara, los vampiros, los guerreros y los luchadores por la libertad luchaban encarnizadamente, tan cerca unos de otros que la joven no tenía forma de hacer un disparo limpio.

Una segunda oleada de vampiros irrumpió desde el pasillo. Al menos Quinn había tenido razón con respecto a Daniel. Estaba luchando contra los vampiros, utilizando sus propios trucos contra ellos. Riley se estremeció al ver sus colmillos ensangrentados desgarrando a otro más de sus antiguos compañeros.

Alaric apareció con un destello en el espacio que tenía adelante y las empujó a ella y a Quinn detrás de él, guiándolas hacia la pared, cuando varios vampiros más se dirigieron hacia ellos. Alaric lanzaba oleada tras oleada de rayos de energía, pero los vampiros seguían llegando tan rápido como él podía derribarlos. Uno de ellos lanzó una daga y él se inclinó hacia adelante para cogerla en pleno vuelo.

Pero debía de ser una estratagema para entretenerlo, porque el vampiro arrojó de repente una segunda daga por el otro lado que se clavó en el muslo de Quinn. La joven chilló y la atención de Alaric se dirigió con una sacudida hacia ella, el sonido lo había distraído.

Sin poder hacer nada, temblando, Riley vio que el vampiro apuntaba a Alaric con la espada. La joven disparó el arma, pero falló. Casi en cámara lenta, vio que la punta de la hoja se clavaba en lo más profundo del pecho de Alaric. Éste cayó hacia adelante, sobre Quinn, y Riley volvió a chillar cuando la punta de la espada, tras atravesar con limpieza el cuerpo de Alaric, empaló a su hermana.

Oyó la voz de Quinn, débil, en su mente.

Arde como el ácido, Riley. Emvenenada, supongo. Si te ha tocado un dios, ahora sería un buen momento para llamarlo.

Delante de ella, Riley vio que Jack se transformaba en tigre en medio de un frenesí de rugidos y desgarraba a los vampiros con garras y dientes. Conlan y Ven luchaban uno junto al otro en medio de una docena de monstruos o más.

Riley no sabía qué hacer. No sabía cómo se llamaba a un dios. No sabía magia ni tenía poderes ni nada. Era una simple asistente social, maldita fuera. Se quedó allí, sollozando, ardiendo de angustia y furia, atravesada por el calor y el poder, un calor y un poder que la invadieron hasta que creyó que iba a estallar.

Y fue entonces cuando la mano le envolvió la garganta.

La maldad pura de aquella voz resonó por toda la habitación.

—Tengo a tu mujer, atlante. ¿Qué valor le das a su vida?

Se detuvo todo sonido y movimiento, como si el mundo se hubiera congelado a su alrededor. Conlan se centró en la fuente de la voz que más despreciaba del universo.

Era Anubisa, y había rodeado con los dedos la garganta de Riley. La visión de Conlan se desgarró en un verde azulado brillante, que fue desdibujándose hasta convertirse casi en negro. Cuando los vampiros comenzaron a arrastrarse y encogerse hacia los lados de la habitación, dedicándole genuflexiones a su diosa, el guerrero vio que Alaric yacía en el suelo, encima de Quinn. Una espada había atravesado los dos cuerpos.

La sangre de ambos formaba un charco en el suelo.

Conlan luchó contra el aullido de pura desesperación que se alzaba desde su alma al ver a Riley, indefensa, en manos de una criatura que podría matarla con un simple aliento.

—Déjala —ordenó—. No significa nada para mí. ¿Tan débil eres que ahora tienes que luchar contra mujeres humanas?

La diosa se echó a reír y en aquel sonido resonó una malicia pura, tan oscura y retorcida que Riley gimió e intentó taparse los oídos con las manos.

Mientras Conlan miraba, unos hilillos de sangre comenzaron a filtrarse por la nariz y las comisuras de los ojos de Riley. Lo invadió una rabia asesina. Lo abrasó un recuerdo, un juramento.

Anubisa me va a suplicar antes de que termine con ella.

—Suéltala y puedes llevarme de vuelta a tu encantador nidito de amor, Anubisa.

La diosa ladeó la cabeza, como si algo la hubiera cautivado.

—¡Oh, mira qué garito tan encantador!

Jack, en forma de tigre, salió disparado por el aire, doscientos cincuenta kilos de una máquina de matar letal dirigidos directamente contra la cabeza de la diosa. Anubisa agitó dos dedos y el cuerpo del tigre cayó hacia atrás, se estrelló y fue dando volteretas hasta que chocó contra una hilera de vampiros que se arrastraban y a los que derribó como si fuera una fila de dominó.

Ninguno se movió después de eso.

Conlan dio otro paso más hacia Anubisa, cuyos dedos apretaron un poco más el frágil cuello de Riley, una amenaza clara.

—Oh, creo que no, principito. Puedo oler tu polla en ella. ¿Así que ésta es la puta que tomaste con gusto cuando yo tuve que tomarte a ti por la fuerza?

Le dirigió una mirada desdeñosa a su cautiva, de arriba abajo, y después, casi con aire negligente, lanzó a Riley al otro lado de la habitación con tal fuerza que Conlan oyó que la cabeza le chocaba contra la pared.

—Ya sabes que yo no comparto mis juguetes.

El atlante intentó correr hacia Riley, cuando ésta se deslizó por la pared y quedó echada en el suelo como un montón roto; pero Anubisa lo atrapó en una bola de fuego de poder y lo encadenó con unos grilletes invisibles de magia negra.

Barrabás se arrastró hacia Anubisa de rodillas, sin dejar de balbucear.

—Mi reina, mi diosa, gracias, gracias. Habéis venido, estáis aquí y todos estaremos salvados.

Anubisa encogió el índice para llamar a Barrabás. Conlan luchó por canalizar los elementos, invocar el poder que fuera, pero estaba tan impotente bajo el poder de la diosa de los vampiros como lo había estado durante su cautiverio. Todo lo que podía hacer era mirar, mientras ella llamaba a su secuaz.

Anubisa sonrió y pasó con delicadeza por encima del cuerpo de un cambia-formas caído.

—Eres mi primogénito, Barrabás. Mi hijo mayor, mi máspreciado. Por supuesto que iba a acudir cuando me llamas.

Los ojos de la diosa resplandecieron con un tono rojo y separó los labios para mostrarle a Barrabás una boca repleta de colmillos afilados como cuchillas. Colmillos para castigar, arrancar y rasgar.

Conlan lo sabía todo de esos colmillos y se habría estremecido si su cuerpo no estuviera atrapado en un torno de poder.

Barrabás se balanceó, dominado por la mirada hipnótica y letal de su ama.

—Sí, vuestro primogénito, mi diosa.

Anubisa levantó una mano grácil para tocarlo y le arrancó la camisa del cuerpo.

—Entonces, ¿por qué? —chilló, la rabia encendió de repente su rostro, que pareció hacerse incandescente—. ¿Por qué no me dijiste que tenías el Tridente? —rugió y el sonido de su voz hizo pedazos todo el cristal que había en la habitación.

Estallaron los tímpanos. Heló la sangre de aquellos que permanecían conscientes.

Y le dio a Conlan algo de esperanza. Si la invadía la rabia, el atlante tenía alguna posibilidad de poder derrotarla. Si Riley seguía viva, y se negó a creer que no lo estuviera, Poseidón encontraría un modo de curarla.

Si Riley está muerta, ni una sola criatura no muerta dejará ésta habitación, a no ser que sea convertida en ceniza.

Barrabás chilló y el sonido penetró en el cráneo de Conlan. Volvió la mirada de golpe hacia los vampiros, a tiempo de ver a Anubisa levantando la cabeza del hombro de Barrabás.

De lo que quedaba del hombro de Barrabás.

Un trozo lo tenía en la boca.

Anubisa le sonrió otra vez, tenía entre los colmillos sangre y trozos de carne.

—Me fallaste. Y lo que es peor, has intentado engañarme, idiota.

La diosa estiró una mano de repente y le arrancó los pantalones. El vampiro se arrodilló desnudo y sangrando delante de su señora, sollozando y chillando en una odiosa cacofonía de ruegos y disculpas.

—Tenemos que dar ejemplo, ¿no te parece, querido? —murmuró Anubisa con un tono casi dulce.

Después encogió la mano hasta formar una garra que salió disparada hacia la entrepierna de Barrabás.

Un chillido torturado, peor de lo que Conlan oyó jamás desde que había abandonado la guarida de la vampiresa, reverberó por toda la sala, el atlante observó horrorizado que Anubisa extendía los dedos para mostrarle a Barrabás el espectáculo ensangrentado de sus testículos.

—Sí —repitió mientras sorbía con delicadeza la carne que sostenía en las manos—. Tenemos que dar ejemplo.

Cuando Barrabás cayó hacia adelante sin dejar de gritar, la mano de la diosa volvió a dispararse.

Y en esa ocasión regresó con el corazón de su sirviente. Barrabás no volvió a emitir ni un sonido más.



Riley sintió que iba recuperando la conciencia a oleadas, a medida que unas ondas mudas de sonido y luz invadían su mente. El horror de Conlan, sin protección alguna, estuvo a punto de hacerla vomitar, pero algún instinto la obligó a hacerse la muerta.

Y casi lo estaba, maldita fuera, si el dolor que le atravesaba la cabeza entera servía de indicación.

Abrió su corazón y su mente, abrió su alma entera y suplicó que la ayudaran.

Tengo fe. Antes acudí a ti desafiándote, ahora acudo a ti sumisa y humillada. Poseidón. Eres el dios del mar. Tienes poder sobre estos, tus súbditos.

Un silencio absoluto inundó su mente. Había fracasado.

Cambió la humillación por el desafío.

¿De verdad vas a dejar que gane esa zorra?

Siguió reinando el silencio. La invadió la desesperación. Si hasta el dios que la había marcado a fuego la abandonaba, ¿qué esperanza le quedaba contra la diosa de la muerte?

SIEMPRE HAY ESPERANZA, MUCHACHA IRREVERENTE. ¿SUMISA Y HUMILLADA? MÁS BIEN COMO UNA NIÑA ARROGANTE.

Riley estuvo a punto de estremecerse de alivio, pero al último momento recordó que debía permanecer muy quieta.

Dime lo que he de hacer, oh, su real alteza marina, y seré toda tuya.

ME PARECE QUE NO. ERES TODA DE CONLAN Y SIN DUDA SERÁS UNA REINA MAGNÍFICA. PUEDES UTILIZAR MI TRIDENTE UNA ÚLTIMA VEZ, BISNIETA DE MI SIMIENTE. UTILÍZALO BIEN...

Y con esas palabras, la atronadora presencia del dios del mar desapareció de la mente de Riley. Pero había algo duro y afilado pinchándole el trasero.

Supongo que, después de todo, tienes cierto sentido del humor. Ah, y gracias.

Sintió la forma inconfundible del Tridente calentándose bajo su cuerpo encorvado y roto, llenándola de calor, luz y salud. Con una única llamarada silenciosa quedaron curadas todas las heridas y Riley sintió que se llenaba de una sensación de enorme poder.

Sintió una quemazón en el hombro que le recordó su obligación.

Oh, será un placer.

Con un solo movimiento fluido cogió el bastón del Tridente y se levantó de un salto.

—¡Eh, zorra! ¿Quieres jugar?

Anubisa, con una mano llena de algo de aspecto sangriento y asqueroso, se dio vuelta para mirar a Riley con un siseo. Conlan se encontraba en el centro de la habitación, le temblaban los músculos, pero era obvio que no podía moverse.

—¿Todavía no estás muerta?, putita. ¿Y crees que puedes jugar con los juguetes de los dioses? Oh, por favor. Esto podría ser divertido —dijo Anubisa, en su voz ronroneaba el matiz engreído de la superioridad.

Riley respiró hondo y apuntó hacia ella con el Tridente.

—Coño, pero si ni siquiera sé cómo funciona éste trasto, vamos a ver si es una especie de sable de luz modificado —murmuró.

Después chilló al aire su propio desafío.

—¡Ahí tienes, vil y asqueroso diablo chupasangre!

E invocó el poder con todas sus fuerzas.

¡Ahora! ¡Ahora! ¡Vamos a acabar con ella ya!

El Tridente cantó con un sonido dulce y claro de inmenso poder que vibró en manos de la mujer humana. Cuando la expresión de Anubisa cambió y el desdén se transformó en conmoción y sorpresa, un torrente plateado de energía pura salió disparado de la punta del Tridente, penetró directamente en la diosa de los vampiros y la derribó con un estallido.

La onda de choque del poder se extendió por toda la sala y Conlan pudo al fin liberarse de la magia que lo atrapaba, después echó a correr hacia Riley.

—¡Estás viva! Gracias a los dioses, *akenasha*.

Cogió el bastón del Tridente cubriendo las manos de Riley con las suyas y los dos apuntaron con él otra vez a Anubisa, que intentaba levantarse.

—¡Muere, pestilente engendro del infierno! —rugió Conlan.

—¡Y no te acerques a mi novio! —chilló Riley.

Y en esa ocasión, la poderosa oleada de energía penetró en el cuerpo de Anubisa y la levantó en el aire hasta estrellarla contra el techo y sostenerla allí. La cabeza le cayó hacia atrás y se le abrió la boca, la energía le brotó por la boca, la nariz y los ojos y después, con un trueno, se desintegró.

El torrente de energía se cerró como un grifo y Riley y Conlan cayeron uno contra otro. El atlante cogió el rostro de su amada y se lo giró de un lado a otro.

—¿No estás herida? ¿Cómo es que no estás herida? Pero si vi...

—Poseidón. Me curó con el Tridente —dijo Riley, riendo y llorando a la vez.

Los dos lo pensaron al mismo tiempo.

—¡Los otros!

Corrieron hacia Alaric y Quinn primero, después, Riley cayó de rodillas junto a su hermana y rompió en sollozos más fuertes al verla echada en medio de un charco enorme de sangre. Conlan les arrancó la espada y después se arrodilló junto a Riley y volvió a cubrirle las manos con las suyas sobre el Tridente.

Los dos se concentraron y canalizaron el poder una vez más. Observaron la luz curativa, verde y plateada, que se extendía sobre Alaric y Quinn. Vieron que el color regresaba al rostro de sus seres queridos. Oyeron las bocanadas de aire que penetraban en sus pulmones.

Quinn abrió los ojos.

—¿Riley?

—Te vas a poner bien, Quinn. Todo el mundo se va a poner bien.

Capítulo 39

Conlan y Riley parpadearon al notar la luz cuando salieron por la puerta y se encontraron con el brillo del sol. Quinn y Alaric, Jack, de nuevo en forma humana, y el resto de los Siete, así como los cambia-formas, los siguieron bajo el sol resplandeciente del mediodía. Reisen salía último, acunando el brazo herido, con Micah. El Tridente lo había curado, pero Poseidón no le había concedido que recuperara la mano perdida.

La venganza del dios del mar exigía su libra de carne.

La banda cruzó la calle y bajó, contentos de estar vivos y libres, por la acera hasta donde nacía un parque bordeado de árboles. Una fuente resplandecía bajo el fresco aire otoñal.

—Aquí nos despedimos, atlante —dijo Jack.

Conlan, con un brazo rodeando con fuerza la cintura de Riley, sacudió la cabeza.

—No, tengo la sensación de que vamos a vernos bastante más. Esto está lejos de haber terminado.

Jack esbozó una amplia sonrisa, se cuadró y se alejó a grandes zancadas, desvaneciéndose entre los árboles con el resto de los luchadores por la libertad.

Quinn se quedó allí, todavía aferrada a la mano de su hermana.

—¿Qué vas a hacer ahora?, Riley. ¿Quieres un empleo? Puede resultar muy útil tenerte por ahí cuando las cosas se ponen feas.

Riley sonrió pero después levantó la cabeza y miró a Conlan con aire inquieto.

—La verdad es que no lo sé. Tenemos una especie de problema. Conlan no puede salir con una humana sin que se termine el mundo y a mí no termina de hacerme gracia lo de destruir a toda la humanidad, la Atlántida y los cambia-formas de un solo golpe.

Ven se echó a reír.

—Joder, nunca pensé que diría esto, pero uno de esos chupasangres no estaba del todo mal. Nunca pensé que vería a Drakos volverse contra Barrabás.

—¿Quién es Drakos? —preguntó Quinn.

—Tú lo llamas Daniel —respondió Conlan con aire ausente y los ojos clavados en Riley—. Desapareció después de la batalla, aunque durante ella no dio cuartel. Creo que vamos a tener que investigar un poco más a ese tal Daniel.

Conlan atrajo a Riley hacia sí y, allí mismo, en el parque, delante de sus hombres, Quinn y medio Washington D.C., besó a la joven con toda la pasión que guardaba en su interior. Con todo el terror y todo el alivio. Y después, sin soltarla todavía, buscó al sacerdote.

—Alaric. La elijo a ella. Por encima de mi deber, por encima de mi reino, e incluso por encima de mi vida. Comienza el ritual de abdicación, ayúdame a renunciar al trono y obtener mi futuro.

Después le sonrió a su hermano.

—Ven será un rey magnífico.

—Oh, joder, no —dijo Ven apartándose.

Alaric abrió la boca para responder, pero en lugar de la suya brotó la voz del dios del mar. Un poder puro llameaba en los ojos del sacerdote.

—No renunciarás al trono, Conlan de la Atlántida.

Conlan se preparó para desafiar a su dios.

—¿Quieres apostar?

—No renunciarás al trono —bramó la voz haciendo temblar el suelo en el que se encontraban—. **Harás de ésta mujer que lleva mi marca tu reina. Así lo ordeno. El hijo que ella lleva en su vientre crecerá y se convertirá en un rey como el mundo no ha visto jamás.**

Conlan se quedó con la boca abierta. Bajó la vista y miró a Riley, que tampoco podía cerrarla.

—Entre los dos tenéis desafío suficiente para gobernar el mundo entero. Como dios de la Atlántida, espero que le enseñéis a vuestro hijo a respetar un poco mi autoridad.

La boca de Alaric se cerró de golpe y el sacerdote cayó sobre Quinn, que le rodeó la cintura con un brazo para sujetarlo.

—Pero ¿qué diablos ha sido eso? —preguntó.

—Oh, eso no era ningún diablo de los nueve infiernos —respondió Riley con una gran sonrisa—. Era Poseidón, así que supongo que tenemos su visto bueno.

Conlan la levantó entre sus brazos y giró con ella una y otra vez con un grito de alegría.

—Mi dama, mi esposa, mi reina. ¿Qué más podría pedir?

Cuando su amante la dejó en el suelo, Riley se cruzó de brazos.

—No sé tú, pero hay mucho más que yo podría pedir.

Conlan sintió que el corazón se le encogía.

—¿Qué estás diciendo?

La joven le sonrió con un resplandor en los ojos. El corazón femenino brillaba con fiereza y enviaba a su atlante un torrente de amor. A todos sus atlantes, supuso él, cuando oyó los suspiros sobresaltados de sus guerreros.

—Podría pedir una declaración de verdad, para empezar.

Conlan abrió la boca. La cerró e hincó una rodilla en el suelo.

—Yo, Conlan, príncipe supremo y heredero del trono de las Siete Islas de la Atlántida, te ruego, Riley Elisabeth Dawson, dueña de mi corazón, mi alma y mi cuerpo, que seas mi señora esposa y reina. ¿Me aceptas?

Riley le tendió las manos y lo levantó.

—Te acepto con todo mi corazón, Conlan. Y te amaré hasta el final de los tiempos.

Al tiempo que cautivaba los labios de su amada con los suyos, Conlan oyó las palabras aliviadas de su hermano.

—¡Buf! ¡Por qué poco!

Conlan besó a Riley con toda la alegría de su corazón hasta que incluso se imaginó la música de una corriente de agua que bailaba a su alrededor.

Y después lo salpicó en la cara.

Al levantar la cabeza vio que el agua del estanque saltaba disparada al aire convertida en unos fuegos artificiales de color resplandeciente que los salpicaban a todos con una bruma de gotas. El viento agitaba el agua del aire y la convertía en cintas de hermosas formas e imágenes fantasmas. La tierra se unió a la celebración y tembló bajo sus pies.

Alaric habló entonces con su propia voz mientras levantaba el Tridente en el aire.

—Mi príncipe, Poseidón ha decretado que has encontrado a tu verdadera reina. Salve al rey Conlan y la reina Riley.

Y como si fueran uno, los Siete se arrodillaron alzando las dagas y las espadas en el aire y gritando.

—Salve al rey Conlan y la reina Riley.

Reisen y Micah se arrodillaron tan rápido como los demás. El rostro que Reisen alzó hacia Conlan era sombrío, invadido por la devoción y el arrepentimiento. Conlan asintió. La curación llegaría más rápido con el perdón que con el castigo.

Quinn se echó a reír y abrazó tanto a Riley como a Conlan.

—Será mejor que me invitéis a la boda, es todo lo que tengo que decir.

Después puso una mano en el estómago de Riley.

—¿Crees que es cierto? ¿Que estás embarazada?

El asombro bañó las emociones de Riley y miró la mano de su hermana, posada en su vientre.

—¡Oh, Dios mío! O más bien, ¡oh, dios del mar! Supongo que quizá sepa de lo que estaba hablando.

Conlan le tendió la mano a Quinn y la atrajo hacia él y Riley.

—Jamás volverás a luchar sola, mi nueva hermana.

Después miró a Alaric y Ven y vio la determinación resuelta en sus expresiones, junto con la alegría.

—Pronto habrá guerra y es hora de cumplir con nuestra obligación sagrada de proteger a la humanidad.

Conlan miró a su hermano, a su nueva familia, a su sacerdote y a sus hombres.

—La Atlántida debe resurgir.

Glosario de Términos

Aknasha: Empática; puede sentir las emociones de otros y, por lo general, enviar también sus propias emociones a las mentes y corazones de otros. No hubo ninguna *aknasha'an* en la historia escrita de la Atlántida en más de diez mil años.

Atlantes: Raza distinta de la humana, descendientes directos de una cópula entre Poseidón y una de las nereidas, cuyo nombre se ha perdido en la noche de los tiempos. Los atlantes heredaron algunos de los dones de sus ancestros: la capacidad de controlar todos los elementos salvo el fuego, sobre todo el agua; la capacidad de transformarse en bruma y viajar de ese modo, y una fuerza y habilidad sobrehumanas. Los pergaminos antiguos también insinúan la existencia de otros poderes, pero estos o bien se han perdido con el paso del tiempo o permanecen latentes en los atlantes actuales.

Atlántida: Las Siete Islas de la Atlántida se hundieron bajo el mar durante un poderoso cataclismo de terremotos y actividad volcánica que movió las placas tectónicas de la Tierra hace más de once mil años. El príncipe gobernante de la isla más grande, llamada también Atlántida, sube al trono para convertirse en rey supremo de todas las islas, aunque cada una está gobernada por el señor de la casa gobernante de cada isla.

Cambia-formas: Especie que comenzó siendo humana, pero sufrió la maldición de convertirse en animales con cada luna llena. Muchos cambia-formas pueden controlar el cambio durante otros momentos del mes, pero los recién iniciados, no. Los cambia-formas tienen una fuerza y una velocidad sobrehumanas y pueden vivir más de trescientos años si no se les hiere o mata. Son enemigos declarados de los vampiros desde la antigüedad, pero las viejas alianzas y enemistades están cambiando.

Caminantes: Término con el que los atlantes denominan a los humanos.

Guerreros de Poseidón: Guerreros que juraron ponerse al servicio de Poseidón y proteger a la humanidad. Todos llevan la marca de Poseidón grabada en el cuerpo.

Los Siete: Guardia de élite del príncipe supremo o rey de la Atlántida. Muchos de los gobernantes de las otras siete islas han formado su propia guardia de siete a imitación de ésta antigua tradición.

Manada de sangre: Vampiros creados por un vampiro dominante.

Sondeo mental: Capacidad atlante, perdida mucho tiempo atrás, de sondear la mente y los

recuerdos de otra persona para reunir información.

Vampiros: Antigua raza que desciende de la cópula incestuosa del dios Caos y su hija Anubisa, diosa de la noche. Toman parte en todas las intrigas políticas y amasan poder de una forma voraz, además de disfrutar de una esperanza de vida extremadamente larga. Los vampiros tienen la capacidad de desmaterializarse y teletransportarse a largas distancias, pero no sobre grandes masas de agua.

Fin